

CORINTIOS XIII

revista de teología y pastoral
de la caridad

N.º 70

Abril-Junio

1994

Evangelización,
liberación
cristiana
y opción
por los pobres

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGIA Y
PASTORAL DE LA CARIDAD

N.º 70 Abril-Junio 1994

DIRECCION Y ADMINIS-
TRACION: CARITAS ESPA-
ÑOLA. San Bernardo, 99 bis.
28015 Madrid. Apto. 10095.
Teléfono 445 53 00

EDITOR:
CARITAS ESPAÑOLA

COMITE DE DIRECCION:

Joaquín Losada
(Director)

J. Elizari
R. Franco
A. García-Gasco Vicente
J. M. Iriarte
J. M. Osés
V. Renes
R. Rincón
I. Sánchez
A. Torres Queiruga

Felipe Duque
(Consejero Delegado)

Imprime:
Gráficas Arias Montano, S.A.
MOSTOLES (Madrid)

Depósito legal:
M. 7.206-1977

I.S.S.N.: 0210-1858

SUSCRIPCION:
España: 3.650 pesetas.
Precio de este ejemplar:
1.000 pesetas

COLABORAN EN ESTE NUMERO

- MONS. RAMON ECHARREN
YSTURIZ. Obispo de Cana-
rias. Vocal de la Comisión
Episcopal de Pastoral Social.
- MONS. JOSE VICENTE EGUI-
GUREN. Vicepresidente de
Caritas Internationalis.
- PEDRO ESCARTIN CELAYA.
Vicario General de la dióce-
sis de Barbastro.
- MONS. ALFONSO FELIPPE
GREGORY. Presidente de Car-
itas Internationalis.
- MONS. RUBEN SALAZAR GO-
MEZ. Obispo de Cúcuta, Co-
lombia.
- FELIPE DUQUE SANCHEZ.
Delegado Episcopal de Cári-
tas Española.
- PABLO MARTIN CALDERON.
Secretario General de Cáritas
Española.
-

CORINTIOS XIII

revista de teología y pastoral
de la caridad

Todos los artículos publicados en la Revista CORINTIOS XIII han sido escritos expresamente para la misma, y no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista CORINTIOS XIII no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
<i>Presentación</i>	5
<i>Artículos</i>	9
MONS. RAMON ECHARREN YSTURIZ <i>«La Iglesia y los pobres»</i>	11
MONS. JOSE VICENTE EGUIGUREN <i>«Nueva evangelización, liberación cristiana y opción por los pobres»</i>	81
PEDRO ESCARTIN CELAYA <i>«Opción preferencial por los pobres y acción pastoral en las Iglesias locales»</i>	111
MONS. ALFONSO FELIPPE GREGORY <i>«Caridad: alma e inspiración de la nueva evangelización»</i>	135
MONS. RUBEN SALAZAR GOMEZ <i>«Opciones y compromisos de Cáritas. Misión fundamental de Cáritas»</i>	149
FELIPE DUQUE SANCHEZ <i>«La Cáritas Parroquial y la promoción de la solidaridad»</i> .	177
PABLO MARTIN CALDERON <i>«Comentarios a las prioridades de actuación de la Confederación de Cáritas Española para los próximos años»</i>	203

	<u>Páginas</u>
<i>Documentación</i>	219
« <i>El amor todo lo espera</i> » (1 Cor 13, 7) (Mensaje de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba).....	221
« <i>¿Qué tenemos que hacer?</i> » (Lc 3, 10) (Segunda parte de la reflexión de los obispos de las diócesis aragonesas sobre la pobreza en nuestros pueblos y ciudades)	249
« <i>Constructores de solidaridad. Orientaciones y pautas de actuación cristiana en tiempos de crisis económica</i> » (Carta pastoral de los obispos de las Islas Baleares y Pitiusas)	281
« <i>“Cáritas”, en la comunidad cristiana, al servicio del hombre integral</i> » (Carta pastoral del señor Arzobispo de Valladolid a sacerdotes, diáconos, religiosos/as y laicos de nuestras parroquias y comunidades cristianas)	317
« <i>Familias pobres... ¡pobres familias!</i> » (Cáritas Regional de Extremadura)	337

PRESENTACION

El pasado año 1993 ha sido fecundo en aportaciones a la reflexión sobre la teología y la pastoral de la caridad.

Nos referimos, en primer lugar, a la celebración de la esperada Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española sobre «La caridad en la vida de la Iglesia». Su larga y cuidada preparación, ha dado lugar a numerosos encuentros de reflexión, en el marco de los trabajos preparatorios de los documentos promulgados tanto por la misma Conferencia Episcopal como por la Comisión Episcopal de Pastoral Social.

La Conferencia Episcopal aprobó una serie de «Propuestas para la acción pastoral» y la Comisión Episcopal de Pastoral Social el documento sobre «La Iglesia y los pobres». Hasta el momento de cerrar este número de CORINTIOS XIII, según informes del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, ya pasan de 13.000 los ejemplares distribuidos y vendidos de ambos documentos.

Se puede afirmar que han tenido una amplia «recepción» en las comunidades cristianas y en la sociedad. Y están suscitando una rica reflexión y alentando nuevas experiencias en el campo de la pastoral de la caridad.

Una de las aportaciones es la de un clásico de la teología y la pastoral de la caridad, monseñor Ramón Echarren Ystúriz, obispo de Canarias y responsable, en nombre de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, de Cáritas Española. Nuestra revista acoge y publica su conferencia sobre «La Iglesia y los pobres», pronunciada por don Ramón en varias diócesis de España, con motivo de los documentos de la Conferencia Episcopal sobre los pobres.

Las Jornadas de Teología de la Caridad son ya una institución señera en el contexto de la programación de Cáritas Española. En mayo de 1993, se celebró en Huesca su doceava edición. *La Evangelización y la opción preferencial por los pobres*, fue el tema de estudio, de debate y del compartir comprometido. En torno a este núcleo candente de la teología de la caridad, se reunieron más de trescientos participantes de todas las diócesis españolas. La diócesis de Huesca, principalmente, no sólo fue la anfitriona, sino que la Cáritas Diocesana supo mover a las comunidades cristianas oscenses y, en solidaridad con la Cáritas Regional de Aragón y Cáritas Española, logró sensibilizar a todas las Cáritas Diocesanas de España, a fin de compartir la preocupación por los pobres de Aragón, de España y del mundo.

El filón teológico-pastoral de las relaciones entre los polos del binomio EVANGELIZACION-OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES, horadado en las Jornadas, es el título del presente número de CORINTIOS XIII. Las colaboraciones que incluimos giran, desde una y otra vertiente del problema, alrededor de las cuestiones teológico-pastorales que entraña dicho binomio. Monseñor José V. Eguiguren, Vicepresidente de Caritas Internationalis, abordó la cuestión desde sus orígenes y estudió la situación actual del tema. El Vicario General de la diócesis de Barbastro, don Pedro Escartín Celaya, expuso las implicaciones pastorales de la opción por los pobres. Ambas ponencias, aunque ya se han editado en otros espacios, con la debida autorización de

CORINTIOS XIII, las publicamos como parte integrante de nuestro acervo doctrinal y pastoral.

También, en octubre de 1993, las Cáritas de América Latina celebraron su XIII Congreso Internacional, en San José de Costa Rica. Pusieron sobre el tapete LA NUEVA EVANGELIZACION Y LA PROMOCION HUMANA. Con la autorización del SELACC (Secretariado de Latinoamérica y Caribe de Cáritas), publicamos las jugosas intervenciones del Presidente de Caritas Internationalis, monseñor Alfonso Felipe Gregory, obispo de Imperatriz (Brasil), y de monseñor Rubén Salazar Gómez, obispo de Cúcuta (Colombia), antiguo Director de la CEPS-Cáritas colombiana.

Las Cáritas Diocesanas, como expresión de la caridad organizada en las comunidades cristianas de las Iglesias particulares, y de manera especial en las parroquias, son el eje y el motor dinamizador de la teología y de la pastoral de la caridad *aplicada*. Del compartir real, al filo de la inmersión solidaria en, con y en medio de los pobres, brota la respuesta a las carencias reales de los pobres y marginados. Y, simultáneamente, la reflexión teológica que da sentido a los programas y acciones emprendidas.

La rica y variada programación de Cáritas Española, siempre al servicio de las Cáritas Diocesanas, ofrece una plataforma privilegiada para la profundización teológico-pastoral sobre la caridad. En esta línea van las intervenciones del Delegado Episcopal y del Secretario General de Cáritas Española, en distintas intervenciones en las Cáritas Diocesanas.

En la sección de «Documentación», hemos querido recoger importantes documentos que están en la misma línea de la opción por los pobres.

CORINTIOS XIII tiene una proyección latinoamericana muy importante. A menudo se recaban, como es el caso en esta ocasión, colaboraciones de destacados especialistas, y con frecuencia incluimos en nuestra sección de «Documentación» valiosos textos latinoamericanos de teología de la caridad.

Hoy reproducimos íntegra la densa, valiente y oportuna carta pastoral de los obispos de nuestra hermana Cuba, como gesto de solidaridad de todas las Cáritas y de manera especial de la española.

Los obispos de Aragón hicieron públicos dos importantes documentos dirigidos a las comunidades cristianas y a la sociedad aragonesa.

Asimismo, los obispos de las Islas Baleares han hecho pública una carta pastoral sobre la solidaridad en tiempos de crisis. Y el señor Arzobispo de Valladolid, monseñor Delicado Baeza, inmediatamente después de la publicación del documento «La Iglesia y los pobres», de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, y de las «Propuestas para la acción pastoral», de la Conferencia Episcopal Española, dirigió a sus diocesanos una carta pastoral sobre la animación de Cáritas en la comunidad cristiana.

Todos estos documentos constituyen una fuente de inspiración para la acción pastoral y, lo que es más significativo, una muestra de la preocupación de los pastores de las Iglesias particulares por el desarrollo de la diaconía de la caridad en la acción evangelizadora.

Completamos este servicio de documentación, con la aportación de la Cáritas Regional de Extremadura sobre el Año Internacional de la Familia. Quiere ser un avance de un próximo número de la revista sobre este problema vital para la Iglesia y la sociedad.

La trayectoria de CORINTIOS XIII ha sido siempre la de cohesionar y ensamblar coherentemente la doctrina, la vida y la acción. El volumen que hoy sale a la luz pública, es una buena muestra de esta metodología integral de la acción caritativa y social.

Nuestro agradecimiento a cuantos han contribuido generosamente a esta labor que lleva a cabo Cáritas Española.

FELIPE DUQUE SANCHEZ
Delegado Episcopal de Cáritas Española

artículos

LA IGLESIA Y LOS POBRES

MONS. RAMON ECHARREN YSTURIZ

«Si alguno que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra y con la boca, sino con los hechos y la verdad» (1 Jo 3, 17 18).

«El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1.ª Jn 4, 8).

I

LA POBREZA

No voy a dar definiciones sociológicas de la pobreza. Todos sabemos que la pobreza existe. Y todos sabemos lo que es la miseria, aunque no seamos capaces de definirla. El Consejo de Ministros de la Comunidad Económica Europea ha dicho que son pobres «aquellos individuos, familias o grupos, cuyos recursos (materiales, culturales o sociales), por ser tan escasos, les excluyen de los modos de vida mínimamente aceptados en el Estado miembro en que viven».

La pobreza existe, es una realidad que está ante nuestros ojos, salvo que nos neguemos a verla, a descubrirla o queramos cerrar los ojos y el corazón ante ella.

La pobreza, los hombres sumidos en la miseria, los hombres que la sufren, niños, adultos o ancianos escasa o mal alimentados, que viven hacinados o que no tienen una vivienda adecuada; jóvenes y adultos sin trabajo, sin tierra cultivable en las zonas rurales; los hombres sin patria y exiliados de su tierra; los hombres y mujeres esclavizados por un trabajo inhumano o por la prostitución; los hombres y mujeres sin hogar, arrojados a vagar por los caminos buscando un poco de alimento, auténticos apátridas e indomiciliados: hombres y mujeres sin una adecuada y suficiente atención médica o sanitaria; los hombres y mujeres sumidos en el paro y sin esperanza alguna de trabajar un día; los hombres y mujeres a los que se les niega el ejercicio de alguno o de varios de los derechos fundamentales de la persona humana; los chabolistas sin esperanza de obtener una vivienda digna; los ancianos abandonados a su soledad y a su impotencia, cuyos cadáveres, cuando mueren, son descubiertos por el hedor de su corrupción; las familias abandonadas a su suerte en zonas rurales deprimidas y sin horizonte alguno de desarrollo; los enfermos de SIDA, tratados como apestados; las madres solteras abandonadas a su suerte; los hombres y mujeres sin cultura y sin posibilidades de obtenerla; familias que se ven obligadas a vivir en barrios infrahumanos, nada sociales, sin servicios, sin posibilidad de participar de una convivencia social, vecinal, humana y enriquecedora, en «chabolas» de ocho o diez pisos donde se hacinan de mala manera hasta convertir las calles —unas calles miserables— en su hogar..., etc., son realidades, no simples palabras. Son una realidad a lo largo y ancho del mundo. Muchas de estas realidades, además, se dan junto a nosotros, junto a nuestras casas y nuestras iglesias, en nuestros pueblos y ciudades, en ese «Cuarto Mundo» del que nos ha hablado Juan Pablo II.

La pobreza existe, es una dramática realidad, humana y social, en el interior de nuestra sociedad y a lo largo y ancho de nuestro mundo.

Pero, como después veremos, es también una realidad de profundo contenido religioso o, más concretamente, cristiano; un misterio cristiano indescifrable para el que no se ha encontrado con Jesucristo, pero lleno de sentido para el discípulo de Jesús, lleno de sentido negativo, puesto que la pobreza es expresión de la existencia del pecado en el mundo, lleno también de sentido positivo, porque el encuentro con el pobre es un encuentro con el Señor.

Hoy, en España, no nos cansamos de hablar de crisis económica. Pero esa afirmación encierra una seria trampa. Porque, si la crisis es económica, nos olvidamos (o nuestros políticos se olvidan y con frecuencia, también nosotros, los cristianos) que la crisis es también y sobre todo social. De esta manera, se buscan exclusivamente soluciones sólo económicas y se prescinde de las soluciones sociales o, lo que es más grave, se intenta y se justifica resolver la crisis con medidas exclusivamente económicas, prescindiendo o sacrificando las imprescindibles medidas o soluciones de carácter social.

De esta manera, la resultante es ese hecho que expresa Juan Pablo II y que nos debe estremecer: «Los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres»; «cada vez es mayor el abismo que separa a los países ricos de los países pobres».

El hecho, dramático, es que nuestra sociedad, a través de actuaciones políticas, económicas, financieras, legislativas..., se ha convertido en una auténtica fábrica de miseria y de pobreza, de marginación y de indignidad.

Ciñéndonos a España, la realidad es que los pobres, los marginados, son entre 8 y 11 millones de seres humanos. Hablamos de España y no de un país del Tercer Mundo. Hablamos de una España que se ha gastado billones en la Expo, en las Olimpiadas y en el AVE. Habla-

mos de España, con alrededor de tres millones de parados; con sus 400.000 ancianos sin apenas ingresos y más de un millón con pensiones muy bajas; con más de un millón de disminuidos físicos, psíquicos y sensoriales; con decenas de miles de enfermos de SIDA tratados en no pocos casos como apestados; con una parte muy importante de los 500.000 gitanos viviendo una situación de exclusión social; con un mínimo de 100.000 inmigrados extranjeros en situación de pobreza y marginación, y, no pocas veces, víctimas de la xenofobia; con casi dos millones de alcohólicos; con más de 100.000 toxicómanos; con alrededor de 40.000 ó 50.000 presos o ex reclusos en situación de marginación o de miseria; con unos 30.000 transeúntes, mendigos, indigentes sin hogar o indomiciliados; con no sabemos cuantos hombres y mujeres, chicos y chicas (muchos de ellos menores...), dedicados a la prostitución; con una cifra indeterminada de mujeres marginadas, niños abandonados, ancianos olvidados, madres solteras discriminadas, mujeres maltratadas...; con un número indeterminado de menores marginados y jóvenes inadaptados; con probablemente más de un millón de personas con empleos marginales o en la economía sumergida, que son víctimas de una sobre-explotación y sin seguridad social y laboral en su mayor parte; con cientos de miles de personas dependientes de un trabajo precario, temporal o a merced de empleos de estación...; con cientos de miles de personas que viven en barrios asociales, sin equipamiento social, sin servicios, en viviendas que obligan al hacinamiento, en chabolas, sin posibilidades de una vida vecinal y social que evite la drogadicción, la marginación, la delincuencia, la violencia...

Y todo ello junto a situaciones de riqueza, de opulencia, de un bienestar que se percibe en los escaparates del comercio; en la publicidad; en la información sobre celebraciones, públicas o privadas, de acontecimientos y fiestas, donde se da el despilfarro; en los medios de comuni-

cación social, en los que se mezclan esquizofrénicamente y sin criterio moral alguno, o con el único criterio de vender más al costo que sea, noticias que expresan la riqueza insultante de algunos y la pobreza desgarradora de otros, la libertad egoísta y sin límites de unos pocos, que pueden hacer lo que quieren porque poseen de todo, con los resultados tremendos y hasta en ocasiones criminales de una miseria a la que se ven abocados muchos con o sin responsabilidad personal...

Basta mantener abiertos los ojos o no cerrarlos ante la realidad, para saber que la pobreza, la marginación, la miseria, están ahí, junto a nosotros o cerca de nosotros, a lo largo y a lo ancho de nuestra sociedad y de nuestro mundo.

Y también es cierto —y debemos decirlo con todas nuestras fuerzas— que la capacidad del hombre (de todos nosotros) para evadirse de lo que está ahí, de la pobreza, de una realidad que molesta porque constituye una llamada a nuestra responsabilidad, una llamada a cambiar de vida, a comprometernos y, en cuanto uno es cristiano, a convertirnos, a vencer nuestro egoísmo, es ilimitada. Las relaciones humanas y sociales en nuestra sociedad son, con demasiada frecuencia (y se busca que sean así, consciente o inconscientemente, a través de la política, de la economía, de la publicidad; a través de la prensa, radio, TV; a través del discurso de una mayoría de nuestros intelectuales, escritores, profesores, economistas, periodistas, artistas..., etc.), utilitarias, interesadas, competitivas, incluso opresoras, egoístas, gremialmente interesadas, buscadoras de un aumento continuo del individualismo, del subjetivismo, del relativismo, del consumismo, de la ostentación, del hedonismo, de la insolidaridad, de la exclusión de los que menos valen, del anonimato, de la insolidaridad...

No se trata de que nos convirtamos en una especie de «profetas de calamidades». No todo es malo en nuestra

sociedad y en nuestro mundo. No todo es negativo. Hay multitud de elementos positivos; hay serios progresos humanizadores en todos los campos. Pero todos los avances, sean de la índole que sean, no pueden ocultar las lacras de la miseria, no pueden permitirnos el desconocer el drama de la miseria de una multitud de seres humanos. Sería como el médico que se extasía ante la perfecta salud de un organismo humano, sin fijarse que tiene el hígado canceroso.

Con la afirmación de la existencia de la miseria, de la marginación y de la pobreza, los cristianos no entramos directamente en discursos políticos (en los que los laicos cristianos, por lo demás, tendrían que entrar obligatoriamente a través de lo que ya Pío XII definió como «caridad política»). Nos mantenemos en el estricto campo de lo religioso o, si se quiere, de lo evangélico.

Con lo que se está afirmando sobre la existencia de la miseria, tampoco se niega en absoluto la bondad de la democracia como sistema político (afirmación recogida, por lo demás, en el mismo Concilio) o, al menos, no se niega en absoluto «que la democracia sea el menos malo de los sistemas». Pero la democracia ha de estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la democracia. La democracia puede amparar muchas políticas y una Constitución concreta, también. Y esas políticas —todas democráticas— pueden ser justas o injustas. La democracia no es un «dios» que todo lo sabe, todo lo puede, todo lo arregla. Es un instrumento que se puede usar bien o mal. Y lo mismo la Constitución. Y si la Constitución y la democracia sirven para negar la existencia de pobres y de injusticias es que se han convertido en instrumentos mal empleados. Una cosa es la democracia formal y otra la real. Una cosa es el reconocimiento formal de los derechos de todos los ciudadanos y otra cosa la posibilidad real de podernos ejercer por parte de todos. Si una democracia formal no tiende a hacerse real para todos los ciudadanos, particularmente para los

débiles y pobres, para los más indefensos e indigentes, estamos ante una democracia degradada, ante una Constitución degradada, ante una política degradada, ante unos políticos degradados. Es el caso del reconocimiento constitucional del derecho al trabajo... y la existencia del paro. Y como éste se podrían proponer multitud de ejemplos. «Una democracia sin valores (como por desgracia ocurre con frecuencia entre nosotros) se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia» (VS 101; CA 46).

Nunca se ha hablado tanto, en nuestra sociedad y en nuestra Iglesia, de justicia, de libertad y liberación, de amor y solidaridad, de derechos fundamentales y de respeto a la persona. Pero tal vez, sin embargo, nunca se han manejado estos maravillosos conceptos tan vacíos de contenido, tan interesadamente manipulados, con tan poca eficacia para crear un movimiento de solidaridad real. Tal vez, nunca una sociedad ha vivido tan degradada y corrompida por el egoísmo (personal, familiar, gremial...), por el individualismo, por el consumismo, por la falta de amor, por la despreocupación, por el sufrimiento ajeno, por la insensibilidad real ante ese sufrimiento, por la insolidaridad, por una moral subjetiva, por un relativismo moral, por un pragmatismo materialista..., como la actual.

Cerramos este apartado con esa simple pero fundamental afirmación cristiana y humana que muchos no quieren reconocer como real: la pobreza existe, cerca y lejos de nosotros, a lo largo y ancho del mundo. La miseria existe y afecta a miles, a millones, a cientos de millones de seres humanos.

Hay que decir también que los problemas de la pobreza dependen en buena parte de la existencia de una amplísima gama de problemas sociales. En total sintonía con el discurso social de nuestro Papa Juan Pablo II, habría que decir que nuestra sociedad contemporánea, con toda esa amplia variedad de sistemas políticos y socio-

económicos vigentes que encierra en su seno, necesita urgentemente una civilización alternativa. El mito del progreso indefinido, bien sea concebido al modo capitalista, bien sea concebido al modo socialista, ha fracasado. El hombre concreto, la persona humana, sigue siendo la gran víctima de una civilización que no ha sabido resolver los problemas y situaciones de pobreza y marginación que existen en el mundo desarrollado (tanto en el Este como en el Oeste), ni tampoco los problemas y situaciones de pobreza, miseria y marginación que existen en el mundo subdesarrollado, en el Tercer Mundo, y, dentro de los países desarrollados, en el Cuarto Mundo (tanto en el Norte como en el Sur).

Si tuviéramos que hablar de esos problemas sociales y económicos que sustentan las situaciones de pobreza, tendríamos que decir que esos problemas sociales son incontables y que, tras ellos, existen unos gravísimos problemas de índole ética y moral.

Desde la concentración del poder económico, social y financiero, en determinados grupos humanos, hasta la corrupción y el brutal despilfarro de los medios económicos en armamentos cada día más sofisticados; desde una concepción del trabajo humano que olvida radicalmente la dignidad de la persona humana, hasta la concepción de esa persona humana como un simple elemento productivo al margen de sus necesidades más específicas como ser racional que vive en una familia y que convive en una sociedad concreta; desde la marginación del hombre cuando deja de ser productivo (caso de los parados, de los jubilados, de los jóvenes que buscan un primer empleo, de los disminuidos físicos y psíquicos...), hasta la creciente eliminación de aquellos servicios sociales que atendían, aunque fuese precariamente, las necesidades más elementales de los más necesitados (y en este caso me estoy refiriendo específicamente a España); desde un uso de los recursos económicos, financieros, materiales, científicos, etc., que no va destinado prioritaria-

mente a la satisfacción de las necesidades primarias de los seres humanos (presupuestos que priman los gastos militares sobre los gastos sociales; o donde aquéllos no permiten la solución de los problemas humanos más elementales; o que invierten gastos suntuosos y de prestigio, tanto a nivel público como privado; o que favorecen el despilfarro de bienes de consumo frente a las necesidades de millones de seres que se debaten en el umbral de la muerte por inanición), hasta toda esa «picaresca» denigrante, propia de los poderosos, que entraña la evasión de capitales; el sistemático eludir todo riesgo económico, eliminando la inversión de un capital que genere empleo; las quiebras fraudulentas; los gastos «de escaparate» (fiestas llamadas populares) o fiestas de privilegiados; arreglos urbanísticos que favorecen a los mejor situados; congresos de todo tipo suntuosamente celebrados; lanzamiento de festivales que favorecen el consumo y que se queman en puro consumismo; las reconversiones industriales necesarias, pero socialmente mal realizadas; el fraude fiscal; un desenfrenado gasto público sin la contrapartida de una voluntaria sobriedad en todo aquello que no es socialmente imprescindible; los consensos entre las diversas fuerzas sociales cuyo objetivo no es la desaparición de la pobreza, sino la búsqueda de privilegios institucionales (partidos, sindicatos, patronales...); el lucro o el beneficio económico, como motivación individual o colectiva, prescindiendo de cualquier otra dimensión motivacional; la valoración del poder y del poderoso, por encima de la persona humana; la rentabilidad económica, ideológica y política, por encima de lo social, etcétera (cf. Juan Luis Cebrián, «Sermón del Año Nuevo», en *El País*, dominical del 29-XII-1985). Añadamos a ello esa especie de «Ley del silencio» para paliar (ocultar resulta imposible) el impacto negativo que en la sociedad producen los múltiples casos de corrupción o de ineficacia política, social, económica... que se dan continuamente. Y tras todo ello un grave problema cultural: una sociedad sin más valores que la ganancia fácil, la diversión, el placer, el trabajo mal hecho, la «chapuza», la ley «del mínimo esfuerzo», el juego de azar...

Queda esta enumeración como una simple pincelada que nos sirva para saber que el problema de la pobreza ha de situarse en el contexto de una problemática socio-económica y cultural que cuestiona radical y prácticamente todos los sistemas hoy vigentes y que nos debe plantear a los creyentes en Jesucristo la necesidad de un esfuerzo solidario con todos los hombres de buena voluntad, no tanto para crear una sociedad alternativa a la que nosotros vivimos en el plano político o económico (no es nuestra misión desde el Evangelio), sino —como ha dicho Juan Pablo II— para crear una civilización alternativa en el plano de los valores y actitudes; una civilización nueva, en el plano de las instituciones, para crear la verdadera civilización del amor, de la solidaridad, de la justicia, de la liberación integral del hombre, que sustituya a la que hoy está vigente en nuestro mundo, tanto en el Este como en el Oeste, tanto en el Norte como en el Sur.

Pero, a fuerza de repetir que la crisis es económica, nuestra sociedad no habla ni quiere hablar de la dimensión social, ética y moral de los problemas económicos.

La pobreza existe... ¿Cuál es la razón última?: que no existe amor; que no existe suficiente amor en nuestro mundo, que cada vez parece que somos más incapaces de amar y de construir la justicia... Es cierto que un amor sin justicia es una mentira. Pero una justicia sin amor es «un monstruo matemático» capaz de matar a los más pobres porque no sirven para nada. El aborto y la eutanasia serán sólo «la punta del iceberg» de esa justicia sin amor.

Pero los cristianos sabemos que el amor ha sido infundido en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado... Entonces, y desde ahora, hay que concluir que lo que el mundo necesita es que nos decidamos a amar; a hacer esa «revolución del amor» que nos pidió el Señor y por la que tanto clama Juan Pablo II haciéndose eco del Evangelio, la revolución del amor y de la solidaridad, de

la fraternidad y de la justicia, del compartir por encima del tener.

II

LA IGLESIA Y LOS CRISTIANOS ANTE LA POBREZA

(Muchas de las afirmaciones de este capítulo corresponden a trabajos de autores tales como Felipe Duque, José Antonio Pagola, Pedro Jaramillo, José M.^a Ibáñez, Joaquín Losada, José Ignacio González Faus, Víctor Renes, Alberto Iniesta, Jesús Espeja... etc.).

La afirmación de S. Juan, de que «Dios es amor» (1 Jn 4, 8.16), fue, sin duda, el resultado de su meditar sobre la vida de Jesús, lo mismo en sus relaciones con Dios que en sus relaciones con los hombres.

Lo más íntimo y auténtico de la experiencia bíblica de Dios, se encuentra en la frase de Juan: «Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene. Dios es Amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16). El amor se ha colocado en el centro mismo de la revelación, convirtiéndose en criterio último y definitivo de ambas direcciones. No hay más Dios que el Dios que ama, y no hay más hombre auténtico que el que se sitúa en ese amor y permanece en él como en una morada de donde saca su fuerza, su vida y su sentido. Para la comunidad cristiana —para el cristiano—, el centro dinámico, desde el que se organiza su inteligibilidad religiosa y se coordinan todos sus datos y manifestaciones cristianas, es el amor.

Ofrecer a los hombres este Mensaje, esta Buena Noticia, es evangelizar. Y la Iglesia existe para evangelizar. Su «ser» se identifica con su misión, misión que es la prolongación en el tiempo de la misma misión de Jesucristo: anunciar la Buena Nueva, la cercanía del Reino que él

mismo inaugura con su presencia. Pero la Iglesia, en la medida que evangeliza (a los de fuera), debe continuamente dejarse evangelizar. La comunidad cristiana, que vive de la Buena Noticia del Reino, necesita abrirse constantemente al Evangelio, convertirse a él. Es un principio esencial enunciado por Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*:

«Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar el mandamiento nuevo del Amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, necesita saber proclamar las grandezas de Dios, que la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por Él. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio» (EN 15).

La Iglesia será evangelizada en la medida que experimente la fuerza transformadora y liberadora del Evangelio. La comunidad cristiana será evangelizada en tanto y en cuanto viva la experiencia humanizadora y salvadora que comenzó en y con «Jesús de Nazaret, el ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos, porque Dios estaba con El» (Hech 10,38). Así pues, los cristianos tendremos que dejarnos evangelizar por «la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo», que «es el mandamiento nuevo del amor» (GS 38), es decir, por la caridad evangélica. Y no tengamos miedo en recuperar y emplear la palabra Caridad. Sólo hemos de temer el falsearla con nuestra vida, cuando ésta se aleja de Jesús y de su Evangelio.

Hoy está de moda una religión «light», una religión sin Iglesia («Soy cristiano no practicante», «Creo en Jesucristo o en Dios, pero no en la Iglesia», «Creo en Jesús, pero no en los curas») o una religión sin moral. El resultado es el previsible: cuando se rompe con la Iglesia, se acaba rompiendo con Jesús, el Señor; y cuando se rompe con la moral, es decir, con el seguimiento de Cristo, se acaba rompiendo con el Señor, se acaba rompiendo con la fe. La razón es sencilla. Sin Iglesia, no habría ni hay Palabra, ni Eucaristía y Sacramentos, ni transmisión del Espíritu, ni posibilidad de reunirse dos o tres en el nombre del Señor, ni reconciliación... Sin Iglesia, Jesús y su Mensaje no habrían llegado a nosotros, se habrían quedado olvidados en la noche de los siglos pasados. Sin moral, sin seguimiento a Jesús, no hay vida: ni hay ni habría habido nunca cercanía del hombre al Señor Resucitado, que es Camino, Verdad y Vida:

Habría, tal vez (es muy dudoso...), palabras cristianas, una filosofía, una ideología, un sistema de creencias...; pero todo ello vacío de vida, vacío de una existencia humana inserta en la vida de Jesús, en su muerte y resurrección; todo ello vacío de una existencia liberada de la esclavitud del pecado y de la muerte. No se puede «creer» sin «seguir» a Jesús, sin imitar a Jesús, sin cargar con la cruz, sin aceptar su yugo suave y su carga ligera. Son necesarios los frutos, construir sobre roca, escuchar y cumplir la Palabra de Jesús y no simplemente oírla, como tantas veces hacemos.

Hay que decir, y sobre todo comprender, que la exigencia de amar a los pobres y a los marginados es un elemento plenamente constitutivo de una verdadera moral cristiana. La moral cristiana entrafia necesariamente una obediencia a la vocación de amar, que es propia de todo hombre de fe. Y no se puede amar a Dios sin amar al prójimo. No se puede amar al prójimo, sin amar a los pobres y a los enemigos.

El hombre puede optar por la vida o contra la vida, puede optar por desarrollarse en plenitud o renunciar a vivir. En todo caso, la vida está en la aceptación del proyecto del Padre: el amor a Dios y a los hombres (Mt 22, 34-40). Ahí se concentra la ley. Esto es lo que la Iglesia tiene que ofrecer a los cristianos y a los no cristianos, que tantas veces dudan perplejos. El cumplimiento de esta voluntad de Dios es lo que se constituye en el objeto de la petición diaria para el hombre creyente: «Venga tu Reino; hágase tu voluntad» (Mt 6,10).

La revelación bíblica, cuya plenitud es Jesucristo, nos habla tanto de Dios en sí mismo cuanto de su proyecto en favor nuestro. El Dios de la revelación se hace presente en los combates en favor del hombre. Así sucedió desde que Moisés se encontrase con Dios para la liberación de su pueblo. Y sigue siendo verdad todavía hoy. Es el mensaje central del Evangelio, que nos ofrece la verdad de Dios en su relación con la historia humana y el camino que la Iglesia debe emprender para conseguir su vida plena. Dicho más claramente: también la comunidad cristiana tiene que ser evangelizada por el Dios de Jesucristo, que, según San Juan, «es amor» (1 Jn 4, 8.16).

El mensaje central, y se puede decir único, de la revelación bíblica, está relacionado con la «justicia». En la Biblia, Dios aparece realizando justicia a los oprimidos y se le describe diciendo que hace justicia a los pobres (cf. Ex 6, 6-7; Jer 9, 25; Os 10, 12...).

Dios se precisa como exclusivamente cognoscible en el clamor del pobre y del débil que pide justicia, y se caracteriza por su actuar como una interpelación, un imperativo a la justicia interhumana.

Los profetas bíblicos llegan a afirmar de manera sorprendente que «conocer a Dios» es practicar la justicia y que trabajar por rectificar la situación injusta en que los pobres sufren la humillación es realizar la justicia de Dios para con los pobres:

«Tu padre hizo justicia y equidad.

Juzgó la causa del cuitado y del pobrecillo.

¿No es esto conocerme? —oráculo de Yahveh—.

(Jer 22, 15-16; cf. Os 4, 1-2, 6,6).

Esta defensa de los derechos de los pobres está ligada a la esencia misma del Dios revelado. Pues bien, el Dios bíblico es un Dios de todos, un Dios que ha creado un mundo para todos, un Dios justo. Un Dios que es precisamente fidelidad amorosa o amor fidelidad, amor y libertad. Los pobres, por su parte, son los que pagan las consecuencias de la no realización del plan de Dios en favor de ellos. Y pagan las consecuencias por haber sido abandonados, marginados y hasta explotados y oprimidos. Por consiguiente, en los pobres está en cuestión la causa de Dios: «Dios favorece a los pobres no porque les deba algo, sino porque se hace su defensor y protector; está en juego en ello su justicia real».

Sólo desde esta perspectiva de los profetas se puede comprender la opción de Dios por los pobres. Paradójicamente, la imparcialidad de Dios para con todos sus hijos, que quiere que todos disfruten de los dones que gratuitamente les ha dado, se convierte así en parcialidad de Dios para con los empobrecidos y explotados. «Dios se revela a los hombres en una situación que no es humanamente neutral, sino en una situación de profunda y clamorosa injusticia, en una situación en que unos son ricos precisamente porque otros son pobres. Ahora bien, si en una situación así, Dios se revelase como el Dios de todos, entonces estaría claro que no es el Dios de todos, sino el Dios de los favorecidos y privilegiados... Por el contrario, Dios se revela como el Dios de los pobres, para decir así a los ricos y a los pobres que Él es el Padre de todos. Y, porque es el Padre de todos, no quiere ni consiente que unos dominen sobre otros, o sea, no quiere que haya ricos y pobres».

Así pues, la justicia y el amor en favor de los pobres, no es ni mucho menos marginal para los cristianos, sino nuclear. Y lo es por el hecho de estar íntimamente vinculado al centro del misterio del Dios revelado. La Iglesia, la comunidad cristiana, tendrán que dejarse evangelizar entonces por el Dios que opta decididamente por los pobres; por el Dios que no se queda indiferente, sino que

hace justicia en favor de aquellos que sufren la injusticia, la marginación, la explotación y la opresión por parte de otros hombres. La Iglesia evangeliza cuando ama a los pobres y es también evangelizada por los hombres en cuanto ama a los pobres.

Dirijamos ahora nuestra mirada a Jesús de Nazaret. Y descubriremos que resulta imposible ignorar su predilección por los pobres.

No hay duda ninguna, el Evangelio tiene un punto referencial clave: los pobres. Por eso el Espíritu del Señor ha ungido a Jesús «para anunciar a los pobres la Buena Nueva, para proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19).

Este texto, programa mesiánico de la acción liberadora y salvadora de Cristo, contiene toda la moral, toda la política, toda la mística de Jesús de Nazaret referente a los pobres. Jesús explicitará y realizará su contenido durante su vida a través de su amor y su defensa en favor de los desdichados (cf. Lc 7, 18-23).

La Buena Noticia que Jesús proclama a los pobres, es el anuncio de la llegada del Reino de Dios. Decir a los pobres que «el Reino de Dios es vuestro» significa que la intervención de Dios en la historia —por la que ejerce efectivamente su «justicia real», tomando la defensa de los pobres y dándoles la salvación— ha llegado. Esta intervención escatológica de Dios sitúa a los pobres en una nueva situación: «¡La salvación ha llegado a los pobres!».

El proyecto de Jesús supone, en definitiva, crear un mundo fraterno donde tengan sitio aquellos a quienes la sociedad actual se lo niega.

Así pues, en Jesús de Nazaret era el mismo Dios quien optaba por los pobres. En esta opción, los cristianos tenemos que encontrar la razón última por la cual también nosotros debemos estar con los más pobres de la tierra.

Cuando María alaba a Dios en el «Magnificat», porque la salvación tanto tiempo esperada ha llegado, se hace eco del proyecto salvador de Dios con palabras proféticas:

«Derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1, 52-53).

La Iglesia, la comunidad cristiana, tendrán que dejarse evangelizar por el Dios que en Jesús de Nazaret proclama la llegada del Reino en el que los primeros beneficiarios son los más pobres y los más olvidados de la sociedad. Un Reino que exige a la Iglesia conversión clara a los pobres y compromiso en la transformación de las causas que generan su pobreza. Sólo así los marginados y excluidos de la sociedad percibirán que el Evangelio que vive, anuncia y transmite la Iglesia, es «Buena Noticia», gozo para ellos. Y si es buena noticia para ellos, con más razón lo será para los demás, para todos los hombres.

La lógica de la Revelación en cuanto al amor es un elemento nuclear en el Mensaje del Señor-Jesús. No se puede amar a Dios, a quien no vemos, sin amar al prójimo a quien vemos (cf. Jn 4, 20-21); o, si se quiere, no se puede amar a Dios sin amar a Cristo-Jesús; no se puede amar a Cristo-Jesús sin amar al prójimo (cf. 1 Jn 4, 7-20), y no se puede amar al prójimo sin amar al pobre, al pequeño, al marginado (cf. parábola del Juicio Final: Mt 25, 31-46). Pero esta «escala de realización del amor» no es reductible a leyes: lo que está en juego no es tanto un mero precepto jurídico cuanto un «ser amor» como Dios es amor (cf. 1 Jn 4, 7): se trata de ser buenos del todo o intentar ser perfectos como es bueno o perfecto nuestro Padre del Cielo (cf. Mt 5, 48).

Y el amor cristiano al prójimo y la justicia no se pueden separar. Porque el amor implica una exigencia absoluta de justicia, es decir, el reconocimiento de la dignidad

y de los derechos del prójimo. La justicia, a su vez, alcanza su plenitud interior solamente en el amor. Siendo cada hombre realmente imagen visible del Dios invisible y hermano de Cristo, el cristiano encuentra en cada hombre a Dios y la exigencia absoluta de justicia y amor que es propia de Dios (Sínodo de los Obispos, 1971).

Separar la caridad cristiana y la justicia, sería un malentendido fatal, la perversión misma del amor cristiano, que quedaría así vacío del contenido concreto. La justicia es precisamente la primera exigencia de la caridad. Amar al prójimo significa respetar con los hechos al prójimo en su dignidad personal y en sus inalienables derechos, si no se quiere reducir el amor a la vaciedad estéril de un sentimiento.

En clave cristiana, no puede haber amor, no se puede amar, sin cumplir las exigencias de la justicia, que será siempre lo mínimo debido al hombre, y tampoco pueden cumplirse plenamente las exigencias de la justicia si no es desde la plenitud de un amor, que busca el bien completo del hombre más allá de unas relaciones meramente formales, en las que la persona queda reducida a ser un sujeto anónimo de derechos, una pieza más en el tablero de la vida social, en lugar de un ser de valor infinito.

Por eso mismo, el hombre que vive su fe en Cristo como amor y servicio al prójimo, el cristiano auténtico, no puede limitarse a observar sus deberes de justicia, sino que, yendo más allá de ella, debe comprometerse seriamente en favor de los hermanos oprimidos, de todos los que padecen la injusticia. Ser cristiano, ser discípulo de Cristo, consiste en amar a los hombres, a todos los hombres, por Cristo y como Cristo. Y quien les ama de verdad no puede menos de empeñarse por su liberación de la injusticia, cualquiera que sea el campo en que ésta se concreta (económico, social, político, nacional, internacional); no puede menos que poner su amor allá donde aparecen las víctimas de la falta de amor entre los hombres, donde aparecen los pobres, los marginados, los oprimidos, es decir, los inferiorizados. Esto exige de no-

sotros un cambio profundo de mentalidad y de actitudes, una verdadera conversión. El cristiano no puede continuar despreocupado ante la situación, en sí misma injusta y no querida por Dios, de los marginados y oprimidos. Por amor intentará construir la justicia. Desde su concepto de justicia, intentará construir un amor que impulse a la humanidad a la igualdad, a la solidaridad, a la fraternidad. Si el amor a los hombres es el gran mandamiento de Cristo, el egoísmo y las injusticias son el gran pecado del mundo, la negación de Cristo, la negación de Dios y, por ello mismo, la negación del hombre tal como Dios lo ha creado y como es amado por Dios.

Una caridad sin justicia es, a la vez, una mentira, un engaño y un contrasigno: en una palabra, es pecado. Pero una justicia sin caridad es insuficiente del todo para construir una sociedad verdaderamente solidaria, fraterna, en la que el hombre sea mucho más que una pieza relativamente satisfecha y no quede frustrado, roto, en sus aspiraciones fundamentales de ser persona humana en su plenitud de sentido.

Una justicia sin caridad, sólo dará una única oportunidad (que podrá ser incluso meramente legal, pero no real) para que el pobre o el marginado se autoconstruyan en su dignidad perdida. Una caridad auténtica producirá una justicia que ofrezca siempre mil oportunidades, al pobre y al marginado, para que puedan volver a empezar la aventura de reconstruir su vida y su dignidad perdida.

Por eso mismo, una política social que sólo busca la justicia y margina un amor comprensivo y solidario, acaba por dejar en la cuneta de la vida social, abandonados a su suerte, a todos aquellos, o que no son capaces de salir de su indigencia, o a los que no alcanzan el presupuesto del Gobierno. Una política social que integra en la justicia un amor solidario, nunca permitirá que queden abandonados a su suerte los incapaces de autopromoverse, los reincidentes en la miseria, los no rentables, política, social y eco-

nómicamente hablando, o los que cuestan un dinero que hay que sustraer de otros capítulos del presupuesto cuyo objetivo, al fin y al cabo, no son la subsistencia y la dignidad de unos seres humanos. Una política social o económica que dice buscar la justicia despreciando el amor, acaba por ser una política que sólo favorece a los ricos.

Un político que habla mucho de justicia, pero que es incapaz de amar a todos y cada uno de los ciudadanos, jamás debería dedicarse a la política. Y ello, no por razones religiosas, sino simplemente por razones humanas: nunca sabrá lo que es el bien común y, por lo tanto, nunca lo administrará con justicia, es decir, al final será un administrador injusto que tiene, además, el corazón de piedra, incapaz de amar a los que más lo necesitan.

La comunidad cristiana «no tiene sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Noticia», afirma Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi* (EN 15; cf. EN 24). La evangelización es siempre irradiación, comunicación de la experiencia de salvación que vive la comunidad cristiana. Por eso, la Iglesia —después de dejarse evangelizar por Dios, que hace justicia a los pobres; por Dios, que «es amor», y por Jesucristo, ungido por el Espíritu «para anunciar la Buena Noticia y proclamar un año de gracia del Señor»— evangeliza, a su vez, anunciando y viviendo la caridad fraterna en una sociedad donde las relaciones son, con frecuencia, utilitarias, interesadas, competitivas e incluso opresoras, y donde van aumentando el individualismo, el consumismo, la ostentación, la insolidaridad, la exclusión y el anonimato de las personas.

Esta es la razón de que difícilmente podamos hablar de Cáritas y comprender Cáritas, sin tratar de la misión de la Iglesia y, dentro de ella, de la exigencia del amor, no ya sólo para cada cristiano, sino para la comunidad cristiana en cuanto tal.

La Iglesia es el Pueblo de Dios: «Cristo Mediador único, estableció su Iglesia santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad, para comunicar a todos la verdad y la gracia» (LG 8). La Iglesia es, pues, comunidad, comunidad activa y salvadora: el cristiano se salva, salvando. Por ello a la Iglesia hay que verla, comprenderla y vivirla como comunidad activa de salvación.

Esta es la razón de que pueda afirmarse la solidaridad radical de todos los cristianos en la salvación.

«En todo tiempo y lugar son aceptos a Dios los que le temen y practican la justicia (Hech 10, 35). Sin embargo, quiso el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente» (LG 9).

«Constituida por Cristo en orden a la comunión de vida, de caridad y de verdad, es también para El empleada como instrumento de la redención universal y es enviada a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra» (Mt 5, 13-16; LG 9).

Para ello recibió la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de colaborar para establecerlo en medio de todas las gentes y de constituir en la tierra el germen y el principio de este Reino.

Para llevar a cabo esta misión, la Iglesia realiza, desde el mismo día de Pentecostés, la proclamación de la Buena Nueva por excelencia, el anuncio del Kerigma, es decir, el anuncio de la muerte y resurrección de Cristo, conduciendo así a los hombres a la fe y al bautismo.

Por ello la proclamación de la Buena Nueva viene a ser la primera acción de la Iglesia en cuanto Iglesia.

De esta manera se constituye activamente la Iglesia, la cual, reunida en la fe por la proclamación evangélica, santificada por el bautismo que sella esta proclamación, se vuelve ella misma evangelizadora, a través de un testi-

monio que surge de ella misma, de su conducta y de su vida. Así nos aparece la Iglesia desde su mismo inicio impulsada por el Espíritu Santo (Hech 2, 42).

Esta vida de la comunidad cristiana se caracteriza por la realización de acciones que son al mismo tiempo valores de la evangelización, es decir, que le dan valor de testimonio cristiano: la acción profética, la acción litúrgica y la acción hodegética.

Estas acciones son acciones de Iglesia en cuanto tal, de las comunidades cristianas en cuanto tales. Se deben distinguir, por tanto, de las acciones individuales de cada cristiano, aunque todos y cada uno de los cristianos participen o deban participar de ellas y en ellas.

Cada una de estas acciones por separado, además, no son capaces de dar un testimonio eclesial y cristiano, evangelizador, completo. Puede decirse que la Iglesia no aparece como tal Iglesia, no ofrece su testimonio evangélico y evangelizador, más que en la medida en que realiza y hace participar a sus miembros de estas tres acciones. Solamente por la manifestación simultánea de estas tres acciones comunitarias, la Iglesia da su testimonio al mundo, proclama las maravillas del Señor y la vida de la comunidad cristiana alcanza su valor de signo (el signo del Espíritu que vive en ella, como en la mañana de Pentecostés) y puede proclamar ante el mundo la Buena Nueva de salvación: Jesús ha muerto y resucitado; arrepentíos y bautizaos.

Insisto en que me estoy refiriendo a acciones de la comunidad eclesial en cuanto tal. Desde esta perspectiva, si la Iglesia sólo hace catequesis, o sólo predica, o sólo enseña y, al mismo tiempo, no reza, no celebra la fe en la liturgia y no se solidariza con los pobres, no comparte bienes con ellos, el cristianismo acaba apareciendo como una simple «filosofía», o como una simple «doctrina», o como una ética más, pero no como un mensaje, como una revelación de Dios. Si la Iglesia sólo se dedica a rezar

y a celebrar la Eucaristía y los sacramentos, y, al mismo tiempo, no catequiza, no proclama la Palabra, no anuncia la Buena Noticia y no denuncia el pecado, no expone la Historia de la Salvación, no se solidariza con los pobres y no comparte los bienes con ellos, el cristianismo acaba apareciendo como una «mística de evasión», como si fuera una de tantas religiones orientales. Si la Iglesia sólo se dedica a solidarizarse con los pobres y a compartir bienes con los pobres, incluso a luchar por la justicia, pero al mismo tiempo no catequiza, no anuncia la Buena Noticia, no denuncia el pecado y no expone la Historia de la Salvación y la Revelación en su totalidad, no proclama la persona y el Mensaje de Jesús, no reza, no celebra la fe, el cristianismo acaba apareciendo como una ideología más en competencia con otras ideologías, como «una política», como un grupo activista o filantrópico, como uno de tantos sindicatos. Es en el equilibrio de las tres acciones, realizadas y participadas por todos los cristianos, como la Iglesia encuentra su ser misionero, su ser evangelizador auténtico, su verdadera identidad, es decir, su existir en el mundo como el Señor, no para ser servido, sino para servir y dar vida.

III

PROPUESTAS CONCRETAS

La Iglesia, misterio de amor, porque es misterio del Cuerpo de Cristo, tiene la misma misión que el Señor y, en consecuencia, debe restaurar el orden roto por el pecado, llevando la salvación de Dios a los hombres.

Para ello, y entre otras acciones, debe:
 — ofrecerles el Evangelio para que se encuentren con la Persona de Jesús, se conviertan y acepten el bau-

tismo mediante el cual, integrándose en la muerte y resurrección del Señor, se hagan amor, como Dios es amor;

— testificar la presencia del amor de Dios en el mundo «para que el mundo crea» mediante una respuesta de amor de cada comunidad cristiana a la llamada que significa la pobreza como reto lanzado por el pecado en forma de injusticia, de insolidaridad, de egoísmo, de alienación del prójimo...

Es importante que el primer signo que ofrezca la Iglesia sea el signo de lo que ella es: una comunidad de amor fraterno que se presenta ante los hombres como una expresión provisional del Reino de Dios. En ella los cristianos comparten su fe y sus bienes, rezan y celebran la Eucaristía, centro y cumbre de toda la vida cristiana; dan gracias al Padre; crean una comunión de vida; escuchan la Palabra; actúan en favor de la solidaridad y la justicia, y se encuentran inequívocamente comprometidos con la causa de los pobres. El evangelizador, que anuncia la llegada del Reino, podrá decir: ¡Ved cómo vive una comunidad de cristianos! La acción evangelizadora verificará entonces el contenido del anuncio del Reino. Y los destinatarios de la Buena Noticia, llenos de admiración, podrán exclamar: «Mirad cómo se aman».

Con la Eucaristía como centro de la comunión y de la vida cristiana, un segundo signo que debe dar la comunidad cristiana es el servicio caritativo, expresión del compromiso que la fe y la esperanza crean en favor de los pobres.

No deja de ser curioso constatar que hasta la *Sollicitudo rei socialis* el magisterio de la Iglesia no había relacionado nunca en un mismo documento la liturgia y la justicia. Parece como si hasta entonces se trataran de dos mundos distintos. Y, sin embargo, existe una relación clara entre acción litúrgica y servicio caritativo, y existe desde la Revelación misma del Nuevo Testamento (deberá

hablarse, incluso, de que ya existe en toda la tradición profética del Antiguo Testamento).

Sabemos que el fundamento de la celebración cristiana es la fe común y comunicativa de los discípulos de Jesús. Y estamos convencidos, igualmente, de que cada celebración revela una concepción de la Iglesia, una ecle-siología, podríamos decir. Hasta el punto esto es cierto que se puede afirmar: «Dime cómo son tus celebraciones y te diré cómo es tu Iglesia».

Toda celebración es igualmente expresión del deseo fundamental de estar en comunión. Por eso, en una celebración, más que en ningún otro lugar y momento, es donde el hombre nutre su ser social y al mismo tiempo le hace cobrar conciencia del grupo al que pertenece. En nuestro caso, la celebración cristiana nos permite a los discípulos de Jesús reafirmar la importancia de nuestra relación con Dios en la vida y sentir juntos el efecto de esta relación en nuestra existencia cotidiana.

En ningún caso, la celebración de la Eucaristía —de toda celebración sacramental— puede ser evasión o refugio en «lo divino», como contrapuesto a lo humano.

Exige, por el contrario, la vida comprometida en favor de los hombres; la vida en la que se rompen las barreras sociales y se eliminan las divisiones; la vida en la que se trabaja seriamente por la paz, la unidad, la justicia; la vida en la que se busca sinceramente la reconciliación y el perdón. Se puede, y se debe, decir que la Eucaristía es la identificación de la vida del cristiano con Jesús para hacer lo que El hizo y vivir como El vivió: amor al hombre, para hacerle verdaderamente libre y liberador de sus hermanos. De ahí nace el distintivo de la comunidad creyente. Y el símbolo que expresa ese distintivo es la Eucaristía. Sin embargo, no hay que idealizar las cosas indebidamente. La celebración de la Eucaristía también puede realizarse donde falta amor y solidaridad, y no sólo en una comunidad ideal y perfecta, a condición de

que nunca se prescinda de intentar con sinceridad y realismo intensificar ese amor y esa solidaridad.

De las relaciones entre la acción evangelizadora y la acción litúrgica, por una parte, y el servicio, por otra, se puede concluir que si en la comunidad cristiana falta todo esfuerzo contra la pobreza, contra la desigualdad, contra la injusticia, si no se da la opción por los pobres, no sólo ha fallado el servicio, también ha sucedido lo mismo con la evangelización, que se habrá convertido en palabrería vacía, y con la liturgia, que se habrá convertido en «culto al culto» o en «culto al rito» como expresión de un egoísmo «pseudo-religioso» o meramente «estético». Se habrá venido abajo toda la acción evangélica de la comunidad cristiana. Así pues, el ministerio de la caridad verifica la autenticidad cristiana de la acción evangelizadora de la comunidad cristiana y de su misma liturgia.

La Iglesia es una comunidad de caridad.

Por eso, tiene que presentarse ante la sociedad dando un testimonio de amor fraterno y solidario. Si la opinión pública no la percibe así, quiere decirse que a la comunidad cristiana le falta ese testimonio o no es capaz de disipar ciertos malentendidos. Las declaraciones y las llamadas tienen su importancia. Pero sólo las realizaciones las verifican.

No se puede olvidar: la caridad es la expresión visible y creíble de la Iglesia como Iglesia del Señor y no de una asociación, agrupación o una secta religiosa: «En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros». «No amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad» (cf. Jn 13, 35; 1 Jn 3, 18).

Existe un ministerio personal o individual de la caridad, que todo cristiano debe ejercer si no quiere ser infiel a la fe en el Dios que profesa, en Dios que es amor. Pero

hay igualmente un ministerio comunitario de la caridad que la comunidad cristiana tiene que ejercer. A través de Cáritas y, con ella y en ella, de otras instituciones de tipo caritativo, se tiene que concretar el sentido y el contenido de la Iglesia en cuanto comunidad de caridad.

El problema pastoral, en último extremo, está en cómo visualizar en este mundo, en el interior de la historia, en el seno de la sociedad de hoy, el amor de Dios al hombre y, particularmente, al pobre. Como dirán los Padres, a falta de milagros, el signo por excelencia del amor de Dios presente en la comunidad cristiana será el amor a los pobres. La Iglesia, y toda su pastoral, deberán intentar siempre hacer visible, a través de su propio amor a todos y, particularmente, a los pobres, el amor de Dios a los hombres y, particularmente, a los pobres.

La solidaridad, que cada día se ve más necesaria para superar la situación de injusticia que hoy sufre nuestra sociedad, recibe nuevo impulso de la fe cristiana:

«El prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos e igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatado por la sangre de Jesucristo y puesto bajo la acción permanente del Espíritu Santo» (SRS 60). En esa mirada contemplativa sobre la persona humana brota la caridad, «ágape», o amor gratuito, que define tanto a un corazón solidario como a una comunidad solidaria.

Esta práctica evangélica de solidaridad será la única forma de ejercer, como Iglesia y como cristianos, nuestra responsabilidad para con los pobres, denunciando al mismo tiempo la perversa lógica del sistema inhumano establecido.

A esta práctica de solidaridad histórica y sin fronteras, llamamos «DIACONIA», servicio de la caridad (cf. SRS 40), de una caridad que es participación del amor de Dios misericordioso y defensor de los pobres;

que inspira una nueva justicia evangélica y va más allá de lo justo legalmente; que aporta liberación a los pobres y denuncia las obras malas de las tinieblas; que tiene una clara incidencia política porque busca el Reino de Dios, otro «gobierno del mundo» que no deje ya espacio a la marginación de ninguna persona humana; que demanda «examinar las relaciones de cada hombre consigo mismo, con el prójimo, con las comunidades humanas, incluso con las más lejanas, y con la naturaleza» (SRS 38).

Ya las primeras comunidades cristianas, y como exigencia de su fe celebrada en la Eucaristía, practicaron esa diaconía, compartiendo sus bienes con otras comunidades más pobres y creando ministerios para atender debidamente a los hermanos más necesitados de su propia comunidad (cf. Rom 15, 26; 1 Cor 8, 12; 16, 1-4). La atención a los necesitados era preocupación prioritaria de la comunidad cristiana. A lo largo de la historia y como dones para la Iglesia universal, el Espíritu ha suscitado en las Iglesias particulares numerosos carismas y movimientos al servicio de los pobres en distintas épocas y diferentes situaciones sociales (cf. CA 49).

Desde ese criterio evangélico, el determinante y objetivo último del servicio a los pobres, debe ser la liberación integral de la persona humana (CA 59. *Testigos del Dios vivo*, 60). Y en esa preocupación tiene que haber una íntima conexión en la comunidad cristiana, que se concreta en la Iglesia particular presidida por el obispo. Dentro de su contexto social, cada Iglesia particular debe ser testigo de Jesucristo y ejercer la diaconía en favor de los pobres.

Para ello, el Espíritu suscita distintos carismas e impulsa distintos grupos que aportan su peculiaridad. Pero todos ellos deben proceder teniendo por objetivo la «liberación integral» de las personas y movidos por el Espíritu, que articula inseparablemente compasión eficaz y apuesta por una sociedad más justa (cf. SRS 40, 42).

Dada la importancia del servicio a los pobres en cada Iglesia particular, es coherente que los obispos se preocupen de garantizar la diaconía de la caridad como garantizan el servicio de la Palabra y de la liturgia. Para eso han creado «Cáritas», organismo ordinario y oficial en cada diócesis, reconocido a nivel nacional por la Conferencia Episcopal (Estatutos de Cáritas Española, art. 2). Es el cauce mediante el cual la Iglesia particular no deja la diaconía de la caridad a las iniciativas particulares y donde ella se presenta como fraternidad en la acción de compartir (cf. Hech 2, 41; 4, 42). Es como icono y referencia práctica para los distintos grupos y movimientos que, dentro de la única comunidad cristiana, impulsan y organizan «la caridad social integral» en los distintos ámbitos.

La Iglesia en general y cada cristiano en particular debemos tener un amor de predilección a los pobres, como lo tuvo el Señor y como lo encargó a sus seguidores. En nuestro tiempo, tanto la jerarquía como los teólogos y pastoralistas han concretado esta actitud en la llamada «opción preferencial por los pobres y por los oprimidos».

Para testimoniar este estilo de vida y vivir una auténtica espiritualidad de la pobreza evangélica y de la solidaridad, los cristianos seguimos el ejemplo de Jesús.

La razón de ser de las Cáritas en el seno de nuestras comunidades es la opción preferencial por los pobres. «Esta es una opción o forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la que da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Jesús, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que en coherencia se deben tomar en lo que se refiere a la propiedad y el uso de los bienes» (SRS 42).

En la complejidad y riqueza de la tarea evangelizadora de la Iglesia, Cáritas no puede olvidar la responsabili-

dad que le incumbe de ser instrumento para que nuestras comunidades cristianas realicen una evangelización completa, puesto que «la denuncia de los males y de las injusticias pertenece también a este ministerio de evangelización en el campo social, que es un aspecto de la función profética de la Iglesia» (SRS 41).

La necesidad de Cáritas surge también no sólo por razones teológicas, sino desde un planteamiento serio de la necesidad de evangelizar, por parte de la Iglesia, de cada comunidad cristiana, de cada discípulo de Jesús.

La Iglesia, en su pastoral, tiene que recuperar las grandes dimensiones de la moral de Jesús en lo que se refiere a la solidaridad: el Sermón del Monte, la llamada al perdón de los enemigos, la parábola del Juicio Final y esa dura denuncia profética contra la alienación del hombre que suponen las palabras del Señor, «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

En la sociedad actual y frente a la atención de un formalismo religioso o de una evasión espiritualista que sean una solución pragmática y egoísta a los problemas de las carencias afectivas, tan características de nuestra sociedad, esa evangelización a la que acabamos de referirnos, y pensando en la centralidad del amor a los pobres y marginados, como expresión privilegiada del amor al prójimo por amor a Dios, dentro de la moral cristiana rectamente entendida, debe redescubrir y proclamar intensamente aquellos aspectos del mensaje del Señor que pueden evitar el actual reduccionismo de la moral, especialmente cuando el amor al prójimo y, particularmente, el amor a los pobres y a los enemigos (el egoísmo individualista y la agresividad son dos constantes en el comportamiento actual) se han convertido en pura verborrea vacía, en una especie de algarabía o «logorrea», en afirmaciones estereotipadas, que están de moda, que apenas nunca se convierten en gestos concretos, salvo en la casi inevitable limosna circunstancial.

Tras lo dicho, está el problema, todavía sin resolver, de que, de hecho, la pastoral de la Iglesia, en cuanto tal Iglesia, se identifica, hoy, por la catequesis y por la liturgia, casi exclusivamente. Y hay que reconocer humildemente que no faltan razones para ello. Lo más significativo de la acción pastoral de las parroquias es, fundamentalmente, la Eucaristía y los sacramentos. En función de ellos, ha crecido últimamente el ministerio catequético. En algunos casos —no demasiados—, se ha comenzado a desarrollar un ministerio de la Palabra no necesariamente orientado en función de los sacramentos. Y en muy pocos casos se da una cierta importancia —casi residual— al compromiso en favor de los pobres, en favor de la justicia, y al compromiso temporal en orden a la construcción de un mundo en sintonía con los valores del Reino de Dios y de su justicia.

No sabemos lo que nos diría un buen análisis objetivo del hecho. Pero tal vez (no lo afirmo) pusiera de manifiesto la correlación existente entre las acciones prioritarias en nuestras parroquias y los cauces más eficaces para la obtención de recursos económicos. Tal vez también podríamos descubrir cómo coincide la abundancia de recursos de todo tipo (humanos, económicos, asociativos, presencia de órdenes religiosas, locales, etc.) y la mejor calidad de los mismos, con las zonas socio-económicas más elevadas de la población.

Hablo de parroquias conscientemente y sabiendo que estoy omitiendo toda referencia a los movimientos apostólicos. Pero no debemos olvidar que la parroquia es la institución que visibiliza más significativamente a la Iglesia, en tanto que los movimientos apostólicos (especialmente valiosos para una pastoral evangelizadora, precisamente por su capacidad para dar respuestas evangélicas especializadas a unos ambientes sociales caracterizados por su especialización funcional; especialmente valiosos, también, por haber asumido en una unidad coherente pa-

labra, celebración y testimonio, y, dentro del testimonio, la opción por los pobres) dan una imagen, en la opinión pública, de meras asociaciones (no pocas veces simplemente toleradas en la Iglesia...; con frecuencia, desgraciadamente, marginadas o marginales) muy poco expresivas, numéricamente hablando, frente a la pastoral territorial que se concreta en las parroquias.

Otro aspecto a resaltar es el que se refiere al modo cómo se realiza la solidaridad de los cristianos con los más necesitados.

De una parte, predominan la limosna o los servicios, que, aunque se llamen sociales, generalmente son benéfico-sociales. No se tiene en cuenta —y ello es grave además de importante— que la limosna, en tiempos pasados, tenía un profundo sentido humano-relacional, de simpatía, puesto que se situaba en el seno de unas relaciones primarias (como eran las rurales o las de barrios) en tanto que hoy puede convertirse en un acto de relación anónima, humillante, paternalista o, si se quiere, en un factor desencadenante de toda una picaresca (incluso organizada como «negocio»: caso de las peticiones en los semáforos), o de una funcionalidad deshumanizante, tanto para el que la da como para el que la recibe. De otra parte, hoy, quien protagoniza la acción caritativa suele ser, casi siempre, el sacerdote, o un profesional social, o un «aficionado» más o menos bien preparado. El problema está en que todas estas personas acaban por percibirse como profesionales (en el mal sentido de la palabra) de la caridad (también en el mal sentido de la palabra) y no como «los diáconos» (en el buen sentido de la palabra), que atienden fraternalmente (en el buen sentido de la palabra), en una acción que se sitúa en el contexto de una lucha simbólica (no política, necesariamente) (sigo la terminología de González Faus, S.J.) en favor de la justicia social, y que transmiten, con unos bienes (que no siempre ni necesariamente serán económicos) que intentan promover integralmente la persona del necesitado (y su contexto: social, familiar, de clase...), el

amor no tanto personal suyo cuanto el amor y la solidaridad de la comunidad cristiana entera.

La acción caritativa y social de la Iglesia debe entrañar necesariamente una opción, llena de amor y de solidaridad, por los más pobres y marginados, por parte de la comunidad cristiana en cuanto tal y en su totalidad. El mundo de hoy no entiende, aunque los valore, los gestos individuales. Uno de los elementos más críticos para la fe es la mediación eclesial. De ahí que el amor a los últimos de este mundo, a los no rentables de este mundo, como signo de la gratuidad del amor de Dios y del amor igualmente gratuito de los cristianos, tiene que visibilizarse, significarse, hacerse creíble, desde la comunidad en cuanto tal, desde la Iglesia en cuanto tal, concretada en sus diferentes niveles comunitarios (fundamentalmente, diócesis y parroquia).

Esta será la razón fundamental de la necesidad de que exista Cáritas. Pero Cáritas —tal como la define la Conferencia Episcopal— como la comunidad cristiana que, además de escuchar y proclamar la Palabra y de celebrar la fe, además de rezar y testificar con su vida el Evangelio, se solidariza con los pobres desde un amor real por ellos, ya que sabe, por la fe y la Revelación, que son «sacramento de Cristo». Por ello, Cáritas-diaconía no debe faltar nunca allá donde se celebra la Eucaristía y se proclama la Palabra. Y su carácter instrumental o diaconico la debe perfilar como un signo expresivo del amor de toda la comunidad y no como un simple servicio social más o menos bien realizado por un equipo marginado de los demás ministerios, o como una simple asociación de personas de «buen corazón» a las que parece preocupar la pobreza por razones personales, pero que en modo alguno representan la Iglesia en cuanto tal.

El texto conciliar de la *Lumen gentium* es una expresión clara de lo que estamos afirmando:

«Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo *la Iglesia* está destinada a recorrer el mismo camino, a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo (Fil 2, 6), y por nosotros se hizo pobre, siendo rico; así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos (Lc 4, 18), para buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10); así también *la Iglesia* abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo».

Cáritas, en cuanto es servicio de la Iglesia, es servicio al mundo: debe mostrar al mundo los caminos del amor, de la solidaridad, de la justicia, de la fraternidad, de la reconciliación, y los debe mostrar con signos que el mundo pueda comprender. Pero difícilmente podrá mostrar esos caminos si el amor no es una realidad significable en la vida de la comunidad cristiana. *De aquí nace una primera exigencia de la acción de Cáritas*: crear una conciencia en la comunidad cristiana, de la ineludible necesidad de que comprenda (de que comprendan todos y cada uno de los cristianos) que sólo desde un ser amor (en su dimensión de plenitud cristiana) los actos de amor pueden tener un significado salvífico. Es la idea que late en el capítulo XIII de la Epístola a los Corintios: «Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha».

Cáritas no puede ser una gestoría de transmisión de bienes. Su acción debe dimanar e insertarse en todo el nú-

cleo de la realización del amor de Dios en la comunidad. Cáritas no es sólo un canal transmisor que recoge los bienes de unos individuos, más o menos desprendidos, y se los pasa a otros individuos, más o menos necesitados. Esta transmisión debe situarse *en el interior de todo un clima comunitario* de amor que suponga o entrañe la realización, en mayor o menor medida (plenamente sólo se dará al fin de los tiempos), de las notas del Reino. La acción de Cáritas debe participar de la significación sensible de la salvación que compete a la Iglesia-comunidad.

En este sentido debe ofrecer a las comunidades cristianas unas pistas de autorrealización, para servicio de la humanidad entera, en la dimensión del amor. Podríamos decir que difícilmente puede existir Cáritas donde no se realice comunitariamente la caridad tal como la plantea el Nuevo Testamento: reconciliación (no podemos olvidar que el gran misterio de salvación encuentra uno de sus ejes centrales en la reconciliación del hombre con Dios, del hombre con el hombre y del hombre con el mundo); *amor a los enemigos*, bendecir a los que nos hacen mal; *amor total y radical a los últimos de este mundo*, a los que nadie ama; *fraternidad universal*; *devolver bien por mal*; *justicia*; *liberación* y libertad respecto a toda forma de esclavitud (dinero, egoísmo, violencia, odio, sexo banalizado, envidia, explotación del hombre por el hombre...); *verdad*; *paz* (como superación de toda forma de violencia), etc. De ahí que una exigencia fundamental de Cáritas sea provocar que la comunidad cristiana se realice de tal manera en el amor que pueda realizar después el amor a los necesitados. De lo contrario, este amor no pasará nunca de ser una mera filantropía.

Cáritas sólo puede comprenderse, como diaconía de la Iglesia, en función de la realidad que ella misma anuncia y significa a los hombres. Su existencia no es para sí, sino para los otros, para los indigentes, marginados y explotados.

El hecho de que la Iglesia sea sacramento de la salvación del mundo querida por Dios, hace más exigente la

obligación de Cáritas de transparentar en sus estructuras visibles y en su acción el mensaje y vida de que la Iglesia es portadora en lo que al amor se refiere. De ahí también que haya que engarzar de una manera visible Cáritas y la comunidad a través de lo que es el eje central de ese engarce: la Eucaristía. Cáritas debe ser continua manifestación y continua exigencia de la realización efectiva del precepto del amor en cada comunidad que celebra la Eucaristía. Una Eucaristía sin Cáritas aparecerá como una mera ceremonia que parece no tener nada que ver con la vida humana. Una Cáritas sin Eucaristía aparecerá como «una mera gestoría» sin relación alguna con el Señor y su Evangelio.

Desde esta perspectiva, Cáritas deberá preocuparse de una manera permanente por promover el amor en la comunidad cristiana, y, desde ese amor, dar sentido cristiano a todo amor que pueda darse en el mundo, lo realice quien lo realice, descubriendo así la presencia implícita del plan de Dios allá donde se dé un verdadero amor. Igualmente deberá ayudar a los hombres, cristianos o no, a que descubran por sí mismos las carencias de amor, las omisiones de amor, las rupturas del amor, que retrasan la realización del plan de Dios sobre el mundo.

Este planteamiento de Cáritas tiene sus exigencias para ella misma:

1.^a—Precisamente porque Cáritas se identifica con la Iglesia realizando la acción caritativa todas las asociaciones que realizan esa acción y que desean actuar en la Iglesia son Cáritas, con pleno y absoluto derecho por parte de ellas.

2.^a—Cáritas debe estar plenamente abierta a todas las asociaciones de acción social y caritativa; no cerrarse en una línea determinada que excluya a una o varias de ellas; convertirse en una diaconía de todas ellas; ayudarlas cuanto sea posible, especialmente en lo que se refiere a servicios y programas, dentro de la pastoral diocesana y bajo la presidencia explícita del obispo.

3.^a—Cáritas debe contar con las asociaciones en la elaboración de sus programas, programas que no deben ser tanto de Cáritas cuanto programas diocesanos o parroquiales, es decir, programas de acción caritativa y social de la Iglesia. Y Cáritas debe contar igualmente con las asociaciones a la hora de ejecutar los programas, poniéndose de acuerdo con ellas, coordinando y coordinándose a la hora de realizarse la distribución de tareas, de áreas de acción y de definición de responsabilidades de esos programas, que deben ser, como antes se decía, no tanto de Cáritas cuanto de la Iglesia diocesana y parroquial.

4.^a—Cáritas, como diaconía de la Iglesia, debe respetar al máximo la idiosincrasia concreta de cada asociación jurídica, sus cuadros organizativos, etc.

Podría decirse todavía más. De algún modo, Cáritas debe considerar como propio el conjunto que forman los diferentes elementos constitutivos de cada una de las asociaciones de caridad: su espiritualidad, su forma específica de actuar, sus reglamentos y estatutos, su espíritu fundacional... Por eso mismo que es una diaconía, un servicio de la Iglesia o de la comunidad eclesial, Cáritas no puede identificarse de tal forma con determinada corriente u orientación concreta que excluya radicalmente a otras, salvo que sea una decisión que se tome en perfecto diálogo, en comunión consciente, en pleno acuerdo de Iglesia. Mientras no sea así, debe admitir en su seno todas aquellas orientaciones y tendencias que la Iglesia admite en su vida y que la jerarquía admite como parte de la comunidad.

Lo que tendría que revisar hoy Cáritas, y en especial las Cáritas Diocesanas, es si el desarrollo de su vida, su proceso evolutivo a lo largo de estos casi treinta años, ha respondido a este espíritu o, por el contrario, se ha desvirtuado caminando por derroteros propios de una competitividad poco eclesial y de un exclusivismo poco evangélico. Habría que revisar con profunda humildad la ca-

pacidad demostrada por las Cáritas Diocesanas para abrirse llenas de amor:

— A las parroquias, procurando intensificar seriamente que las comunidades cristianas parroquiales sean no sólo comunidades de fe, de esperanza y de culto, sino también comunidades de amor que saben que celebrar la Eucaristía representa una exigencia insoslayable de amor a los más necesitados, que ha de manifestarse por la CCB, por la construcción de la justicia, por la denuncia profética, por el anuncio alegre de la salvación de Dios para los pobres y oprimidos, por la promoción incansable de movimientos de desarrollo social y comunitario que protagonicen los mismos necesitados.

— A las asociaciones e instituciones de acción caritativa y social de la Iglesia, evitando convertirse en un equipo monopolizador de Cáritas; en un equipo cerrado que no incorpora nuevos cristianos a sus tareas y que permanece idéntico durante años; en un equipo que no abre espacios a los jóvenes que pueden aportar sus críticas y su imaginación creadora; en un equipo de profesionales, más o menos bien situados, que bloquean la posibilidad de evolución de la propia Cáritas, que impiden de hecho el diálogo con las asociaciones, que permiten con su instalación un continuo empobrecimiento de Cáritas como diaconía de la comunidad diocesana (o parroquial).

5.^a—Cáritas deberá vivir en permanente esfuerzo por formar la conciencia de los cristianos, de la comunidad y de todos los hombres de buena voluntad, y también de sus propios colaboradores:

- En la CCB.
- En la Doctrina Social de la Iglesia.
- En la justicia.
- En la solidaridad.
- En la teología bíblica.
- En la pastoral.
- En la sociología y en las técnicas sociales.

- En una pedagogía social.
- En una caridad política.
- En el compromiso temporal.
- En la evangelización de ambientes.
- En el testimonio.
- Etcétera.

Es necesario que Cáritas sea algo más que una organización. Es necesario que se convierta en un proceso de incorporación de todos los cristianos a su ser comunitario y a su actuar comunitario en favor de la construcción del amor y de la justicia en la sociedad, al servicio de los pobres.

La dimensión diacónica de Cáritas no es, para los que realizan una misión en Cáritas, sino un aspecto de su amor a la Iglesia, de su vivir en comunión eclesial.

Servir a la Iglesia es amarla. Servir a la Iglesia con un corazón vacío de amor, es hacer de ella el lugar de un egoísmo colectivo: es como tener constantemente en los labios «la gloria de Dios y la salvación de las almas» cuando en el corazón sólo hay una preocupación por el propio poder y prestigio proyectados en la Iglesia. Los únicos abogados válidos de la acción de la Iglesia y de la Iglesia misma con aquellos que aman y que la aman; y su abogar será el amor con el que ellos cumplen su servicio. La verdad no resplandece más que a través de los rayos llenos de luz y calor, del amor. Los hombres no se acercarán a los sacramentos más que si ellos descubren su eficacia en la comunidad que los recibe; pero toda esta eficacia, en el fondo, se reduce a una sola realidad: la caridad de Dios infundida en nuestros corazones (Rom 5, 5). Sólo aquellos que aman son capaces de hacer de la Iglesia a la que sirven lo que ella debe ser; y sin esto no puede hablarse de servicio a la Iglesia: un medio de salvación para todos, un medio animado por un humilde espíritu de servicio (cf. K. Rahner: *Mission et grace: Au service des hommes*. Maine, Paris 1965, pág. 284).

A menudo los cristianos podemos tener la impresión de estar encerrados en una torre, de ser un partido entre otros, una tradición histórica entre otras tradiciones históricas y de tener que defender, al mismo tiempo que un tesoro inalienable al que el amor mismo —el amor por los demás— nos prohíbe renunciar, nuestras pequeñas costumbres y tradiciones: nuestro propio juicio y con él nuestro orgullo. También a menudo debemos preguntarnos si estamos verdaderamente dispuestos a hacernos «todo con todos» y a ir hacia los otros en lugar de esperarlos, con la condescendencia del hombre satisfecho de sí mismo y de la verdad que posee. Los cristianos, a través de Cáritas, han de ir a encontrarse con los pobres, compartir su vida, sus alegrías y tristezas, dejarse evangelizar por ellos.

Y el colaborador de Cáritas —como todo cristiano— necesita obtener la gracia de ser de aquellos que aman en un humilde olvido de sí mismos, de aquellos que tienen la «debilidad» de olvidarse de ellos mismos, de aquellos que tienen necesidad de los demás y, particularmente, de los pobres. Ello supone el aprender esa humildad sin la que no es posible amar. Amar exige un acercamiento, un «descendimiento» hacia el otro; sin ello, el que nos contempla sin amor, convertirá todo gesto de amor de la Iglesia o del cristiano en un gesto carente de inteligencia y de humildad. La gracia de amar así, sólo se puede encontrar plenamente en el Señor, que ha amado sin límite alguno, hasta el extremo.

Sólo los que tienen la humildad de reconocer sus propios límites (y no solamente los de los demás), son capaces de no degradar las reglas del «sentido de la Iglesia», convirtiéndolas en un fanatismo partidista que rompe el hábito del espíritu y del corazón, sin que ellos se aperciban. Sólo aquellos capaces de amar verdaderamente, son capaces de amar también a la Iglesia. Ya que la Iglesia misma tiene necesidad de amor; precisamente será incapaz de amar aquel que se identifica con ella como un fanático con su partido, en una actitud que, en el fondo, pone de manifiesto más odio que amor.

Todo lo dicho nos dibuja el cuadro de referencia en el que hay que situar al colaborador en un servicio de la Iglesia, en una diaconía, como es Cáritas, de forma que, ni nos hagamos protagonistas de la función que realizamos, ni siquiera hagamos protagonistas de esa función al instrumento que la realiza, a la propia Cáritas: los protagonistas han de ser Dios, la Iglesia y los pobres.

Ni Cáritas, ni sus colaboradores, pueden suplantar a la comunidad cristiana en su papel de sujeto activo, de protagonista, de la acción caritativa y social. Y por idénticas razones debe evitarse el tener como objetivo de las acciones de Cáritas su prestigio institucional: supondría una grave traición a su razón de ser, de existir y de actuar.

Es en este sentido en el que cobra todo su significado el principio de que Cáritas —como todas las diaconías de la Iglesia— no puede reducirse a ser una simple armazón jurídica u organizativa, sino vivir en un continuo «nacimiento», a partir de la vida comunitaria de la Iglesia y de sus movimientos, a partir también de todo verdadero amor que se da en el mundo, como ocurre en toda institución verdaderamente social existente en la tierra.

El sentido último de Cáritas como institución, se encontrará en su «ser signo y testimonio» del amor de la Iglesia por los necesitados y de la existencia de un amor verdadero en el mundo.

Su acción no va a poner de manifiesto las cualidades de unos hombres de buen corazón, sino que va a ser manifestación del amor que alienta en la Iglesia, que ha de ser, al mismo tiempo, amor que alienta en el mundo: todo verdadero amor tiene su origen en Dios, en Dios que es amor.

De ahí que la acción de Cáritas no pueda limitarse a unas actuaciones llenas de buena voluntad de un equipo de cristianos. En este sentido no basta con que los que actúan en Cáritas sientan que aman mucho o que su acción aparezca ante la sociedad como «personalmente»

buena, pero no como una acción que significa el amor que existe en la Iglesia y que el mundo entiende como verdadero amor.

Es verdad que las acciones sociales de la Iglesia, en el terreno operativo, se mantendrán siempre en un nivel cuantitativamente poco relevante, comparadas con las macrointervenciones del Estado, que parten de otros planteamientos y de otra concepción de las finalidades. Esto no impide, sin embargo, que la Iglesia avive la conciencia de la gran aportación que, en nuestro entorno, puede aún hacer en el cambio de mentalidad de sus propios fieles y de la sociedad misma, y de la necesidad de que sus acciones de intervención social, por pequeñas que sean, no contradigan los grandes principios y convicciones de donde parten. En este sentido, las acciones sociales de todos los grupos y asociaciones eclesiales, deben formar parte de un proyecto educativo que tienda a «convencer» de que es posible vivir la alternativa a este tipo de sociedad que tanto criticamos, pero a la que tan fácilmente nos acomodamos.

Debemos poner nuestras Cáritas al servicio de esa alternativa. Pero difícilmente lo podremos hacer si las Cáritas mismas, en sus realizaciones concretas, no son ya expresión alternativa de esos valores. La tarea es difícil e ingente y exige procesos no sólo de renovación teórica de principios, sino de conversión personal e institucional desde la fidelidad a Dios y a los pobres.

Atinadamente nos pide Juan Pablo II la «revisión del concepto de desarrollo, que ciertamente no coincide con el que se limita a satisfacer las necesidades materiales mediante el crecimiento de bienes, sin prestar atención al sufrimiento de los más, y haciendo del egoísmo de las personas y de las naciones el móvil principal» (SRS 10.4). Es más, nos dice que «ha entrado en crisis la misma concepción “económica” o “economicista” vinculada a la palabra “desarrollo”. En efecto, hoy se comprende mejor que la mera acumulación de bienes y servicios, incluso en favor de la mayoría, no basta para realizar la felicidad humana. Ni, por consiguiente, la disponibilidad de los

múltiples beneficios reales aportados en los tiempos recientes por la ciencia y la técnica, incluida la informática, conlleva la liberación de todo tipo de esclavitud. Al contrario, la experiencia de los últimos años demuestra que, si toda esta masa de recursos y potencialidades, puestos a disposición del hombre, no es regida por un objetivo moral y por una orientación hacia el verdadero bien del género humano, fácilmente se vuelve contra él para oprimirlo» (SRS 28.1).

Es, pues, el propio contenido antropológico, es decir, el contenido ético, lo que constituye el centro del problema social. Subyace a toda la «lógica» social de la convergencia y de los denominados «ajustes» que demanda. Estos tienen una incidencia muy grave en la cuestión social. Se atiende preferentemente a los problemas referidos al crecimiento y quedan en un segundo término, si no relegados, los denominados problemas sociales, que quedan «colgados» de la «lógica social» que gobierna todo el proceso.

El problema social se nos revela como un problema ético, desvelando toda la «axiología» que conlleva la cultura de la exclusión. Recogemos tres aspectos más significativos:

a) Este modelo de sociedad se identifica con el consumismo, que hace equivaler la necesidad con el deseo, y éste con la posesión, ahogando todo proyecto de satisfacción que no se resuelva en lo inmediato.

Como fenómeno social pasa a convertirse en propuesta, cuando se objetiva en decisiones que tienen su raíz en los propios deseos. La ética subyacente es una ética individualista, neodarwinista (la emergencia del fuerte) y la ética calvinista del éxito. Todo este planteamiento ético se va introduciendo de forma más o menos disimulada y secular en los comportamientos de los propios creyentes.

Desde este modelo ético, se responsabiliza y culpabiliza al pobre y al excluido, de su propia situación.

b) Esta ética social tiende a igualarnos a todos desde el consumo. Queda velada e ignorada toda otra situación. El consumo, en efecto, está desligado de toda base

y condición social en que se asientan las personas, los grupos sociales, la sociedad misma. Todos quedamos convertidos en un atomismo individual. «Tener» es lo que cuenta, es lo sustantivo; «ser» es secundario, un adjetivo intrascendente. Desaparece toda dialéctica entre «ser» y «tener». «Tener» es lo único y abarcante.

En esta concepción, el gran perdedor es el pobre, que, debiéndose construir bajo el peso de las negociaciones y carencias, no puede participar en la gran «celebración» (goce / disfrute) de lo inmediato.

c) Puesto que el consumo absolutiza lo inmediato, donde no hay lugar para la trascendencia hacia «el otro», es un modelo que no cuenta con la dimensión social. La incapacidad para la relación con el «tú», cierra la trascendencia hacia «el OTRO», como fundante del «nosotros».

La propuesta social que de aquí se deriva legitima la fuerza de los «grandes». Si la capacidad de consumo, generadora de riqueza, es lo que cuenta, los «grandes» quedan consagrados como los imprescindibles dinamizadores de la sociedad. El pobre, por el contrario, es el creador de inseguridades frente a las que hay que defenderse.

Las acciones concretas de Cáritas deben ser «acciones significativas» o «simbólicas» que transmitan un proyecto de sociedad basado en el «compartir» como proyecto alternativo al proyecto de «poseer» reflejado en las estructuras de pecado. En este sentido, toda acción de Cáritas, sea grande o pequeña, ha de insertarse en un proyecto de educación a la solidaridad y a la justicia, y debe ser promotora de la posibilidad de cambio, generadora de esperanza desde la certeza de que, transformando determinadas condiciones objetivas y subjetivas, la sociedad podría ser de otra manera.

Esto exige que toda acción de Cáritas contenga las siguientes matrices:

a) Integral / liberadora. Es necesario educar a la comunidad en un modelo de acción caritativa y social, desde el que se ofrece «al hombre necesitado un apoyo moral que no lo humille ni lo reduzca a ser únicamente objeto de asistencia, sino que le ayude a salir de su situa-

ción precaria, promoviendo su dignidad de persona» (CA 49), y esto como parte de «la evangelización que promueve al hombre integral» (*ibíd.* 55).

b) Comunitaria. Las acciones de Cáritas, para ser «significativas», deben expresar el compromiso social de toda la comunidad y no sólo de grupos o personas aisladas. El sujeto primario y global de la pastoral de la caridad es «la Iglesia».

c) Integrada en el territorio donde vive la comunidad cristiana, en el que coordinadamente presta su colaboración como «hecho social integrado» en la comunidad humana, sin distinción de credos, razas o de cualquier otro tipo de diferencias. No pueden tener las acciones de Cáritas un sentido «exclusivista», como si fueran las únicas; ni tampoco se deben hacer desde «el complejo», como si su intervención no fuera un derecho de iniciativa social.

d) Coordinada con el resto de iniciativas eclesiales y extraeclesiales. La eficacia de la acción contra la pobreza reclama esta coordinación desde el diálogo, la colaboración, el reparto de tareas... (asociaciones, movimientos, religiosos, religiosas...).

Es verdad que para luchar decididamente contra la exclusión y para favorecer coherentemente la integración social se necesitan políticas macrosociales. Pero su inexistencia no puede ser causa de desmovilización y desmotivación. Porque estas políticas macrosociales no existan, nosotros no podemos caer en el abandono, pensando que lo único posible es seguir con el asistencialismo, ni siquiera con un asistencialismo en versión moderna: servicios o equipamientos técnica y prácticamente reciclados.

Serán nuestras «acciones significativas» o «simbólicas» aquellas en las que podamos mostrarnos o mostrar que hay otra forma de actuar, poniendo en marcha otros eslabones en la cadena del sistema. Si logramos estos otros eslabones, estamos tocando el nivel del cambio estructural. En este ámbito entra también el tema de la denuncia, a la que tanta importancia damos en Cáritas. Sólo a través de «acciones significativas» la denuncia se convierte en anuncio; a través de aquellas acciones que

transmiten valores nuevos y nuevas formas económicas y sociales que exigen cambios de modelos de producción y consumo y de las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy en nuestra sociedad.

La validez de las acciones de Cáritas se juega en la acción de base: la acción realizada por los equipos territoriales. La base es el lugar donde se detectan las necesidades sociales y donde, fundamentalmente, se pone en práctica la acción social. De ahí la importancia de las Cáritas Parroquiales.

Pero si no hay comunidad no puede haber restauración de identidades rotas. Ni la propia identidad de quien padece las carencias puede reencontrarse al margen de los vínculos y relaciones que crea la comunidad. No es de extrañar, por tanto, que Cáritas ponga la animación comunitaria como la prioridad por excelencia en todas sus acciones. Sin ella, éstas no pasan de ser asistenciales y puntuales, sin capacidad de generar procesos y situaciones nuevas y alternativas.

Si la acción influye decididamente en la construcción de la identidad del sujeto, las acciones puramente asistenciales desdican los propósitos fundamentales de Cáritas. Por ser acciones no comunitarias, son insanas y reclaman con urgencia la terapia de la animación comunitaria para recobrar su sentido y su puesto en los servicios sociales.

La animación comunitaria no es una acción o un proyecto más; es el alma de todas las acciones y proyectos. Se dice de la caridad que no es una virtud más, sino la «forma de todas las virtudes» (sin caridad, éstas dejarían de ser virtudes). Algo semejante se podría decir de la animación comunitaria: es la «forma de todos los proyectos, servicios y acciones sociales». Sin ella, todos ellos dejarían de ser lo que pretenden.

¿Significa ello que no hay que realizar tareas de asistencia inmediata? En modo alguno. Pero habrá que realizarlas siempre en el contexto de una acción comunitaria (social y eclesial) y de una acción realmente promocional, socialmente hablando. Sólo así nuestro amor será CARIDAD.

Acabemos este tema exponiendo cómo debe ser o cuáles son las características que deben definir una Pastoral Social promovida por Cáritas y asumida por la comunidad cristiana, a nivel parroquial y a nivel diocesano:

La acción caritativa y social de la Iglesia no puede identificarse con una acción benéfica concebida como simple filantropía. Por ello esa acción, si realmente está motivada por la fe, es comprensiva de la justicia en todas sus formas, de la animación del compromiso temporal plural de los cristianos, de la colaboración de los creyentes en la construcción del Reino. En una palabra, un amor auténtico por los pobres, entraña el compromiso del cristiano en todos los ámbitos que dicen relación con el hombre, con el Evangelio y con la existencia de la pobreza: política, economía, municipios, sindicatos, finanzas, derecho, medios de comunicación social, relaciones vecinales, universidad, cultura...; conciencias, estructuras e instituciones... etc.

Accion liberadora

La acción caritativa y social de la Iglesia supone que la comunidad cristiana debe expresar con toda claridad su opción por los pobres, en una clara línea de búsqueda incansable de su liberación respecto a toda forma de opresión. El hombre de hoy difícilmente entenderá un amor que no intente ser liberador.

Denuncia profética

En la sociedad actual se concentra de una manera especialmente grave «el escándalo de irritantes desigualdades entre ricos y pobres...».

Ello significa que la Iglesia en cuanto tal, ante el panorama de la miseria, debe hacerse proféticamente de-

nunciante, sin temor alguno a las consecuencias de su denuncia. Debe denunciar con toda valentía los sofismas o falsedades que encierran las coartadas con las que nuestra sociedad intenta hacer invisible la pobreza y que afectan a cristianos y no cristianos. Debe denunciar las situaciones individuales, colectivas, estructurales, institucionales y sociales, de marginación y pobreza. Debe denunciar con toda valentía que una cosa es la democracia formal y otra muy diferente la real. Debe denunciar los pecados colectivos, legislativos, institucionales y estructurales de acción y de omisión (piénsese en la Ley de Extranjeros, o en la legislación sobre las pensiones, o en las deficiencias de la Seguridad Social...).

Preocupación por la justicia

La promoción urgente de la justicia es particularmente importante en una acción caritativo-social promovida por Cáritas, dado que la pobreza afecta siempre a colectivos y no se reduce a simples casos individuales. La justicia o la preocupación por la justicia, no es «un vagón que se ha añadido al tren del Evangelio en estos últimos años» (como dijo un Padre Sinodal en el Sínodo de 1971, al tratar el tema de la justicia en el mundo). «Es, por el contrario, un contenido nuclear del Evangelio mismo en plena consonancia con todo el mensaje bíblico del Antiguo Testamento».

«La justicia con respecto a Dios y la justicia con respecto a los hombres, son inseparables. Dios es el defensor y el liberador del pobre». «Nuestro Señor es solidario con toda miseria: toda miseria está marcada por su presencia». «Los que sufren o están perseguidos son identificados con Cristo» (Documento de la Sagrada Congregación de la Fe. Cfr. *LG* 8).

Valor absoluto del ser humano

En nuestra sociedad, y dada la complejidad de las causas de la pobreza, la acción caritativa y social de la Iglesia, en perfecta sintonía con el misterio de la Palabra y con la liturgia, debe integrar plenamente la proposición 25.^a del Congreso de Evangelización:

«Inspirados en el Concilio Vaticano II y en el magisterio social de los Papas, defendemos un modelo de sociedad que tenga como valor absoluto la dignidad de la persona humana, creada a imagen de Dios y llamada a participar, por Jesucristo, en la vida divina y en el destino eterno. De ahí deriva nuestra valoración del ser sobre el tener y nuestra opción preferencial, a ejemplo de Jesús, por los enfermos, los ancianos, los desvalidos y marginados, que nuestra sociedad consumista considera como carga social» (cf. LE).

Hablar y actuar desde el Evangelio; «no repetir lo que el mundo dice, y dice bien»

En todo caso, es especialmente significativa la afirmación de Shillebeek, de que la Iglesia, en este mundo de hoy, no puede reducirse a repetir lo que ya el mundo dice, y dice bien, en favor de la justicia, sino que tiene que encontrar su propio prisma original; es decir, tiene que hablar desde la desconcertante originalidad siempre nueva del Evangelio de Jesús, sin caer en fáciles mimetismos ideológicos.

El creyente en Jesús, la comunidad del Señor Jesús, deben ser libres, desde el Evangelio, de toda atadura ideológica (lo que no significa que no estén condicionados por ninguna ideología: todo ser humano lo está,

inevitablemente, incluso los que se dicen neutrales y afirman no sustentar ninguna) que acaba por sustituir la Buena Noticia del Señor por análisis y praxis que se convierten en «anuncios mesiánicos» al margen y por encima de nuestro único Mesías. Nuestra sociedad no admite dogmatismos fáciles y es particularmente alérgica a los dogmatismos ideológicos. A este respecto es muy interesante lo que han dicho los Padres Sinodales en la Relación Final del último Sínodo Extraordinario:

«Sin duda, el Concilio afirmó la legítima autonomía de las cosas temporales (GS 36ss.). En este sentido, debe admitirse una secularización bien entendida: pero el secularismo es algo completamente distinto, el cual consiste en una visión autonomista del hombre y del mundo, que prescinde de la dimensión del misterio, la descuida o incluso la niega. Este inmanentismo es una reducción de la visión integral del hombre, que no lleva a su verdadera liberación, sino a una nueva idolatría, a la esclavitud bajo ideologías, a la vida en estructuras de este mundo, estrechas y frecuentemente opresivas».

Cuestionamiento crítico de la realidad

La acción caritativa y social de la Iglesia, realizada y promovida por Cáritas, debe conllevar «el cuestionamiento crítico de nuestra realidad social», que «se hace especialmente urgente en el ámbito de la economía. Los cristianos no podemos aceptar como inevitable este sistema económico en el que prima el poder puramente material del capital sobre la dignidad humana del trabajador» (Conclusión 4.^a del Congreso de Evangelización). Por ello mismo hemos de comprender la acción caritativa y social encuadrada claramente en una Iglesia misionera.

Por todo lo dicho, en el mundo de hoy como en ningún otro tiempo: «El testimonio cristiano nace de la experiencia transformadora del encuentro en Jesucristo e irradia la comunión de amor que es Dios mismo, comu-

nión de la que la Iglesia se siente partícipe». «La calidad adecuada del testimonio está exigiendo lo que Pablo VI llamaba “atención a las auténticas y profundas necesidades de la humanidad”. Por ello, el testimonio habrá de ser una participación encarnada en la historia de los hombres: compartiendo su vida y su destino; manifestando la solidaridad en cuanto existe de bueno y noble, y denunciando aquello que oprime al hombre; colaborando desinteresada y gratuitamente en la transformación de las estructuras sociales, e irradiando así esperanza para el hombre de nuestro tiempo» (Conclusión 11.^a del Congreso de Evangelización).

La realización de un compromiso evangelizador en el que se sitúa la acción caritativa y social de Cáritas, implica una tal conversión a la persona de Jesús y la verdad del Evangelio que exige: «La renuncia a la inhibición ante las situaciones de injusticia, pobreza y marginación existentes en nuestra sociedad y en otros pueblos del mundo; la exigencia de una revisión profunda de actitudes y estructuras eclesiales; el empleo de recursos eclesiales de todo tipo —institucionales y personales— según criterios evangélicos y evangelizadores» (cfr. Conclusión 12.^a del Congreso de Evangelización).

A nuevos signos, nueva reflexión

Nuestra sociedad concentra de una manera especialmente significativa el hecho señalado por la Relación Final del Sínodo Extraordinario, de que «los signos de nuestro tiempo son parcialmente distintos de los que había en tiempo del Concilio, habiendo crecido las angustias y ansiedades». Baste recordar el aumento de los suicidios en la actualidad. «Pues hoy crecen por todas partes el hambre, la opresión, la injusticia, la guerra, los tormentos y el terrorismo y otras formas de violencia de

cualquier clase. Esto obliga (especialmente en el campo de la acción caritativa y social) a una reflexión teológica nueva y más profunda, que interprete tales signos a la luz del Evangelio» (Relación Final, D 1).

Desde la afirmación, dentro de una perspectiva pas-cual, de «la unidad de la Cruz y resurrección, se discierne el verdadero y falso “aggiornamento”; se excluye la mera fácil acomodación que llevaría a la secularización de la Iglesia. Se excluye también la cerrazón inmovilista de la comunidad de los fieles en sí misma. Pero se afirma la apertura misionera para la salvación integral del mundo. Por ella no sólo se aceptan los valores verdaderamente humanos, sino que se defienden fuertemente: la dignidad de la persona humana; los derechos fundamentales de los hombres; la paz; la liberación de las opresiones, de la miseria y de la injusticia» (Relación Final, D 3).

Superar la esquizofrenia pastoral

Resumiríamos lo dicho en estos puntos, diciendo que, hoy, es absolutamente necesario que la Iglesia supe-re esa especie de esquizofrenia pastoral que supone vivir en una cultura actual y realizar una acción pastoral pre-dominantemente del pasado rural; aceptar acríticamente el bienestar que supone para muchos la sociedad de hoy y no descubrir vitalmente las situaciones de extrema po-breza; atender con toda ilusión y entrega a los mejor si-tuados, en tanto también se atiende con ilusión y entrega a los más pobres, pero sin relacionar para nada ambos mundos, aun cuando sean cristianos no pocos de los que pertenecen a los mismos; predicar a los ricos el Evange-lio de la Esperanza, que corresponde a los pobres, y pre-dicar a los pobres el Evangelio de la Justicia, que debe-rían escuchar los mejor situados; hacer una pastoral de conservación, sin tomar conciencia de que, parafrasean-

do la idea de Bonhoeffer, al igual que «el ateo práctico, en la línea del agnóstico, es el que se comporta como si Dios no existiese» (cf. *Resistenza e resa. Lettere e appunto del carcere*, Bompiani, Milán, 1969), el egoísmo práctico, en la línea del burgués agnóstico o del rico de corazón (frente al pobre de espíritu de las Bienaventuranzas), es el que, cristiano o no, se comporta como si el pobre no existiese.

La Iglesia, los movimientos y Cáritas, deben visibilizar, hacer visible, la pobreza, la injusticia, la explotación del hombre por el hombre, la marginación..., frente a esa especie de «ley del silencio» que tiende a ocultarlos a los ojos de la sociedad. En este ámbito es fundamental lo que podríamos llamar «la denuncia estadística», es decir, ofrecer a la opinión pública las verdaderas y trágicas dimensiones de la pobreza y de la marginación, junto con la tarea de mostrar a esa opinión pública la totalidad de formas de pobreza, de opresión, de marginación, que existen en nuestra sociedad.

Es necesario que la Iglesia, con la Palabra de Dios, rompa los tópicos sobre la pobreza; esos tópicos que hacen que los ciudadanos, los políticos y hasta los cristianos, se desentiendan de la pobreza en todas sus formas.

Doble nivel de acción

Actualmente, en nuestra pastoral, es fundamental un doble nivel de acción caritativa y social:

a) El de la comunidad en cuanto tal, que debe traducirse en acogida, en formación de la conciencia de los cristianos, en denuncia profética, en oración y en celebración, en una opción seria por la pobreza y por los pobres, en animación del compromiso temporal de los cristianos, en una buena organización de la Cáritas como diaconía,

en una seria promoción de los movimientos apostólicos especializados y de las pastorales especializadas.

b) El de cada cristiano, de forma que, a través de su compromiso temporal, motivado por la fe, por la esperanza, por la caridad, en relación estrecha con una comunidad cristiana de referencia (en donde escucha la Palabra, celebra y comparte su fe, reza, relativiza sus opiniones e ideologías a la luz del Evangelio...), intenta, codo a codo con todos los hombres de buena voluntad, construir una sociedad más justa, una civilización alternativa, y lo hace desde una gran libertad de opción, corriendo incluso, como dirá Rahner, el riesgo de equivocarse en la edificación de un mañana mejor.

Respuestas especializadas

Respuestas especializadas a toda esa larga serie de funciones sociales especializadas que caracterizan la vida social hoy: son absolutamente necesarios los movimientos especializados y las pastorales especializadas (coordinadas, no contrapuestas, a las pastorales territoriales), que siembren el Evangelio de la solidaridad, de la justicia y del amor en esos ámbitos especializados.

Creatividad

Una gran creatividad cristiana, es decir, que la estructura pastoral vigente, en lugar de apagar carismas, como tantas veces ocurre, anime el desarrollo de los mismos, de forma que la comunidad sea dócil al Espíritu y sea capaz de crear respuestas de amor a los problemas sociales viejos y nuevos que existen en nuestra sociedad. No es cristiano el miedo, ni siquiera el miedo a equivocarse. No es cristiano apagar los carismas. No es cristiano impedir la creatividad, especialmente de los jóvenes,

en el campo de la solidaridad con los pobres y marginados (SIDA, prostitución, indomiciliados, drogadictos, alcohólicos...).

Superar la rutina

Es imprescindible superar la rutina caritativa, que mantiene viejas formas de solidaridad que no sólo han perdido todo su sentido caritativo, social y de testimonio, sino que atentan no pocas veces contra la dignidad de los pobres y marginados, sirviendo exclusivamente para tranquilizar las conciencias de algunos sacerdotes y de algunos cristianos.

Convertir en realidad lo que se celebra y se reza

En la sociedad actual (como siempre) es igualmente imprescindible que, allá donde unos cristianos se reúnen para celebrar la Eucaristía, o para escuchar la Palabra, o para hacer oración, se haga realidad un amor a los pobres y marginados que lleve a esos cristianos a compartir lo que tienen y lo que son, a comprometerse en la vida de los hombres para construir la justicia y la solidaridad, a reconstruir sus propias vidas por encima de los valores dominantes típicos del egoísmo de una sociedad de consumo. Donde haya cristianos que celebran la Eucaristía y escuchan la Palabra, debe existir Cáritas.

No insisto en que toda acción caritativo-social debe ser promotora de la persona del necesitado; ni en el valor de la limosna bien entendida, como acto de desprendimiento del propio dinero; ni en la necesidad de crear o gestionar servicios sociales (particularmente si los gestores del bien común no lo hacen); ni de la importancia litúrgica de la colecta como complemento del rito de la paz.

Para acabar, diré dos palabras sobre el tema de la pobreza de la Iglesia en este campo. No digo que no sean necesarios los medios económicos para que la Iglesia realice su función. Esto lo ha afirmado, con toda razón, el Concilio. Pero pienso que hay que romper en nuestra

Iglesia la lógica, nada evangélica, de que lo que necesitamos para evangelizar y para llevar a cabo una adecuada acción social es dinero. Pienso que caer en esta trampa es entrar en un callejón sin salida evangélica, es entrar en el juego sucio de nuestro mundo materialista.

En el Evangelio tenemos dos ejemplos muy expresivos al respecto, que nos pueden servir de cierre de esta exposición, aunque sea repitiendo ideas ya expuestas:

Ante todo, el «discurso de la misión»: «No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla para llevarlo en la faja; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón...» (Mt 10, 9-10). «De balde lo recibisteis; dadlo de balde» (Mt 10, 8).

Y también el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces. Jesús se encuentra con una gran muchedumbre que le sigue y que está necesitada: se trata de buscar la subsistencia para aquellas personas que no pueden bastarse a sí mismas. Para ello enfrenta Jesús a la comunidad con el problema: ¿Con qué podríamos comprar pan para que coman éstos? Es la pregunta de entonces y de ahora: ¿Cómo solucionar el problema de los hombres necesitados? ¿Cómo construir un mundo más humano y más justo? ¿Cómo construir aquí en la tierra el Reino de Dios? (Jn 6, 1-21).

La comunidad no encuentra otra solución que el dinero («medio año de jornal no bastaría... »); y como no lo tiene se declara impotente para la acción. Según los mecanismos sociales, a la comunidad le resulta imposible remediar las necesidades de los pobres. Sólo podían remediarlas el dinero, y ella no lo tiene. ¿Habría que buscarlo? ¿Habría que hacer cristianos a aquellos que lo tienen en su mano? ¿Habría que meterse en operaciones financieras para conseguir el dinero, porque sin él no se puede hacer nada? Jesús no cae en esa tentación y quiere ayudar a la comunidad a que tampoco caiga en ella. Le ofrecen lo poco que tienen, a todas luces insuficiente, para remediar el mal. Pero Jesús lo acepta: es muy poco, pero no importa. No se trata de dinero, sino de actitudes. Y ante los cinco panes y dos peces, Jesús manda que se sienten. Toma los panes en la mano, pronuncia la acción

de gracias y se puso a repartirlos entre los que estaban acostados.

Jesús pone remedio a la escasez cogiendo lo poco que tiene la comunidad; entonces pronuncia la acción de gracias: todo lo que se posee es un don recibido de Dios, es muestra de su amor. El es el dueño de todo, no los hombres; El lo ha creado para provecho de todos los hombres. Cuando deja de ser pertenencia egoísta de unos pocos, cuando se manifiesta como don de Dios, entonces llega a todos y sobra. Entonces el hombre, cuando comprende que el amor de Dios se manifiesta dándose al hombre, se dispone a compartir lo que tiene para prolongar en él el amor de Dios.

Jesús, así, no sólo vence la propia tentación, sino que nos enseña a nosotros a vencerla. No es el dinero lo que soluciona los problemas, sino un corazón desprendido que comparte lo que tiene. El milagro de Jesús no consiste en buscar dinero, sino en liberar a la creación del acaparamiento egoísta de unos pocos para que se convierta —por el libre desprendimiento— en don de Dios para todos. El milagro, es así la manifestación del amor por parte de Dios y por parte del hombre.

¿No es una buena lección para no idolatrar el dinero? ¿No es una prueba de que el dinero no es un cauce necesario de evangelización? ¿No será más necesario que rompamos ese modo de pensar y, en lo profundo de nuestro ser, nos convirtamos para compartir, no para tener; para dar, no para buscar; para amar, no para recibir? Con el dinero no se construye el Reino: se construye con el amor, compartiendo lo que somos y tenemos, sea mucho o poco. El dinero no puede ser el objetivo ni el instrumento de una acción evangelizadora. Evangelizar es cambiar el corazón y hacerlo disponible. Construir el Reino es amar y estar dispuesto a compartir con los que se ama.

Jesús no acepta de ningún modo el poder. La Iglesia no puede aceptar de ningún modo el poder, porque «el discípulo no es mayor que el Maestro». No hay otro modo de construir el Reino que desde el servicio humilde a los hermanos. El lavatorio de los pies no fue una anéc-

dota, fue un programa de vida. Su único poder, el único trono, fue la cruz: su entrega total, su servicio pleno hasta dar la última gota de su sangre.

Enmarcada en este horizonte de salvación escatológica, la moral cristiana introduce nuevos esquemas de comportamiento:

— Surge un nuevo orden de valores, tal como aparece en las Bienaventuranzas (Mt 5, 3-10).

— Se proponen exigencias radicales, conectadas con el carácter definitivo e inaplazable del Reino (Lc 9, 57-62).

— Las opciones son de signo totalizador: el hallazgo del Reino hace que se relativice todo lo demás (Mt 13, 44-46).

— La pertenencia al Reino conlleva una radicalización en todas las actuaciones, que consiguientemente realizarán «una justicia mayor que la de los letrados y fariseos» (Mt 5, 20).

— Adquiere su carácter más significativo en la identificación con el amor a los pobres y con su liberación, haciendo de ello la norma suprema del comportamiento moral cristiano (Mt 25, 31-46).

«Entramos así en la órbita de una ética sorprendente en la cual el cambio radical y el conflicto adquieren una fuerza significativa particular, a fin de afirmar el valor del hombre y de promover los cauces eficaces de su liberación».

«La moral de Jesús, ordenada a liberar al hombre, nos descubre su actuación subversiva ante los falsos códigos dominantes. El hecho de que tales códigos estuvieran asumidos y «moralizados» por la sociedad, no detuvo su acción liberadora» (Mc 2, 10-14; 7, 1-23; 6, 30-44; 8, 1-10).

«Por ello su actuación tiene una estructura dramática y hasta trágica. El choque con los adversarios surge precisamente en el esfuerzo por realizar la defensa del hombre por encima del "orden establecido" (cfr. Mc 3, 6). Al introducir los nuevos códigos éticos del don, de la comunicación, del servicio, de la igualdad, de la sinceridad y, en definitiva, de la verdad, no puede hacerse esperar la reacción de los interesados en mantener los falsos cón-

gos dominantes de la exclusión, del egoísmo, de la violencia y de la hipocresía. Por ello, "los fariseos se confabularon con los herodianos contra El para ver cómo eliminarlo" (Mc 3, 6)». (Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria: «Seguimiento de Jesús y conciencia moral». Carta pastoral. Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1985).

Todo ello es fundamental para la Iglesia, para las parroquias, para los movimientos apostólicos, y lo es también y muy especialmente para Cáritas, por el gran prestigio que tiene y que la coloca en un lugar muy elevado en el «ranking» de valoración de las instituciones en la opción pública. Ello es bueno para la Iglesia y para Cáritas: pero ello no impide que pueda ser un peligro a la luz del Evangelio.

IV

CONCLUSIONES

En la Encíclica de S.S. Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, hay cinco afirmaciones que tal vez no sean ni de las más contundentes para quienes buscan una mayor radicalización en los planteamientos sociales de la Iglesia, ni de las más espectaculares para quienes desean que la Iglesia aparezca constantemente en los titulares de las noticias que ofrecen los medios de comunicación social.

Voy a centrar, por tanto, las conclusiones en estas cinco afirmaciones, procurando ofrecer, a continuación de cada una de ellas, sugerencias en relación con algunas de las consecuencias que podemos deducir para nuestra propia vida, para la de nuestra Iglesia y para todas las instituciones que la componen, en forma de propuestas.

Primera afirmación del Papa

La Doctrina Social de la Iglesia «debe orientar la conducta de las personas y tiene como consecuencia el “compromiso por la justicia” según la función, vocación y circunstancias de cada uno» (41.7).

Nuestras Iglesias —y no debemos olvidarlo— están compuestas mayoritariamente por pobres, por parados, por deficientes físicos o mentales, por mujeres sencillas, por ancianos, por niños, por enfermos, por gente poco culta...

Por ello no debemos caer en la trampa de hablar de «la Iglesia de los pobres»..., cuando la mayoría de los pobres de verdad, los que no son económica, ni política, ni socialmente rentables, están presentes en nuestras Iglesias.

Pero saquemos algunas conclusiones operativas de la afirmación del Papa:

a) «Lo social», tal como lo define el Papa en su encíclica, debe integrarse en toda la pastoral de la Iglesia.

b) «Lo social», por formar plenamente parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, debe integrarse en todo contenido y en toda acción que concretan esa pastoral.

c) «Lo social» debe integrarse, de forma particular, en toda catequesis, en la predicación, en la teología y, especialmente, en la Teología Moral.

d) Nunca debe olvidarse que «lo social» forma parte esencial del contenido del Mensaje del Señor.

e) Nuestra Iglesia debe recuperar plenamente, dentro de su función profética, el anuncio del mensaje liberador del Señor en su dimensión social y, junto a su anuncio, la denuncia de los males y de las injusticias sociales.

f) Es preciso que todas nuestras Iglesias diocesanas y sus instituciones difundan la Doctrina Social de la Iglesia, en su integridad y tal como el Papa la ha definido en sus encíclicas.

g) Es necesario, por último, que nuestra Iglesia apoye todas aquellas obras que no son otra cosa que expresión del amor solidario por los más pobres de toda la comunidad cristiana. En esa línea, será necesario recuperar plenamente las Cáritas tal como la CEE las definió en su Asamblea Plenaria, cuando aprobó sus Estatutos, y las ha ratificado en la Asamblea Plenaria dedicada a la Acción Caritativa y Social de la Iglesia (Nov. 1993).

Segunda afirmación del Papa

«Así, pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la Iglesia la convicción de que, por vocación, ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros, están obligados a aliviar la miseria de los que sufren, cerca o lejos, no sólo con lo *superfluo*, sino con lo *necesario* (SRS 31.7).

Saquemos algunas conclusiones prácticas de carácter pastoral:

a) Es preciso recuperar el valor del compartir, del compartir no sólo lo *superfluo* sino también lo *necesario*: ello será el primer test, el test más elemental de la veracidad de nuestro amor.

b) Ese compartir constituye una exigencia para la Iglesia misma, para sus ministros y para cada uno de sus miembros.

c) Hemos de ser conscientes de la importancia de esa «*diaconía de la caridad*» que es Cáritas, a la hora de motivar e instrumentar la Comunicación Cristiana de Bienes en la comunidad cristiana, teniendo claro que los bienes son más que los económicos: derechos, trabajo, cultura, sanidad, vivienda..., etc. Pero también lo es el dinero.

d) Deberemos tener muy en cuenta lo que el Papa nos dice al respecto, a la hora de perfilar nuestros presu-

puestos y tomar decisiones relacionadas con los gastos. Y ello a los niveles nacional, diocesano y parroquial de la Iglesia; a nivel también de nuestros gastos personales, de los gastos personales de cada cristiano.

e) El compartir no excluye toda clase de esfuerzos en favor de una transformación de nuestra sociedad y del mundo entero: a este respecto sería preciso recordar todo lo dicho en las conclusiones del punto primero referido a la pastoral de la Iglesia, tanto en relación con el compartir como en relación con todo el abanico de expresiones del amor por los pobres.

Tercera afirmación del Papa

Todos recordamos las polémicas, de distintos órdenes y producidas en diferentes ámbitos, surgidas sobre el tema, muy cercano a la Teología de la Liberación, aunque de diversa índole, de «la opción preferencial por los más pobres». Todos recordamos los dos documentos emanados de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe y los varios discursos en los que el Santo Padre ha tocado el tema.

La encíclica afronta el tema con absoluta claridad: «La opción o amor preferencial por los más pobres, es una opción o forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la que da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Jesús, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes (42.2).

Desde ahí, podemos hacernos estas preguntas, no en forma retórica, sino como un auténtico examen de conciencia comunitario:

— ¿No damos tan por supuesta la primacía del amor, de la caridad, hasta tal punto que, al no explicitarla, ha llegado un momento en que nuestros cristianos, nuestros militantes, nuestros religiosos y religiosas, nuestros sacerdotes, los obispos, hemos olvidado el tema o lo hemos marginado?

— ¿No damos tan por supuesta la primacía de la opción preferencial por los pobres, que la hemos relegado a ser un campo especializado y exclusivo para aquellos que definimos como obligados a ejercerla por razón de su carisma y no como una exigencia para todo el Pueblo de Dios y para cada uno de sus componentes, sea cual fuese su «status» en la Iglesia?

— En la elaboración de nuestros presupuestos, ¿se obedece a esa primacía? En nuestras programaciones pastorales o de cualquier otro tipo, ¿se obedece a esa primacía? En la distribución de nuestros recursos de todo tipo (no sólo de los económicos), ¿se obedece a esa primacía?

¿Somos conscientes de que esa primacía ha de marcar nuestras decisiones, teniendo en cuenta los pobres que están cerca y los que están lejos?

Concretemos algunas consecuencias prácticas de estos interrogantes:

a) Es necesario que nuestra Iglesia y todos sus componentes asumamos, con todas sus consecuencias, la prioridad de la caridad y, dentro de ella, la prioridad de la opción o amor preferencial por los pobres.

b) Es necesario que ello lo vivamos en todos los campos del quehacer eclesial y no sólo en el campo de los movimientos especializados, en el de los religiosos y religiosas, cuyos carismas coinciden con esa primacía, o en el de Cáritas.

c) Es necesario que enseñemos a nuestros cristianos que esas primacías pertenecen a lo nuclear del seguimiento de Cristo.

d) Es necesario que nuestra vida económica supere el dualismo de esos planteamientos financieros que se establecen al margen de esas primacías y sin entrar en ellas. Lo mismo hay que decir de nuestras programaciones pastorales o de cualquier otro tipo (desde la enseñanza de la teología hasta la organización de la Conferencia Episcopal o de una diócesis...). Lo mismo hay que decir de la distribución de recursos económicos, humanos, asociativos, culturales, materiales..., etc. que hacemos en la Iglesia.

e) Es necesario que esa primacía contemple no sólo el ámbito de lo cercano (sea la nación, la nacionalidad, la diócesis, la vicaría, el arciprestazgo, la parroquia, nuestras instituciones...), sino también el ámbito de lo lejano (el Tercer Mundo, otras naciones, otras nacionalidades, otras diócesis, otras parroquias, otros ambientes sociales..., etc.).

f) Es necesario, por último, que toda acción pastoral, toda acción eclesial, vaya «empapada», motivada, animada y decidida en función de esa primacía.

Cuarta afirmación del Papa

Enlazando con lo que acabo de decir, hay una cuarta afirmación del Papa que es particularmente importante en orden a que superemos ese clásico y ya tradicional dualismo como es el de la contemplación y compromiso, o, si se quiere, el de culto y justicia, tema tan continuo en toda la historia de la salvación: es el tema del Reino de Dios y su relación con la Eucaristía, con el culto (48).

Me limito a plantear algunos interrogantes y a sacar algunas conclusiones, a partir del texto de la encíclica *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II, que trata de la Eucaristía.

En la Iglesia nos preocupa —y es lógico— la práctica dominical. Pero no tanto el engarce querido por el Señor: fe-amor-justicia-participación de la Eucaristía-Reino de Dios.

— Es fácil tranquilizarse afirmando que la gracia del sacrificio eucarístico es un acontecimiento invisible, interior. Pero, a la luz de las palabras del Papa y a la luz —sobre todo— de lo que significa la Cena del Señor, ¿es que la gracia ha de hacer invisible la vida real y dolorosa de cada día? ¿Es que se puede celebrar la Cena del Señor ignorando (y, en ocasiones, prescindiendo sistemáticamente en muchos o pocos de nuestros templos) las dolorosas contradicciones que se dan en nuestra sociedad y aun en nuestras comunidades, entre ricos y pobres, entre felices y desdichados, entre instalados en el bienestar y parados, entre poderosos y marginados? ¿Se puede celebrar el memorial del Crucificado, insensibles e indiferentes ante los nuevos crucificados por la miseria que prolongan la presencia del Señor entre nosotros y que son «sacramento» suyo, según frase tradicional de los Santos Padres? ¿Se puede pasar indiferentes ante el hecho de que «la fracción del pan» sea para algunos (no sé si muchos o pocos) un sacramento de evasión, de autodefensa, de indiferencia ante el sufrimiento humano?

— ¿Qué significa una asamblea reunida para celebrar la Cena del Señor, si allá no se está trabajando por erradicar las divisiones, la distancia hiriente entre ricos y pobres, entre poderosos y pequeños débiles? ¿Cómo puede tomar en serio el sacramento del amor una comunidad que no toma en serio la injusticia, la corrupción económica y política, la insolidaridad, el no compartir, el acaparar, el odio..., que crucifican a los hermanos? ¿Cómo se puede celebrar tranquila y felizmente la Eucaristía dominical manteniendo la división, los abusos, engaños, explotaciones, egoísmos..., entre cristianos que se acercan a compartir el Cuerpo y la Sangre del Señor?

— No se trata, por supuesto, de caer en el «catarismo» de decir que hay que suprimir las Eucaristías, dadas estas divisiones. No. Se trata de hacer un serio esfuerzo para vivir las celebraciones como el Señor las quiere y no para satisfacer un egoísmo moral o religioso.

Cuando las comunidades cristianas pueden estar cayendo en la tentación de seguir celebrando rutinariamente Eucaristías (tal vez con un gran ambiente afectivo y con una gran belleza estética) vacías de vida, de fraternidad, de exigencias de solidaridad, de amor, de mayor justicia, pueden estar potenciando un obstáculo religioso que les puede impedir escuchar el clamor de los pobres y marginados y la llamada de Dios que les urge a buscar, por encima de todo, «el Reino de Dios y su justicia». No es preciso que recuerde el texto de San Pablo a los Corintios (1 Cor 11, 17-34).

— ¿Qué fraternidad puede significarse en tantas de nuestras Eucaristías que se celebran, al mismo tiempo, tanto en iglesias ricas como en iglesias pobres, si esos cristianos, en tanto persistan en su apatía y en su egoísmo, están literalmente provocando la muerte cada día de otros cristianos y compañeros de mesa de la Cena Eucarística, algo que el Papa lo ha señalado también en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*?

— Recordando la tradición patristica, ¿cómo celebramos «la fracción del pan» si no asistimos a la Eucaristía dispuestos a poner realmente nuestros bienes a disposición de los necesitados, en un mundo desgarrado por ese abismo cada vez mayor entre los pueblos del Norte y los del Sur? ¿Podemos seguir compartiendo sin más y con tranquilidad el pan eucarístico, sin decidírnos a compartir de verdad las consecuencias de la crisis económica y ese bien escaso que es el trabajo, derrochando y gastando dinero sin control porque la crisis no nos afecta o gritando sólo nuestras reivindicaciones, moviéndonos, protestando y luchando sólo cuando vemos

en peligro nuestros intereses, por muy sagrados que nos parezcan?

— San Justino, en el siglo II, decía, hablando de la Eucaristía: «Los que tenemos bienes, socorremos a los necesitados y estamos siempre unidos unos con otros. Y por todo lo que comemos, bendecimos siempre al Hacedor de todas las cosas».

El canto de acción de gracias nunca debe resonar en nuestras Eucaristías para impedirnos escuchar los gritos, el dolor, la miseria y la muerte de tantos hombres y mujeres, ancianos y niños, a los que, de una u otra manera, los del Primer mundo excluimos de una vida digna y humana. Debemos aprender a celebrar la Eucaristía como «una acción de gracias en un mundo roto», según la expresión tan feliz de la Conferencia Episcopal Francesa.

Quinta afirmación del Papa

La quinta afirmación del Papa que quiero recoger es la que se refiere a la propiedad. La desarrolla en el n. 42 de la encíclica.

Los cristianos hemos gastado mucha saliva y mucha tinta sobre el tema de que el derecho de propiedad es un derecho inscrito en la ley natural. Pienso que la formulación que hace el Papa supera esa vieja polémica: el derecho de propiedad es válido y necesario. Pero este derecho:

a) Ante todo, no anula el principio clásico de la doctrina cristiana, de que los bienes de este mundo están originariamente destinados a todos.

b) Además, sobre la propiedad privada, grava «una hipoteca social».

c) Posee, por tanto, «como condición intrínseca», una función social fundada y justificada precisamente sobre el principio del destino universal de los bienes.

d) Los bienes no son sólo los económicos, sino también los derechos fundamentales de la persona, y, dentro de ellos, el derecho a la libertad religiosa y el derecho a la iniciativa económica.

¿Tiene, pues, sentido discutir si el derecho de propiedad es o no derecho natural?

«La Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer» (SRS 41.1). Pero la Iglesia, desde su Moral Social, «asume, por tanto, una actitud crítica tanto ante el capitalismo liberal como ante el colectivismo marxista» (SRS 21.2), sin que defienda por ello su doctrina como una «tercera vía». «Y ni siquiera como una posible alternativa a otras soluciones menos contrapuestas radicalmente», ni tampoco como «una ideología» (SRS 41.6).

Siempre en esquema, concretemos algunas propuestas:

a) Hemos de vivir y proclamar el principio de que todos los bienes, incluso los de la Iglesia, están originariamente destinados a todos los hombres.

b) No se trata de discutir la naturaleza del derecho a la propiedad privada. No se trata de afirmar que no existe ese derecho. Se trata de que comprendamos que somos administradores de unos bienes que Dios destina a todos los seres humanos. Esto es lo que significa que sobre la propiedad privada grava «una hipoteca social». El compartir, sea de la forma que sea, tanto lo superfluo como lo necesario, será, según expresión clásica, devolver a los indigentes lo que es suyo, lo que les pertenece «en justicia».

c) Se trata de tener muy claro, vivirlo y proclamarlo, que la propiedad privada tiene, *como cualidad intrínseca*, una función social. Cuando no la cumple, el poseedor está pecando, está, de algún modo, robando.

d) Se trata de plantear el tema desde la fe cristiana, no sólo a nivel de bienes económicos, sino también desde la perspectiva del ejercicio de los derechos fundamentales de la persona. En nuestro caso, por ejemplo, no podre-

mos descansar con el reconocimiento formal de esos derechos en tanto todos y cada uno de los ciudadanos, nuestros hermanos, no puedan ejercerlos por falta de recursos o por cualquier otra causa.

La pregunta que surge después de estos planteamientos suele ser casi siempre la misma: ¿No estaremos teorizando? Por supuesto, hay que reconocer que ello constituye siempre un gran peligro. Lo es en todas las dimensiones de la vida cristiana. Pero tal vez convenga recordar aquella famosa frase de Jüngmann: «No hay nada más práctico que una buena teoría».

Lo que parece claro es que nuestra vida (valores, actitudes, comportamientos, palabras...) y nuestra evangelización (gestos, palabras, acciones comunitarias, testimonios...) deben integrar una larga serie de exigencias que están en la línea del amor, es decir, en la línea del «yugo suave y carga ligera», que expresan el amor al prójimo por amor a Dios y que sólo lo comprenden los pequeños, los que tienen un corazón manso y humilde, a imitación de Jesús, el Pastor Bueno (cf. Mt 11, 28-30).

Cada cristiano, cada comunidad cristiana, la Iglesia, han de ser signo visible, creíble e inteligible de la voluntad salvífica de Dios para todos los hombres, del amor infinito de Dios al hombre, del amor preferencial de Dios por los pobres y por cada pobre, del perdón y de la misericordia de Dios para el hombre... En función de todo ello debe existir, en cada comunidad cristiana, una Cáritas, diaconía, servicio; servicio para los pobres, para los cristianos, para el Evangelio, para el mundo.

Acabamos recordando las palabras de San Juan: «Hemos comprendido lo que es el amor porque él se desprendió de su vida por nosotros; ahora también nosotros debemos desprendernos de la vida por nuestros hermanos. Si uno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos, no amemos con pala-

bras y de boquilla, sino con obras y de verdad» (1 Jn 3, 16-18). «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es Amor» (1 Jn 4, 8).

Febrero de 1994

NUEVA EVANGELIZACION, LIBERACION CRISTIANA Y OPCION POR LOS POBRES (*)

MONS. JOSE VICENTE EGUIGUREN

El Padre Felipe Duque, delegado de la Conferencia Episcopal en Cáritas Española, me pidió que, en estas XII Jornadas Teológicas de la Caridad, disertara sobre el tema: Nueva Evangelización, liberación cristiana y opción por los pobres.

Me pedía una conferencia, yo os ofrezco sólo la comunicación de una experiencia eclesial latinoamericana, en la que yo mismo he estado inmerso en estos casi 25 años de servicio a la Iglesia desde Cáritas.

Nueva Evangelización, liberación cristiana y opción por los pobres, son capítulos de una misma historia, temas sin fronteras precisas que se atraen y entrecruzan. Así los trato en estas líneas, sin pretensiones de ensayo histórico y menos aún de propuesta teológica.

Por su actualidad, y como vosotros lo habéis querido, el documento de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo) tiene cabida preferente en esta intervención.

(*) Conferencia dictada en las XII Jornadas Nacionales de Teología de la Caridad, de Cáritas Española. Huesca, 7-9 de mayo de 1993.

I

INTRODUCCION

Momentos de incertidumbre experimentó la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, reunida en Santo Domingo, en octubre de 1992. Uno de ellos fue cuando, transcurridos ya varios días de trabajo, los grupos de estudio presentaron al Plenario el resultado de sus reflexiones. ¿Cómo encajar las piezas de ese gran mosaico, sin un diseño previo? Habiéndose relegado el documento de trabajo a simple instrumento de apoyo, ya no tenía validez el esquema original. Apremiaba el tiempo; crecía la inquietud. ¿Retornaríamos a casa sin el ansiado documento?

El arzobispo de Cuenca, mons. Alberto Luna, propuso el pasaje de Emaús para el capítulo dedicado a la Cristología. Bien para esta parte, pero ¿y el conjunto del documento? Transcurrió aún largo tiempo marcado por la agobiante sensación de caminar sin rumbo. Fue entonces cuando el Presidente de la Conferencia Episcopal del Brasil, mons. Luciano Méndez de Almeida, nos presentó su esquema: Jesucristo, Evangelio del Padre; Jesucristo, Evangelizador viviente de la Iglesia; Jesucristo, vida y esperanza de la Iglesia. Al final de cuentas, la propuesta era la misma: Jesús sale al encuentro de la humanidad y de la Iglesia. Ahora, todo el documento tendrá su clave: Jesucristo.

Luego, el obispo brasileño leyó —mejor rezó— la oración que había compuesto la noche anterior. Pienso que la escribió de rodillas. Así se ha hecho siempre la mejor teología:

*Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo,
Buen Pastor y Hermano nuestro,
nuestra única opción es por ti.*

(El aula se hizo templo, silencio elocuente, Pentecostés).

*Unidos en el amor y la esperanza,
bajo la protección de nuestra Señora de Guadalupe,
Estrella de la Evangelización, pedimos tu espíritu.*

(Ahora todos estábamos orando, con María orante).

*Danos la gracia, en continuidad con Medellín y Puebla,
de empeñarnos en una Nueva Evangelización,
a la que todos somos llamados,
con especial protagonismo de los laicos,
particularmente de los jóvenes,
comprometiéndoles en una educación continua
de la fe, celebrando tu alabanza.
Y anunciándote más allá de nuestras fronteras,
en una Iglesia decididamente misionera.
Aumenta las vocaciones
para que no falten obreros en tu mies.*

(La alegría del Encuentro, la Presencia iluminadora, no nos sacó del escenario: Latinoamérica, desde la que se levanta un sordo y trágico grito por la injusticia y la miseria. Optar por Cristo exige optar por los pobres, y para lo uno y lo otro es necesaria la fuerza del Espíritu).

*Anímanos a comprometernos
en una opción integral
del pueblo latinoamericano y caribeño,
desde una opción evangélica y renovada,
opción preferencial por los pobres
y al servicio de la familia humana.*

(Anunciar el Reino, en un continente uno y múltiple, cristiano y pagano. Inculturar ahí el Evangelio).

*Ayúdanos a trabajar
por una Evangelización inculturada
que penetre los ambientes de nuestras ciudades,
que se encarne en las culturas indígenas
y afroamericanas,
por medio de una eficaz acción educativa
y de una moderna comunicación. Amén.*

(El amén se hizo aplauso prolongado: voto de aprobación, sin abstenciones ni modos. Anuncio y testimonio; momentos de una misma Evangelización. La palabra habitó entre nosotros).

II

EMAUS

Emaús, acabada síntesis de los encuentros pascuales. El pasaje evangélico sugerido por mons. Luna encontró cabida en una luminosa página del Mensaje a los Pueblos:

*«Mientras caminaban y discutían,
el mismo Jesús se acercó» (Lc 24, 15).*

Jesús sale al encuentro de la humanidad, camina por sus senderos, asume sus gozos y esperanzas, su dolor y su angustia. Jesús, que nos amó primero, es quien toma la iniciativa. Jesús prójimo —prójimo, cercano— de todo ser humano (cf. SD Mens 14)

El ejemplo del Señor exige revisar nuestra obligación de hacernos cercanos a los hermanos (Ib. 15). «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?... Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también habéis de lavaros los pies vosotros unos a otros. Porque os he dado ejemplo» (Jn 13, 13-14).

«Ser cercano no es mera estrategia para ganar la confianza del pobre, del que sufre, del oprimido; es estilo de vida que predispone a leer la realidad metiéndose dentro de ella; es escucha compadecida del “sordo clamor que brota de millones de hombres que piden a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte”» (Med 14.2)

En el discurso inaugural de la IV Conferencia, Juan Pablo II recordaba lo que había dicho con tanta energía en su encíclica *Redemptor hominis: El hombre concreto e histórico* es el primer camino que ella (la Iglesia) debe recorrer en el cumplimiento de su misión; por ello, solidarios con el *clamor de los pobres*, los pastores deben asumir el papel de buen samaritano (cf. DI 15; RH 14; Lc 10, 25,37).

La respuesta de la IV Conferencia no es menos elocuente: «A nosotros los pastores *nos conmueve hasta las entrañas* el ver continuamente la multitud de hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos, que sufren el insoponible peso de la miseria, así como diversas formas de exclusión social, étnica y cultural; *son personas humanas, concretas e irrepitibles*, que ven sus horizontes cada vez más cerrados y su dignidad desconocida».

«Miramos el empobrecimiento de nuestro pueblo, no sólo como fenómeno económico y social, registrado y cuantificado por las ciencias sociales. *Lo miramos desde dentro* de la experiencia de mucha gente, *con la que compartimos* su lucha cotidiana por la vida» (SD 179).

El alma latinoamericana es naturalmente «cercana», solidaria.

Razas e historia, América y España, forjaron esta cualidad tan propia de los hombres y mujeres de nuestros pueblos. El Evangelio ha purificado este modo de ser y lo ha elevado a categoría de signo cristiano.

Sobre esta realidad cultural, no ha sido difícil para los pastores-obispos y sacerdotes, y para los otros agentes de

la pastoral, asumir un estilo de vida sencillo y cercano al pueblo. Contra este valor tradicional atentan «una mentalidad y un estilo de vida consumistas y egoístas, ampliamente divulgados por los medios de comunicación social» (SD 199). El secularismo y las corrientes neoliberales se unen a esta campaña antisolidaria:

*«Comenzando por Moisés y
continuando por los profetas,
les interpretó lo que en las
Escrituras se refería a él» (Lc 24, 27).*

Perder la esperanza, éste fue el drama de los discípulos de Emaús. Jesús se les acercó, siguió caminando con ellos y les dijo: ¿De qué *discutís* mientras le vais andando? Ellos se detuvieron con *aire entristecido* y cuentan cómo los sumos sacerdotes y magistrados condenaron a muerte a Jesús —profeta poderoso en obras y palabras— y lo crucificaron. Nosotros, dicen, *esperábamos* que él liberara a Israel, pero ya han pasado tres días, sólo quedan algunos *sobresaltos* a causa de habladurías de mujeres que han visto visiones.

Jesús, entonces, «les explicó lo que sobre él decían las Escrituras». Su palabra vence su desencanto y les enciende en sus corazones un fuego abrasador, como antes, cuando les enseñaba con palabras de vida eterna.

La semilla del Verbo fue sembrada, desde siempre, en los generosos surcos de América. «En el principio la palabra existía... todo se hizo por ella y sin ella nada se hizo de cuanto existe». La Evangelización fundante anunció expresamente la Palabra, «que plantó su morada entre nosotros y hemos visto su gloria» (cf. Jn 1, 1-3; 1, 14).

La Palabra de Dios es la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 9). Es, sin embargo, mérito de nuestra época el haber interesado a los fieles a la lectura de las Sagradas Escrituras. Por motivaciones y con pedagogías diversas, el Movimiento de

Renovación Bíblica y la Teología de la Liberación confluyeron en esta iniciativa. El destinatario de este doble dinamismo es la comunidad cristiana y, por lo general, la comunidad de pobres.

La Teología de la Liberación promueve la búsqueda de la ansiada libertad —o mejor de la liberación que añade a la palabra libertad una connotación dinámica— en el Exodo y en la vida del Jesús histórico que evangeliza a los pobres (Lc 4, 18-19) y se identifica con los hambrientos, los encarcelados, los excluidos (Mt 25, 31-46).

Notable aporte de la Teología de la Liberación es haber intentado establecer un nuevo círculo hermenéutico que confronta la realidad con la Palabra de Dios. La Palabra ilumina la realidad, deja al descubierto sus estructuras injustas y da valor para superarlas. Son los tres momentos tan conocidos y practicados en las Iglesias de América Latina: análisis en la realidad, reflexión doctrinal, líneas pastorales. Es el método utilizado en Medellín y Puebla. La Conferencia de Santo Domingo cambia el círculo: principios doctrinales, desafíos de la realidad, opciones pastorales.

Algunas corrientes teológicas importadas o nacidas en América, entre ellas algunas corrientes de la Teología de la Liberación, olvidaron o no dieron la debida importancia al hecho religioso, sacrificaron la trascendencia al horizontalismo. La lectura de la Palabra de Dios se convirtió, de principio y fin último, en comprobación de tesis políticas y sociológicas pre-establecidas. Se restó así a la Palabra su fuerza santificadora, su capacidad de iluminar el misterio escondido por siglos y revelado en Jesucristo.

«Ellos mismos contaron cómo lo habían reconocido en la fracción del pan» (Lc 24, 35).

El pasaje evangélico de Emaús, de una fuerza y belleza impresionantes, destaca algunos de los toques más hu-

manos de Jesús: «Hizo ademán de seguir adelante»; «entró a quedarse con ellos»; «se puso a la mesa con ellos».

Me he preguntado muchas veces qué misterio encierra el Jesús desconocido de los encuentros pascuales. María Magdalena lo confunde con el hortelano (Jn 20, 15); junto al lago de Tiberíades, escenario de tantos acontecimientos, los discípulos le desconocen (Jn 21, 4), no sabían que fuese él y hasta pensaron que era un fantasma, y sus amigos de Emaús lo consideran un despistado: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado?» (Lc 24, 18).

La explicación de las Escrituras pone a arder los corazones, pero no basta, es preciso algo más: el gesto sacramental de la fracción del pan, del pan eucarístico y del pan de la fraternidad. Es Jesús, que se hace comida y bebida de vida eterna, y pequeño y pobre, necesitado de solidaridad: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

Emaús: Jesús, desconocido en los caminos del mundo; Jesús, de mil rostros, al que es preciso descubrir en los hermanos para que el mundo sea solidario.

La comunidad que vive con hondura la fracción del pan eucarístico, se compromete en la opción evangélica por los pobres.

Esto, ciertamente, no es invento exclusivo de América Latina, ni de Medellín o Puebla. Siempre ha sido así: los santos de ayer y de hoy lo prueban con su entrega, a veces heroica, a los pobres.

Y el inventor es Jesucristo, que se hace contradictorio con hombres y mujeres caminantes para ofrecerles agua que mana hasta la vida eterna: «El que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratuitamente agua de vida» (Ap 22, 17).

En Medellín, Puebla y Santo Domingo, la Iglesia clama, junto con el Espíritu: «Ven»; «ven, Señor Jesús» (Ap 22, 17), Jesús, único nombre en donde se encuentra la

perfecta liberación; ven, Jesús, Evangelio del Padre, Buen Samaritano, Compañero de camino, nuestra primera y perfecta opción.

III

NUEVA EVANGELIZACION

Debéis celebrar el V Centenario de la Evangelización con «mirada de gratitud a Dios, por la vocación cristiana católica de América Latina y de cuantos fueron instrumentos vivos y activos de la Evangelización. Mirada de fidelidad a vuestro pasado de fe.

Mirada a los desafíos del presente y a los esfuerzos que se realizan.

Mirada al futuro, para ver cómo se consolida la obra iniciada, obra que debe ser una Evangelización Nueva, nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión»

(Juan Pablo II. Port-au-Prince, 1983).

Nueva Evangelización. Esta expresión suscitó críticas y reticencias en algunos medios, a tal punto que Juan Pablo II ha debido precisar en más de una ocasión su verdadero significado. Con especial énfasis lo hace en el discurso inaugural de la Conferencia de Santo Domingo. La Nueva Evangelización, dice, no consiste en «un Nuevo Evangelio que surgiría de nosotros mismos, de nuestra cultura o de nuestro análisis de las necesidades del hombre. Eso no sería Evangelio, sino simple invención humana y la salvación no estaría en él. Tampoco consiste en retirar del Evangelio todo aquello que parecería difícilmente asimilable por la cultura contemporánea. No es la

cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo la medida de toda cultura y de toda obra humana. No, la Nueva Evangelización no nace de agradar a los hombres, de conseguir su favor (cf. Gál 1, 10), sino de la responsabilidad del Don que Dios nos hace en Cristo» (DI 9).

El 9 de marzo de 1983, de retorno de Centro América, el Papa se detiene en Port-au-Prince, en donde estaba reunida la Asamblea del CELAM. En su discurso a los obispos hace un llamado solemne a la Iglesia de América Latina y el Caribe, para que asuman el compromiso de realizar entre los pueblos de esta región del mundo una Nueva Evangelización. La Asamblea del CELAM hace suyo el llamado del Pontífice, constituyéndolo en el núcleo fundamental del Plan de Acción preparatorio de la celebración del V Centenario de la Primera Evangelización.

El año siguiente, el 12 de octubre de 1984, en Santo Domingo, Juan Pablo II inaugura la novena de años preparatoria del V Centenario, reiterando su convocatoria a la gran empresa: «El próximo centenario de la Primera Evangelización nos convoca a una Nueva Evangelización de América Latina que despliegue con más vigor —como la de los orígenes— un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro de Esperanza».

Si bien, más tarde, el Papa convoca a la Nueva Evangelización de Europa, para que ésta recupere su «alma cristiana», y a la Iglesia universal, para que participe con igual empeño en un «compromiso cristianizador a nivel cósmico», su llamado a la Iglesia de América Latina es de tal manera insistente y enfático, que da lugar a concluir que el Pontífice entrega a los católicos de este continente una misión histórica, que urge cumplirla en un

marco de tiempo relativamente breve y que su cumplimiento tendrá resonancia universal. Un llamado a América para asumir la misión de Testigo y Profeta en el mundo contemporáneo.

IV

EVANGELIZACION FUNDANTE

*«Acordaos de vuestros dirigentes,
que os anunciaron la Palabra
de Dios, imitad su fe. Jesucristo es
el mismo, ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 7-9).*

En octubre de 1984, Juan Pablo II emprende un viaje misionero que lo lleva de Roma a Zaragoza, Santo Domingo y San Juan de Puerto Rico. En doce intervenciones se refiere más de cien veces a la Primera Evangelización del continente y sólo en dos ocasiones a los retos del presente. La intención del Pontífice es clara: la Nueva Evangelización no puede separarse de la Primera.

Esto lleva al historiador argentino Padre Rubén García a concluir que para Juan Pablo II el desafío de la Nueva Evangelización no está sólo en el conjunto de los fenómenos sociológicos actuales, sino, y sobre todo, en la historia de la Evangelización Fundante, frente a la cual es preciso desarrollar una lúcida conciencia histórica.

¿En qué componentes, negativos y positivos, se origina ese desafío? ¿Cómo la Nueva Evangelización debe estar atenta a la Primera? El Papa señala tres elementos negativos: el pecado, el antitestimonio y los errores; y dos positivos: la ética y la gracia. Unos y otros son desafíos para el nuevo empeño evangelizador.

Pecado. Que la Conquista y Colonia tuvieron nexos con la Evangelización y que conquistadores y encomenderos cristianos cometieron abusos, oprimieron y explo-

taron a indígenas, paganos o bautizados, es un hecho incontestable. «Nos cristianizaron, pero nos hacen pasar por animales», es la amarga queja del sabio maya Chilán Balán de Chumayel. «Se nos puso precio, precio del joven, del sacerdote, del niño, de la doncella... el precio del pobre era de sólo dos puñados de maíz» (escritores anónimos de Tlatelolco).

Contra ello y muchas otras cosas clamaban frailes, como Antonio de Montesinos: «Todos estáis en pecado mortal... ¿estos no son hombres?, ¿no tienen ánimas racionales?... ¿no sois obligados a amarlos como a vosotros mismos?» (Homilía de Adviento de 1511). Y Fray Francisco de Victoria, hombre sabio y de sereno juicio, tras escuchar a los protagonistas de las hazañas de la conquista del Perú, escribe a su Provincial, Miguel de Arcos: «Se me hiele la sangre en el cuerpo en mentándoselas» (nov., 1534).

Pecados son éstos, que se constituyeron en el mayor antitestimonio, en verdadera contraevangelización. Es por ello que la catequesis de entonces se esforzaba en probar que no es lo mismo ser español y ser cristiano, y que la gente debe distinguir más bien entre buen y mal cristiano. Así lo dice el Tercer Catecismo, en el sermón de la caridad y la limosna, «cuando viereis algunos viracochas (españoles) que dan coces a los indios, les maldicen y dan al diablo, y les toman sus comidas, y les hacen trabajar y no les pagan, esos tales viracochas son enemigos de Jesucristo, son malos, y aunque dicen que son cristianos, no lo son».

La interdependencia entre la Cruz y la Espada, la imprecisa separación y a veces hasta fusión de la esfera civil (Estado) y religiosa (Iglesia), fueron los errores que acompañaron a la Primera Evangelización. ¿Errores o sólo fenómenos epocales propios de la cultura de entonces? Tal vez algo de lo uno y de lo otro.

Pecado, antitestimonio, errores, no son exclusivos del pasado, se prolongan a lo largo de nuestra historia y

persisten, con mayor gravedad, en nuestros días, puesto que es mayor hoy el grado de conciencia sobre la dignidad de la persona humana y sus derechos.

Se ensancha la geografía del pecado y son más numerosos los pecadores: poderosos, instituciones, gobiernos; y más numerosas las víctimas. Es el mismo Papa quien denuncia este mal, en los discursos a los indígenas, durante sus visitas pastorales. He aquí una muestra: «Responsables de los pueblos, clases poderosas que tenéis improductivas las tierras, que escondéis el pan que a tantas familias falta; la conciencia humana, la conciencia de los pueblos, el grito del desvalido y sobre todo la voz de Dios, la voz de la Iglesia, os repiten conmigo: no es justo, no es humano, no es cristiano, continuar con ciertas situaciones claramente injustas» (A los indígenas de Oaxaca y Chiapas, 29 de enero de 1979).

La Gracia, la Ética: elementos positivos de la Primera Evangelización, son también retos, y no menos importantes, para la Evangelización en nuestros días.

«Con la llegada del Evangelio a América, se ensancha la historia de la salvación, crece la familia de Dios, se multiplica “para gloria de Dios el número de los que dan gracias” (2 Cor 4, 15). En los pueblos de América, Dios se ha escogido un nuevo pueblo, lo ha incorporado a su designio redentor, lo ha hecho partícipe de su Espíritu. Mediante la Evangelización y la fe en Cristo, Dios ha renovado su alianza con América Latina» (DI 3).

La Primera Evangelización no se limitó a mera sacramentalización, se trata de un complejo proceso divino-humano que Puebla califica como Misterio de Evangelización. «La expansión de la cristiandad ibérica trajo a los nuevos pueblos la fe cristiana, con su poder de humanidad y de salvación, de dignidad y de fraternidad, de justicia y de amor» (Juan Pablo II. Haití, 9 de marzo de 1983).

La Evangelización suscitó un amplio debate teológico-jurídico que, con Francisco de Victoria y su Escuela de

Salamanca —cátedra de dignidad y de libertad—, provocó la publicación de leyes de tutela para los indios y dio lugar al nacimiento del Derecho Internacional de Gentes.

La aplicación de esa doctrina se hace en admirables experiencias históricas y no en anécdotas: los pueblos hospitales del obispo Vasco de Quiroga, las colonias misioneras de los franciscanos, las reducciones jesuitas del Paraguay. «En su labor cotidiana, los misioneros construyeron pueblos, casas e iglesias, llevaban el agua, ensanchaban el cultivo de tierras. Abrían hospitales, difundían las artes» (Juan Pablo II. Haití, 1983). La promoción humana, como elemento constitutivo de la Nueva Evangelización, no es invento de hoy, como no lo es la defensa de los derechos humanos. Ahí están para probarlo Fray Antonio de Montesinos, Bartolomé de Las Casas, Toribio de Mogrovejo.

La Gracia y la Etica de ayer impulsan a los evangelizadores de hoy.

V

NUEVA EVANGELIZACION, PROYECTO LATINOAMERICANO

Juan Pablo II actualiza y da notoriedad a una iniciativa original de la Iglesia de América Latina. Entendida como poderoso anhelo de renovación, la Nueva Evangelización se sitúa, como proyecto de la Iglesia de esta región, en el arco de 40 años, de la Primera Conferencia General del Episcopado en Río (1955) a Santo Domingo (1992). Lo que se avizora en Río de Janeiro, es en Medellín urgencia inaplazable y alcanza su plenitud en Puebla y Santo Domingo.

Medellín anuncia la novedad que encierra el Evangelio y que da un nuevo sentido a las cosas, renovación y rejuvenecimiento de la humanidad e invita a los jóvenes

de un continente joven a sumergirse en las claridades de la fe y de este modo introducirla en el mundo para vencer las formas de muerte, es decir, las filosofías del egoísmo, del placer, de la desesperanza y de la nada, expresiones de una cultura vieja y caduca. La Iglesia —como la juventud de América— está llamada a una constante renovación y rejuvenecimiento (cf. Med 5.12).

Una sola vez, pero en un lugar muy importante, el de los compromisos que asume la Iglesia latinoamericana, en el Mensaje a los Pueblos, Medellín usa la expresión Nueva Evangelización. Y que yo conozca es la primera vez que aparece en los documentos de la Iglesia. «Alentar una Nueva Evangelización y catequesis intensiva que lleguen a las élites y a las masas, para lograr una fe lúcida y comprometida» (Medellín, Mensaje a los Pueblos).

A Puebla llegan los obispos enriquecidos con la Carta Magna de la Evangelización, la *Evangelii nuntiandi*, y están en capacidad de precisar mejor su verdadero significado y consecuencias. Ante «las situaciones nuevas que nacen de los cambios socioculturales, se requiere una Nueva Evangelización» (DP 366).

Evangelización Nueva, en perspectiva de una opción por los pobres. La existencia y drama de la pobreza es dato indispensable para ver, asumir y transformar la realidad con el poder del Evangelio. «Invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuvieran aceptando y asumiendo la causa de Cristo» (DP Mensaje 3) Es, a la vez, una opción que tiene en cuenta toda la riqueza de la pobreza evangélica como modelo de vida (DP 1148), como actitud de apertura confiada a Dios (1149), como compromiso de comunicación de bienes materiales y espirituales (1150), como exigencia de una nueva convivencia digna y fraterna para una sociedad justa y libre (1154).

Evangelización Nueva, junto a un esfuerzo permanente para conocer la realidad (DP 85). Para Medellín y Pue-

bla, es indiscutible la necesidad de que una visión objetiva y pastoral de la realidad acompañe al trabajo evangelizador. Sólo cuando llega a las raíces, se ubica correctamente una acción por la paz (Juan Pablo II, 1-1-1985), pues en la raíz de los males de la sociedad se encuentran situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, que la Iglesia denuncia como «pecados sociales» (Juan Pablo II, Trujillo, 4-11-1985).

Es lo que Pablo VI insistía en la *Evangelii nuntiandi*: necesidad de evangelizar de manera vital, transformando, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida (EN 18,19,20).

VI

PRIMERA CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (Río de Janeiro, 1955)

«AMERICA LATINA NACE A LA MODERNIDAD»

Los años que siguen a la Segunda Guerra Mundial conocen, en occidente, un inusitado desarrollo de los modelos economicistas. Entre 1950 y 1960 el mundo occidental había alcanzado las más altas tasas de crecimiento de toda la historia de la humanidad. La metrópoli de ese milagro es Estados Unidos. Desarrollo y miedo: se firmó la paz para dar lugar al temor. El fantasma del holocausto nuclear alimenta el sistema de seguridad del mundo libre.

Estados Unidos, ¡América, América!, es el señuelo, la respuesta del Norte al Sur subdesarrollado; es la «Alianza para el Progreso», de corta vida. La CEPAL, de Raúl Prebisch, se mostró siempre escéptica sobre medidas de este

tipo para vencer el atraso de los pueblos situados al Sur del Río Grande.

América Latina oculta con rubor la pobreza de millones de personas, al tiempo que se despierta una incipiente conciencia colectiva sobre la segunda libertad —liberación se dirá más tarde—. A la teoría que explica el subdesarrollo por causas étnicas o climáticas, sigue la de la dependencia. Tres palabras se repiten en mítines populares, con tintes de izquierda marxista: pueblo, sinónimo de pobres y de oprimidos; dependencia, es decir, dominación capitalista y concretante de Estados Unidos, y liberación por la vía de la revolución. Esta jerga entra al léxico de los cristianos comprometidos y es pieza clave de la concientización de los pobres.

Para entender el cambio que se va a producir en la Iglesia de América Latina, en los últimos cuarenta años, es conveniente adoptar una perspectiva de cierta amplitud. El punto de partida es el Concilio Plenario Latinoamericano, convocado por León XIII, y que se reúne en Roma en 1899. Aquí los obispos latinoamericanos comparten la preocupación de Roma y de las Iglesias europeas: el gran problema es la descristianización de la sociedad. La meta es la restauración de la sociedad cristiana mediante el reforzamiento de la institución eclesial y la formación del clero. No es una respuesta original, sino importada de Europa.

Otro modelo se va abriendo camino en los años treinta. Viene también de Europa y de la gran influencia de la Escuela humanista de Maritain: la Nueva Cristiandad; impregnar el mundo de los valores del Evangelio, sin apartarse del mundo, sino insertándose en la sociedad a través de un laicado adulto y comprometido. Es una primera apertura al Mundo Moderno y una adecuada preparación al Concilio. Casa adentro de la Iglesia, mentes lúcidas, como la del obispo chileno mons. Manuel Larraín, se empeñan en comprometer a los cristianos en

una evangelización renovada que responda a los retos de la historia.

Así se llega a la Primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Río de Janeiro, agosto de 1955. Dos cosas son nuevas. La primera, la atenta lectura de la realidad y la convicción de que la evangelización exige afrontar con realismo y valor los problemas sociales. La segunda, como en Roma, 56 años antes, los obispos son conscientes de que el gran problema es la ignorancia religiosa, pero cambia la estrategia: formar auxiliares del clero. Los seglares que se empeñan en esta tarea —catequistas, anunciadores de la Palabra—, lo hacen con seriedad y convicción, y se identifican con el pueblo y con sus problemas. La pastoral meramente sacramental es desplazada por una acción evangelizadora, comprometida con las aspiraciones de los más pobres.

Para emprender esta tarea se requiere la unidad de Iglesias y pastores de América Latina. De esta convicción nace el CELAM como «Órgano de contacto y colaboración de las Conferencias Episcopales de América Latina» (Estatutos aprobados en Roma, en 1958). Este sentido de unidad y cooperación, no se quebraría ni siquiera en los momentos de la grave crisis intraeclesial de los años setenta y ochenta.

VII

MEDELLIN 1968 LA OPCION POR LOS POBRES

En enero de 1959, Fidel Castro y sus guerrilleros entran en La Habana. Tras el fallido golpe antirrevolucionario de 1961, su gobierno gira abiertamente a estructuras dictatoriales marxistas.

El resto del continente se debate en inútiles intentos desarrollistas, desde la democracia, como en Chile de

Eduardo Frei y Venezuela de Rafael Caldera, o desde dictaduras militares como la del General Oganía (1966) en Argentina y de Castelo Branco en Brasil (1964).

Lo dominante son, sin embargo, los gobiernos dictatoriales nuevos como los de Perú o República Dominicana, o de antigua data como los de Stroessner en Paraguay o Duvalier en Haití.

El ejemplo de Cuba ejerce un fuerte atractivo. Se intenta imitarlo, por la vía democrática de Allende o por el socialismo militar de Velasco Alvarado, en el Perú. Nacen en casi todos los países movimientos guerrilleros que ven en la vía de la violencia el único camino viable a la nueva sociedad justa. Camilo Torres y el Che Guevara se convierten en signo y bandera.

En los años que preceden y siguen a Medellín, la Iglesia en América Latina recibe la poderosa influencia del Concilio Vaticano II; más aún, el objetivo de la II Conferencia, en la mente de sus máximos impulsores, los obispos Manuel Larrain y Alvear Brandao, debía ser la aplicación del Vaticano II a la realidad del subcontinente. De hecho, se fija como tema de la Asamblea: «La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio».

El Vaticano II supone la apertura de la Iglesia al hombre moderno; la Conferencia de Medellín se dirige al hombre concreto en una geografía de esperanzas y angustias, pero sobre todo de pobreza. Medellín aplica a esta realidad la expresión de Juan XXIII y Pablo VI: «Iglesia de los pobres».

Opción por los pobres, que brota de dos fuentes. La primera, el mismo Jesús, que «no sólo amó a los pobres, sino que, siendo rico, se hizo pobre, vivió en la pobreza, anunció a los pobres la liberación y fundó la Iglesia como signo de esa pobreza entre los hombres» (cf. Med 14-7).

La segunda fuente es la «tremenda injusticia social existente, que mantiene a la mayoría de los pueblos en

una dolorosa pobreza, cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria» (Med 14-1).

El grito de los pobres, «el sordo clamor que brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación, que no les llega de ninguna parte» (Med 14-2), es invitación a la profecía y al testimonio. Profecía, que en la II Asamblea alcanza cumbres que nos recuerdan los grandes profetas del Antiguo Testamento y las enérgicas denuncias de los Padres de la Iglesia; testimonio de pobreza confesada con rubor y deseada como signo de cambio: «En el contexto de pobreza y miseria en que vive la mayoría del pueblo latinoamericano, los obispos, sacerdotes y religiosos, tenemos lo necesario para la vida y una cierta seguridad, mientras que los pobres carecen de lo indispensable» (Med 14-3).

La novedad de la opción es la siguiente: mientras en Europa se intenta un diálogo, al más alto nivel académico, entre cristianismo y marxismo, en tierras americanas la Iglesia escoge un interlocutor, hasta entonces considerado sólo como «objeto de misericordia»: el pobre. El pobre, interlocutor en un diálogo teológico.

No es que la Iglesia se ocupe de los pobres sólo a partir de Medellín, pero la novedad está en el cambio de los términos de relación: la clave de relación no es tanto la compasión cuanto el binomio fe-justicia. Esta traslación del centro de interés causa remezones al interior de la Iglesia y en las relaciones de ésta con la sociedad civil, particularmente con los estratos económicos más acomodados.

Se trata de un proceso de inserción en un mundo poco conocido, considerado siempre como marginal e incapaz de valerse por sí mismo. Quienes se adentran en el mundo de los pobres, descubren valores insospechados y no tardan en constatar que las causas de la miseria están más fuera que dentro de ese mundo. Por otra parte, la opción por los pobres es un riesgo, exige conocer su reali-

dad, descubrir su propio dinamismo y compartir sus angustias y sus luchas.

Numerosos sacerdotes, religiosas y laicos, han optado por este riesgo y por vivir ellos mismos la radicalidad de la pobreza. «En los últimos años, dice John Sobrino, Cristo ha vuelto a aparecerse en América Latina; a muchos cristianos se les ha dado la gracia de verlo en los pobres, y esos videntes se han convertido, como los del Nuevo Testamento, en testigos dispuestos a una nueva misión, que configura una nueva Iglesia, o una nueva forma de ser Iglesia».

Iglesia de los pobres, no de una clase o de una casta. Este es uno de los puntos más sensibles de «ciertas corrientes» de la Teología de la Liberación y que más oposición ha despertado. «El amor pasa por la lucha de clases, sin mediaciones. La Iglesia debe redimensionarse con el proletariado» (Giraldi. Conferencia en la Universidad de Deusto). «La Teología es objetivamente parcial y clasista» (Clodovis Boff). «Cuando la Iglesia rechaza la lucha de clases se comporta como presa del sistema dominante» (Gustavo Gutiérrez; en las primeras ediciones de su libro de Teología de la Liberación, capítulo «Fraternidad y lucha de clases». En la última edición suprime todo este capítulo).

Iglesia de los pobres no es lo mismo que Iglesia popular. Pablo VI y Juan Pablo II denunciaron con energía «lo absurdo y peligroso que es imaginar cómo, al lado, por no decir en contra de la Iglesia construida en torno al obispo, exista otra Iglesia, carismática, no institucional, nueva, no tradicional, alternativa y, como se preconiza últimamente, una Iglesia popular» (Juan Pablo II. Visita a Centro América).

A veinticuatro años de Medellín, la IV Conferencia insiste en la invitación a los evangelizadores, a fin de que revisen «actitudes y comportamientos personales y comunitarios, estructuras y métodos pastorales», para que ellos

no alejen a los pobres y la opción sea auténticamente evangélica (cf. SD 180).

VIII

PUEBLA 1978

ANHELOS DE LIBERACION

La década del setenta marca el fin de la prosperidad mundial. Para América Latina es la iniciación del endeudamiento fácil y agresivo, la tristemente famosa deuda externa, «losa pesada que aplastaría durante años ese conjunto de naciones».

A partir de 1968 se agrava el problema de la pobreza. Diez años más tarde, la tercera parte de la población del subcontinente —122 millones— vivirá en condiciones de pobreza total. Se ensancha la brecha entre ricos, cada vez más ricos, y pobres, cada vez más pobres.

No son pocos, y entre ellos élites cristianas, los que consideran como única salida hacia una sociedad justa la revolución violenta. La guerrilla será el método seleccionado. Se enciende la hoguera sangrienta en Uruguay, Argentina, Chile, Guatemala, Nicaragua y El Salvador.

Surgen movimientos laicales y aun sacerdotales, cada vez más comprometidos en el campo sociopolítico, que hacen similar opción.

La respuesta de los guardianes del sistema establecido es durísima. La ideología de la seguridad nacional supone la inevitable confrontación de civilizaciones: la occidental cristiana y el marxismo. Las fuerzas armadas tienen la misión histórica de impedir el triunfo de este último. Al amparo de esta ideología, regímenes dictatoriales toman el poder.

La Iglesia se ve entrampada entre la miopía de los poderosos, la brutalidad de la represión y la vía de la violencia como pretendido camino a la justicia social. De la

tensión entre Iglesia y dictaduras se pasa a la persecución sangrienta.

Lo que en los años de Medellín «pudo haber parecido a los obispos un clamor sordo, ahora es claro, creciente, impetuoso y en ocasiones amenazador» (DP 88-89). El grito de la Conferencia de Puebla, con reminiscencias bíblicas, es desgarrador: «Está subiendo hasta el cielo un clamor, cada vez más tumultuoso e impresionante; es el grito de un pueblo que sufre y demanda justicia y liberación» (DP 87).

En este contexto nace y se desarrolla la Teología de la Liberación. Es una teología situada, de latinoamericanos, en latinoamérica. Mientras en Africa y Asia los ensayos teológicos van por el orden de la cultura, en América Latina el dato prioritario es lo económico y político. Es una teología que penetra en las causas del desorden social, denuncia sus estructuras y mecanismos perversos, y propugna cambios rápidos, profundos y radicales: la liberación de los oprimidos.

Tres son los elementos básicos de esta teología: la opción por los pobres, la unidad de la historia y el primado de la praxis. Entre sus diversas tendencias se destacan dos: la primera da prioridad a lo pastoral, profundiza el pensamiento de Medellín y Puebla, destaca la dialéctica pecado-conversión, pone el acento en lo religioso, sin olvidar —pero sin privilegiar— la dimensión política. Es la línea que inspira buena parte de los documentos episcopales y las conclusiones de seminarios de los años que siguen a la segunda y tercera Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano.

La segunda tendencia da prioridad a lo socio-político-conflictual y utiliza el análisis marxista, desechando su contenido ateo. A su vez, se bifurca en dos líneas, la de Gustavo Gutiérrez, máximo teólogo de la Escuela, que, igual que la primera tendencia, tiene una clara intencionalidad pastoral, y la más radical, considerada incepta-

ble por el Magisterio Pontificio. «La liberación no puede reducirse a la simple y estrecha dimensión política, social o cultural, sino que debe alcanzar al hombre entero, en todas sus dimensiones, incluida su apertura al absoluto» (EN 33).

El emparentamiento de la Teología de la Liberación —especialmente en sus formas radicales— con el marxismo, da lugar en las Iglesias de América Latina, y en el mismo CELAM, a luchas ideológicas sin precedentes. En 1974, Pablo VI entrega a la Iglesia su más lograda enseñanza, la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, que ejerce poderosa influencia en el episcopado, el clero y los laicos, y proyecta luces para la comprensión de la relación indisoluble entre evangelización y liberación. Juan Pablo II, en su mensaje a la Conferencia Episcopal de Brasil (1986), sigue la misma línea que su predecesor.

«Es deber de los pastores anunciar a todos los hombres, sin ambigüedades, el misterio de la liberación que se encierra en la cruz y en la resurrección de Cristo... Los pobres de este país, que tienen en vosotros a sus pastores, los pobres de este continente, son los primeros en sentir la urgente necesidad de este Evangelio de liberación radical e integral. Eximirse de ello sería defraudante y decepcionante... La Teología de la Liberación no sólo es oportuna sino necesaria».

Justo es reconocer los muchos y valiosos aportes de la Teología de la Liberación; entre otros, cabe destacar los siguientes:

Crear un nuevo estilo de hacer teología; promover la lectura del Vaticano II con ojos latinoamericanos; sentar las bases teológicas de la opción preferencial por los pobres; discernir las ideologías marxista y liberal, desde nuestra realidad; llevar la reflexión teológica a las bases del pueblo creyente, hasta entonces excluidas de este quehacer; despertar la conciencia sobre la existencia del conflicto social e iluminar los caminos para superarlo.

No menor mérito de esta teología latinoamericana fue el de impulsar la actualización de la Doctrina Social de la Iglesia, que había perdido mordiente y hasta había sido tachada de racionalista. «América Latina, decía el presidente de Chile, Patricio Aylwin, en el Congreso de Doctrina Social de la Iglesia (octubre de 1991), no ha sido un receptáculo pasivo de esta doctrina. La fe, factor determinante de su cultura, no ocultó la injusticia que caracteriza sus estructuras sociales».

IX

SANTO DOMINGO 1992 TESTIGOS DE LA ESPERANZA

Hace treinta o cuarenta años, Gabriela Mistral decía: «Seguí mi viaje de Chile arriba y he visto fealdades, corrupciones, politiquerías y matonerías de hacer llorar por esa América Latina que tanto yo quiero». A Santo Domingo llegamos con la amarga sensación de que la frase de la maestra chilena había sido escrita horas antes, mientras que se perdían en la niebla de un lejano pasado acontecimientos que sabíamos recientes: la Perestroika, la caída del Muro, la unidad europea. A trece años de Puebla, ya no se habla de pobreza, sino de empobrecimiento, fatal proceso que empuja la clase media al abismo de la miseria.

Superada la guerra fría y la competencia de sistemas, un solo amo se empadrona del mundo: el liberalismo capitalista. Por contraste, no faltan cristianos que piden prestados los ojos del amo para mirar con ellos el mundo. Así viven tranquilos y optimistas.

Llegamos a Santo Domingo «con el semblante triste» y, «mientras discutíamos y conversábamos» (Lc 24, 13) de todas estas cosas, sentimos a Jesús cercano. «De qué discutís, hombres tardos en comprender, por qué os tur-

báis y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón» (Lc 24, 38); «yo soy la luz del mundo; el que está conmigo no anda en tinieblas» (Jn 8, 12).

Juan Pablo II tiene el mérito de habernos abierto las puertas de la esperanza, con su memorable discurso inaugural, verdadera línea programática para la redacción del documento de la IV Conferencia, que cita cerca de 30 veces la alocución del Pontífice.

«Inauguramos, dice el Papa, la IV Conferencia, poniendo nuestros ojos y nuestro corazón en Jesucristo, el mismo, ayer, hoy y siempre (Heb 13, 8). El es el principio y el fin, el alfa y la omega (Ap 21, 6), la plenitud de la evangelización, el primero y más poderoso evangelizador», y continúa citando a Pablo VI en la apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II: «Cristo, nuestro principio, nuestra vida y nuestro término; que no se cierre sobre esta Asamblea otra luz que no sea Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad atraiga nuestra mente fuera de las palabras del Señor, único maestro; que no tengamos otra aspiración que la de serle absolutamente fieles; que ninguna otra esperanza nos sostenga, sino aquella que mediante su palabra conforta nuestra debilidad» (DI).

Jesucristo, compañero de camino, partícipe de la condición humana, es la piedra angular del documento de Santo Domingo, como lo fue el hombre latinoamericano para Medellín y la Iglesia para Puebla.

Cabe resaltar lo siguiente. Si bien todos compartíamos con el Papa la angustia «ante la situación caótica que se presentaba a nuestros ojos» (DI 15), todos a la vez compartíamos el vivo deseo de encontrar, desde el Evangelio, respuestas coherentes para que la opción por los pobres vaya más allá de lírica declaración. Todo esto se daba en un ambiente de extraordinaria unidad, pese a las naturales diferencias. Estábamos bien lejos de las tensiones que se dieron en la Asamblea de Puebla.

La centralidad de Jesucristo no excluyó la preocupación por el hombre. Decir que la IV Conferencia desplazó el centro de interés de lo social a lo sacral, al atribuir la deserción de millares de cristianos, que van a engrosar las filas de las sectas, a la excesiva preocupación de los agentes de pastoral por la promoción humana, es un juicio por lo menos ligero y parcial.

El capítulo sobre la Promoción Humana, quizá el mejor logrado del documento, no está ahí por casualidad. En las reuniones regionales preparatorias de la IV Conferencia, los obispos latinoamericanos habían sugerido como tema de la misma: «Una Nueva Evangelización para una Nueva Cultura». Pero es el Papa en persona quien introduce, como complemento necesario, el tema de la promoción humana, retomando la enseñanza de Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, sobre la íntima relación entre evangelización y promoción humana (EN 31).

En Santo Domingo no hay dudas sobre esta verdad, más bien recibe un énfasis mayor; he aquí algunas citas bien significativas:

Del Papa: El hombre concreto e histórico es el primer camino que ella (la Iglesia) debe recorrer en el cumplimiento de su misión (RH 14); la promoción humana ha de ser consecuencia lógica de la Evangelización, la cual tiende a la liberación integral de la persona (EN 29-39). La preocupación por lo social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia (SRS 41) y es también parte esencial del mensaje cristiano (CA 5) (cf. DI 13).

Y para que nadie dude, este magnífico párrafo: «La primera forma de evangelizar es el testimonio, es decir, la proclamación del mensaje de salvación, mediante las obras y la coherencia de vida, llevando a cabo así su encarnación en la historia cotidiana de los hombres» (DI 19).

Las afirmaciones de los obispos no son menos enfáticas: «La promoción humana es una dimensión privilegiada de la Nueva Evangelización». Esta frase tiene particu-

lar valor, pues aparece como primer subtítulo del capítulo dedicado a la Promoción Humana.

Hace notar el documento que «la pobreza en nuestros países es el resultado de la falta de coherencia entre la fe que se profesa y la vida cotidiana» (SD 161). Así, el trabajo de los cristianos por la promoción humana, en la vida personal, en la política y en la pastoral, no es mero consejo evangélico, sino obligación moral irrenunciable.

La IV Conferencia convoca a una renovada pastoral social (SD 200) en los frentes del «anuncio»: Jesús es el Buen Samaritano que encarna la caridad transformadora y eficaz (SD 153); de la «denuncia» de los mecanismos perversos de la economía de mercado, que dañan profundamente las estructuras sociales (SD 202); del «testimonio», pues, no nos es dado a los cristianos ser espectadores impasibles de la historia, en una hora en la que no hay quien vele por los más débiles (SD 180).

X

CONCLUSION

Los números 178 y 179 del documento de Santo Domingo, en opinión de uno de los peritos que redactaron el documento de trabajo, serían suficientes para justificar la IV Conferencia. Para mi propósito, son una buena síntesis y conclusión de mi intervención en estas Jornadas.

«El creciente empobrecimiento en el que están sumidos millones de hermanos nuestros hasta llegar a intolerables extremos de miseria, es el más devastador y humillante flagelo que vive América Latina y el Caribe. Así lo denunciábamos tanto en Medellín como en Puebla y hoy volvemos a hacerlo con preocupación y angustia. Las estadísticas muestran con elocuencia que en la última década las situaciones de pobreza han crecido tanto en números absolutos como en relativos. A nosotros, los pastores,

nos conmueve hasta las entrañas el ver continuamente la multitud de hombres y mujeres, niños y jóvenes y ancianos que sufren el insoportable peso de la miseria, así como diversas formas de exclusión social, étnica y cultural; son personas humanas concretas e irrepetibles que ven sus horizontes cada vez más cerrados y su dignidad desconocida» (SD 179).

«Miramos el empobrecimiento de nuestro pueblo no sólo como un fenómeno económico y social, registrado y cuantificado por las ciencias sociales. Lo miramos desde dentro de la experiencia de mucha gente con la que compartimos, como pastores, su lucha cotidiana por la vida» (SD 179).

«Evangelizar es hacer lo que hizo Jesucristo, cuando en la sinagoga mostró que vino a “evangelizar” a los pobres (cf. Lc 4, 18-19). “El, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8, 9). El nos desafía a dar un testimonio auténtico de pobreza evangélica en nuestro estilo de vida y en nuestras estructuras eclesiales, tal cual como El lo dio».

«Esta es la fundamentación que nos compromete en una opción evangélica y preferencial por los pobres, firme e irrevocable pero no exclusiva ni excluyente, tan solemnemente afirmada en las Conferencias de Medellín y Puebla. Bajo la luz de esta opción preferencial, a ejemplo de Jesús, nos inspiramos para toda acción evangelizadora comunitaria y personal (cf. SRS 42; RMI 14; Juan Pablo II, discurso inaugural, 16). Con el “potencial evangelizador de los pobres” (DP 1147), la Iglesia pobre quiere impulsar la evangelización de nuestras comunidades» (SD 178).

Jesús es fundamento de la opción de los pobres y modelo acabado de pobreza evangélica. Jesús, que siendo rico se hizo pobre y que anunció la Buena Nueva a los pequeños, inspira toda la acción pastoral: el anuncio y educación de la fe, la catequesis, la liturgia y la caridad de la

comunidad. No es coherente animar una caridad liberadora y al mismo tiempo, en la misma comunidad, celebrar la fe o dar catecismo ignorando el mandamiento del amor y sus exigencias de solidaridad y justicia.

Cristo desafía a América Latina a dar testimonio de la esperanza a la que hemos sido llamados. ¿Qué hacer entonces? Es la pregunta que nos hiciera el cardenal Roger Etchegaray al inaugurar el Primer Congreso Latinoamericano de Doctrina Social de la Iglesia, celebrado en Santiago de Chile, en octubre de 1991.

«¿Qué le falta, pues, a este continente tan fascinante y que ha llegado a ser, para hombres y pueblos de los demás continentes, el testimonio de la aptitud de los cristianos para ser la sal de la tierra? ¿Qué es lo que le falta? Debéis decirlo vosotros mismos con humildad y obrar con serenidad, para reavivar la relación, siempre nueva y siempre frágil, entre la fe y la historia».

¿Qué os falta? La pregunta se alarga a vuestra España, fuente sacramental de nuestra fe, y a Cáritas —la vuestra y la nuestra—, para ser testimonios vivos de amor liberador.

¿Qué os falta? ¿Qué nos falta?

ABREVIATURAS

CA	Juan Pablo II. Encíclica <i>Centesimus annus</i> .
DP	Documento de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Puebla.
EN	Pablo VI. Exhortación Apostólica <i>Evangelii nuntiandi</i> .
Med	Documento de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Medellín.
RMi	Juan Pablo II. Encíclica <i>Redemptoris missio</i> .
SRS	Juan Pablo II. Encíclica <i>Sollicitudo rei socialis</i> .
SD	Documento de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Santo Domingo.

OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES Y ACCION PASTORAL EN LAS IGLESIAS LOCALES (*)

PEDRO ESCARTIN CELAYA

1. LA OPCION POR LOS POBRES ES SOBRE TODO UNA OPCION PASTORAL

En estas Jornadas se han hecho valiosos análisis éticos y sociales, así como luminosas lecturas teológicas acerca de las agobiantes pobrezas que jalonan y hasta penetran las fronteras del mundo satisfecho que nos ha tocado en suerte. Tengo, sin embargo, la convicción de que es ahora cuando llegamos al corazón mismo de nuestra reflexión: es en la acción —y tomando en serio la médula religiosa que afecta a los circuitos de la pobreza—, precisamente en la acción pastoral, donde resuena con mayor fuerza la desgarrada interpelación de los pobres.

Me atrevo a decir que la «*opción preferencial por los pobres*» es, desde sus orígenes, una opción pastoral (1).

(*) Conferencia dictada en las XII Jornadas Nacionales de Teología de la Caridad, de Cáritas Española. Huesca, 7-9 de mayo de 1993.

(1) La «irrupción de los pobres» como hecho histórico de nuestra época es el *signo de los tiempos* que la teología de la liberación, siguiendo la invitación de Juan XXIII y el Concilio, trata de discernir; pero antes todavía que un discernimiento teológico «este estado de cosas significa entre nosotros un reto al trabajo pastoral y al compromi-

No puedo menos, por lo tanto, de sentir el respingo de la responsabilidad que se me ha encomendado; sólo contando con la ayuda de Dios y con vuestra benevolencia me he atrevido a embarcarme en esta singladura apasionante.

Las tres dimensiones de la pastoral

Se me emplaza a desarrollar las consecuencias de la opción por los pobres sobre la actuación pastoral, pero dentro del marco próximo y concreto de nuestras Iglesias locales. No obstante, bueno será refrescar la memoria con el recuerdo de un principio básico, como es que *la misión de la Iglesia se realiza a través de tres grandes acciones pastorales*, que voy a designar con tres verbos: *evangelizar, celebrar y servir*.

Se trata de los tres grandes encargos que la Iglesia recibe como partícipe y prolongación de los tres oficios del Cristo —profeta, sacerdote y rey— para que sean su tarea durante este tiempo ambiguo de la historia y en el espacio concreto de nuestros pueblos y ciudades. La Iglesia local existe *para anunciar* a esos hombres y mujeres concretos con los que se roza cada día que el reinado de Dios está llegando, *para anticipar* a través de los velos del símbolo sacramental lo que será el encuentro con el Padre y los hermanos cuando llegue la plenitud del Reino, *para hacer verdaderos*, mediante el servicio sincero, amoroso y comprometido, tanto ese anuncio como aquella celebración anticipada.

so de las Iglesias cristianas», afirma G. GUTIERREZ en «Pobres y opción fundamental», VV.AA.: *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*, Ed. Trotta, Madrid, 1990, tomo I, págs. 303 y ss.

La opción por los pobres afecta substancialmente a todas las dimensiones de la pastoral

En consecuencia, la Iglesia no puede olvidar —le va en ello su misión y su credibilidad— que solamente verifica (hace verdaderos) el anuncio y la celebración si descubre y sirve a Cristo en el pobre (2). En ningún foro menos que en éste puede sonar tal afirmación a exagerada; sin embargo, me atrevo a decir que no es ése el principio unificador de los planteamientos pastorales en todas y cada una de nuestras comunidades eclesiales.

En buena hora se va recuperando, en la predicación y en la catequesis de nuestras comunidades, un discurso sobre Dios en el que prima su rostro de Padre sobre los perfiles más solemnes y justicieros de otros tiempos. ¿Pero nos hemos preguntado si es éste un discurso coherente con los acontecimientos que laceran nuestra conciencia de seres humanos cada vez que conectamos el televisor o hacemos «zapping» por la prensa diaria? La inhumana tortura de unas guerras que no cesan (en la antigua Yugoslavia, en Somalia o en cualquier rincón de Latinoamérica, por citar tres focos especialmente recordados en los últimos meses); el sometimiento obligado de las gentes del Tercer Mundo y de los menos dotados; la lucha por la supervivencia en las crecientes bolsas de pobreza de nuestras sociedades desarrolladas...

De todo eso sabéis suficiente como para que venga a daros lecciones; solamente quiero recordar —y es preciso que cada una de nuestras comunidades cristianas lo tenga presente— que cada vez resulta más grotesco decir que existe un Padre-Dios, si no se anuncia simultáneamente su lucha para neutralizar los efectos de una liber-

(2) «Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 31-46).

tad cuyo norte no es la construcción y desarrollo de lo verdaderamente humano, si no se levanta acta de su esfuerzo por socorrer a las víctimas de tanta estupidez, insensibilidad o egoísmo (3).

Pero desde que la Palabra se hizo carne, nuestra carne creyente es la transparencia actual de la Palabra eterna; de manera que un mundo tan desgarrado sólo es capaz de percibir el amor que Dios le tiene cuando lo siente encarnado en la cercanía comprometida de sus hermanos cristianos.

Y aún es preciso otro recordatorio; si no resulta digno de crédito cualquier anuncio de salvación escatológica que sea meramente verbal (4), cualquier anuncio al que no acompañen gestos evidentes de que se está haciendo lo posible por cambiar el signo negativo de los acontecimientos, más desairada todavía queda una celebración que no anticipe verdaderamente la gran fraternidad del Reino de Dios; inevitablemente suena a «happening» vacío, a rito rutinario incapaz de encandilar a nadie.

Nuestras comunidades cristianas harían bien en preguntarse si los jóvenes han desertado de la Eucaristía solamente porque han perdido el sentido de lo trascendente y el sabor de la plegaria o, si en esas pérdidas, ciertamente reales, late agazapada la vivencia falseada y ramplona,

(3) A nuestros contemporáneos difícilmente les basta la esperanza de un paraíso donde se secarán todas nuestras lágrimas: «Un Dios que no haya venido a deshacer el infierno en que los hombres hemos convertido la vida es un Dios despiadado, aunque exista otra vida» (J. P. MIRANDA, citado por L. GONZALEZ-CARVAJAL en *Con los pobres contra la pobreza*, Ed. Paulinas, 1991, págs. 174 y ss.).

(4) Hace ya diez años que uno de los cantantes más brillantes del momento, Víctor Manuel, puso en circulación una canción cuyo tema era un no rotundo a todos los «salvadores»; ¿también al que nosotros designamos con mayúscula? Dado el sentido de aquella letra, tampoco había que excluirlo, a menos que se dieran signos de que su salvación es realmente liberadora.

a la que han sido sometidos, de la espléndida novedad que la celebración anuncia.

De tal modo el *servicio* condiciona a la *evangelización* y a la *liturgia* que, si falla aquél, «no ha fallado sólo una (de las tres acciones pastorales básicas), sino las tres, puesto que la evangelización sin servicio se reduce a mera palabrería y la liturgia sin servicio se reduce a ritualismo» (5).

Queda ya suficientemente indicado el camino de esta intervención: analizar y desarrollar las exigencias que comporta el «servicio» cuando orienta la pastoral concreta de nuestras Iglesias. Sin embargo, con lo dicho hasta aquí no he planteado la cuestión en toda su amplitud.

Lo pobre es un término con cara y cruz. El Diccionario admite varias acepciones: «que carece de lo necesario para vivir», pero también «humilde, insignificante, de poco valor», y además «pacífico, apacible». Ha sido, sin embargo, la sabiduría del Evangelio quien nos ha descubierto el valor positivo de lo pobre, sin olvidar la otra cara de la pobreza, la que le duele a Dios. Veamos, en primer lugar, las implicaciones pastorales de esta doble realidad que presenta la pobreza.

2. AMBIVALENCIA DE LO POBRE Y VITALIDAD DE LA IGLESIA LOCAL

Las tres acepciones de la pobreza

La teología de la liberación puso en circulación tres acepciones de la noción de pobreza, que fueron asumidas por la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín (6): «La pobreza real como un *mal*, es decir, la

(5) L. GONZALEZ-CARVAJAL: *o.c.*, pág. 187.

(6) V. el documento *Pobreza de la Iglesia*.

pobreza no deseada por Dios; la pobreza espiritual en tanto que es *disponibilidad* a la voluntad del Señor; y la *solidaridad* con los pobres al mismo tiempo que la protesta contra la situación que sufren» (7). Este lenguaje no resulta nuevo para nosotros; si lo traigo a colación es porque encierra unos criterios que son preciosos a la hora de valorar la vitalidad de nuestras Iglesias. En efecto, cada comunidad eclesial ha de confrontarse, en su vivir concreto, con éstas o parecidas cuestiones:

— ¿Estoy luchando efectivamente contra el mal que destruye y se atrinchera en la miseria, en la injusticia y en la marginación? (8).

— Más aún: ¿soy capaz de solidarizarme con los pobres hasta el punto de hacer míos sus sufrimientos, sus esperanzas y sus gritos de protesta? (9).

— Pero en el desarrollo cotidiano de mi vida, también en esa lucha y en esa solidaridad, ¿logro renunciar a la fuerza y seguridad que proceden del dinero o del poder, incluso para evangelizar? (10).

— Y, cuando he dado una aceptable respuesta a las cuestiones anteriores, ¿me reconozco delante de Dios sin méritos propios y, por ello, estoy abierto a acoger su Reino como se recibe un regalo? (11).

(7) G. GUTIERREZ: *o. c.*, pág. 303.

(8) «Vete y haz tú lo mismo», a propósito de la parábola del buen samaritano: Lc 10, 29-37.

(9) «Aún te falta una cosa. Todo cuanto tienes véndelo y repártelo entre los pobres...»: Lc 18, 18-23.

(10) «No tentarás al Señor tu Dios», cuando Jesús se siente tentado a usar el poder de Dios en beneficio de su misión: Mt 4, 1-11. El abandono de Jesús en la cruz, a pesar del escándalo que supuso para su misión, confirma que este criterio es algo substancial con el Evangelio: Mt 27, 39-44.

(11) No parece bueno orar como el fariseo: «Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano...»: Lc 18, 9-14.

Aunque todo cristiano está llamado a hacerse estas mismas preguntas, no huelga el que las propias comunidades, en cuanto tales, también se las formulen. Estoy convencido de que una de las primeras urgencias pastorales de nuestras Iglesias es recuperar su protagonismo como comunidad y, en virtud de tal protagonismo, sentirse sujetos de la evangelización y también de su siempre necesaria conversión.

Su repercusión en las actuaciones pastorales básicas

Entiendo que si cada comunidad cristiana y el conjunto de la Iglesia local son capaces de entrar por este camino de *revisión de vida*, confrontándose con la vida y la muerte que les rodea y, a la vez, con el impresionante mensaje que late en cada repliegue del Evangelio de Jesús, nuestras actuaciones pastorales quedan marcadas de forma decisiva y, al mismo tiempo, ganan en unidad y coherencia evangélica y evangelizadora. Veamos en concreto cómo afecta esta «revisión de vida» a las actuaciones básicas de nuestra pastoral.

a) La actuación educativo-catequética

La opción por los pobres no es una apuesta coyuntural, motivada por la irrupción sociológica de los pobres en nuestra cultura satisfecha y opulenta. Como han puesto de relieve los obispos de las diócesis aragonesas en su documento colectivo sobre «*la pobreza en nuestros pueblos y ciudades*», esta opción es condición indispensable para tener acceso incluso al conocimiento de Dios (12).

(12) «No llegaríamos a comprender a nuestro Dios, en el que confiamos, si no estuviéramos en comunión con los pobres, los indefensos y los despreciados... En Cristo, los pobres se convierten en un

También es una exigencia de la propia naturaleza y misión de la Iglesia (13).

Lo que acabo de recordar resulta decisivo para toda la actividad educativo-catequética de la Iglesia local. Es ineludible la pregunta por la imagen de Dios que transmitimos y por el modelo de religiosidad que potenciamos. Reconocemos que Dios es parcial a favor de los pobres; tan parcial que su Hijo Jesús se identifica con los pobres de tal manera que «la Iglesia reconoce en ellos una memoria viviente de Jesús» (14). Se nos enseña que la pobreza no es sólo una cuestión de ética o de moral, sino que tiene una raíz idolátrica: «Si esos dioses (que causan muerte y opresión) no mueren, no podrá nacer una completa fraternidad», por lo que debemos «hacer de ese compromiso (ético de solidaridad con los marginados) una experiencia de Dios» (15).

Pero con demasiada frecuencia todavía este Dios volcado sobre los pobres, a pesar de haberse manifestado así desde los tiempos de Israel, aparece ante la conciencia religiosa de muchos cristianos de nuestras Iglesias como *un nuevo Dios*. Por fortuna, este rostro de Dios ha sido captado por los mejores testigos de la fe en momentos claves de

“lugar teológico”: Dios nos habla desde ellos, desde su situación, y ellos nos evangelizan al desenmascarar y quebrar, con su existencia, las falsas imágenes de Dios, del culto, de la espiritualidad y de la moral». *A los pobres los tendréis siempre con vosotros*, núm. 24. V. todo el apartado 2, titulado «La fe cristiana invita a mirar a los pobres con nuevos ojos».

(13) «La evangelización jamás podrá disociar el anuncio de Jesús del anuncio a los pobres de la Buena Noticia de su liberación» (*Ibidem*). Poco antes dicen los obispos: «Desde sus primeros momentos la Iglesia percibió una íntima relación entre nuestra comunión eucarística con Cristo y el amor comprometido en favor de los pobres». V. la nota 22 de dicho documento.

(14) *A los pobres los tendréis...*, núm. 21.

(15) *A los pobres los tendréis...*, núm. 20.

la historia de la Iglesia, desde los Santos Padres a los actuales mártires caídos en el servicio a la causa de los pobres en tantos lugares del continente latinoamericano; desde Francisco de Asís a Vicente de Paúl; desde Pedro Claver a la Madre Teresa y tantos cristianos actuales —religiosos y laicos— que están haciendo del servicio a los ancianos, a los enfermos, a los marginados y a los que no cuentan, el centro y la razón de su propia existencia. Y, sin embargo, para muchas personas religiosas el encuentro con Dios no pasa necesariamente por el camino de los pobres.

Me parece indispensable que los responsables de la educación de la fe en nuestras Iglesias, desde los niveles más técnicos y especializados hasta los sencillos catequistas y predicadores que cada día despiertan el hambre de Dios en los pequeños, incorporen esta clave a su experiencia de Dios y a sus palabras sobre El. Dos consecuencias, por lo tanto, subrayo en este campo de las actuaciones educativas:

— La necesidad de *revisar nuestra propia vivencia religiosa*: cómo conocer a Dios, cómo hablarle y escucharle, sabiendo que nuestro Dios sólo se deja ver a través del rostro doliente de los oprimidos y que, cuando le entreveamos a través de otras realidades más plácidas, resulta indispensable aquella referencia a los pobres para no quedarnos con una imagen de Dios desfigurada.

— Y la de educar *para tomar postura* ante las crecientes actitudes de *individualismo e indiferencia* (16), detrás de las cuales se parapetan y defienden no pocas personas y sectores de nuestra sociedad. Si nos consideramos creyentes, no podemos olvidar que la pobreza tiene que ver con la idolatría, con la *adoración del más falso de los dioses: el dinero*.

(16) *A los pobres los tendréis...* Véanse los dos primeros apartados del número 17.

b) *La actuación transformadora*

La Iglesia universal y cada una de las Iglesias locales que la integran es «sacramento de salvación» cuando logra ser «signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1), y eso ocurre porque «se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia», porque «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (GS 1).

Las Iglesias locales no pueden, por ello, contentarse con educar la conciencia religiosa; ineludiblemente han de compartir con los hombres de buena voluntad el esfuerzo por transformar este mundo. Expresamente lo afirma el Concilio Vaticano II: «La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios» (17). La esperanza cristiana auténtica nos «prohíbe

(17) GS 39. Conviene seguir leyendo el resto del párrafo, cuando añade: «Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre "el reino eterno y universal; reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz". El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección».

desertar» del mundo porque el reinado de Dios se ha hecho presente ya aquí, en nuestra historia, «aunque sea de forma imperfecta y fragmentaria» (*Testigos del Dios vivo*) y todavía no es lo que llegará a ser (18).

Esta convicción nos proporciona otro de los criterios básicos para convertir la opción preferencial por los pobres en actuación pastoral de nuestras Iglesias locales. Permítaseme recurrir una vez más a la palabra de los obispos de las diócesis aragonesas (que sean los pastores de las Iglesias de Aragón los que interpelen a esta asamblea es la grata servidumbre de celebrarla en esta hermosa, aunque empobrecida, tierra). Desde el número 25 al 38 del documento antes citado, proponen las *actitudes cristianas* que hemos de adoptar *ante aquellas situaciones* (en este caso de Aragón, aunque tienen una aplicación más general) que generan pobreza y marginación (19).

Se trata de una *invitación a actuar*, y no a la desesperada sino concienzudamente, es decir, después de haber tomado conciencia de que, gracias a Dios, nada está definitivamente perdido y de que este carácter optimista de nuestra fe nos permite *apostar por la utopía* (20).

(18) L. GONZALEZ-CARVAJAL: *o. c.*, pág. 175.

(19) He aquí las seis apuestas, expresadas en forma de contraposición:

- Frente a la idolatría del dinero, pobreza evangélica.
- Frente al absoluto dominio de la mentalidad científico-técnica, la dignidad de la persona.
- Frente a la desertización y el envejecimiento de gran parte de nuestro Aragón, la pasión por la vida.
- Frente al individualismo insolidario, la solidaridad.
- Frente a la insensibilidad, la misericordia.
- Frente al fatalismo, la esperanza.

(20) No utilizo el término «utopía» con el sentido que le da el Diccionario: «plan, proyecto o ficción ideal, pero de imposible realización», sino con un típico e importante sentido cristiano: apostar por un proyecto magnífico pero imposible sería un hermoso gesto romántico, pero poco más; pretendemos apostar por un proyecto realizable,

Apoyados en Dios que es Padre, confiamos ver «unos nuevos cielos y una nueva tierra en la que habite la justicia»; confiamos que esto será realidad porque Dios ha empeñado su Palabra en semejante proyecto y porque hay mujeres y hombres que colaboran en ese proyecto, comprometiendo en él su vida. Semejante proyecto «no es de este mundo» ni de los tiempos que corren; en tal sentido es u-tópico (fuera de este lugar), pero no irreal o irrealizable.

Llevamos una larga temporada en la que el «realismo» más positivista domina en el panorama de los programas y realizaciones sociales, políticas y colectivas. Y este polvo se va pegando también en las sandalias de los cristianos, que caminamos por las mismas sendas de la vida que los demás mortales. Por eso, una de las primeras responsabilidades pastorales de nuestras Iglesias es la de *despertar y poner en circulación el capital utópico* que encierra nuestra fe en el Resucitado. En las épocas dominadas por el utilitarismo y la incredulidad, la utopía queda sofocada; por lo mismo, nuestra época ha de contar con quienes no se dejen apagar ese rescoldo, con quienes no dejen morir este último árbol de la vida. Con toda la modestia del mundo, pero con toda la fuerza de quien se apoya en el Dios que siente ternura por los pobres, nuestras Iglesias están llamadas a ser esa reserva de lucha y transformación de nuestra sociedad.

Me gustaría abordar ahora una cuestión de verdadera importancia, como es la de analizar quién ha de ser el sujeto inmediato e idóneo para tal transformación y a través de qué mediaciones conseguirla. Evidentemente, desborda los límites de esta intervención y, por otra parte, ya

aunque su puesta en práctica sea ardua y tenga que pasar aún mucho tiempo para que veamos los frutos.

se ha elaborado mucha reflexión sobre estas cuestiones en los últimos tiempos; a ella me remito (21). Solamente pondré de relieve algunas conclusiones que podré dar como definitivas:

— Que esa presencia transformadora de la Iglesia no será posible sin un *laicado adulto y corresponsable* (22).

— Que esa presencia ha de imitar el modelo de la *levadura*, lo cual comporta unas condiciones, para que sea válida (23).

(21) Sobre la aportación propia de los laicos a la tarea transformadora de la sociedad, en cuanto que esta tarea entra a formar parte de la misión de la Iglesia, podemos citar los textos fundamentales del Concilio Vaticano II (LG 30-38 y AA), así como la exhortación apostólica *Christifideles laici*, todo ello suficientemente conocido. Dentro de la más reciente reflexión teológica sobre el alcance de la «laicidad de la Iglesia» me gusta citar, por lo sugestivas que resultan sus tesis, aunque no se compartan completamente, los estudios de BRUNO FORTE: *Laicità*, en el suplemento I: *Nuovo Dizionario di Teologia*, Alba, 1982, págs. 2004-2013, y en *Laicado y laicidad*, Salamanca, Sígueme, 1987, págs. 61-72.

Sobre las cuestiones debatidas a propósito de las mediaciones de esa presencia, véanse los siguientes estudios: J. GARCIA ROCA: *¿Presencia o mediación? Dos modos de entender el compromiso cristiano en el mundo*, Sal Terrae, septiembre 1986, págs. 598-607, y L. GONZALEZ-CARVAJAL: *Cristianos de presencia y cristianos de mediación*, Sal Terrae, colección Aquí y Ahora, 1989. El estado actual de este debate, tal como lo percibe el autor de esta ponencia, ha quedado reflejado en su artículo «Las instituciones intermedias», Revista XX Siglos, núm. 13, pág. 76 y ss.

(22) V. el reciente (noviembre de 1991) documento colectivo de la Conferencia Episcopal Española: *Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, núms. 43-52, dedicados precisamente a esta cuestión.

(23) *Ibidem*, núm. 49, citando a *Los católicos en la vida pública*:

1.º No podrá considerarse eclesial ninguna forma de presencia pública que entre sus objetivos y procedimientos incluya la conquista o ejercicio del poder.

2.º Cualquier forma de presencia pública eclesial deberá respetar siempre la legítima autonomía de lo secular.

3.º Toda presencia pública eclesial debe inspirarse siempre y ser exigencia de la misión propia de la Iglesia que es la evangelización y estar al servicio de los pobres y necesitados.

— Que la tarea de suscitar, educar y dar cauce a este laicado, a través de movimientos e iniciativas adecuadas, ha de ser considerada como una tarea básica de la actividad pastoral de nuestras Iglesias.

c) La dimensión mística y celebrativa de estas actuaciones

La Iglesia tampoco puede prescindir de la mística. Sería tanto como negarse a sí misma, ya que nace contra toda esperanza de la capacidad contemplativa de un fracasado: del costado desgarrado del crucificado. Esta aptitud para la contemplación interior de los acontecimientos, descubriendo en ellos la presencia amorosa de Dios por debajo de la decepcionante cáscara que los envuelve, es la tierra donde arraiga la actitud de pobreza evangélica, que antes se ha señalado como disponibilidad en las manos de Dios.

Cultivar esta actitud es también una urgencia pastoral prioritaria para nuestras Iglesias. Sin ella no se habría completado la educación del ser cristiano; sin ella la acción transformadora se encontraría muchas veces al borde de la autosuficiencia o de la decepción más desgarrada; sin ella correría el riesgo de ser espuria la motivación de nuestro interés por los pobres.

Bastará con un solo ejemplo. Con alguna frecuencia percibimos en no pocas personas una cierta predisposición a favor de unos pobres idealizados, aquellos que por ser pobres, es decir, sencillos, parecen el compendio de todas las bondades, de todas las generosidades y de toda la solidaridad; y es cierto que muchas veces encontramos más capacidad de solidaridad y de sacrificio en las personas sencillas y con escasos bienes materiales que en las clases acaudaladas. Pero también es verdad que igualmente nos encontramos con personas azotadas por la pobreza que, a la vez, son exigentes, poco agradecidas, ma-

nirrotas y sin capacidad de respuesta. En tales ocasiones corremos el riesgo de que se nos vengan al suelo todas nuestras hermosas teorías sobre la pobreza. Es entonces cuando necesitamos tener muy clara la mística de nuestra opción. Una opción empeñada en imitar a Dios, «que hace salir su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos» (Mt 5, 45) como prueba suprema no sólo de bondad, sino de su capacidad de ser pobre hasta esconder todo su poder y razón en la humanidad impotente y perseguida de Jesús, el justo maltratado.

Descubrir las claves de este modo de actuar y aprovisionarse de fortaleza para llevarlo a la práctica es lo propio de la oración, una de las actuaciones pastorales que hoy, menos aún que en otros momentos, podemos permitirnos el lujo de descuidar. Sin embargo, no cualquier tipo de oración es exactamente oración cristiana; solamente aquella que imita el modelo orante de Jesús, el pobre. Esta oración gira en torno a dos polos: el reconocimiento agradecido de que Dios se manifiesta a los sencillos y no a los poderosos y satisfechos (Mt 11, 25), y la angustia confiada o la confianza angustiada del «si es posible, pase de mí este cáliz...» o del «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27, 46).

Finalmente, no podemos olvidar que, en la dimensión cristiana de la existencia, la oración se hace celebración; la oración no termina en un esfuerzo personal de concentración que serene el alma, ni siquiera en la contemplación de quien imita al que se definió como «camino», aunque ciertamente consigue estos efectos. La oración cristiana traspasa los niveles de la voluntad y de la iniciativa humana, para llegar a ser punto de encuentro con el Padre, que nos sale al paso en nuestro propio camino, que interviene en nuestra vida y que, con nosotros, actúa en la historia humana. La celebración cristiana es, simultáneamente, *contemplación, memoria, anticipación y presencia*, todo ello impregnado por la multiforme interpela-

ción y vitalidad de la pobreza, como hemos visto y vamos todavía a considerar con algo más de concreción en el apartado siguiente.

3. EN LO CONCRETO DE LA VIDA

Hasta aquí me he referido a las líneas maestras de la actuación pastoral en nuestras Iglesias, a saber: educar una nueva sensibilidad religiosa, promover una saludable tensión transformadora y vivir todo su esfuerzo eclesial bajo el signo de la pobreza evangélica. ¿Es suficiente para que nuestras Iglesias conviertan la opción preferencial por los pobres en actuaciones pastorales concretas? Sí y no. Considero que está dicho lo substancial y, sin embargo, es posible todavía descubrir aplicaciones concretas sin descender al recetario, que para poco serviría. Por ello, en este último tramo de mi intervención, voy a forzar algo más el «cuerpo a cuerpo»; pero sin que nadie se llame a engaño, ya que poco nuevo seré capaz de añadir.

Esta es ahora la cuestión: ¿Cómo introducir las exigencias de esa opción por los pobres en el dinamismo diario de la diócesis y de la parroquia? Voy a intentar responder a través de unas afirmaciones que sucesivamente nos aproximen, tanto como me sea posible, a las situaciones concretas.

Ofrecer signos inteligibles

Imposible pretensión la de evangelizar sin que los «signos» avalen el mensaje que ofrecemos y verifiquen el misterio que celebramos. Estos signos no son otros que los que Jesús ofreció y recomendó a sus seguidores: *la lucha contra el mal* que atenaza a los hombres («los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los

sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena noticia») (Mt 11, 4-5), y *la vivencia anticipada de la fraternidad propia del Reino de Dios* (24).

Para que el impacto de nuestras Iglesias locales produzca una saludable «terapia de *shock*» sobre el microclima de los pueblos y ciudades donde están implantadas, se precisa de una red de parroquias y comunidades, mutua y eclesialmente unidas, que aparezcan más preocupadas por los males que afligen a los seres humanos que por su propia subsistencia, más interesadas en fomentar la igualdad que en mantener las diferencias; una red de comunidades a las que les resulte consubstancial reaccionar como caja de resonancia de todo aquello que fomenta la solidaridad, la libertad, la paz, la sencillez..., y promuevan estos valores en sus miembros y en su ámbito de implantación.

Conocer y discernir la pobreza que habita en nuestro entorno

Conviene recordar que los signos que den nuestras comunidades, para que sean verdaderamente signos, han de ser inteligibles, han de hablar por sí mismos, sin necesidad de instrucciones para el uso. Por ello, si nuestras Iglesias no emplearan tiempo y ánimos para conocer y discernir las pobrezas concretas que anidan en su propio territorio, llegarían a situaciones tan desairadas como: dar respuestas a preguntas (necesidades) que nadie se hace, mientras se dejan de atender los verdaderos problemas o se permite, con la mejor voluntad aunque con evidente ceguera, que subsistan situaciones que resultan in-

(24) Una lúcida exposición de estas ideas en: L. GONZALEZ-CARVAL: *Con los pobres contra la pobreza*, págs. 176-186.

comprensibles e incluso escandalosas para nuestros contemporáneos.

Nuestras parroquias y comunidades han de generar capacidad de acogida e iniciativas en favor de los «nuevos pobres» que la sociedad moderna segrega e ignora, como son: los ancianos solitarios, los enfermos terminales, los niños sin familia, las madres abandonadas, los drogadictos, los transeúntes...; pero también las comunidades rurales marginadas de los circuitos de la enseñanza o la sanidad, los jóvenes condenados a crecer sin una estimulante propuesta de valores que den sentido a sus vidas, los parados, etc. En una palabra, sensibilidad y respuesta ante las manifestaciones concretas de la pobreza en nuestro entorno.

Ser Iglesia samaritana y militante

Sensibilidad ante los problemas concretos, pero también olfato y ganas para detectar sus causas. En este sentido, nuestras comunidades han de saber conjugar, con sabiduría y decisión, un talante *samaritano* y un talante *militante*, hoy no menos necesario. A este respecto merece la pena citar, una vez más, el documento de los obispos de Aragón, cuando animan a «afrentar la pobreza no sólo en sus síntomas, sino también en sus causas; no sólo atendiendo los casos concretos, sino buscando soluciones globales» (25).

Es justamente en este terreno de las causas y de las soluciones globales donde resulta imprescindible el protagonismo del laicado cristiano, que más arriba ya he reclamado, así como la colaboración de la Iglesia y de sus instituciones con otras instancias de la sociedad, empeñadas en idénticos objetivos.

(25) *A los pobres los tendréis...*, núm. 17.

Los criterios de tal cooperación son los mismos que apuntó el Congreso de Evangelización en una página memorable, al hablar de la evangelización del mundo de la cultura: «En nuestra situación actual —decía— hay un punto de partida común: la persona humana [...] el servicio común a la causa del hombre y al progreso de su dignidad moral. [...] El creyente, desde su actitud evangélica, incorporará el sentido de la gratuidad, la capacidad de profundizar en las raíces trascendentes de lo humano, la visión a largo plazo que sitúa lo creado en el designio total divino de salvación...» (26). Las «*actitudes cristianas ante una situación que genera pobreza y marginación*», que ya he citado (27) y que me atrevo a calificar como «*lectura encarnada*» de las Bienaventuranzas, completan esos criterios que dan carácter a la colaboración de las Iglesias locales con otras entidades e iniciativas a la hora de buscar respuestas eficaces y humanizadoras a los problemas que nos preocupan.

Sin olvidar las dramáticas pobreza de nuestros hermanos del Tercer Mundo

Es éste un punto de referencia imprescindible para todas nuestras comunidades. La Iglesia no podrá identificarse con aquel hermoso calificativo de «experta en humanidad» que le aplicó Pablo VI, si en toda la red de sus comunidades y parroquias no es siempre sensible a la pobreza de los que peor lo pasan. Su existencia reclama ayuda inmediata, pero también pone en crisis nuestras opulencias e incluso el uso que hacemos de los medios, de todo tipo, y riquezas que están a nuestro alcance. Esa

(26) VV.AA.: *Evangelización y hombre de hoy*, ponencia 2^a: «¿Qué es evangelizar hoy y aquí?», pág. 149.

(27) *A los pobres los tendréis...*, núms. 25-38.

inmensa legión de hambrientos y marginados de la civilización, que es el Tercer Mundo, es el aguijón que nos obliga a preguntarnos por la validez de un sistema que produce y mantiene semejante injusticia.

Todo lo cual implica tres niveles de actuación pastoral: el de la comunicación de bienes, el del examen de conciencia colectivo y el de la educación de criterios y actitudes para la presencia de los cristianos en las responsabilidades de la comunidad humana; tareas las tres que hay que incorporar, si todavía no lo están, al dinamismo pastoral de base en nuestras comunidades.

Dejar que la opción por los pobres interpele a nuestra vivencia comunitaria

Para terminar, desearía ser capaz de extraer algunas exigencias prácticas que la opción por los pobres ha de provocar en tres niveles de la vida concreta de nuestras Iglesias.

Primero, en el nivel de nuestras relaciones internas. He dicho antes que la celebración cristiana anticipa la fraternidad y comunión maravillosa entre los hermanos y con el Padre, que se dará cuando el Reino alcance toda su plenitud. Sólo es posible celebrar esa fraternidad y comunión sin mentira, cuando existe un esfuerzo real y progresivo para incorporarlas a la vida. Todos sabemos que hay todavía camino por andar. El Congreso de Evangelización dedicó una comunicación a este tema: «¿Cómo entendemos a la Iglesia de los pobres?». A sus acertadas observaciones me remito (28).

No obstante, permitidme llamar la atención sobre el camino que la opción por los pobres nos lleva a recorrer

(28) VV.AA.: *Evangelización y hombre de hoy*, RICARD CABRE: «La Iglesia de los pobres», págs. 272-276.

para que sea efectiva aquella afirmación del Concilio Vaticano II: «No hay en Cristo y en la Iglesia ninguna desigualdad por razón de la raza o de la nacionalidad, de la condición social o del sexo... Existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo» (LG 32).

Mal que nos pese, en nuestras Iglesias todavía no se ha alcanzado una suficiente corresponsabilidad de los laicos; todavía hay demasiadas dificultades para una franca cooperación pastoral de movimientos-congregaciones religiosas-instituciones diocesanas-parroquias, bajo el ministerio de dirección del obispo (29); todavía hay sospe-

(29) Cuando estaba elaborando esta ponencia se me sugirió si no sería éste el momento para decir algo sobre un problema que aparece en la práctica pastoral diaria, a saber: ¿A quién corresponde la animación integral de una comunidad cristiana que quiere construirse sobre la dimensión de la «caridad»? Algunos desearían que se definiera quién es Cáritas en relación con el apostolado seglar, con la catequesis de adultos, etc.; parece que se tiene la impresión de entrar «en un terreno ya ocupado» cuando, desde Cáritas, se trata de proponer la «caridad» como animación integral de la comunidad.

Me he resistido a entrar al trapo por dos motivos. Primero, porque definir cómo han de articularse los diferentes instrumentos en la práctica pastoral de cada Iglesia no es, según creo, el objetivo de la reflexión que se me ha encomendado; esto requiere una reflexión más específica. Pero, sobre todo, porque ese afán por definir los territorios y las competencias niega precisamente la tesis que vengo defendiendo, a saber: que es la opción por los pobres la que debe impregnar realmente a todos y cada uno de los elementos, instrumentos e iniciativas que dinamizan la vida y misión de la comunidad cristiana; Cáritas es, evidentemente, el instrumento que la Iglesia se ha dado para animar, desde la caridad, la vida de la comunidad, pero no es la única especialista en caridad; toda la comunidad cristiana, con sus variados elementos, está llamada a vivir en la caridad; por eso, no creo que lleguemos a ninguna parte si nos pasamos el tiempo definiendo competencias; pero igualmente no llegaremos muy lejos si, tomando pie en las razones dadas, se margina la imprescindible aportación de Cáritas para construir la comunidad cristiana.

chosas distinciones fundamentadas en el sexo; todavía se mantienen títulos y precedencias más propias del protocolo mundano que de la novedad cristiana. El espíritu de pobreza, por el que estamos decididos a optar, nos hace esta pregunta acerca de la calidad evangélica de las relaciones que priman en nuestras comunidades eclesiales.

En un segundo nivel, la opción por el servicio a los pobres obliga también a preguntarnos si esta sensibilidad impregna también la celebración de los misterios de la fe.

Decía San Juan Crisóstomo: «Cuando celebramos la Eucaristía una misma es la mesa del rico y la del pobre. Tanto el emperador como el mendigo que pide limosna a la puerta tienen puesta la misma mesa. Cuando veas en el interior de la iglesia al pobre junto al rico, al plebeyo con el magnate, al que fuera temblaba ante el príncipe, unido con él aquí dentro sin temor alguno, piensa que empieza a encontrar cumplimiento aquella profecía que dice: “Entonces se apacentarán juntos el lobo y los corderos” (Is 11, 6)» (30).

La mesa de la Eucaristía —y en su medida toda la celebración litúrgica— sería un falso sacramento, si no celebrara que las diferencias también se han superado (o se está en camino de lograrlo) en la vida cotidiana. Esto pone en crisis la celebración en una comunidad escindida por la injusticia. Pero también el sinsentido de algunas celebraciones de iniciación sacramental (Bautismo, Primera Comunión, etc.), marcadas por el consumismo y el despilfarro. Es un síntoma sobre el que vale la pena llamar la atención, ya que precisamente éstas deberían ser modélicas. La opción por los pobres reclama sencillez, austeridad y veracidad en toda la celebración del misterio cristiano, que es precisamente misterio de comunión.

(30) Juan CRISOSTOMO: *Homilía sobre los que se embriagan y sobre la Resurrección de Cristo*, 3 (PG 50, 437).

Pero, sobre todo, en el nivel de la praxis es donde se marca con fuerza o se desdibuja la principal seña de identidad por la que la Iglesia puede ser reconocida: la de *Iglesia de los pobres*. Desde que Juan XXIII y con él el Concilio Vaticano II pusieron en circulación esta nota distintiva, mucho se ha avanzado teórica y prácticamente para superar el triunfalismo y ostentación, tan metidos en la médula eclesial de nuestra infancia; mucho hemos ido aprendiendo del Jesús pobre y paciente, pero aún no es ésta la señal distintiva y evidente de nuestras Iglesias.

Por eso me atrevo a coronar este rosario de sugerencias pastorales inspiradas en la opción por los pobres con estas palabras programáticas del ya citado Congreso de Evangelización: «La Iglesia está llamada a ser pobre, a ser hogar de los pobres, a nacer entre los pobres, a ser para todos los pobres servidora del Evangelio, a defender decididamente su justa causa. La justicia, la solidaridad y la libertad, son valores que la Iglesia quiere inequívocamente promover desde una comprensión cristiana del hombre y sin limitaciones a un área geográfica o política. En contacto con el hombre pobre, que padece tantas indigencias, libera el Evangelio acogido en la fe su fuerza gozosa y salvadora» (31).

No se puede decir con mayor concisión y justeza. Las lúcidas intuiciones de la Iglesia española, expresadas en el Congreso de Evangelización, nos han vuelto a proporcionar un «sumario» de la tarea pastoral, primordial por otra parte, que compete a nuestras Iglesias para hacer verdadera la opción preferencial por los pobres.

(31) VV.AA.: *Evangelio y hombre de hoy*, ponencia 3ª: «La Iglesia que evangeliza y debe ser evangelizada», pág. 159. También, la comunicación 6.ª: «La Iglesia de los pobres», págs. 272-276.

CARIDAD: ALMA E INSPIRACION DE LA NUEVA EVANGELIZACION (*)

MONS. ALFONSO FELIPPE GREGORY

INTRODUCCION

Los participantes del XII Congreso Latinoamericano de Cáritas en Piriápolis, formularon una frase lapidaria. En ella se encuentran las palabras de la presente conferencia: «Comprendemos y asumimos nuestras tareas como una exigencia indispensable de la caridad, alma de la nueva evangelización desde la perspectiva de la fe».

No vamos a perder el tiempo definiendo los términos de esta ponencia y tampoco vamos a hablar de caridad como alma e inspiración de la evangelización en general, sino solamente de una parte constructiva de esta evangelización, que es la promoción humana. Escogimos esta delimitación que, como veremos luego, es más metodológica que real y también para quedarnos más en el campo en que actúan los participantes de este Congreso. Siendo así, el tema de esta ponencia pasaría a ser: CARIDAD: «Alma e inspiración de la promoción humana como parte constitutiva de la nueva evangelización».

(*) Conferencia dictada en el XIII Congreso de las Cáritas de América Latina, San José de Costa Rica, octubre de 1993.

La CARIDAD no es importante sólo para la promoción humana, para la nueva evangelización, sino que lo es para todas las demás acciones humanas. Quería en esta introducción insistir sobre esta universalidad y globalidad del AMOR, de la CARIDAD, antes de entrar directamente en una de sus dimensiones.

El AMOR, la CARIDAD, es el todo de todo. En la conocida frase de San Agustín también aparece esta universalidad y globalidad de la CARIDAD. Este santo dice: «En las cosas necesarias, la unidad; en las dudosas, la libertad; en todas, la CARIDAD». Pablo en la carta a los Romanos también aborda este aspecto y dice: «La caridad es la plenitud de la ley» (13, 10) y añade: «Quien ama al prójimo, cumplió la ley» (13, 8). Lo que acabamos de decir se refiere a los seguidores de Cristo. Oigamos al menos dos afirmaciones del propio Maestro sobre este asunto, que fue central y universal en su vida y enseñanzas, y por eso el amor fue para El «un mandamiento nuevo» y «el mayor de los mandamientos». Oigamos a Jesús: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que como yo os he amado, así os améis también unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor unos a otros» (Jn 13, 34-35). En otra parte Jesús dice que este nuevo mandamiento suyo es el mayor de los mandamientos y que de él dependen todos los demás. Preguntado sobre cuál era el mayor mandamiento de la Ley, Jesús respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento». «El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas» (Mt 22, 37-40).

Además de la dimensión universal, Jesús da un sentido muy concreto a su mandamiento del amor. Preguntado sobre quién es el prójimo, Jesús no hace teorías sino que responde con la elocuentísima parábola del buen samaritano (Lc 10, 29...); dice al paralítico: «Levántate,

toma tu camilla y vete a tu casa» (Mt 9, 6); a los leprosos: «Id y presentaos a los sacerdotes. Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios» (Lc 17, 14); Jesús, movido por compasión por los dos ciegos de Jericó, «tocó sus ojos y al instante recobraron la vista» (Mt 20, 34); a los apóstoles que piden a Jesús que despida a la gente para que vayan a comprar alimentos, Jesús les dice: «Dadles vosotros de comer» (Lc 9, 13). Jesús, que dice: «Nadie tiene mayor amor, que aquel que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13), dio su vida no sólo por sus amigos sino también por los enemigos, para que todos se salvaran.

Siendo la CARIDAD de carácter tan universal, lo que vamos a decir en seguida es una aplicación concreta para la promoción humana (pastoral social). La CARIDAD precede, acompaña y sigue cualquier promoción humana.

I

LA CARIDAD ANTES DE LA PROMOCION HUMANA, PARTE CONSTITUTIVA DE LA NUEVA EVANGELIZACION

La caridad como motivación

La CARIDAD, en la perspectiva de la fe, es la motivación más profunda porque nos compromete en lo social; generalmente, las motivaciones de este tipo de compromisos suelen ser de naturaleza política o religiosa. Para caracterizar nuestra motivación específica, en América Latina se empezó a hablar de pastoral social en vez de promoción social. El uso de esta terminología latinoamericana se amplió cada vez más y hoy ya se usa hasta en documentos pontificios. Lo que se acaba de decir sobre la motivación para el trabajo social, no quiere decir que éste ya no tenga un valor en sí mismo, independiente de cualquier motivación.

Una de las características de la nueva evangelización es el «nuevo ardor». Pretender eso sin amor es una ilusión. El amor es una fuerza capaz de los mayores heroísmos. Teníamos razón al decir en Piriápolis: «Comprendemos y asumimos nuestras tareas como una exigencia indispensable de la CARIDAD». Es cierto el título de esta ponencia: «CARIDAD: Alma e inspiración de la nueva evangelización», y por lo tanto también de la promoción humana, de la pastoral social, partes constitutivas de la evangelización.

En la perspectiva de la fe, todo lo que no sea hecho por AMOR, por CARIDAD, no vale nada. Nos dice eso de manera tan enfática San Pablo en su himno a la CARIDAD, que vale la pena transcribirlo aquí por lo menos en parte: «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si yo no tuviese caridad, sería como un bronce que suena o como un címbalo que retiñe. Aunque yo tuviese el don de profecía, el conocimiento de todos los misterios y de toda la ciencia; aunque tuviera toda la fe a punto de transportar montañas, si no tuviese caridad, yo nada sería. Aunque yo distribuyese todos mis bienes a los hambrientos, aunque entregase mi cuerpo a las llamas, si no tuviese caridad, eso nada me aprovecharía» (1 Cor 13, 1-4). Palabras interpelantes. Piden mucho más que conocer mucho y experimentar en asuntos de promoción humana y pastoral social. ¿Será que no es la caridad lo que muchas veces nos falta, convirtiéndonos en una especie de burócratas de la pastoral social?

Considerando todo esto, pueden todas las tareas de Cáritas tener como alma e inspiración cada vez más la CARIDAD. En la medida en que así sea, no sólo serán asumidas en mayor número para beneficiar a más hermanos y hermanas necesitados, sino que también serán realizadas con nuevo ardor. Por lo tanto, crezcamos en amor y caridad.

II

LA CARIDAD DURANTE LA PROMOCION HUMANA, PARTE CONSTITUTIVA DE LA NUEVA EVANGELIZACION

La caridad en acción

No basta estar motivado y tener buenas intenciones. El amor y la caridad se expresan en acciones concretas, en el tiempo y espacio. Para nosotros en esta ponencia el tiempo y el espacio son América Latina y el Caribe de hoy. En este espacio se necesitan más testigos que doctores.

Los obispos en Medellín, Puebla y Santo Domingo, al hacer un diagnóstico de esta región, detectaron, entre otros, tres grandes males: la injusticia, caracterizada por la gran brecha entre ricos y pobres; la dominación, caracterizada por el poder, que reprime y explota a los más débiles, y la exclusión, caracterizada por el abandono de todos los que no interesan a los que disfrutan los bienes del progreso de la humanidad. Siendo así, el ejercicio de la caridad en nuestra región debe de ser a un tiempo promotora de *la justicia, la liberación y la solidaridad*, sin excluir, evidentemente, otras dimensiones de tan grande virtud.

La caridad: alma e inspiración de la justicia

En la región que nos interesa, así como en las otras regiones del mundo, existen tantas leyes, tantos derechos... e inclusive la conciencia creciente de todo eso. ¿Cómo entender entonces tantas injusticias al mismo tiempo? Ciertamente, entre las causas de estas injusticias, ocupan un lugar preponderante el egoísmo y la ambición, prevaleciendo sobre la caridad y el servicio humilde.

Amar al prójimo es, en primer lugar, hacerle justicia. La caridad es como una guardiana de la justicia y facilita su cumplimiento. «La paz verdadera es más del orden de la caridad que de la justicia» (S. Th. II, q. 29, a3), lo que significa al mismo tiempo reiterar y ultrapasar el dictado: «Opus justitiae pax».

Nuestra región está marcada por grandes injusticias. Estas injusticias dejan profundas marcas en los rostros de nuestros hermanos latinoamericanos. Descubrir en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor (Mt 25, 31-46), es algo que desafía a todos los cristianos a una profunda conversión personal y social.

Santo Domingo actualizó la lista de los rostros sufrientes de Puebla, diciendo: En la fe encontramos los rostros desfigurados por el hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de las injusticias sociales; los rostros desilusionados por los políticos que prometen pero no cumplen; los rostros humillados por su propia cultura, que no es respetada, cuando no despreciada; los rostros angustiados de los menores abandonados que caminan por nuestras calles y duermen bajo nuestros puentes; los rostros sufridos de las mujeres humilladas y despreciadas; los rostros cansados de los emigrantes, que no encuentran acogida digna; los rostros envejecidos por el tiempo y por el trabajo, que no tienen lo mínimo para sobrevivir dignamente (SD 178).

Como debe de ser grande la caridad para remover estas injusticias entre nosotros y hacer que estos rostros sufrientes se transformen en rostros alegres, porque son tratados como hermanos y hermanas queridos por todos.

Por muy importante que sea la justicia, y esto principalmente en nuestra región, tan carente y necesitada de esta virtud, ello, aun así, es «de menor extensión que la caridad; la justicia no va más allá de lo debido y obliga solamente a actos externos, respetando el derecho de

los otros. Sumergirse en los corazones, escucharles el latido dolorido, ayudar, perdonar, he aquí lo propio de la caridad. Ella cumple la justicia y la trasciende, haciendo que la persona dé algo de sí, de su tiempo, de su inteligencia, de su corazón, para socorrer a quien es menos favorecido. Por más justa que imaginemos la justicia, ella apenas conseguirá frenar y aminorar los conflictos entre los hombres, pero difícilmente conseguirá unir los corazones» (Reinhold Ullmann e Alaysio Bohnen, *O Solidarismo*, Editora Unisinos Sao Leopoldo-RS, 1993, página 74).

La caridad: alma e inspiración de la liberación

América Latina no sólo está marcada por la injusticia, sino también por la dominación, inicialmente política, después económica y comercial, y hoy predomina la dominación financiera.

Para entender el ejercicio de la caridad liberadora, además de la visión bíblica, es necesaria también una visión adecuada de la realidad. Esta visión es diferente en el mundo de la caridad asistencialista (asistencial), promocional y liberadora.

En la caridad asistencialista (asistencial), se tiene una visión fragmentada de la sociedad y una visión del pobre más como un objeto de favores que como sujeto de su historia.

Tratándose de la caridad promocional, se tiene una visión de la sociedad como algo organizado y estratificado en desarrollados y subdesarrollados. Para dejar de ser subdesarrollados, siguiendo esta visión, basta superar el atraso con relación a los desarrollados. La visión de la persona en este contexto es la de alguien que debe ser capacitado técnica e intelectualmente para poder vencer en la vida. Las promociones son vistas más como algo a ni-

vel personal que propiamente sociales; esto porque la sociedad en sí es buena y el desarrollo que realiza también. Basta adaptarse e integrarse en ella.

En el caso de la caridad liberadora, se tiene una visión de la sociedad como una realidad en conflicto. Conflictos entre el capital y el trabajo, entre las clases sociales ricas y países desarrollados y la clases sociales pobres y países subdesarrollados. La visión de la persona en este caso es la de alguien que es sujeto de derechos, es alguien que se une a los otros de su clase y su país para luchar por estos derechos y por la justicia en la distribución de los bienes de la tierra. Una visión de persona que se da cuenta de que, en la medida en que se impone siempre el derecho, no hay condiciones de salir de las situaciones de pobreza; una visión de persona que se une a otras que también se consideran injusticiadas y explotadas, para luchar por más justicia en la distribución de los bienes de la tierra. En este punto se sitúa la cuestión de los movimientos populares.

El ejercicio de la caridad en el modelo asistencialista (asistencial) y promocional, es mucho más fácil que en el modelo liberador. En los dos primeros casos no se tocan las estructuras de la sociedad ni se pleitean cambios, mientras que esto es fundamental cuando se trata de la caridad liberadora. Una prueba de lo que estoy diciendo es que los que se dedican a las prácticas de caridad asistencialista y promocional son aplaudidos por la sociedad, mientras que los que se dedican a la caridad liberadora generalmente son perseguidos y no pocas veces muertos. En América Latina no faltan ejemplos de eso. Creo que Cristo ejerció preferencialmente la caridad liberadora, viviendo con los pobres y marginados, queriendo liberarlos de toda opresión, empezando por la opresión del pecado, y pagó con su vida el precio por eso.

El ejercicio de la caridad liberadora no es fácil porque históricamente nunca ocurre en su «estado puro», esto

es, sin cierto grado de compromiso con personas y grupos que no siempre tienen buenas intenciones. Puedo afirmar esto a partir de experiencias personales muy fuertes vividas recientemente. En estas experiencias no pude contar con principios doctrinales totalmente claros y evidentes, ni con procesos totalmente confiables. Una cosa, no obstante, en este caso, era muy clara: se veía la dirección hacia donde apuntaba el Reino de Dios. Quedaba la opción, o seguir esta dirección con todos sus riesgos, u omitirse. Opté por actuar y pagué el precio por eso. Todo lo que acabo de decir se refiere a mi implicación en un conflicto de tierra en mi diócesis, caracterizada por ser un área de muchas tierras improductivas y al mismo tiempo con miles de personas sin tierra. En estas circunstancias alguna cosa estaba equivocada y la caridad evangélica no podía permanecer indiferente porque se trataba de promocionar la justicia en el campo.

La caridad: alma e inspiración de la solidaridad

Anteriormente hemos hablado de las relaciones de conflicto en la sociedad injustamente estructurada. Esta situación fue caracterizada como una «injusticia institucionalizada».

En los últimos años esta situación ha cambiado en parte. Lo que cambió fue que a millones y millones de personas, en el mundo de hoy, ni se les permite participar en la parte organizada del mundo laboral, de la política y demás organizaciones de la sociedad civil. Esto se debe a un gran proceso mundial de exclusión. Aquí sólo podemos ofrecer los elementos esenciales de ese proceso.

En los últimos años se verificó una verdadera globalización de la economía mundial, con tres polos grandes de referencia: Estados Unidos, Canadá y México; la Co-

munidad Económica Europea (CEE) y los Tigres Asiáticos. En los otros países del mundo, principalmente en los del Sur, solamente una pequeña parte de la población, alrededor de un 20%, está integrada en este proceso de economía global y tiene condiciones de participar en él. Las grandes masas que componen los países del Sur están excluidas de participar verdaderamente en este proceso y en los países del Norte empiezan a aparecer también los primeros signos de esta exclusión, debido al desempleo y pobreza que también ahí están empezando a sufrir.

Quedándonos con los países del Sur, observamos lo siguiente. Hasta hace pocos años atrás, estos países todavía interesaban, en cierta manera, por la mano de obra barata y la absorción de industrias de segunda categoría o contaminadoras. Dado el vertiginoso proceso de automatización y robotización en curso, la mano de obra barata, de la que los países del Sur eran abundantes proveedores, ya no interesa tanto así, y, debido también a una mayor concientización, se lucha contra la importación de industrias contaminadoras. El resultado de todo esto son verdaderas «masas sobrantes» en las favelas y calles de las ciudades, a lo largo de las carreteras y en los campamentos rurales.

Los pregonados programas de integración en la economía mundial de mercado y de ajuste estructural, sólo se refieren a unos pocos ricos de los países del Sur y no significan nada para las grandes masas excluidas de este proceso. Siendo así que la brecha entre una parte del mundo económicamente desarrollado, el del Norte, y de otro lado las grandes masas del Sur excluidas de este progreso económico, técnico y científico, queda cada vez mayor. Un sistema económico con consecuencias tan nefastas, debe tener algún error, y visto en perspectiva de futuro, si no cambia de orientación, sólo puede llevar a una implosión, como el caso de Rusia.

Frente a esta nueva situación es importante que, a partir de la caridad, se promocióne la solidaridad. Esto es lo que falta al sistema socioeconómico actual, dominado por el materialismo y la ambición del lucro cada vez mayor, aunque éste sea a costa del hambre y de la miseria de muchos. En nuestra última Asamblea General de Cáritas, en Roma, ya se expresaba esta preocupación en su tema: «Caridad cristiana, solidaridad humana».

El mundo dividido entre ricos y pobres, entre Norte y Sur, es un tremendo desafío para toda la humanidad. O se lleva en serio este desafío, o el mundo, un día, pagará un precio muy caro por su ceguera. Si este desafío es para todos, cuánto más para los que trabajan en la grande y bonita red de Cáritas latinoamericanas del Caribe y del mundo entero.

La caridad: alma e inspiración en las acciones de emergencia

La presencia de Cáritas en las emergencias, sean de orden natural o social, es una expresión de la solidaridad humana, y por eso no era necesario hablar de ello aquí por haber sido tratado hace instantes. No obstante, dado que las acciones de emergencia desarrolladas por Cáritas son una de sus características y ocupan un buen espacio de su tiempo y preocupación, era necesario que aquí, al menos, se hiciera mención de este asunto.

Conociendo lo que Cáritas hace a través del mundo, estando presente en los lugares de emergencia, podemos, sin falsa modestia, tener orgullo del organismo a que pertenecemos. Digo esto habiendo constatado personalmente el bonito trabajo que está siendo realizado, principalmente por los países europeos, en el mundo entero y de manera continua y muchas veces en circunstancias muy difíciles, como fue el caso de Irak y Somalia. Que en la

base de este trabajo pueda estar siempre la caridad, para que, según vimos hace poco en San Pablo, no sea en vano, sino que pueda producir frutos que permanezcan para la vida eterna.

III

LA CARIDAD DESPUES DE LA PROMOCION HUMANA, PARTE CONSTITUTIVA DE LA NUEVA EVANGELIZACION

La caridad como signo

Al comienzo del cristianismo, el amor era el signo de los seguidores de Cristo. Según los Hechos de los Apóstoles, el pueblo, comentando la vida de las primeras comunidades cristianas, decía: «Mirad cómo se aman». El mismo Cristo ya había predicho eso: «En esto conocerán que sois mis discípulos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13, 35).

¿Cómo está siendo vivida hoy la dimensión de la caridad evangélica en las comunidades cristianas de nuestra región? Con ocasión de las conmemoraciones de los quinientos años de evangelización de nuestro continente, reflexioné mucho sobre esta pregunta. La impresión que me quedó es la de que nuestras comunidades cristianas, principalmente parroquiales, desarrollaran mucho más sus dimensiones de fe y de culto que la dimensión de la caridad. Es verdad que las CEBs, a su vez, insisten mucho en el binomio fe y vida. Esa experiencia, no obstante, está lejos de ser asumida por la Iglesia en su totalidad. Será que no debe atribuirse, en gran parte a esta omisión en la pastoral de la Iglesia, el hecho de que América Latina y el Caribe, aun siendo cristianos, están marcados por tantas y tan graves injusticias sociales. Este hecho nos in-

terpela profundamente y pide respuestas coherentes. ¿Cómo se sitúa Cáritas en este contexto? Al pensar en la respuesta de esta pregunta, uno se siente invadido por un cierto temblor y temor.

A Cáritas, en conjunto con las otras pastorales sociales, cabe promover la justicia como la primera exigencia de la caridad evangélica, según vimos anteriormente y conforme consta en los Estatutos de la entidad.

Cáritas, al cumplir con su misión, lo hace de manera organizada y no individualizada (P. 478). Siendo así, se torna socialmente visible. ¿Será que esta visión, para las apariencias de las obras que Cáritas realiza, o la manera cómo las realiza, es un signo que apunta para algo más y despierta el interés por quien está en el origen de estas obras? Como sería bueno que siempre fuese así, pues entonces se podría decir también hoy: «Mirad cómo ellos aman y se aman».

Concluyendo...

Concluyendo, podríamos volver ahora al título original de esta ponencia y decir que la caridad es «alma e inspiración de la nueva evangelización», para nosotros de Cáritas principalmente, a través de la promoción de la justicia, liberación, solidaridad y presencia activa en las emergencias.

Que nuestra Señora de Guadalupe, patrona de América Latina y el Caribe, nos ayude a realizar todo esto y así cumplir el mandamiento del amor de su divino hijo Jesucristo.

Imperatriz, 12 de octubre de 1993.

Día de Nuestra Señora. Día de las Américas.

OPCIONES Y COMPROMISOS DE CARITAS. MISION FUNDAMENTAL DE CARITAS (*)

MONS. RUBEN SALAZAR GOMEZ

INTRODUCCION

La problemática que plantea el título de mi ponencia ha sido objeto de reflexión para Cáritas desde los inicios mismos de su existencia. Esta ha sido la pregunta que, incansablemente, se ha repetido a lo largo de todos los Congresos Latinoamericanos de Cáritas. Ya en el primer Congreso, celebrado hace casi treinta años, del 5 al 7 de febrero de 1964, en Santiago de Chile, se aprobaron algunas conclusiones, las más importantes de orden doctrinario, en donde se da una afirmación clara de cuál debe ser la misión de Cáritas.

Permítame transcribirlas porque me parecen de enorme importancia:

«Reafirmar que la institución Cáritas es una institución de la Iglesia y que, por lo tanto, es esencial para ella el conocimiento y la vivencia de la doctrina fundamental de la caridad, don de Dios a los hombres, que hace amar como ama el mismo Dios».

(*) Conferencia dictada en el XIII Congreso de las Cáritas de América Latina, San José de Costa Rica, octubre de 1993.

«Afirmar que Cáritas, por ser institución de Iglesia, debe cooperar en cada país al plan de pastoral de conjunto del Episcopado Nacional y ser instrumento eficiente en la pastoral de la caridad, en todos sus aspectos asistenciales, de justicia distributiva y de desarrollo de las posibilidades de cada ser».

«Reafirmar que Cáritas, por ser institución de Iglesia, debe realizar una obra educadora de sus miembros dirigentes, para que crezca y se desarrolle la caridad interior en todos ellos».

En el segundo Congreso, Bogotá 1965, Cáritas se interrogó de nuevo sobre su ser y misión. «Cáritas ante el Concilio y el mundo moderno».

Cito algunas frases de las conclusiones:

«Cáritas ha aparecido hasta ahora como una entidad de Iglesia que, con ayuda extranjera, ha tenido un carácter sobre todo asistencial..., es necesario un cambio en su modo de actuar, en su misma estructura, para que llegue a desempeñar el oficio que realmente le corresponde dentro del panorama universal de la Iglesia».

En estas citas, tomadas de los dos primeros congresos, aparece ya con claridad lo que a va a ser el itinerario de Cáritas en América Latina: una búsqueda incansable, en momentos casi desesperada, de su propia identidad, a partir de la intuición primera, original, y de su confrontación con las encarnaciones concretas vividas en su tarea diaria en cada Cáritas. No es el caso repetir aquí la clarividente presentación de esa búsqueda que ha hecho el doctor Emilio Fracchia, en su «Itinerario Histórico Doctrinal», 1.^{er} volumen de la obra *Cáritas en América Latina*, publicado por el SELAC en 1987. En páginas, gratamente amenas y profundamente trabajadas, el doctor Fracchia nos lleva de la mano a descubrir lo que ha sido esa introspección permanente de Cáritas; esa lucha encarnizada por ser fiel a su misión, a veces descubierta con claridad,

otras veces opacada por realidades tremendamente complejas.

Monseñor José Vicente Eguiguren, otro de los grandes conocedores y artífices de la historia de Cáritas en América Latina, resume así su visión de conjunto sobre este itinerario:

«Al analizar la historia de Cáritas en estas latitudes y particularmente el pensamiento de sus Congresos, se evidencia la profunda y constante tensión entre lo que se ha dado en llamar “su misión primigenia”, eminentemente pastoral, y la prosaica ocupación coyuntural de sus primeros años, en algunos casos inútilmente prolongada» (Prólogo al libro *Pastoral Social, una elaboración latinoamericana*, SELAC, 1990).

El mismo doctor Fracchia, en la obra ya citada, concluye así la presentación de ese itinerario:

«Parece claro a algunos que Cáritas no cumplió en América Latina la misión para la cual fue creada..., muchos intentaron más tarde reformar esta misión, a partir de lo que había sido y era posible hacer en la práctica. Fue un criterio, sin duda, pragmático y hasta realista, pero que tendió a racionalizar un camino diferente ya emprendido y en cuyo propósito —como ocurre matemáticamente en todos los dilemas históricos— había filosofías sociales y hasta teologías disponibles para apoyarlo. Esta es también en parte la historia de los Congresos, dentro de los cuales, sin embargo, serpenteó siempre —insistente molestia, interpeladora— la vibración de la misión original como un dolor de conciencia» (pág. 171). «Y los hechos son que Cáritas significó un modo determinado de ser —controvertido o no dentro de su propia conciencia— que, sostenido y protegido por una red de colaboración supranacional, logró una entidad vulnerable y también estable, jerárquica y también híbrida, pero, tal vez por eso mismo, capaz de muchas aventuras apostólicas diversas».

Basta recorrer los temas de los diferentes Congresos para descubrir cómo esa pregunta fundamental ha estado siempre presente en la conciencia de Cáritas.

II Congreso: «Cáritas ante el Concilio y el mundo moderno». Bogotá, 1965.

III Congreso: «Formación de la conciencia social y evaluación de la realidad actual latinoamericana orientada a la acción y al testimonio de la Iglesia». Buenos Aires, 1966.

IV Congreso: «Promoción popular». Caracas, 1967.

V Congreso: «Cáritas y el cooperativismo». Antigua, 1968.

VI Congreso: «Las Cáritas en tiempo de cambio en América Latina». Río de Janeiro, 1970.

VII Congreso: «Función específica de Cáritas en la promoción social de América Latina». San Salvador, 1971.

VIII Congreso: «Ser y quehacer de Cáritas en América Latina». Lima, 1974.

IX Congreso: «Animación y organización de las bases: Tarea esencial de Cáritas Diocesanas». México, 1978.

X Congreso: «Pastoral Social». Quito, 1982.

XI Congreso: «Comunidad: fe y compromiso». Santo Domingo, 1986.

XII Congreso: «Nueva evangelización y caridad». Piriápolis, 1990.

Y ésa es la pregunta básica de este XIII Congreso Latinoamericano: «Nueva evangelización y promoción humana». (Identidad y misión de Cáritas).

En los temas mismos aparece claro cómo esa pregunta ha estado siempre relacionada con las circunstancias concretas que Cáritas está viviendo en ese momento de su historia. No es una pregunta teórica. Es una pregunta casi angustiada que brota de la necesidad de ser cada día más lo que se debe ser para poder así ser fiel a la misión que el Señor nos ha encomendado. La pregunta se ha

puesto una y otra vez, porque una y otra vez se ha visto la necesidad de responderla y las respuestas dadas no han tenido nunca el carácter de definitivas. Han sido intentos, repetidos también una y otra vez, de iluminar el ser y el quehacer de Cáritas para poder crecer en fidelidad.

Mi ponencia va esencialmente en esta línea. Intento dar algunos elementos de juicio y de reflexión que, Dios lo permita, puedan ayudar a Cáritas en su itinerario de servicio en América Latina.

I

LA IDENTIDAD DE CARITAS

1. En la Pastoral Social dentro de la Pastoral Orgánica

La afirmación del primer Congreso: «Cáritas es una institución de la Iglesia», ha marcado siempre la conciencia de Cáritas, aunque no ha sido fácil precisar su verdadero contenido. La historia de la fundación de Caritas Internationalis y de las vicisitudes vividas a lo largo de los años en relación con la Santa Sede y con otros organismos internacionales, es ilustrativa de esta realidad.

La experiencia de Cáritas en América Latina ha sido, sin embargo, un acercarse cada vez más a entenderse a sí misma en el marco de la Pastoral Social. El doctor Fracchia lo afirma con estas palabras: «A través de las contradicciones, los sinsabores y los aciertos que muestra el análisis del itinerario (la Pastoral Social), se convirtió en el gran objetivo de Cáritas, dentro del cual volvió a encontrarse con el fantasma inseparable de su misión original» (*ib.*, pág. 173).

Hoy no podemos hablar de Cáritas en América Latina, sin hablar al mismo tiempo de Pastoral Social. Y hablar de Pastoral Social hoy en América Latina significa aden-

trarnos en una concepción riquísima de la misión misma de la Iglesia.

Estoy convencido que uno de los grandes aportes que la Iglesia latinoamericana ha dado a la Iglesia universal es el haber «descubierto» y presentado en toda su riqueza esa dimensión indispensable de la misión de la Iglesia. Y ese aporte de la Iglesia latinoamericana ha sido en buena parte debido a la continua reflexión de Cáritas acerca de sí misma y de su lugar al interior de la Iglesia.

Aun cuando en la práctica subsisten todavía muchas ambigüedades e incoherencias en la forma concreta cómo muchas Cáritas de hecho entienden a sí mismas y realizan su labor, Cáritas se ha reconocido a sí misma situada en el corazón mismo de la Iglesia y en su misión esencial: la evangelización. Si «la Iglesia existe para evangelizar» (EN 14), Cáritas participa de ese ser Iglesia, existe también para evangelizar.

Es ya un lugar común hablar de las tres dimensiones fundamentales de la evangelización: el anuncio del Evangelio o pastoral profética; la celebración de la fe en la pastoral litúrgica y la vivencia profunda de la fe por medio del amor en la Pastoral Social. Sin embargo, creo que no hemos profundizado suficientemente sobre las íntimas relaciones entre estas dimensiones. En la práctica siguen siendo, más que dimensiones de una única acción, acciones yuxtapuestas si no a veces contrapuestas.

Hay un texto de San Pablo en su carta a los Gálatas que debe ayudarnos a comprender el sitio de la Pastoral Social: «En Cristo Jesús no importa ser circuncidado o no serlo. Lo que importa es una fe que se hace operante en el amor» (Gl 5, 6). Los exegetas aclaran que la frase de participio califica la esencia de la fe: la fe válida es aquella que se hace real, operante, activa en la fuerza del amor.

Yo diría que la misma relación que establece San Pablo entre la fe y el amor se debe establecer entre la pasto-

ral profética y litúrgica, por un parte, y la Pastoral Social, por otra parte: sin una auténtica Pastoral Social la obra de la evangelización se quedaría sin su concreción definitiva, no será real, operante, activa.

Tal vez esto es lo que nos ha sucedido en la práctica en América Latina: no se ha reconocido el carácter constitutivo y necesario de la Pastoral Social en la evangelización. Se la ha considerado más bien como fuente de acciones sueltas, que pueden darse o no según los pareceres y gustos de los agentes pastorales.

La toma de conciencia, sin embargo, de lo que implica la recta concepción de la Pastoral Social continúa profundizándose en la reflexión eclesial de nuestro continente. Y, así como la gota a fuerza de caer insistentemente taladra la roca, así también nuestras comunidades irán transformando su mentalidad hasta llevar a la vida diaria aquella doctrina que ha ido clarificándose progresivamente en nuestra Iglesia.

¿Y Cáritas? Pienso que una tarea primordial en este momento consiste en encontrar los caminos concretos para anclarse definitivamente en el contexto de la Pastoral Social y, dentro de la Pastoral Social, encontrar su lugar al interior de la Iglesia. En algunos países se ha avanzado ampliamente en la fusión de organismos nacionales y diocesanos de Pastoral Social y Cáritas. En otros permanecen todavía separaciones y, en algunos casos, enfrentamientos.

Pienso que es indispensable lograr una verdadera convergencia en el campo de la doctrina, de la mentalidad, de las metas, para que se llegue no sólo a una coordinación sino, esencialmente, a una verdadera unidad, que será lo único que pueda garantizar la eficacia en la concreción de esta dimensión esencial de la tarea evangelizadora. Dejemos atrás todo lo que en el pasado nos haya podido dividir y enfrentar. Consciente, Santo Domingo nos lo acaba de plantear muy a fondo, de las implicacio-

nes sociales de la evangelización, Cáritas debe encontrar el puesto que le corresponde en el contexto de lo que es la Pastoral Social.

2. En la diócesis

La inserción de Cáritas como Pastoral Social en la Pastoral Orgánica de la Iglesia tiene su lugar necesario en la diócesis. Las Iglesias particulares, «formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a base de las cuales se constituye la Iglesia católica, una y única» (LG 23), son los espacios unitarios fundamentalmente para la acción pastoral de la Iglesia.

La diócesis, con el obispo a la cabeza, «es comunión orgánica, caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades» (ChL 20).

Es allí, por lo tanto, donde la Pastoral Social puede ser asumida por la comunidad eclesial.

Es tarea primordial la de robustecer los Secretariados Diocesanos de Pastoral Social o Cáritas Diocesana. Dentro de los «procesos globales, orgánicos y planificados que faciliten y procuren la integración de todos los miembros del pueblo de Dios, de las comunidades y de los diversos carismas» (SD 57), la Cáritas Diocesana debe discernir y programar las líneas concretas de acción que en cada diócesis van a permitir que la evangelización sea integral, es decir, posea siempre la dimensión social que le es indispensable.

El Secretariado Nacional de Pastoral Social o la Cáritas Nacional, serán organismos esencialmente de animación y apoyo de los organismos diocesanos y no en primer lugar de acción.

3. En la parroquia

«La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas» (ChL 26).

Este párrafo ya célebre de la *Christifideles laici* nos lleva a descubrir la importancia decisiva que reviste la concreción de la Pastoral Social a nivel de la parroquia. Si el nivel diocesano es el espacio unitario de planificación global y de coordinación de esfuerzos por la fuerza de objetivos y metas comunes, la parroquia es el campo concreto de la acción. El Secretariado o Cáritas Diocesana, siguiendo el plan diocesano orgánico de evangelización, animará y apoyará la tarea concreta de cada Cáritas Parroquial. Si ésta no existe, todos los esfuerzos a nivel diocesano se verán frustrados, ya que caerán en el vacío.

Pienso que, así como el organismo nacional tiene su principal tarea en la animación y el apoyo de los organismos diocesanos, éstos, a su vez, están llamados también en primer lugar a estar al servicio de los organismos parroquiales. Habrá ciertamente algunas tareas que no podrán ser realizadas sino a nivel diocesano o nacional; pero la verdadera tarea tiene que ser realizada en la parroquia, que «viene a ser para el cristiano el lugar de encuentro, de fraterna comunicación de personas y de bienes...

En la parroquia se asumen, de hecho, una serie de servicios que no están al alcance de las comunidades menores, sobre todo en la dimensión misionera y en la promoción de la dignidad de la persona humana, llegando así a los migrantes más o menos estables, a los marginados, a los alejados, a los no creyentes y, en general, a los más necesitados» (DP 644).

Si, hasta ahora, había primado la concepción piramidal en el sentido de que el organismo nacional era el más importante y el que, casi siempre, realizaba las acciones para toda la nación, dentro de un concepto «ejecutivo» de su misión, pienso que una profunda renovación de la Pastoral Social y, por lo tanto, de Cáritas no se dará sino en la medida en que se robustezcan los niveles diocesanos, que alcanzan su verdadera operatividad en el nivel parroquial. Habría que lograr una verdadera interacción en un movimiento continuo de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba: los organismos nacionales al servicio de los diocesanos y éstos al servicio de los parroquiales. Y, a su vez, los organismos parroquiales haciendo operativos y reales los servicios nacionales.

Cada uno en su lugar, con la especificidad de sus funciones, conservando siempre el nivel de operatividad que le corresponde y con una conciencia cada vez más clara de su propio lugar en la única misión.

II

LA MISION DE CARITAS

Las ponencias sobre «Promoción Humana» y sobre «Nueva Evangelización» nos han abierto ya ampliamente el campo de la misión de Cáritas.

Desde la *Evangelii nuntiandi*, la Iglesia tiene una conciencia clara de los vínculos esenciales entre la una y la otra. Es clásico el núm. 31, que me permito repetir: «Entre evangelización y promoción humana —desarrollo, liberación— existen efectivamente lazos muy fuertes. Vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede disociar el plan de la crea-

ción del plan de la redención, que llega hasta situaciones muy concretas de injusticia, a las que hay que combatir, y de justicia que hay que restaurar. Vínculos de orden eminentemente evangélico, como es el de la caridad; en efecto, ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre? Nos mismo lo indicamos al recordar que no es posible aceptar que la obra de evangelización pueda o deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo.

Si esto ocurriera sería ignorar la doctrina del Evangelio acerca del amor hacia el prójimo que sufre o padece necesidad» (EN 31).

En este texto Pablo VI plantea, pues, con toda claridad los aspectos fundamentales de la vida humana que deben ser iluminados con la fuerza del Evangelio.

Yo me atrevo a hacer una presentación de la misión de Cáritas reagrupando ciertos temas; así:

1. La tarea básica: diagnóstico de la realidad.
2. La formación de la conciencia.
3. La vida, la justicia y la paz.
4. La solidaridad fraterna.

1. Una tarea básica: el diagnóstico de la realidad

Hablo de tarea básica porque está a la base de cualquier otro trabajo que emprenda Cáritas. Y está a la base porque el hombre al cual debemos llevar el Evangelio es un hombre situado en el tiempo y en el espacio.

La Iglesia tiene, por lo tanto, que tratar de comprender a fondo esas circunstancias que condicionan permanentemente al hombre destinatario de la evangelización.

Es una tarea no fácil de realizar, que exige una metodología rigurosa, de la cual casi nunca somos conscien-

tes. Nos contentamos con análisis superficiales, con una descripción de los fenómenos, con repetir datos tomados de sus fuentes y no llevamos el proceso hasta el final.

Sin duda, hay que recurrir a las ciencias sociales, para obtener todos los datos que sea posible. Los organismos del Estado y de otras instituciones ofrecen múltiples aproximaciones de la realidad.

Hay que ir también a la base. El proceso de aprehensión de la realidad no será posible si no auscultamos el sentido de la gente. En cada diócesis se hace imperativo encontrar los caminos concretos para escuchar, especialmente, a los más pobres. Las CEBS, reunidas por zonas, pueden, dentro de su crecimiento en vida cristiana, ir haciendo permanentemente una lectura de la realidad dentro de la cual están inmersas.

Esa lectura, sin embargo, hay que hacerla a la luz del Evangelio y, en particular, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, que es precisamente la explicitación del Evangelio en el campo de las relaciones sociales.

La Doctrina Social de la Iglesia, que no es un conjunto estático de doctrina, sino un cuerpo vivo que debe crecer recibiendo nuevas riquezas del tesoro inagotable del Evangelio y de la misma realidad que obliga a descubrir siempre de nuevo todas las virtualidades del mensaje evangélico.

Así, la realidad será aprehendida no sólo como un fenómeno que debe ser estudiado por las ciencias sociales, sino como un lugar teológico, es decir, donde Dios nos habla, nos interpela, nos llama, nos compromete.

Al hacer esa lectura a partir de la fe, seremos capaces de descubrir la presencia del pecado, todos los signos de muerte y, proféticamente, tendremos el valor de denunciarlos como opuestos al designio de Dios acerca de los hombres. Pero seremos capaces, sobre todo, de descubrir la presencia salvadora de Dios, todos aquellos signos de la resurrección del Señor en la historia y, también proféti-

camente, tendremos el valor de anunciar con gozo y arrojo que Cristo ha vencido al mundo, que en medio de las tinieblas brilla la luz.

El análisis de la realidad debe mirar tanto la realidad que nos circunda, la realidad del mundo, como la realidad de la respuesta que está dando la Iglesia a los desafíos que ese mundo le plantea. Un mirar hacia afuera y un mirar hacia adentro.

Y mirar las correlaciones entre ambas realidades. Analizar cómo la realidad circundante repercute en la acción de la Iglesia y cómo la pastoral eclesial está influyendo en el mundo dentro del cual está situada la Iglesia. Este correlacionar ambas realidades no es común en nuestro trabajo habitual y, sin embargo, es de capital importancia. De él depende que la pastoral de la Iglesia sea respuesta adecuada y eficaz.

El Papa Pablo VI, en la *Octogesima adveniens*, sintetizó magistralmente este proceso: «Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción, según las enseñanzas sociales de la Iglesia» (OA 4).

2. La formación de la conciencia

La Iglesia ha tenido siempre presente que su labor primordial es la formación de las conciencias. En la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunida en Medellín, se afirmó con toda claridad: «Nuestra misión pastoral es esencialmente un servicio de inspiración y de educación de las conciencias de los creyentes para ayudarles a percibir las responsabilidades de su fe en su vida personal y en su vida social» (Medellín, Justicia III, 6).

Esa tarea primordial aparece hoy tanto más necesaria cuando en el mundo se ha determinado progresivamente el acatamiento a los valores fundamentales. Se ha llegado a afirmar que existe un vacío ético «causado por el rechazo o por el olvido de una ética y más exactamente de una moral que tradicionalmente se había identificado con la religión católica..., moral (que) no alcanzó a permear suficientemente los comportamientos públicos en el orden social, económico y político» (Gerardo Remolins, S.J., en *Colombia, una casa para todos*, págs. 21 y 22).

Estas palabras plantean un diagnóstico doloroso de nuestra realidad latinoamericana: ¿Habrà fracasado la Iglesia en el cumplimiento de ésta su misión primordial? El debate puede ser largo y llevar a conclusiones divergentes. Queda en pie, sin embargo, que en este mundo de hoy secularizado, casi secularista, la Iglesia no puede renunciar a presentar, como alternativa siempre vigente, la plenitud del mensaje evangélico, que debe ser la luz en la oscuridad, sal en la corrupción, fermento que transforma la sociedad.

«A partir de la persona llamada a la comunión con Dios y con los hombres, el Evangelio debe penetrar en su corazón, en sus experiencias y modelos de vida, en su cultura y ambientes, para hacer una nueva humanidad con hombres nuevos y encaminar a todos hacia una nueva manera de ser, de juzgar, de vivir, de convivir» (DP 350). Esta es la tarea como la presentan los obispos latinoamericanos en Puebla: se trata de que el Evangelio penetre en el corazón del hombre para hacerlo un hombre nuevo, con la novedad radical del hombre transformado por Cristo: «El que está en Cristo es una criatura nueva. Para él lo antiguo ha pasado, un mundo nuevo ha llegado» (1 Cor 5, 17).

Las conclusiones de la Conferencia de Santo Domingo insisten de nuevo en esta tarea primordial:

«Consciente de la necesidad de seguir este camino (seguir a Cristo), el cristiano se empeña en la formación de la propia conciencia. De esta formación, tanto individual

como colectiva, de la madurez de la mentalidad, de su sentido de responsabilidad y de la pureza de las costumbres, depende el desarrollo y la riqueza de los pueblos» (SD 231). Por eso es imperativo «trabajar en la formación cristiana de las conciencias y rescatar los valores perdidos de la moral cristiana» (SD 237).

Allí está el gran reto de la inculturación del Evangelio. «Por nuestra adhesión radical a Cristo en el bautismo nos hemos comprometido a procurar que la fe, plenamente anunciada, pensada y vivida, llegue a hacerse cultura. Así, podemos hablar de una cultura cristiana, cuando el sentir común de la vida de un pueblo ha sido penetrado interiormente hasta situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción» (Juan Pablo II, DI 24) y de allí «se proyecta en el *ethos* del pueblo, en sus instituciones y en todas sus estructuras» (*ib.*, 20) (SD 229).

Este gran reto ya había sido expresado con profética clarividencia por el Papa Pablo VI en la EN (núms. 19-20), en un texto famoso que fue asumido por los obispos latinoamericanos en Puebla (núm. 394): «Alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuerzas inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación. Podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar, no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital en profundidad y hasta sus mismas raíces la cultura y las culturas del hombre..., formando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios».

Este campo de la formación de la conciencia, de la inculturación del Evangelio, es y debe ser siempre la gran

tarea de Cáritas en el contexto de la Pastoral Social. Tenemos que rescatar el carácter fundamental educativo de nuestra tarea en el contexto de la Pastoral Orgánica. Sólo así todo lo que Cáritas emprende tendrá sentido y contribuirá a la meta de toda la acción pastoral de la Iglesia.

Un aspecto de particular importancia dentro de esta formación de la conciencia es la formación política. Nuestro pueblo latinoamericano ha vivido, en su mayoría, sometido al marginamiento, a la manipulación, a la explotación, en este campo decisivo de la política. Los líderes políticos han estado lejos de ser auténticamente cristianos en un continente casi totalmente cristiano. La política en general no ha estado orientada hacia el bien común; el clientelismo y el populismo han desviado el verdadero sentido de la participación política del pueblo. En la última década se han robustecido los procesos democráticos en varios países, pero los peligros que amenazan la democracia siguen ejerciendo su influencia nefasta: la corrupción, la ausencia de verdaderos programas de desarrollo integral, la búsqueda de intereses de partidos o de grupos por encima del bien común. Frente a esta situación la Iglesia en Santo Domingo ha asumido como línea pastoral «crear las condiciones para que los laicos se formen según la Doctrina Social de la Iglesia, en orden a una actuación política dirigida al saneamiento, al perfeccionamiento de la democracia y al servicio efectivo de la comunidad» (SD 193).

Esta formación incluye el enseñar a «discernir e iluminar, desde el Evangelio y su enseñanza social, las situaciones, los sistemas, las ideologías y la vida política del continente» (DP 511), y el aprender a «distinguir en este campo de la política aquello que corresponde a los laicos, lo que compete a los religiosos y lo que compete a los ministros de la unidad de la Iglesia, el obispo y su presbiterio» (DP 520).

Estos aspectos tienen particular importancia porque en varios países se dan en este momento grandes confusiones en este campo.

Esta formación política, tanto de los dirigentes como del pueblo en general, es una de las formas concretas cómo la Iglesia puede, con la luz del Evangelio, contribuir eficazmente en la construcción de esa sociedad nueva, esa sociedad de la civilización del amor que ha llegado a ser la bandera de la Iglesia en estos momentos decisivos de la historia latinoamericana.

3. La vida, la justicia y la paz

3.1. La vida

«Redescubrir y hacer redescubrir la dignidad invisible de cada persona humana constituye una tarea esencial: es más, en cierto sentido, es la tarea central y unificante del servicio a la Iglesia, y en ella los fieles laicos están llamados a prestar a la familia humana»(ChL 37). «El efectivo reconocimiento de la dignidad personal de todo ser humano exige el respeto, la defensa y la promoción de los derechos de la persona humana... La inviolabilidad de la persona, reflejo de la absoluta inviolabilidad del mismo Dios, encuentra su primera y fundamental expresión en la inviolabilidad de la vida humana. Se ha hecho habitual hablar, y con razón, sobre los derechos humanos..., de todos modos esa preocupación resulta falsa e ilusoria si no se defiende con la máxima determinación el derecho a la vida como el derecho primero y frontal condición de todos los otros derechos de la persona» (ChL 38).

Estos dos textos del Papa Juan Pablo II en la *Christifideles laici* marcan sin duda un derrotero imprescindible y fundamental para la Pastoral Social y, por lo tanto, para

Cáritas. Este siglo se ha caracterizado por haber creado una verdadera cultura de la muerte. Los horrores de las dos guerras mundiales, las masacres espantosas de guerras regionales como la de la antigua Yugoslavia, muestran hasta qué punto es conculcado el derecho a la vida. Nuestra América Latina ha sido infortunadamente escenario trágico de tantos conflictos en los cuales la vida humana ha sido la primera y permanente víctima. «Es necesario, pues, crear en América una cultura de la vida que contrarrestre la cultura de la muerte, la cual, a través del aborto, la eutanasia, la guerra, la guerrilla, el secuestro, el terrorismo y otras formas de violencia o explotación, intenta prevalecer en algunas naciones. En este espectro de atentados a la vida ocupa un lugar de primer orden el narcotráfico, que las instancias competentes han de contrarrestar con todos los medios lícitos a disposición» (Juan Pablo II, DI 18).

Defender y promover la vida desde el primer momento de la concepción hasta el último respiro, es tarea a la cual la Iglesia no se puede sustraer. Aún más, como el Papa Juan Pablo II lo afirma en el núm. 37 de la *Christifideles laici*, es la «tarea central y unificante del servicio» que la Iglesia debe prestar al mundo.

Tendríamos que encontrar los caminos para esta defensa y promoción; tendríamos que colocarlas a la base de esa urgente labor de la formación de la conciencia y de toda tarea que nos propongamos al interior de la Iglesia.

La experiencia pastoral en América Latina nos enseña que la defensa y promoción de la vida no es posible sin una defensa y promoción de la familia en una pastoral familiar que se sitúa como una dimensión básica que permea todos los servicios pastorales. El Papa ha llamado a la familia «Santuario de la vida» (CA 39) y ha dicho que «el futuro de la humanidad se fragua en la familia (FC 86). Esta realidad nos debe interpelar siempre, espe-

cialmente en una América Latina en donde la familia sufre un deterioro creciente por múltiples razones, una de las cuales, y tal vez la más grave, es el hecho de que una inmensa mayoría de las familias son incompletas debido a que no han sido constituidas sobre el fundamento del sacramento del matrimonio y por las corrientes divorcistas cada día más fuertes e influyentes.

En este sentido, es un aporte de gran alcance y que traerá consecuencias muy positivas el que los obispos en Santo Domingo hayan afirmado con nitidez la relación profunda entre la Pastoral Familiar y la promoción humana. Esta no será posible sino en la medida en que una familia, según el designio de Dios, permita a la persona crecer dinámicamente en todos los aspectos y allí se aprenda el respeto profundo a la vida y a los otros derechos fundamentales de la persona humana.

La conciencia de la dignidad de la persona humana, de sus derechos inalienables, de la necesidad de salvaguardar la familia, es indudablemente un signo de los tiempos. Surgen todos los días en América Latina instituciones, organismos, grupos que quieren defender los derechos humanos. La Iglesia latinoamericana tiene allí un reto enorme: animar y apoyar con la luz del Evangelio explicitada en la riquísima Doctrina Social de la Iglesia a este respecto. Sólo el Evangelio puede dar a la lucha por la vida, los derechos humanos y la familia, la solidez incommovible, la luz penetrante, necesaria, para que sea una lucha eficaz. Son tan fáciles las visiones parciales, las desviaciones, los intereses de grupo o partido que pueden desviar y desnaturalizar esta tarea. Allí la labor de la Iglesia se hace indispensable.

Todo lo que se haga en este campo parecería poco en la situación actual. No olvidemos, es una «tarea esencial; la tarea central y unificante del servicio que la Iglesia y en ella los fieles laicos pueden prestar a la familia humana»(ChL 37).

Muy unida a esta defensa de la vida aparece la pastoral de la ecología. La vida de la naturaleza es tan sagrada como la vida del hombre, porque ésta depende de aquélla. Y en este campo, me parece, no hemos tenido una conciencia clara de la necesidad de una acción pastoral de la Iglesia. Estoy convencido de que los párrocos, las CEBS, pueden prestar en este campo un servicio que ninguna otra persona o institución está en capacidad de ofrecer. Es un servicio urgente, apremiante, que exige de nosotros una gran creatividad y compromiso.

3.2. *La justicia*

«¿Cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero, el auténtico crecimiento del hombre?» (EN 31).

«Invitamos a promover un nuevo orden económico, social y político, impulsando la justicia y la solidaridad y abriendo para todas ellas horizontes de eternidad» (DSD, 296).

La preocupación por la justicia ha sido una constante en la vida de la Iglesia. Los dos textos anteriores, el primero de Pablo VI en la EN y el segundo de la Conferencia General de Santo Domingo, lo demuestran. En ambos la lucha por la justicia aparece como condición indispensable para alcanzar el auténtico crecimiento del hombre y la implantación de un nuevo orden económico, social y político. Por eso la justicia forma parte de la tarea primordial de Cáritas.

Se han hecho múltiples análisis de la situación de la injusticia en nuestra América Latina en general y en cada uno de los nuestros países en particular; se ha tratado de detectar sus causas, sus instrumentos, sus repercusiones; se han buscado caminos de una y otra índole para la implantación de la justicia. Sin embargo, la situación de

«injusticia institucionalizada» no ha cambiado, sino que, por el contrario, parece agravarse todos los días en nuestro continente.

El trabajo por la justicia es una tarea que se hace cada día más urgente y que debe comprometer a todos los miembros de la Iglesia. Y Cáritas debe ser como la conciencia de la Iglesia para que nunca olvide su compromiso con la implantación de la justicia.

Recordemos las palabras del Papa Juan Pablo II a los obispos del Brasil, en 1991: «La Iglesia no tiene una propuesta concreta de organización social o de modelo económico. No es algo de su competencia ni tampoco es tarea de los obispos. ¡Pero nunca podrá permanecer callada, sea quien fuere su interlocutor, cuando están en juego la vida, la libertad y la dignidad de la persona humana...! Como sacramento de Jesucristo, Redentor del hombre, le atañe recordar, siempre y a todos, los principios fundamentales, los criterios de la acción y las exigencias morales que deben gobernar la vida social, política y económica de cada nación o en el marco internacional».

En el ambiente latinoamericano es fácil encontrar una actitud equivocada de algunos cristianos que cómodamente instalados en actitudes egoístas piensan que están obrando muy bien porque de vez en cuando hacen grandes donativos, apoyan movimientos filantrópicos, mientras, por otra parte, tienen actitudes injustas, por ejemplo, en las relaciones con sus colaboradores y empleados.

«La Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política, lo cual es una de las primeras exigencias del Evangelio y, a la vez, fruto de la venida del Reino de Dios. Esto forma parte del amor de preferencia por los pobres», dijo Juan Pablo II en 1986 durante la reunión celebrada en Medellín con agentes de pastoral de los medios más pobres del país. En un estudio hecho por la Conferencia Episcopal de Colom-

bia, después del Sínodo sobre la Justicia de 1971, aparecen como objetivos generales de la educación para la justicia los siguientes:

— «Formación de la dignidad de la persona humana a la luz de una concepción de todos los valores humanos en su dimensión de trascendencia.

— Sentido cristiano de la propiedad, que conlleva al recto uso de los bienes de acuerdo con la función social de los mismos.

— Dirección de la actividad común hacia el bien común.

— La justicia como expresión de la caridad». [Conferencia Episcopal Colombiana (CEC), *Justicia y exigencias cristianas*, SPEC, 1974, n. 101].

Esta acción, según el mismo documento, debe estar dirigida a:

«Los niveles —grupos humanos e instituciones— más representativos y de mayor influjo en nuestra sociedad, que son instrumentos o son campos de acción en la educación para la justicia: familia, escuela, comunidad parroquial, mundo del trabajo, agentes de autoridad y medios de comunicación social» (*ib*).

Es evidente la conexión profunda que tiene esta educación y acción por la justicia con la educación y acción en la política. Lo señala el Papa Juan Pablo II en la *Christifideles laici*: «Una política para la persona y para la sociedad encuentra su rumbo constante de camino en la defensa y promoción de la justicia, entendida como “virtud”, a la que todos deben ser educados, y como “fuerza” moral que sostiene el empeño por favorecer los derechos y deberes de todos y cada uno, sobre la base de la dignidad personal del ser humano» (ChL 42).

En este mismo contexto tenemos que considerar toda la tarea que corresponde a Cáritas en el delicado terre-

no de las relaciones trabajo-capital y de todas las implicaciones sociales que tienen los modelos económicos que se están implantando en el mundo y especialmente en América Latina. Pienso que una presentación clara y valerosa de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia en este campo es un servicio insoslayable que la Iglesia, por medio de la Pastoral Social, debe prestar a nuestros países en el largo camino hacia el desarrollo y el progreso.

3.3. *La paz*

Los obispos latinoamericanos, reunidos en la II Conferencia General en Medellín, después de analizar la situación de «injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada», hacen la siguiente afirmación:

«Ante una situación que atenta gravemente contra la dignidad del hombre y por lo tanto contra la paz, nos dirigimos como pastores a todos los miembros del pueblo cristiano para que asuman su grave responsabilidad en la promoción de la paz en América Latina» (Paz II, 17).

La promoción de la paz en América Latina, sin embargo, no se puede lograr sin una profunda educación: «Para lograr la paz, educar para la paz». Así reza el lema de la XII Jornada Mundial para la Paz de 1979.

Esa educación para la paz está íntimamente unida a la educación para la justicia. Lo afirma el documento de Medellín en forma tajante: «Si el cristiano cree en la fecundidad de la paz para llegar a la justicia, cree también que la justicia es una condición ineludible para la paz» (Paz II, 17).

En los mensajes para la Jornada Mundial para la Paz, cada año, tanto Pablo VI como Juan Pablo II, han ido mostrando las implicaciones de la paz y, por lo tanto, to-

dos aquellos aspectos que hay que tener en cuenta en este proceso de educación para la paz y promoción de la paz.

En nuestra América Latina, donde la violencia está presente en tantas formas, la pastoral de la paz aparece como parte de la Pastoral Social. Pastoral de la paz que parte de la predicación evangélica a la conversión ya que «la paz nace de un corazón nuevo» (Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1984). Conversión individual a los valores fundamentales de la igualdad, la fraternidad, la justicia, la libertad. Conversión individual, que debe traducirse en una acción transformadora decidida sobre las estructuras que con tanta frecuencia en nuestro continente son estructuras que institucionalizan la injusticia y la violencia.

Conversión individual, que actúa sobre las estructuras para lograr crear una cultura de la paz que nazca en la familia y que desde allí se irradie a todas las formas de comunidad humana. Cultura de la paz, que promueva una íntima coherencia de un corazón transformado por la fuerza del Evangelio y de todas las tareas, círculos y estructuras del hombre; que se traduzca en palabras y gestos de paz; que cree una forma nueva, positiva, de ver la realidad, «llenando nuestras miradas con horizontes de paz» (Juan Pablo II, 1979); que haga del diálogo una actitud permanente, descubriendo siempre de nuevo que «el medio por excelencia es adoptar una actitud de diálogo, es introducir pacientemente los mecanismos del diálogo dondequiera que la paz esté amenazada o ya comprometida, en las familias, en la sociedad, entre los países o entre los bloques» (Mensaje para la Jornada de la Paz, 1983).

Y, finalmente, educar para la paz y promoverla es también hacer tomar conciencia de que la paz es el gran don de Dios en Cristo el Señor que es nuestra paz (cf. Ef 2, 14).

4. La solidaridad fraterna

Cáritas debe hacer suyo también el propósito de los obispos en Santo Domingo: «Asumir con decisión renovada la opción evangélica y preferencial por los pobres, siguiendo el ejemplo y las palabras del Señor Jesús» (DSD, 180). Pocos párrafos atrás (DSD, 178), los obispos nos invitan a descubrir cuáles son esos pobres: «En la fe encontramos los rostros desfigurados por el hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de las injusticias sociales; los rostros desilusionados por los políticos que prometen pero no cumplen; los rostros humillados a causa de su propia cultura, que no es respetada y es incluso despreciada; los rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; los rostros angustiados de los menores abandonados, que caminan por nuestras calles y duermen bajo nuestros puentes; los rostros sufridos de las mujeres humilladas y postergadas; los rostros cansados de los migrantes, que no encuentran digna acogida; los rostros envejecidos por el tiempo y el trabajo de los que no tienen lo mínimo para sobrevivir dignamente».

Asumir la opción por los pobres es asumir la solidaridad en el pleno sentido que ha presentado magistralmente el Papa Juan Pablo II en *Sollicitudo rei socialis*: la solidaridad es «la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos» (SRS, 39). Es que no se trata solamente de dar una ayuda al que tiene necesidad. Se trata de crear unos signos lo suficientemente fuertes de solidaridad como para que el mundo comprenda que «el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemi-

go, con el mismo amor con que lo ama el Señor, y por él se debe estar dispuestos al sacrificio, incluso extremo: "Dar la vida por los hermanos" (cf. 1 Jn 3, 16)» (SRS 40).

De esta manera la solidaridad se hace parte integrante de la evangelización de lo social, que es la tarea fundamental de la Pastoral Social, porque «los mecanismos perversos y las estructuras de pecado... sólo podrán ser vencidos mediante el ejercicio de la solidaridad humana y cristiana, a la que la Iglesia invita y que promueve incansablemente. Sólo así tantas energías positivas podrán ser dedicadas plenamente en favor del desarrollo y la paz» (SRS 40).

En nuestro continente el término «liberación» es «la categoría fundamental y el primer principio de acción» (SRS 46), con el cual se hace realidad la solidaridad. Con el paso de los años y a la luz de muchos documentos de la Iglesia, especialmente de las dos instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe: *Libertatis nuntius*, de 1984, y *Libertatis conscientia*, de 1986, hemos ido encontrando con claridad los caminos de esa auténtica liberación. Y la Pastoral Social la ha ido asumiendo con decisión y valentía, especialmente por medio de una efectiva educación para la solidaridad.

Las Campañas de Comunicación Cristiana de Bienes abren caminos para difundir el Evangelio de la solidaridad. Planes concretos de acción tratan de llevar a cabo procesos de verdadera concientización en la práctica de la solidaridad. Quiero citar sólo el ejemplo del «Plan de Opción por los Pobres», del Secretariado Nacional de Pastoral Social de Colombia. Ese plan busca abrir «espacios de participación popular, en los cuales el hombre en comunidad se constituye en sujeto del quehacer político, económico, cultural y religioso del país. El plan busca la satisfacción de necesidades básicas del hombre integral, entendiendo éstas no sólo como las necesidades materiales de alimento, vestido y techo, sino conjuntamente las

necesidades de autoestima, de desarrollo de las propias capacidades, de relacionarse con los demás, de participación en la definición y orientación de su propia vida y la de la nación e igualmente como ser religioso y abierto a la trascendencia. El plan parte de la concepción del hombre como ser de necesidades, derechos y deberes, que sólo se realizan en un destino comunitario, donde se hace posible el compromiso general con la justicia social» (SNPS, «Plan de Opción por los Pobres», 1988, pág. 19).

Esta tarea de educación para la solidaridad, que se traduce en planes concretos de acción, debe abarcar todos los niveles: el nacional, el diocesano, el parroquial. «La caridad anima y sostiene una activa solidaridad, atenta a todas las necesidades del ser humano» (CL 41). Por eso, partiendo del análisis acucioso de la realidad de que ya hemos hablado, florecerán necesariamente en nuestras parroquias, diócesis y naciones toda suerte de iniciativas que permitirán vivir la caridad.

Iniciativas que empezarán a producir procesos de comunión y participación con la creación de células fundamentales en las cuales el hombre marginado por la ignorancia, la miseria, la injusticia, que ha vivido excluido de la vida de la comunidad, pueda empezar a participar, a ser y a actuar como hombre, y así, a partir de esos pequeños grupos, se podrán cambiar poco a poco las estructuras.

CONCLUSION

La tarea puede parecer larga, difícil, confusa. Sin embargo, es la tarea única que ha sido confiada a la Iglesia: LA EVANGELIZACION.

Así como el fermento tiene que ejercer su acción sobre toda la masa, así también el Evangelio tiene que transformar al hombre todo, al hombre esencialmente so-

cial y, por lo tanto, tiene que llegar a todas y cada una de las relaciones en las cuales se está jugando la vida y el destino del hombre.

Esa evangelización de las relaciones sociales, es siempre y esencialmente anuncio del poder transformador de la resurrección de Jesucristo sobre todas y cada una de las dimensiones del hombre en el desarrollo de su existencia como ser social. Y va dirigida, en primer lugar, a la conciencia. A la conciencia del rico y del pobre, del poderoso y del débil, del gobernante y del gobernado, para que, juntos, en verdadera solidaridad, puedan alcanzar las metas de la civilización del amor.

Es, por lo tanto, primordialmente una tarea de FORMACION. Estoy convencido que, si ponemos el énfasis absoluto en la formación, todo lo que hagamos al interior de nuestras Cáritas va a adquirir una dimensión radicalmente nueva porque está animado de un espíritu radicalmente nuevo.

Después del Concilio Vaticano II, de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano en Medellín, Puebla y Santo Domingo, aparece con claridad que la EVANGELIZACION DE LAS RELACIONES SOCIALES, con todo lo que ella implica, es la tarea esencial de Cáritas. Dios quiera que todos nuestros esfuerzos se encaminen a realizar esta labor, llena de dificultades pero también rica de posibilidades extraordinarias, porque, por medio de ella, podremos hacer que el futuro de nuestros países sea más concorde con el designio del amor de Dios Padre, revelado en Cristo Jesús y animado en su realización por la fuerza del Espíritu.

LA CARITAS PARROQUIAL Y LA PROMOCION DE LA SOLIDARIDAD (*)

FELIPE DUQUE SANCHEZ

1

UNA IGLESIA VIVA

Las II Jornadas Diocesanas de Directores de CARITAS PARROQUIALES tienen un profundo significado en la vida de la Iglesia Diocesana.

Son, en primer lugar, expresión del dinamismo evangelizador de una Iglesia viva que ha desarrollado muy eficazmente una de las articulaciones fundamentales de la acción pastoral, mediante la animación y promoción de las CARITAS DE BASE en las parroquias.

La presencia en este encuentro diocesano de un nutrido número de directores y responsables de CARITAS PARROQUIALES revela la vitalidad de la pastoral de la caridad en el núcleo mismo de la acción pastoral. Como es

(*) Conferencia pronunciada en las II Jornadas Diocesanas de Directores de Cáritas Parroquiales de Cartagena-Murcia, febrero de 1993.

N.B.: Cuando se publica este trabajo, ya ha aparecido el documento *La Iglesia y los pobres*, de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y las *Propuestas operativas para la acción pastoral*, de la Conferencia Episcopal. Las reflexiones que aquí se hacen hay que completarlas a la luz de estos documentos.

sabido, la parroquia «ofrece un modelo de apostolado comunitario privilegiado, porque reduce a la unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran y las inserta en la universalidad de la Iglesia» [Vat. II: *Decreto sobre el apostolado de los seglares* (AA), 10].

Las Jornadas significan, asimismo, una aportación fecunda a la NUEVA EVANGELIZACIÓN. En efecto: «La formación de comunidades cristianas maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con El, *de existencia vivida en la caridad y en el servicio*», es la meta de la Nueva Evangelización (cfr. Juan Pablo II: *Los fieles laicos*, 34). Las CARITAS PARROQUIALES son imagen de ese modelo de comunidad cristiana, que comparte en torno a la Eucaristía, centro y raíz de la vida cristiana.

Constituyen también estas Jornadas un *eslabón solidario* de la «cadena solidaria» que forman las CARITAS DIOCESANAS, agrupadas en la Confederación de CARITAS ESPAÑOLA. La implantación sólida de las CARITAS PARROQUIALES es preocupación compartida en la Confederación, especialmente a partir de las últimas Asambleas Nacionales.

Una convicción firme en la Confederación es que, en tanto no se afiancen y arraiguen en el tejido eclesial y social las CARITAS DE BASE en las parroquias, CARITAS seguirá siendo «un gigante con pies de barro».

En mi intervención quisiera destacar algunos aspectos fundamentales en CARITAS hoy. Me refiero, en primer lugar, a la necesidad de precisar la identidad y perfil de CARITAS, en medio de la variedad de carismas, iniciativas y proyectos que existen en la Iglesia y en la sociedad.

Por otra parte, los «signos de los tiempos» que nos ha tocado vivir, exigen que nos preguntemos por los desafíos que la realidad de la pobreza plantea a la Iglesia y, por tanto, a CARITAS.

Tanto un aspecto como otro, requerirían un tratamiento más detenido. Me limito a enfocarlo desde las instancias que plantea el encuentro que hoy nos reúne.

2

¿QUE REPRESENTA CARITAS EN LA VIDA DE LA IGLESIA Y DE LA SOCIEDAD?

Respondo con un método empírico. ¿Qué dicen y piensan la Iglesia y la sociedad, de CARITAS?

Para ello recurriré a algunos indicadores globalmente aceptados.

2.1. En la Iglesia

Cuando digo la Iglesia, me refiero a la comunidad cristiana en general.

— Todavía está muy difundida en el pueblo la idea de «Caritas», con acento en la *í*. Equivalente a mera beneficencia.

— Avanza la imagen de una CARITAS promocional, que acoge, atiende, denuncia y anima a la comunidad cristiana y a la sociedad, sobre los problemas de los pobres y marginados.

— Es considerada, por la Oficina del Defensor del Pueblo, entre las primeras instituciones de estima y aceptación social.

— Las Jornadas Nacionales de Vicarios de Pastoral consideran a CARITAS entre las instituciones que promueven más activamente la acción social de la Iglesia.

— Los Estatutos de CARITAS ESPAÑOLA, aprobados por la Conferencia Episcopal, la consideran como el «órgano oficial de la Iglesia para la animación de la acción caritativa y social» (art. 1).

— El 95 por ciento de los misioneros españoles del Tercer Mundo valora muy positivamente la labor de CARITAS.

2.2. En la sociedad

— Con motivo del contencioso que CARITAS ESPAÑOLA sostuvo con el Ministerio de Asuntos Sociales, por la discriminación sufrida en el reparto de los recursos para fines sociales del IRPF, la sociedad y la opinión pública se manifestaron plebiscitariamente a favor de CARITAS. Se discriminaba a una Institución de hondo arraigo y estima social, implantada en toda la geografía española.

— Las instituciones sociales cuentan con CARITAS, por su buen hacer a la hora de plantear los problemas de los pobres (grupos parlamentarios, ONG, Administraciones públicas y privadas). Los informes de CARITAS ESPAÑOLA sobre la pobreza en España han alcanzado niveles de «puntos de referencia obligados».

2.3. En esta Asamblea

La imagen que arrojan los informes que habéis presentado configura a las CARITAS PARROQUIALES como entidades emprendedoras de «proyectos» para el servicio de los pobres. Remiten a una imagen de la CARITAS DIOCESANA en la misma línea prevalente y a unas comunidades cristianas dotadas de capacidad emprendedora.

A su vez, proyectan un perfil determinado en esta línea, sobre las comunidades humanas, la opinión pública, la sociedad.

3

CLAVES PARA NUESTRA REFLEXION

Estas percepciones expresan, sin duda, aspectos fundamentales, parciales o globales, de la identidad de CARITAS.

No es el momento de hacer un análisis a fondo de las resonancias eclesiológicas y sociales que subyacen a cada una de ellas.

Baste centrar la reflexión en la descripción que hace de CARITAS su propio Estatuto. En ella aparece la Iglesia misma, la comunidad cristiana, como el «hogar», al calor del cual nace CARITAS. Hunde sus raíces en el corazón de la Iglesia: el mandamiento nuevo (1 Cor 13).

Desde su nacimiento en la vida de la Iglesia, la reflexión teológica y pastoral sobre CARITAS, que se ha venido elaborando en la Confederación, ha acuñado una «*categoría teológico-pastoral*» para fijar este carácter esencial de CARITAS: LA ANIMACION.

Con ella se apunta fundamentalmente a la comunidad cristiana como sujeto primario responsable de CARITAS. En ella y desde ella, los miembros de la comunidad cristiana llevan a cabo la diaconía o servicio de la caridad en la Iglesia, sin merma de la responsabilidad personal individual de todos y cada uno de ellos.

Las percepciones de CARITAS que hemos detectado en los diversos niveles eclesiales y sociales, ¿suponen que las personas y las comunidades han interiorizado una «conciencia lúcida de CARITAS» como un HECHO COMUNI-TARIO?

No parece que esta dimensión haya alcanzado un calado profundo.

Por todo ello, parece conveniente orientar la reflexión, compartida con todos vosotros, hacia la necesidad de promocionar un movimiento de *animación de comunidades cristianas maduras en la fe, la esperanza y la caridad*,

en las cuales broten con pujanza las CARITAS PARROQUIALES.

En esta línea desarrollaré los siguientes puntos:

- *Comunidades cristianas maduras.*
- *En estado permanente de COMPARTIR.*
- *Liberadoras de la persona humana y creadoras de justicia social.*
- *Coordinantes y coordinadoras de la acción de la comunidad al servicio de los pobres.*
- *CARITAS. Promotora y «escuela de solidaridad».*

3.1. Comunidades cristianas maduras

La Conferencia Episcopal Española acaba de celebrar una Plenaria sobre «LA PASTORAL DE LA CARIDAD EN LA VIDA DE LA IGLESIA».

La Comisión Episcopal de Pastoral Social y otras Comisiones Episcopales, junto con una nutrida representación de instituciones de la Iglesia, consagradas al servicio de los pobres, son las responsables de la preparación de dicha Asamblea.

Como paso previo para poner en marcha todo el proceso de la Asamblea hasta su culminación, se ha realizado una CONSULTA a las diócesis e instituciones eclesiales, acerca de la situación de la pastoral de la caridad en la Iglesia española.

La mayoría de las CARITAS DIOCESANAS ha participado en la CONSULTA. Por ello, aunque los resultados se refieren a toda la pastoral de la caridad en la Iglesia española, de hecho, puede decirse que refleja el pulso y la fisonomía de la situación de la vida de CARITAS en nuestra Iglesia.

Entre las conclusiones a las que llega la CONSULTA, destacan tres aspectos, en la práctica de la caridad, en la vida de nuestras comunidades cristianas:

- Fuerte presencia del *individualismo*.
- Fuerte tendencia al *asistencialismo*.
- Escasa presencia de la *coordinación*.

3.2. En estado permanente de compartir

Sin dejar de reconocer que globalmente la contribución de las comunidades cristianas a la solución de los problemas de los pobres es ingente, sin embargo, se detecta en el *modelo y práctica* de la caridad cristiana un influjo excesivo de tendencias individualistas. Es decir, sigue todavía muy vivo el *protagonismo* de los *agentes* de la acción caritativa y social. Aparece con demasiada frecuencia que las acciones que se llevan a cabo son «cosas de *una o unas personas concretas*» que consideran la acción o proyecto en favor de los pobres «*como algo de ellas, como algo propio*». ¿Dónde queda la COMUNIDAD CRISTIANA, la PARROQUIA como tal, en cuanto que es una comunidad de creyentes que comparten su fe, la anuncian, la celebran y dan testimonio de ella, compartiendo los bienes con los hermanos, preferentemente con los pobres?

En la vida de la Iglesia, desde los comienzos, el servicio a los pobres aparece ligado a la entraña misma de la comunidad cristiana [cfr. Hech 2, 42; Vat. II: *Decreto sobre el apostolado de los seglares* (AA), 8]. La teología nos dice que el sujeto responsable global de la evangelización, de la acción pastoral y de cuanto está ligado a ella, es la comunidad cristiana. Por ello, cuando un cristiano o un grupo de cristianos actúa y organiza la atención a los pobres, es la Iglesia, es la comunidad cristiana, la que actúa y organiza. Esos cristianos o grupos de cristianos lo hacen con responsabilidad personal propia, por supuesto, pero en cuanto que son parte y miembros de la comunidad cristiana, de la Iglesia misma (cfr. Vat. II: *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen gentium*, 9).

Son éstas, cosas conocidas por todos. Pero conviene recordarlas en un encuentro como el que estamos celebrando. En efecto: la imagen que arroja el magnífico informe de la Secretaría General de Cáritas Diocesana y las ricas intervenciones que han tenido lugar a lo largo del coloquio, reflejan, como ya hemos advertido anteriormente, la *tendencia* de las CARITAS PARROQUIALES a *fomentar y promover proyectos concretos*.

Es cierto que este dinamismo es muy positivo. No obstante, sería conveniente que todos nos hiciésemos algunas preguntas al respecto:

— ¿En qué medida *los proyectos son expresión de la vida de una comunidad parroquial* que es consciente toda ella de que tales proyectos son una acción de la comunidad en cuanto tal?

— ¿En qué medida los agentes o animadores de los proyectos actúan como *delegados de la comunidad parroquial*, más que «*como unas personas preocupadas y entusiasmadas en el servicio que prestan a los pobres*»?

— ¿No sería conveniente impulsar más una CARITAS PARROQUIAL, cuyos servicios sean la expresión de unas comunidades cristianas maduras?

La CONSULTA insiste en la necesidad de animar y promover las CARITAS en esta dirección, a fin de que logren solidez en la comunidad cristiana. De lo contrario, estarán sujetas al vaivén del «entusiasmo» o de «las corrientes en alza del momento».

Sobre todo, de no alcanzar este asentamiento de CARITAS en el corazón de la comunidad parroquial, la «*identidad de CARITAS*» no sólo queda mermada, sino que pierde su «*quicio y enraizamiento*» en el seno de la comunidad, de la que dimana la diaconía de la caridad en la Iglesia. La «*caridad personal individual*» tiene su puesto en la Iglesia, pero sin perder su referencia a la comunidad.

Es verdad que CARITAS ha de «curar», como el Buen Samaritano, las «heridas» de los pobres. La beneficencia bien entendida, es parte fundamental de la acción caritativa y social. CARITAS ha de «acoger» a los pobres. En esta línea, es necesario recuperar el valor de la compasión cristiana. Es decir, «con-pasión», hacer nuestro el dolor del otro, *compartirlo*. Esta «con-pasión» exige una acción organizada para dar una respuesta eficaz, globalizada e integral. Por ello, son necesarios los proyectos. Pero si, como parte de la «con-pasión», no entra en juego la comunidad cristiana como tal, la Iglesia, la acción socio-caritativa, quedaría reducida a un mero servicio social puntual, que no implica a la comunidad como tal. A lo sumo implicaría a los «agentes» que han promovido el proyecto y al resto de la comunidad, a lo sumo para «dar dinero».

Juan Pablo II, a propósito de la acción inmediata y de urgencia, dijo a CARITAS INTERNACIONAL que hay que plantear y orientar la acción benéfica en «términos» «comunitarios» y «promocionales».

Como advierte la CONSULTA, aún queda bastante camino por recorrer para alcanzar la inserción adecuada de la pastoral de la caridad en general, y de CARITAS en concreto, en el corazón de la Iglesia y de sus comunidades cristianas. Todavía hay secuelas profundas de una experiencia «privatizada de la fe». El «protagonismo» de la comunidad como tal, no significa que los miembros de la comunidad abduquen de su responsabilidad personal en un «colectivo despersonalizado», sino que hunden su propia responsabilidad en una de las exigencias fundamentales de la persona humana: la comunitaria y social. Es fruto del carácter de «alianza» de la salvación cristiana. Como nos recuerda el Concilio, «fue voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (LG 9).

Tal vez hoy, tanto en la Iglesia como en la sociedad, la imagen que se ha de transmitir sea la de unas comunidades humanas y cristianas «*en estado permanente de compartir*».

Frente a las tendencias individualistas, provocadas por la vivencia privatizada de la fe en el interior de la Iglesia, y ante las actitudes insolidarias en la sociedad, fruto de una «ética individualista» (Vat. II: *Gaudium et spes*, 30), es necesario ofrecer formas y estilos de vida, modelos de existencia reales, fundados en los valores permanentes del amor, la comunión, la solidaridad, *el compartir, como eje y motor de la existencia y la convivencia humanas*. Sólo así se podrán atajar de raíz los problemas de los pobres y marginados. Las iniciativas, los proyectos de una CARITAS PARROQUIAL, deben brotar de este modelo de comunidad cristiana. Hemos de recuperar con todo su vigor la imagen de una CARITAS, COMO HECHO COMUNITARIO, en el contexto de la acción evangelizadora y pastoral de la parroquia.

Aunque no es el momento para desarrollar todo lo que implica esta faceta de una CARITAS PARROQUIAL, no quiero dejar de indicaros cómo, en la medida en que una CARITAS PARROQUIAL esté bien cohesionada e insertada en el dinamismo de la acción pastoral de la parroquia, proporcionalmente tendrá una mayor pujanza y vitalidad. CARITAS debe formar parte del Consejo Pastoral de la parroquia, o, en su defecto, de la Junta Parroquial. Ahí encontrará cauce para verificar su condición de «hecho comunitario» y cobrará energías para hacer que la comunidad sienta y viva como propios, de todos y cada uno de sus miembros, los problemas de los pobres y marginados. En comunión con todos los ministerios y servicios de la comunidad, hará partícipes a todos de los sufrimientos de los pobres.

Icono del amor

Una parroquia viva y dinámica promueve una CARITAS, que es *ICONO de una comunidad*; «toda entera unida en torno a Cristo por el vínculo de la caridad, que en todo tiempo y lugar se hace reconocer por el distintivo del amor y, sin dejar de gozarse con las iniciativas de los demás, reivindica para sí las obras de caridad como deber y derecho propio que no puede enajenar» [Vat. II: *Decreto sobre el apostolado de los seglares* (AA), 8].

3.3. Liberadoras de las persona humana y creadoras de la justicia social

Es una consecuencia del carácter comunitario de la acción socio-caritativa de la parroquia. Como decíamos, ésta ha de ser globalizadora e integral. No basta el mero asistencialismo. Ha de tender a devolver a los pobres y marginados, en cuanto a ella le atañe y concierne, la dignidad perdida. Lo ha recordado recientemente Juan Pablo II en la *Centesimus annus*: el socorro inmediato no puede limitarse a atender a las necesidades físicas, ni menos a humillar al pobre, ha de tender a la recuperación de su dignidad de persona (cfr. núm. 49).

He puesto el acento en la animación de la CARITAS PARROQUIAL como hecho comunitario. Tal vez sea lo más urgente hoy. Pero, aunque no pueda exponeros todo lo que significa y lleva consigo, sí quiero dejar sentado cómo no sería adecuada una promoción de la CARITAS PARROQUIAL como hecho comunitario, si no desarrolla y promueve una acción socio-caritativa liberadora y, por tanto, creadora de justicia social.

A pesar del reconocimiento y aceptación social de que goza CARITAS, siempre ha bordeado su silueta la sospecha de que no hace otra cosa que «paliar o aliviar de mo-

mento los problemas de los pobres». Se la acusa con frecuencia de realizar un «mero asistencialismo», que no afronta las causas de los males y no toca las fronteras de la justicia.

Si no es aceptable la sospecha, cabe preguntar: ¿No damos pie a ello, con el modelo de acción caritativa que practicamos? ¿Los proyectos que planificamos apuntan, además de aliviar los males, a erradicar las causas que los provocan? ¿Damos por caridad lo que se debe por justicia? ¿Nuestros proyectos contribuyen a la renovación social y a la transformación de las estructuras sociales injustas que originan en gran parte los problemas de los pobres?

En estas Jornadas hemos compartido una gama de proyectos ambiciosos. Podemos y debemos preguntarnos: ¿En qué medida van a contribuir a cortar la raíz del mal, es decir, la injusticia social, que ha dado origen a las situaciones que padecemos?

Nos encontramos ante una situación social grave en España y particularmente en determinadas zonas de vuestra Comunidad Autónoma.

Ello exige un esfuerzo global de toda la comunidad humana y cristiana. Sin duda, hay que llevar a cabo una acción inmediata urgente, para hacer frente a tanto problema. Pero ha de hacerlo como *«acción comunitaria liberadora de la persona humana, en la que se verifica el amor preferencial por los pobres, con todas sus exigencias personales y sociales»* (*Sollicitudo rei socialis*, 42).

Para caminar, siguiendo las huellas de este modelo de acción socio-caritativa, hay que promover una CARITAS, la cual, movida por el impulso del amor cristiano, promueva la justicia. Caridad y justicia, sin confundirse, forman parte del dinamismo integral del amor salvífico de Dios al hombre, preferencialmente al pobre y marginado. No se puede establecer una separación total entre ambas. La caridad auténtica exige la justicia para que la acción

caritativa y social contribuya integralmente a la promoción de la dignidad de la persona humana del pobre. A su vez, la justicia remite a la caridad como la fuente más profunda de su pleno y auténtico sentido (cfr. Juan Pablo II: *Dios, rico en misericordia*, 14).

En esta onda, una CARITAS PARROQUIAL, además de animar a la comunidad para que se implique en los proyectos, ha de «denunciar» las injusticias sociales y tratar de contribuir con sus acciones a la transformación social de la sociedad.

3.4. Coordinantes y coordinadoras de la acción de la comunidad al servicio de los pobres

Este es otro rico y fecundo filón de una CARITAS PARROQUIAL. Solamente dejo indicado el tema. Me remito a otros trabajos de CARITAS sobre esta faceta.

Tan importante es este problema, que la Plenaria de la Conferencia Episcopal sobre «LA PASTORAL DE LA CARIDAD EN LA VIDA DE LA IGLESIA», a la que hemos aludido, se ocupará especialmente de él.

Es mucha la dispersión de iniciativas existentes hoy en la Iglesia en favor de los pobres. Cada grupo tiene su proyecto, que quiere sacar adelante a toda costa, sin echar una mirada, en primer lugar, a los pobres, a los que haya que servir de la manera más eficaz, y, en segundo lugar, al sujeto responsable global, que es la comunidad cristiana. Damos con frecuencia la sensación de que, perteneciendo a una misma Iglesia, cada uno vamos por nuestro lado. El espectro del «individualismo» se apodera de los cristianos y no damos un testimonio creíble de la unidad y comunión eclesiales.

¿Cómo se puede diagnosticar esto en una comunidad parroquial? Con frecuencia, se dan los siguientes síntomas:

— Cada grupo parroquial promueve «su acción por los pobres», independientemente de lo que hagan los otros.

— Prevalecen las «iniciativas privadas», y no pocos cristianos, «samaritanos anónimos», con la mejor voluntad, hacen su labor por su cuenta. ¿Francotiradores?

— Existen diversas organizaciones al servicio de los pobres y se desconocen prácticamente entre sí.

Por otra parte, lo cierto es que no puede cegarse la creatividad del Espíritu Santo, que impulsa los más variados carismas en la Iglesia. Pero no hemos de olvidar que todo es «para la *renovación y la mayor edificación de la Iglesia*, porque a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para la común utilidad (1 Cor 12, 7)» (Vat. II: LG 12).

¿Qué papel tiene CARITAS en este juego de la acción del Espíritu? *SER ICONO del amor de Dios al hombre*. Por tanto, *no ser una institución más en competencia con las demás, sino «la mesa de concertación de todas»* para servir más eficazmente a los pobres en nombre de una comunidad, en la que todos actuamos —debemos actuar— con el vigor de la unidad y la comunión eclesial, impregnados de gratuidad y espíritu de servicio a los pobres.

¿No os parece que aún nos queda a todos mucho trecho por recorrer para realizar este «rol»? Y, sin embargo, es uno de los signos de la misericordia de Dios, a través de su Iglesia, que más necesita nuestra sociedad. Así verán «cómo nos amamos» (San Juan). Y daremos un testimonio eficaz de que «*servir al hombre, y particularmente al pobre, en nombre de Dios*», no es una utopía inútil e inoperante en la historia de los hombres (cfr. *Testigos del Dios vivo* y *Los católicos en la vida pública*, documentos de la Conferencia Episcopal Española).

4

CARITAS, PROMOTORA DE SOLIDARIDAD

Como la Iglesia misma, CARITAS no es un fin en sí misma. Es servicio al hombre, a todo hombre, preferentemente al pobre y marginado.

En nuestra época, el ministerio o servicio de la caridad en la Iglesia, CARITAS, se realiza asumiendo uno de los «signos de los tiempos» del mundo de hoy. Me refiero al creciente e ineluctable sentido de la solidaridad [Vat. II: cfr. *Decreto sobre el apostolado de los seglares* (AA) 4].

La interdependencia de los problemas de los pobres para su adecuada solución, ha creado en la conciencia de los hombres la convicción, como deber moral, de trabajar juntos para emprender las iniciativas necesarias con el fin de erradicar los problemas. Esta «conciencia de solidaridad» se extiende por el mundo, paradójicamente, en medio de fenómenos sociales insolidarios. Las grandes encíclicas de Pablo VI y Juan Pablo II, *Populorum progressio* y *Sollicitudo rei socialis*, respectivamente, han puesto de relieve esta «nueva conciencia» de nuestra generación. Os invito a estudiarlas a fondo, para que recibáis nuevo vigor y aliento para la animación de las CARI-TAS PARROQUIALES.

4.1. ¿Una moda de nuestro tiempo?

La verdad es que parece que la solidaridad, hoy, está «de moda». ¿Será ya una palabra gastada? Tal vez sí, pero no su realidad. En su Comunicado para la Jornada Nacional del AMOR FRATERNAL, la Comisión Episcopal de Pastoral Social llama la atención sobre este peligro de frivolización de la solidaridad. ¿No estamos ante el ries-

go de volver a aceptar como normales «los bailes de sociedad» para recaudar fondos de solidaridad con los pobres?

Para CARITAS, la solidaridad es una exigencia fundamental de la caridad cristiana. Es su correlato y el cauce ético y social, mediante el cual verifica en el mundo la energía liberadora del amor de Dios. Tiene su origen inmediato en el Mandamiento Nuevo, cuya «fuente que mana y corre» (San Juan de la Cruz) es la «autodonación», «entrega» y «acogida» de las Tres Divinas Personas (dimensión cristológica y trinitaria de la solidaridad), que los cristianos llamamos «comunión» (SRS 40).

De ahí que la Iglesia sea en Cristo «un misterio de comunión y solidaridad», como lo ha expresado hermosamente San Cipriano en su visión de la Iglesia como «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (cfr. Vat. II: LG 4) (Dimensión eclesial de la solidaridad).

El seguimiento de su Señor y Maestro conduce a la Iglesia tras las huellas solidarias de Cristo y la introduce en «una nueva comunidad fraterna entre todos los que con fe y caridad le reciben después de su muerte y resurrección, esto es, en su Cuerpo, que es la Iglesia, *en la que todos son miembros los unos de los otros* y deben ayudarse mutuamente según la variedad de dones que se les hayan conferido» (Vat. II: GS 32).

La significación teológica de los signos de los tiempos y su verificación en «las voces de la interdependencia solidaria», encuentra su respuesta en la comunión trinitaria, en la fraternidad en Cristo, en la intercomunión y solidaridad eclesial. La DIACONIA DE LA CARIDAD expresa y realiza esta corriente de amor y, «como la acequia de Dios que riega los trigales», conduce la energía salvadora y liberadora de caridad, hecha solidaridad, a los surcos de los pobres y marginados del mundo.

No estamos, pues, ante una moda más o menos pasajera y superficial. Así nos lo dice uno de los textos más ricos del Magisterio:

«*Cuando la interdependencia es reconocida como categoría moral, su correspondiente respuesta, como actitud moral y social, y como virtud, es la solidaridad. Esta no es, pues, un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien común de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos. Esta determinación se funda en la firme convicción de que lo que frena el pleno desarrollo es aquel afán de ganancia y aquella sed de poder de que ya se ha hablado*» (Juan Pablo II: SRS, 38).

Si analizamos a fondo este texto descubrimos «*la lógica de la solidaridad*»:

— No se trata de un mero movimiento sentimental.

— Nace de la conciencia de la interdependencia de los problemas y su solución y se transforma en «deber moral».

— No es solamente «un acto moral» que nos empuja a la solidaridad inmediata y puntual.

— Es «virtud» que informa la conciencia y crea «hábitos de comportamientos personales y sociales».

— Y nos introduce en la «lógica del bien común» frente a la «lógica egoísta e insolidaria» propia de la ética individualista.

— La situación de los pobres y la nuestra propia, son interdependientes. Por tanto, «solidarias mutuamente» y «sus problemas son nuestros propios problemas». **TODOS SOMOS RESPONSABLES DE TODOS.**

— Esta corresponsabilidad implica a la *persona* del pobre y marginado y sus derechos fundamentales. Afecta, por tanto, a las necesidades inmediatas y sus causas pro-

fundas, es decir, *a la dignidad de la persona y sus exigencias fundamentales, su liberación integral.*

— La fuente más profunda de este movimiento solidario está en la COMUNION y la FRATERNIDAD CRISTIANAS.

4.2. «Poder ético» de la solidaridad

La solidaridad como «virtud» tiene hoy unas resonancias sociales de gran relieve e importancia, para ir hacia la erradicación de las causas profundas de la situación y problemas de los pobres.

La «ética individualista» y sus consecuencias, tales como la corrupción generalizada, a la que asistimos hoy en todo el mundo, la «degeneración» de la ética, atrapada en la mera «ética de situación», egoísta e insolidaria, están pidiendo que todos asumamos «*el gran desafío ético de nuestro tiempo*».

Desgraciadamente, hemos de preguntarnos con inquietud: ¿Acaso no asistimos a un despertar de la solidaridad con múltiples iniciativas a todos los niveles para tratar de solucionar los problemas de los pobres? ¿Por qué, a pesar de ello, sus problemas continúan igual, más aún, se agravan? ¿Qué ocurre?

En primer lugar, hemos de ser conscientes de que la brecha entre los ricos y los pobres es algo más que un «slogan» o «un latiguillo demagógico».

Veámoslo con algunos datos de una cruda realidad que nos rodea, nacional e internacionalmente:

Ahí están cercanos a nosotros los CINCUENTA MILLONES DE POBRES QUE HAY HOY EN EUROPA (Informe del Consejo de Europa 1993); los TRES MILLONES LARGOS DE PARADOS que hay en España (Informe EPA 1993).

Y, de manera especial, golpeando nuestras conciencias, los datos del INFORME DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO HUMANO 1993:

— La brecha entre los países ricos y los pobres se está ensanchando.

— En la década de los 60, el 20 por ciento de la población mundial más rica creció a un ritmo de 2,7 veces superior al 20 por ciento más pobre.

— La década de los 80 ha sido una *década perdida* para el Tercer Mundo. Paradójicamente, el crecimiento internacional fue de un 3,2 por ciento, mientras que en la década anterior fue de un 2,4 por ciento. El problema no fue de falta de recursos, sino de su desigual distribución.

— Cerca de MIL CUATROCIENTOS MILLONES, de los más de los CINCO MIL TRESCIENTOS MILLONES de habitantes del planeta, viven en condiciones de pobreza. Los que viven en condiciones de «supervivencia» se elevan a la cifra de los DOS MIL MILLONES.

— En 1989 la parte más rica del mundo (aproximadamente unos MIL QUINIENTOS MILLONES) contaba con el 82 por ciento del ingreso mundial, manejaba el 80 por ciento del comercio mundial, disfrutaba del 94,6 por ciento de los préstamos comerciales, del 80,6 por ciento del ahorro interno y el 80 por ciento de la inversión.

— *Como contraste*, la quinta parte de la humanidad (otros MIL MILLONES, APROXIMADAMENTE) contaba con el 1,4 por ciento del ingreso, sólo con el 1 por ciento del comercio mundial, con el 0,2 por ciento de los préstamos comerciales, con el 1 por ciento del ahorro interno y con el 1,5 por ciento de la inversión.

— Cada año ingresan TREINTA Y OCHO MILLONES de personas adicionales a la fuerza laboral en los países en vías de desarrollo (pobres o más pobres), sumándose a los SETECIENTOS MILLONES de desempleados y subempleados.

— Cerca de SETENTA Y CINCO MILLONES de personas de países en desarrollo dejan la tierra todos los años y se convierten en emigrantes, refugiados, desplazados, apátridas...

— Para el comienzo del año DOS MIL deberán haberse creado MIL MILLONES para parar esta movilidad de la población mundial.

Todo apunta hacia la necesidad urgente de animar y promover un movimiento planetario capaz de hacer frente al *déficit ético* que padece la humanidad, desarrollando las *virtualidades* del «*poder ético*» de la solidaridad.

Como «*virtud*», la solidaridad transforma la conciencia, erradicando las conductas egoístas; crea un «*ethos cultural*» que purifica el ambiente social insolidario; se engasta en el tejido social y transforma los mecanismos y estructuras sociales injustas.

Hoy, se ha apoderado de las conciencias y de las relaciones humanas, económicas y sociales, «la cultura del economicismo» (el culto al éxito y al dinero a cualquier precio). Hay que introducir en la estructura profunda de la personalidad y en los procesos históricos «*el poder ético transformador de la solidaridad*». Por ello se ha hablado de la *tensión social* entre «*el poder ético de la solidaridad, versus el poder deshumanizador del economicismo*», del «*hombre solidario, versus el hombre economicista*».

Esta es la respuesta integral a los desafíos de los signos de los tiempos. Podemos *hacer* muchas cosas; promover muchos proyectos. En tanto no *seamos* por dentro solidarios y promovamos proyectos e iniciativas que broten del «*poder ético transformador de la solidaridad*», no lograremos un cambio social profundo, creador de una «*nueva cultura de la solidaridad*» frente a la «*cultura deshumanizadora de la insolidaridad*». SER o TENER. Esta es la cuestión.

4.3. CARITAS, «escuela de solidaridad»

Dirigiéndose a CARITAS INTERNACIONAL, Juan Pablo II describió a CARITAS como «*una red solidaria, incrustada en el corazón de las comunidades humanas, para defensa y promoción de la dignidad de la persona humana, particularmente del pobre y marginado*».

CARITAS es una ESCUELA DE SOLIDARIDAD. Es el yunque en el que se forjan *animadores de la solidaridad*, desde, con y para los pobres y marginados.

En el *telar de CARITAS* se teje la urdimbre solidaria de proyectos solidarios, liberadores del pobre, transformadores de la realidad social, creadores de «nuevos estilos de vida» solidarios, asentados en los valores del SER y del TENER, en cuanto esto es condición para que las personas y las comunidades humanas SEAN auténticamente.

La CARITAS PARROQUIAL encarna, como célula primaria viva de la comunidad cristiana, el *eslabón solidario* de la RED UNIVERSAL SOLIDARIA, que es CARITAS. Si la solidaridad impregna toda la vida de la CARITAS PARROQUIAL, el resultado será una imagen de una CARITAS DIOCESANA, toda ella *ESCUELA DE SOLIDARIDAD*.

¿Cómo hacer realidad este modelo de CARITAS PARROQUIAL?

No se trata de ofrecer un «recetario». La creatividad y espíritu emprendedor han de ser muy vivos en CARITAS. Sus responsables han de ser inspiradores de «ideas nuevas» e «iniciativas nuevas», *compartidas* con toda la comunidad parroquial a través de los *órganos de participación de la parroquia* (Junta Parroquial, Consejo de Pastoral...).

Pero no basta este nivel del *compartir solidario*. Hemos dicho con el Papa que CARITAS es una *red solidaria*, incrustada en el corazón de la comunidad humana. Por ello,

el proceso de compartir solidariamente ha de extenderse a las *redes solidarias de la sociedad*. Sin perjuicio de la propia identidad, CARITAS ha de colaborar con todas aquellas personas e instituciones públicas y privadas que, justa y coherentemente, trabajan por la defensa y dignidad de la persona humana. Es la hora de sumar esfuerzos.

Me permito indicaros algunas iniciativas que, en el hoy que vivimos, oscurecido por un déficit ético creciente, serían muy oportunas.

En primer lugar, la presencia en los «nuevos foros o areópagos» de la sociedad actual. Aunque sea difícil, no hemos de cejar en nuestro esfuerzo por estar presentes en los medios de comunicación social. Las CARITAS DIOCESANAS ayudarán, con la colaboración de la Nacional, a las CARITAS PARROQUIALES, para llevar a cabo este intento ineludible. Hemos de crear «*opinión pública solidaria*» ante la embestida de una cultura ambiental que frivoliza y banaliza la solidaridad. O, al menos, merma su alcance y profundidad.

En segundo lugar, sería muy conveniente organizar encuentros, coloquios, mesas redondas, con las fuerzas vivas de la parroquia, para compartir el planteamiento de los problemas de los pobres y arbitrar entre todos las vías de solución y lograr que cada uno asuma sus responsabilidades.

No hay que olvidar a toda la comunidad humana y cristiana de la parroquia. Los niveles de la solidaridad son varios. El propio de la comunidad, como tal, es muy importante. Hay que darles a conocer los proyectos para que compartan sus fines y metas. Los apoyarán, no sólo con medios económicos, sino *con su apoyo social, más importante aún*. Al pueblo, a la comunidad cristiana, no hay que pedirles sólo una aportación económica, sino su correspondiente cuota de corresponsabilidad.

Finalmente, ¿aprovechamos convenientemente «los espacios solidarios» que nos ofrece la vida de la comuni-

dad parroquial? Por ejemplo, la liturgia. No basta que el párroco comunique a la comunidad la existencia de los planes y proyectos de CARITAS, o anunciar que «*hoy es la colecta de CARITAS*» (que a ello nos limitamos con frecuencia). De la misma manera, los ministerios y servicios que sin duda existen (o deberían existir) en la parroquia, ¿están suficientemente informados de la vida y actividades de la CARITAS PARROQUIAL?

Por ejemplo, el ministerio de la PALABRA: homilías; catequesis de infancia y de adultos; «diversos carismas» al servicio también de los pobres; conexión con la *acción pastoral común* del arciprestazgo de la zona y, por supuesto, de planificación de toda la acción evangelizadora y pastoral de la diócesis. La CARITAS DIOCESANA impulsará y estará al servicio de este dinamismo solidario de las CARITAS PARROQUIALES.

5

EPILOGO

Hemos llegado al final de mi intervención.

Os agradezco vuestra amabilidad, especialmente a vuestro director, que, a la vez, es vicepresidente de la Confederación de CARITAS ESPAÑOLA, al invitarme a compartir con vosotros este encuentro. Quisiera deciros a vosotros, laicos cristianos, que trabajéis generosamente en esta *ESCUELA DE SOLIDARIDAD*, que es la CARITAS, y de manera particular en la CARITAS PARROQUIAL; que sigáis adelante en vuestro empeño de animar un modelo de CARITAS, *ICONO de una comunidad cristiana en estado permanente de compartir*.

CARITAS es responsabilidad de toda la comunidad cristiana: el obispo, el sacerdote, las personas de vida consagrada, los laicos; todos somos y hacemos CARITAS.

Sin embargo, de manera especial, el laicado católico debe asumir una relevancia en la vida de CARITAS, asumiendo su responsabilidad de crear «una cultura de la solidaridad», de promover «una educación en la caridad y en la solidaridad», en el ámbito de la comunidad humana y cristiana. A vosotros, queridos laicos, os recuerda el Santo Padre en la exhortación apostólica *Los fieles laicos*: «La caridad con el prójimo, en las formas antiguas y siempre nuevas de las obras de misericordia corporal y espiritual, representa el contenido más inmediato, común y habitual de aquella animación cristiana del orden temporal, que constituye el compromiso específico de los fieles laicos. *La caridad cristiana anima y sostiene una activa solidaridad, atenta a todas las necesidades del ser humano*» (núm. 41).

El mismo documento os anima a que promováis un «voluntariado cristiano» de la solidaridad.

«El voluntariado —prosigue el Papa—, si vive en su verdad el servicio desinteresado al bien de las personas, especialmente de las más necesitadas y las más olvidadas por los mismos servicios sociales, debe considerarse una importante manifestación de apostolado, con el que los fieles laicos desempeñan un papel de primera importancia» (*ídem*).

Finalmente, no quisiera dejar de hacer mía la plegaria que la Iglesia diocesana, que está en Cartagena-Murcia, dirige a María, Madre de la Iglesia:

«Virgen María:
 Madre del Señor
 y Madre nuestra.
 Acompaña nuestro quehacer diocesano,
 para que cada uno de nosotros
 pueda conocer mejor a Jesús,
 amarle y ser testigos,
 toda nuestra vida,

de la alegría y de la paz,
para que nuestra *Iglesia de Cartagena*
madure en su fe,
sea más comunitaria,
más orante y misionera
Y MAS SERVIDORA DE LOS POBRES».

COMENTARIOS A LAS PRIORIDADES DE ACTUACION DE LA CONFEDERACION DE CARITAS ESPAÑOLA PARA LOS PROXIMOS AÑOS (*)

PABLO MARTIN CALDERON

A lo largo de esta intervención me voy a referir a las prioridades, que fueron debatidas y adoptadas, como compromiso de toda la Confederación, en la última Asamblea General de Cáritas Española, en octubre de 1993.

En ellas se han pretendido plasmar, en clave de futuro, unos retos o unas líneas maestras sobre lo que debemos hacer en Cáritas y cómo llevarlo a cabo.

Podemos decir de este documento que debe suponer la brújula para marcar la dirección que debemos seguir todas las Cáritas Diocesanas y Parroquiales dentro de la Confederación.

Afortunadamente, este tiempo reciente ha sido un tiempo rico en lo que se refiere a la elaboración de documentos que nos marcan el camino para continuar siendo

(*) El texto que se presenta a continuación es la transcripción de la ponencia ofrecida por el Secretario General de Cáritas Española en la Asamblea de la Cáritas Diocesana de Cáceres, el día 16 de abril de 1994.

fieles, con nuestra acción, al Evangelio y a los pobres. Y digo esto porque, como todos sabemos, nuestra Conferencia Episcopal dedicó una Asamblea Plenaria a la adopción de propuestas de cara a la acción pastoral para la caridad en la vida de la Iglesia.

Como veréis, las prioridades adoptadas por la Confederación de Cáritas se sitúan en plena sintonía y coherencia con las propuestas de la Conferencia Episcopal, y no podía ser de otra manera. Yo diría que nuestras prioridades intentan ser la concreción para Cáritas de las propuestas adoptadas por la Conferencia Episcopal.

Si seguimos la nota que os he entregado, vemos en primer lugar que se trata de cinco prioridades:

1. Compromiso social con los colectivos y territorios más desfavorecidos.

Objetivos generales:

1.1. Descubrir los mecanismos generadores de marginación y exclusión.

1.2. Hacer frente a la erosión y desprotección de los derechos de los más pobres, buscando cauces de liberación que permitan su desarrollo como personas.

2. Construir una sociedad accesible.

Objetivos generales:

2.1. Promover procesos globales de integración e inserción.

2.2. Promover las condiciones sociales que, impulsando un cambio de valores, hagan posible un desarrollo humano y la incorporación a la sociedad de todos sus miembros y colectivos marginados.

3. Generación de comunidad y regeneración de vínculos sociales

Objetivos generales:

3.1. Potenciar la reestructuración de un tejido social, emprendedor y solidario.

3.2. Promover la interacción solidaria entre las personas, los colectivos, los pueblos y las naciones.

4. Dinamización de la comunidad como sujeto de la acción sociocaritativa de la Iglesia.

Objetivos generales:

4.1. Promover Cáritas como diakonía de la caridad de la comunidad cristiana.

4.2. Consolidar la participación, organización y coordinación en los diferentes niveles de la Confederación, de acuerdo con sus propios criterios y la acción que se desarrolla.

4.3. Proponer y promover planes de formación coherentes con lo que Cáritas es, lo que hace y sus métodos.

5. Presencia pública de Cáritas.

Objetivos generales:

5.1. Comunicar al conjunto de la sociedad las situaciones que Cáritas detecta y las acciones que realiza.

5.2. Promover la participación institucional de Cáritas en la política de acción social, desde su opción preferencial por los pobres.

5.3. Promover una cultura de la solidaridad.

Cada una de estas cinco prioridades contiene dos o tres propuestas que hemos llamado objetivos generales.

En una primera mirada, podemos observar que se trata de un documento corto y que, a poco que intentemos entrar en él, comenzaremos a darnos cuenta que aparecen una serie de conceptos, con un contenido determinado, que marcan una línea de actuación bastante precisa para Cáritas.

En este espacio no voy a tener tiempo suficiente para extenderme sobre todos estos conceptos. Voy a tratar, en consecuencia, de repasar a vuelapluma algunos de los que me parecen particularmente interesantes, evocando solamente algunos aspectos de su contenido.

Hay que tener en cuenta que estas prioridades y objetivos han pretendido sintetizar todo un conjunto enorme de experiencias, aportaciones, debates y reflexiones que en Cáritas hemos venido haciendo en estos últimos años.

Prioridad primera: Compromiso social con los colectivos y territorios más desfavorecidos

Si comenzamos por el primer objetivo de esta prioridad —«*Descubrir los mecanismos generadores de marginación y exclusión*»—, podemos comenzar deteniéndonos en la primera palabra: «Descubrir». Si lo tomamos con el telón de fondo de toda la experiencia de Cáritas, este «descubrir» encierra muchas cosas:

En primer lugar, este «descubrir» significa «estar al lado de», ya que en Cáritas no realizamos una aproximación únicamente académica hacia el mundo de la pobreza y de la exclusión. Pero, además, en la experiencia de Cáritas, comprobamos que quienes se acercan con limpieza de corazón a los colectivos más desprotegidos terminan por desarrollar una actitud que no se limita a «estar al lado de» los pobres de una forma física, sino que va suponiendo un «ponerse del lado de», de una forma partidista y partidaria.

Pero acabo de decir que este proceso se da sólo en quienes se acercan al mundo de los pobres con limpieza de corazón.

Como en el cuento de *El Principito*, nosotros sabemos muy bien que las realidades humanas se deben descubrir no solamente con los ojos de la cara, sino también con los del corazón.

Por lo tanto, desde Cáritas, este «descubrir» también significa aunar. Y nuestro aunar nace de la convicción profunda de que todo hombre y toda mujer, todo anciano

y todo niño, por muy diferentes que sean de mí, son mis hermanos. Lo que les ocurre a ellos, me afecta también a mí, de alguna manera, y cuando sufren, son pobres y se ven excluidos o marginados, ahí está el rostro de Jesús Crucificado.

Yo no puedo quedarme completamente tranquilo en mi bienestar, si los demás no pueden acceder al mismo grado de bienestar, al menos, que tengo yo.

Si miramos a nuestro alrededor con los ojos de la cara y del corazón, ¿qué descubrimos?

En seguida, descubrimos niños que sufren carencias materiales o afectivas que van a marcarles en su desarrollo; jóvenes sin futuro y sin referencias, aparcados en el círculo de la desidia o en la vana ilusión de mundos artificiales que terminan por destrozarlos; madres y padres roídos por la importancia de ver que, a pesar de su esfuerzo, no llegan a asegurar el futuro de los suyos; mayores solos y abandonados como pago a unas vidas repletas de trabajo.

Cuando tratamos de descubrir la magnitud o extensión de estas situaciones, constatamos que son demasiado frecuentes:

En lo que se refiere al conjunto de nuestro país, podemos afirmar que, mientras España es cada vez más rica, aumenta al mismo tiempo el número de pobres.

Los estudios realizados en 1980-81 sobre la Encuesta de Presupuestos Familiares revelaban que, en una población entonces de alrededor de 37 millones de habitantes, se encontraban por debajo del umbral de la pobreza alrededor de 6 millones de españoles.

En 1984, sobre una población de 38 millones, el estudio de EDIS para Cáritas arrojaba un total de 8 millones de pobres.

Y en 1987, con una población que aún no llegaba a los 39 millones, el número de pobres ascendía a unos 11 millones y medio, según estudios del Banco Bilbao.

En la actualidad estamos a la espera de los resultados del V Informe Sociológico de FOESSA, que aparecerá hacia el mes de septiembre próximo, para conocer la evolución de estas cifras.

En el conjunto de la Comunidad Europea la pobreza ha conocido la misma tendencia de aumento. En los años 70 se contabilizaban 30 millones de pobres, que subirían a 38 con la incorporación de nuevos países a la Comunidad.

En 1985 la cifra se había elevado a 44 millones, es decir, el 14% de los 315 millones de habitantes de la Comunidad. De estos 44 millones, cerca de 10 millones pueden considerarse en situación de pobreza severa.

Y si hablamos de la realidad a escala mundial los datos se disparan. Sabemos que anualmente mueren al menos 14 millones de niños, debido a las malas condiciones higiénico-alimentarias. 1.200 millones de personas apenas logran sobrevivir porque no alcanzan las condiciones mínimas para la supervivencia. Una cuarta parte de la humanidad está insuficientemente alimentada. Y esto sin hablar de otras condiciones y otros derechos sanitarios, educativos, sociales...

Nuestro mundo, el que hemos construido los hombres para nuestros hijos, está hecho un verdadero desastre, y lo peor es que la tendencia es a empeorar cada año.

Volviendo al objetivo que estamos tratando, aparece seguidamente otro concepto: «los mecanismos generadores de marginación y exclusión».

Este concepto viene a añadir nuevos contenidos a nuestro descubrir. En el fondo de este concepto está la convicción que tenemos en Cáritas de que la pobreza no es una mera *casualidad*, sino que tiene una *causalidad*, que es posible discernir en nuestra sociedad actual.

Esta convicción no es sólo de Cáritas. Fijaos que Juan Pablo II, en el número 16 de la *Sollicitudo rei socialis*, después de reconocer la complejidad de las causas de la situación internacional, nos exhorta con fuerza a los cris-

tianos a «denunciar la existencia de *mecanismos* económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan, a menudo, de modo casi automático, haciendo más rígida la situación de riqueza de los unos y de pobreza de los otros. Estos mecanismos, maniobrados directa o indirectamente por los países más desarrollados, favorecen, por su mismo funcionamiento, los intereses de los que los maniobran, terminando por sofocar o condicionar las economías de los países menos desarrollados. Será necesario someter estos mecanismos a un análisis atento en su aspecto ético-moral».

(Cambiar «países» por «colectivos» y «más desfavorecidos» y «menos desfavorecidos» por «más fuertes» y «menos débiles», y podemos decir lo mismo al interior de un país).

A partir de lo que acabamos de ver, se puede afirmar que el concepto «descubrir» de este primer objetivo significa también «estudiar».

En Cáritas tenemos que saber que no sólo hay que descubrir las realidades humanas con los ojos de la cara y del corazón. Nosotros añadimos algo más a lo que dice el cuento de *El Principito*. Hay que descubrir también las cosas con los ojos del cerebro, es decir, del estudio. Y para ello tendremos que aplicar los mejores métodos de análisis y las técnicas sociológicas más fiables; no sólo conocer la amplitud de los fenómenos, sino, lo que es más importante, revelar las causas profundas y los mecanismos que actúan para que esta sociedad nuestra produzca inexorablemente, todos los días, tanta cantidad de pobres y excluidos.

En lo que se refiere a los estudios sociológicos sobre las realidades sociales, en estos últimos años estamos conociendo un proceso que nos debe inquietar y alertar. Me refiero al hecho de que, progresivamente, las Administraciones Públicas, u otras instancias generalmente muy

controladas por las propias Administraciones Públicas, están acaparando la mayor parte de los estudios sociológicos que se realizan en este país.

Este hecho, que ya de por sí es preocupante, se agrava porque, además, la mayor parte de esos estudios nunca llegan a ver la luz de su publicación. En el caso de que los resultados sean considerados no favorables, lo que ocurre con frecuencia cuando se abordan los problemas sociales, quedan encerrados bajo llave en los cajones de los despachos oficiales.

A esta tendencia de acaparamiento se le une la tendencia de inhibición de no pocas Organizaciones no Gubernamentales para realizar estudios, dado el elevado coste de la elaboración de estos análisis y, sobre todo, dado el riesgo de encontrarse con consecuencias no deseadas en sus relaciones con los poderes públicos, particularmente en lo que se refiere al reparto de subvenciones.

Desde que Cáritas fue fundada en España, siempre ha existido la convicción de que es imposible desarrollar plenamente la misión que tiene confiada de asistencia y promoción a los colectivos y comunidades excluidas, de dinamización de la comunidad cristiana, de portavoz de los sin voz, si no desarrolla también su tarea de observación y estudio permanente de la realidad social, tanto a nivel local como a niveles más globales, diocesanos, regionales, nacionales e internacionales.

En el segundo objetivo de la misma prioridad —«*Hacer frente a la erosión y desprotección de los derechos de los más pobres, buscando cauces de liberación que permitan su desarrollo como personas*»—, llama la atención el concepto de «derechos».

Daos cuenta que este segundo objetivo, después del *analizar*, podría haber planteado inmediatamente el *asistir*. Y en definitiva así es; pero esta ayuda o asistencia la plantea bajo la forma de «*hacer frente a la desprotección de los derechos de los más pobres*».

Cuando aquí hablamos de derechos, estamos hablando de las condiciones básicas necesarias que toda persona y comunidad humana deben tener para conseguir un desarrollo integral.

En definitiva, estamos hablando del trabajo, la salud, la vivienda, la cultura, el medio ambiente; es decir, de las posibilidades que tiene cada persona y cada grupo humano para poder vivir y desarrollarse plenamente de acuerdo a su dignidad de personas.

Los calificamos de derechos, porque en nuestra cultura es común admitir que estas condiciones, o, mejor dicho, la carencia de estas condiciones, interpelan directa o subsidiariamente a la organización social, para que ésta facilite su ejercicio o provea la satisfacción de las necesidades correspondientes a estas carencias.

Esto no quiere decir que estas carencias deben interpelar exclusivamente a la organización social, de tal manera que los individuos particulares puedan quedar tranquilos, remitiendo toda la responsabilidad al Estado. La mayoría de los derechos sociales interpelan conjuntamente a la sociedad y a las personas individuales o a grupos concretos. Así, por ejemplo, el derecho del niño a la educación interpela tanto a su familia, en unos órdenes básicos, como a la sociedad, en otros. El derecho al trabajo, al tiempo que al Estado, está interpellando a todas aquellas personas y grupos que puedan crear empleo.

Entendemos, pues, por derechos sociales, aquellos derechos humanos de cada persona y de las comunidades, que interpelan, de una forma directa o subsidiaria, a la organización social.

Las sociedades que reconocen formalmente algunos de estos derechos sociales en su legislación, están obligadas a aportar las ayudas necesarias y a buscar las soluciones adecuadas para que esos derechos puedan ser ejercidos por todos sus ciudadanos.

Es muy importante que en Cáritas nos situemos desde esta perspectiva y seamos muy conscientes que, cuando estamos prestando muchos de los servicios que ofrecemos, estamos llevando a cabo subsidiariamente una tarea de suplencia, mientras la organización social, es decir, el Estado, no pueda realizar su competencia propia.

Al mismo tiempo, cuando ayudamos a un pobre, éste no está recibiendo un favor, sino que estamos cubriendo la carencia de algo debido .

En la sociedad civil el concepto de los derechos sociales nace con los movimientos constitucionalistas y se consolida con la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. Sin embargo, para los cristianos, este concepto de justicia, ligado al respeto al bienestar de todos, nace de la Biblia y reaparece constantemente en la tradición de la Iglesia. Esta perspectiva, aunque forma parte de la tradición cristiana (pensamos en los Santos Padres), aún no es la más generalizada, ni siquiera entre los cristianos.

Los agentes de Cáritas debemos conocer las proclamaciones formales de estos derechos sociales, como son los artículos del 22 al 27 de la Declaración Universal del 48, el Acta Unica Europea de 1986, la Carta Social Europea (del Consejo de Europa) de 1961 y su Protocolo Adicional de 1988, y, ya en nuestro país, la Constitución de 1978, particularmente en su capítulo tercero, y el desarrollo del cuerpo legislativo que se refiere a ellos.

Esta perspectiva nos exige, en definitiva, plantearnos el sentido, el cómo y el para qué de nuestra acción. ¿Se trata de una acción «parcheadora» que únicamente amortigua los efectos de los problemas, o es, además, un ejercicio de solidaridad y compromiso decidido contra las injusticias? No se trata de mantener a los pobres en la exclusión social, separando sus carencias de las situaciones sociales que las producen.

Nuestro compromiso y nuestra acción de todos los días deben empujar y crear las condiciones necesarias que hagan posible el acceso de todos a los derechos sociales, para que los excluidos puedan salir del estado de segregación social en el que se encuentran.

Así se entiende perfectamente aquella afirmación del Concilio: «Cumplir antes que nada las exigencias de la justicia, para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia; suprimir las causas, y no sólo los efectos, de los males» (*Apostolicam actuositatem*, núm. 8).

Prioridades segunda y tercera: Construir una sociedad accesible. Generación de comunidad y regeneración de vínculos sociales

Las prioridades segunda y tercera se refieren a la calidad de nuestra intervención social.

Estas dos prioridades parten de la convicción de que hay una relación entre sociedad y pobreza. En el funcionamiento social hay mecanismos que excluyen a muchas personas. (Ya lo veíamos cuando hablábamos de las causas). Entonces, para conseguir la integración o inserción social, como propone el objetivo 2.1: «*Promover procesos globales de integración e inserción*», no basta sólo crear centros y servicios que se planteen la recuperación de los marginados únicamente favoreciendo procesos personales de terapia rehabilitadora. En estos procesos solemos encontrar límites muy claros (trabajo, vivienda, etc.).

Hace falta, además, promover las condiciones sociales, como plantea el objetivo 2.2: «*Promover las condiciones sociales que, impulsando un cambio de valores...*».

Lo que plantea la segunda prioridad es que debemos realizar un trabajo en una doble dirección. Me explico.

El trabajo de inserción social que Cáritas propugna, lo podríamos representar como un segmento y, en sus extremos, dos instancias separadas: por un lado, el individuo, la familia o el colectivo excluido; por el otro, la comunidad humana, el barrio, el pueblo o el conjunto social, donde deberían insertarse esas personas excluidas. El proyecto de inserción que hay que hacer es un camino que recorra el trayecto que separa a estas dos instancias para conseguir unir las. Pues bien, siguiendo con esta figura, podríamos decir que la acción social que Cáritas se plantea es intentar que estas dos instancias se muevan y recorran cada una de ellas medio camino para juntarse justo en el centro del segmento que las separaba.

Somos muy conscientes que, planteando este modelo de acción social, estamos buscando el «más difícil todavía»; pero, si queremos ser coherentes con nuestros principios, debemos asumir esta tensión que nos plantea la prioridad segunda.

(Esto tiene mucho que ver con la utopía cristiana de un cielo nuevo y una tierra nueva).

Resumiendo las exigencias de la segunda prioridad, podemos decir que, desde Cáritas, hay que favorecer y acompañar procesos personales que logren que los marginados consigan la adquisición de habilidades sociales, el aumento de la autonomía personal, la superación de la dependencia; pero, al mismo tiempo, hay que empujar (aunque no dependa solamente de nosotros) a la comunidad social, para que cree aquellas condiciones sociales que favorezcan que las personas puedan tener acceso al disfrute de sus derechos sociales, como son el empleo, la educación y la formación, la vivienda, la salud, el equilibrio del entorno (barrio o pueblo), las relaciones sociales y comunitarias participativas y gratificantes, etc.

En la prioridad tercera me voy a detener muy poco, porque me parece que su significado es lo suficientemente evidente.

Lo único señalar que, si no insistiéramos en ella, estaríamos propugnando un modelo de sociedad donde todo debería plantearse desde las relaciones del individuo con el Estado. Nosotros queremos que el Estado asuma sus responsabilidades, pero queremos que esto ocurra en una sociedad con un tejido social vivo, participativo, emprendedor y solidario, como dice el objetivo 3.1: *«Potenciar la reestructuración de un tejido social, emprendedor y solidario»*, porque la solidaridad debe ser vivida, primero, en las relaciones entre las personas, para pasar luego a los colectivos, los pueblos y las naciones, como dice el objetivo 3.2: *«Promover la interacción solidaria entre las personas, los colectivos, los pueblos y las naciones»*.

Prioridad cuarta: Dinamización de la comunidad como sujeto de la acción sociocaritativa de la Iglesia

La cuarta prioridad nos lleva a centrarnos en lo que es nuclear en la identidad y en la acción de Cáritas.

Cáritas no puede «sustituir» el deber y la responsabilidad que tiene la comunidad cristiana de ser «sujeto» de la acción sociocaritativa. Cáritas debe animar, coordinar y marcar caminos concretos de compromiso, con sus acciones, pero no sustituir.

Debemos conseguir que las comunidades cristianas parroquiales y diocesanas sientan que nuestros programas y acciones nacen de ellas como cauces de compromiso y de servicio a los más pobres.

Para ello, nuestro servicio, nuestra diakonía, debe ser capaz de interpelar y a veces hasta de desmontar radicalmente las causas que generan las situaciones de exclusión de los pobres. No olvidemos que estas causas anidan tanto en las estructuras sociales como en las actitudes personales y colectivas de muchos que se consideran buenos cristianos.

En esta misma prioridad destacan otros conceptos: «organización», «coordinación» y «formación».

Creo que para los que asistimos a esta Asamblea no es necesario insistir en la importancia que tiene una acción organizada, coordinada, y la de desarrollar planes de formación.

Seguramente, todos nosotros hemos experimentado que en el campo de la marginación la buena voluntad es una condición básica, pero no basta sólo con eso. De ahí, la necesidad de que Cáritas exista como organización, como institución. Los obispos españoles la han calificado como «*organismo oficial de la Iglesia* para la acción caritativa y social» y a las Cáritas Diocesanas como el «cauce *ordinario y oficial* de la Iglesia particular» también para la acción caritativa y social.

Los obispos, además, exigen explícitamente a Cáritas que en sus diversos niveles revise continuamente sus actitudes, sus actividades y sus formas organizativas.

En lo que se refiere a sus formas organizativas, debemos conseguir que las Cáritas Parroquiales y Diocesanas sean verdaderas plataformas de confluencia de todo lo que se hace con respecto a la exclusión social. Todo lo que contenga claro signo eclesial en los territorios parroquiales y diocesanos.

En cuanto a los planes de formación, tengo que decir que, sobre todo, deben procurarnos coherencia entre nuestras formas de actuar cotidianamente y las opciones y motivaciones fundamentales que están en la base de nuestra identidad.

Si lo que nos mueve realmente es el servicio evangélico, debemos saber detectar muy bien cuáles son las necesidades reales de los pobres, para evitar que nuestra acción se convierta en un alimento de nuestro «ego» personal.

Si lo que nos mueve es recuperar la dignidad de las personas, para que puedan llegar a ser verdaderamente «a imagen y semejanza de Dios», no podemos realizar ac-

ciones «paternalistas» u ofrecer servicios donde los afectados no puedan participar.

Si queremos de verdad ser la diakonía de la caridad de la Iglesia, tenemos que romper todos los «capillismos», para estar abiertos a toda la comunidad. Nuestra acción debe ser abierta, comunitaria «católica», también, en el sentido de universal.

Prioridad quinta: Presencia pública de Cáritas

La quinta prioridad se refiere a la presencia pública de Cáritas.

Su primer objetivo: «*Comunicar al conjunto de la sociedad las situaciones...*», nos pide comunicar las situaciones que descubrimos, es decir, *denunciar* públicamente los problemas y los mecanismos de exclusión social (las causas de estos problemas).

Aquí es conveniente señalar que denunciar no es lo mismo que «jalear» o «agitar». En la pequeña experiencia histórica que en Cáritas vamos teniendo, nos hemos dado cuenta que la denuncia más eficaz no es necesariamente la que provoca más agitación o estridencia momentáneas, aunque a veces habrá que realizar acciones de denuncia que resulten un tanto espectaculares. Lo que hay que asegurar siempre es el rigor de lo que se denuncia.

Yo creo que uno de los mejores patrimonios de Cáritas, que todos estamos obligados a preservar, es el rigor que tiene la Institución, y que se le reconoce, en los planteamientos que realiza.

Además, este objetivo tiene una segunda parte, que se refiere a la necesidad de «anunciar» las acciones que se realizan. Quizá en estos últimos años hemos desequilibrado un poco nuestra comunicación, en favor de la denuncia. En parte, porque nos parecía que era más eficaz para que las cosas cambien, y, en parte, también, porque

los medios de comunicación social seleccionan lo más espectacular e inciden con mucha más facilidad en lo negativo que en lo positivo. El hecho es que hoy el riesgo está en encontrarnos con una opinión pública cada vez más «familiarizada» con los problemas, y hasta con el horror, y cada vez menos dispuesta a movilizarse para combatirlos.

Así, paralelamente a la denuncia que debemos seguir haciendo, tenemos que lograr enviar mensajes positivos de solidaridad, mostrando que, cuando se juntan voluntades para realizar acciones de solidaridad, hay cosas que van cambiando. Y cómo hay acciones, incluso algunas que parecen más insignificantes, que llevan en su seno valores alternativos capaces, si se generalizan, de producir cambios sociales.

El segundo objetivo nos invita a promover o intensificar la participación institucional de Cáritas en la política de acción social, sin perder ni un ápice de nuestra identidad. Progresivamente, vamos siendo más conscientes de nuestra amplitud de presencia, que se extiende por todo el territorio con numerosos puntos en todo el mapa. Esta red nos está permitiendo conocer lo que pasa, identificar en su justa medida los problemas sociales y actuar directa e inmediatamente. Pero también, a través de esta red, podemos recoger las expectativas y las aspiraciones de los colectivos excluidos de nuestra sociedad. Nuestra misión nos exigirá en muchas ocasiones prestar nuestra voz a los que no tienen voz e incluso elaborar propuestas de «políticas alternativas» sobre determinados problemas sociales. En este sentido, la Confederación de Cáritas, sin dejar de ser lo que es, puede y debe ejercer, en determinadas ocasiones, como «grupo de presión» al servicio de los pobres. Este aspecto de nuestra misión se quiere intensificar en los próximos años no sólo por parte de Cáritas Española, sino también por parte de Cáritas Europa y Caritas Internationalis.

documentación

«EL AMOR TODO LO ESPERA» (1 Cor 13, 7)

Mensaje de la Conferencia de Obispos
Católicos de Cuba

Queridos sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, laicos católicos y cubanos todos:

1. Comenzamos nuestro mensaje invocando a la Patrona de Cuba. No por casualidad lo dirigimos a ustedes en el día en que todo el pueblo cubano se alegra, lleno de amor y de esperanza, celebrando la fiesta de la que con tanto afecto filial llamamos: Virgen del Cobre, Madre de los cubanos, Virgen de la Caridad.

2. En esta fecha hacemos llegar este mensaje a todos nuestros hermanos cubanos, pues a lo largo de casi cuatro siglos los cubanos nos hemos encontrado siempre juntos, sin distinción de razas, clases u opiniones, en un mismo camino: el camino que lleva a El Cobre, donde la amada Virgencita, siempre la misma, aunque nosotros hayamos dejado de ser los mismos, nos espera para acoger, bendecir y unir a todos los hijos de Cuba bajo su manto de madre. A sus pies llegamos sabiendo que nadie sale de su lado igual a como llegó. Allí se olvidan los agravios, se derrumban las divisiones artificiales que levantamos con nuestras propias manos, se perdonan las culpas, se estrechan los corazones.

JESUCRISTO Y LA VIRGEN MARIA EN LA CULTURA DEL PUEBLO CUBANO

3. Al empezar queremos recordar aquellas palabras que San José escuchó del ángel: «No temas recibir a María en tu casa» (Mt 1, 20) y también aquellas otras palabras clave que pronunció la misma María refiriéndose a su Hijo: «Hagan lo que El les diga» (Jn 2, 5). Si sabemos acoger a María, ella nos llevará hasta Jesús.

4. A los obispos cubanos nos parece providencial que los dos signos religiosos más populares de nuestro pueblo sean la devoción a la Virgen de la Caridad y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es decir, Jesucristo definido para los cubanos por el corazón, símbolo del amor, y María definida por su título de la Virgen de la Caridad que es lo mismo que decir Virgen del Amor. En efecto, ¿quién no recuerda en Cuba aquel tradicional y popular cuadro del Sagrado Corazón o aquella estampa de la Virgen de la Caridad, presidiendo en la sala la vida de la familia cubana? Esto es un signo de nuestra cultura, una cultura marcada por el corazón hecho para el amor, la amistad, la caridad, que ha generado un cubano proverbialmente conocido en todo el mundo por su carácter amistoso, afable, poco rencoroso o vengativo, que antes se saludaba muy sinceramente con la nota simpática de este vocativo: ¡mi familia! La familia: el lugar de la fiesta, de la confianza, de la reconciliación, del amor, donde todo el mundo se siente bien, se desarma y baja sin miedo la guardia, porque el hogar es el puerto seguro donde se calman todas las tempestades. Así, como una gran familia, ha sido siempre nuestro pueblo.

5. Al amor de Jesús y al amor de María debe la gran familia cubana muchas cosas bellas y buenas. Pensar en el Corazón de Jesús, creer en El, es rendir culto al amor.

Confiar, esperar en la Virgen de la Caridad, es confiar y esperar en el amor.

6. Por tanto, con San Pablo, «pedimos de rodillas ante el Padre, de quien toda familia toma su nombre..., que nos conceda, según la riqueza de su gloria, ser poderosamente fortalecidos en nuestro interior por la fuerza del Espíritu Santo, para que Cristo habite mediante la fe en nuestro corazón, a fin de que el amor sea la raíz y el fundamento de la vida y seamos capaces de comprender, con todo el pueblo de Dios, cuál es la anchura y la largura, cuál es la altura y la profundidad del amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento humano» (Ef 3, 14-20).

«AMARAS A DIOS CON TODO TU CORAZON»

(Mt 22, 37)

7. Amar es la única manera que tiene Dios de ser. Y ese gran amor que Dios nos tiene a todos reclama, como respuesta, nuestro amor a El. El amor a Dios en el cristiano se entiende así como la respuesta de un corazón agradecido que no cesa de alabar a Dios con una gratitud sin límites. Amamos a Dios, porque «El nos amó primero» (1 Jn 4, 19), porque «sólo El es bueno» (Lc 18, 19), y este amor a Dios debe fundar las exigencias del amor en muchas direcciones, desde el amor al amigo, que es el amor más fácil, hasta el amor al enemigo, que es el amor más difícil.

8. «Amense unos a otros» (Jn 13, 34). Dios nos manda amar, y éste es un mandamiento muy exigente porque, casi siempre, lo contrario nos resulta más accesible. Sin embargo, sólo en el amor podemos encontrar a Dios y encontrarnos, a la vez, a nosotros mismos y a los demás hombres.

«AMARAS A TU PROJIMO COMO A TI MISMO»
(Mt 22, 39)

9. La razón de la relación estrecha que aparece en todo el Evangelio entre el amor a Dios y el amor al prójimo, está plasmada en dos mandamientos distintos, que Jesús declara iguales: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mandamiento más importante y el primero de todos; pero hay un segundo mandamiento igual que éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se resume toda la Ley y los Profetas» (Mt 22, 37-40). «Este mandamiento de El tenemos: quien ama a Dios, ame también a su prójimo» (1 Jn 4, 21). «Si alguno dice que ama a Dios, pero odia a su prójimo, es un mentiroso» (1 Jn 4, 20). Es decir, el amor a Dios se verifica en nosotros por el amor al prójimo. Este amor cristiano no se reduce sólo a actos, sino que implica una actitud fundamental ante la vida. Es muy significativo que el querer de Dios en el primer día de la creación haya sido éste: «No es bueno que el hombre esté solo» (Gén 2, 18) y que la pregunta de Dios al hombre recién creado haya sido ésta: «¿Dónde está tu hermano?» (Gén 4, 9), con lo cual el Señor funda la sociedad doméstica y toda la sociedad humana sobre una relación de amor y establece que dicha relación es anterior a toda otra, sea económica, política o ideológica. Por eso, San Pablo nos dice que si trasladamos montañas, si lo sabemos todo, si lo damos todo a los pobres, pero no tenemos amor, de nada nos sirve (1 Cor 13).

10. La columna, pues, que sostiene firme el desarrollo de la familia y de la sociedad, es el amor. Una sociedad más justa, más humana, más próspera, no se construye solamente trasladando montañas o repartiendo equitativamente los bienes materiales, porque entonces aquellas personas que reciben una misma cuota de alimentos

serían las más fraternas y la experiencia nos confirma, lamentablemente, que a veces no es así. Los problemas del hambre, la guerra, el desempleo, son grandes en el mundo, pero la falta de amor fraterno, y más aún el egoísmo y el odio, son más graves y, en el fondo, la causa de los demás problemas. Porque el hombre necesita del pan para vivir, pero «no sólo de pan vive el hombre» (Lc 4, 4).

11. Cuando pensamos en el amor nos viene casi siempre a la mente el amor de una persona a otra, pero la palabra que usa mucho la Sagrada Escritura para expresar el amor es «ágape», que significa fraternidad, comunión, solidaridad con una multitud de hermanos. La fraternidad entendida sólo dentro de un grupo selecto es una forma extraña de egoísmo, es la manera de unirnos más para separarnos mejor. Por lo tanto, nosotros cristianos, no podemos aceptar las situaciones de enemistad como algo definitivo, porque toda enemistad puede evolucionar hacia una situación de amistad si dejamos que triunfe el amor.

LA JUSTICIA Y LA CARIDAD

12. En la historia de los pueblos no han faltado voces que han lanzado el grito de: «¡Caridad, no; justicia!». Pero Jesús dijo: «Si la justicia de ustedes no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los Cielos» (Mt 5, 20), y nos advirtió que si no tenemos misericordia nos espera un juicio sin misericordia (Mt 5, 7). San Pablo nos recuerda que «si reparto todo lo que tengo a los pobres, pero no tengo amor, soy sólo una campana que repica» (1 Cor 13, 1).

13. La lucha por la justicia no es una lucha ante la cual uno pueda quedarse neutral, porque esto equivaldría a ponerse a favor de la injusticia y Jesús, refiriéndose al

hombre que quiere cumplir la voluntad de Dios, declaró bienaventurados a los que «tienen hambre y sed de justicia» (Mt 5, 6) y a «los que son perseguidos por procurar la justicia» (Mt 5, 10). Pero donde termina la justicia empieza la caridad o, mejor aún, la caridad precede e integra la justicia, porque la justicia queda incompleta sin el amor. A nadie le gusta sentirse tratado sólo con justicia, y, ante una justicia sin amor, que puede ser la del «ojo por ojo y diente por diente» (Mt 5, 38), es posible que el hombre experimente aún una mayor opresión. La justicia corta en seco, el amor crea; la justicia ve con los ojos, el amor sabe ver también con el corazón; la justicia puede estar vacía de amor, pero el amor no puede estar vacío de justicia, porque un fruto del amor es la paz y «la justicia y la paz se besan» (Sal 85, 11).

EL AMOR VENCE AL ODIIO

14. Cualquier llamado al amor debe encontrar siempre resonancia en todo corazón humano, pero más aún en el corazón del cubano colocado bajo la mirada amorosa del Corazón de Jesús y de la Virgen de la Caridad, Virgen del Amor.

15. Cuando voces autorizadas de la nación han dicho que la Revolución es magnánima, nos alegra que esta idea esté en el horizonte de los que dirigen el país, pues así es posible infundir la esperanza de que se haga más cálido el pensamiento y el vocabulario que orientan la vida de nuestro pueblo. Porque el odio no es una fuerza constructiva. Cuando el amor y el odio luchan, el que pierde siempre es el odio. «Cuando yo me desespero —dice Gandhi—, recuerdo que, en la historia, la verdad y el amor siempre han terminado por triunfar». A través del tiempo, el único amor que ha perdido siempre, a la corta o a la larga, es el amor propio.

16. Todos quisiéramos, y ésta es nuestra constante oración, que en Cuba reinara el amor entre sus hijos; un amor que cicatrice tantas heridas abiertas por el odio; un amor que estreche a todos los cubanos en un mismo abrazo fraterno; un amor que haga llegar para todos la hora del perdón, de la amnistía, de la misericordia. Un amor, en fin, que convierta la felicidad de los demás en la felicidad propia.

17. Del trasfondo bíblico que late en el pensamiento de Martí nacen estas frases suyas: «La única ley de la autoridad es el amor»; «Triste patria sería la que tuviera el odio por sostén»; «El amor es la mejor ley».

LA MISION DE LA IGLESIA

18. Ya hemos dicho que los dos signos religiosos populares de Cuba, el Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen de la Caridad, inspiraron este mensaje de amigos a amigos, de hermanos a hermanos, de cubanos a cubanos.

19. Nosotros, pastores de la Iglesia, no somos política y sabemos bien que esto nos limita, pero también nos da la posibilidad de hablar a partir del tesoro que el Señor nos ha confiado: la Palabra de Dios explicitada por el Magisterio y la experiencia milenaria de la Iglesia. Nos permite también hablar sobre lo único que nos corresponde: el aporte de la Iglesia al bien de todos en el plano espiritual y humano. Y hablar con el lenguaje que nos es propio: el del amor cristiano. La Iglesia no puede tener un programa político, porque su esfera es otra, pero la Iglesia puede y debe dar su juicio moral sobre todo aquello que sea humano o inhumano, en el respeto siempre de las autonomías propias de cada esfera. El Concilio Vaticano II, en su Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 76, y en el Decreto sobre el apostolado de los laicos,

n. 7, nos ofrece una doctrina muy segura sobre este tema. No nos identificamos, pues, con ningún partido, agrupación política o ideología, porque la fe no es una ideología, aunque éstas no le son indiferentes a la Iglesia en cuanto a su contenido ético. Nuestros puntos de vista no están referidos a ningún modelo político, pero nos interesa saber el grado de humanidad que ellos contienen. Hablamos, pues, sin compromisos y sin presión de nadie.

20. Por otra parte, los obispos no somos técnicos ni especialistas. Tampoco somos jueces ni fiscales. Por imperativo de la caridad no tenemos derecho a juzgar a las personas; entre otras cosas, porque caeríamos en el mismo error que condenamos, que es el de mirar más las ideas que las personas. Esto es algo que repugna al Evangelio.

A QUIENES DIRIGIMOS ESTE MENSAJE

21. Hablamos a todos, también a los políticos, o sea, a los que están constituidos en el difícil servicio de la autoridad y a los que no lo están pero, dentro o fuera del país, aspiran a una participación efectiva en la vida política nacional. Hablamos como cubanos a todos los cubanos, porque entendemos que las dificultades de Cuba debemos resolverlas juntos todos los cubanos.

NUESTRAS RELACIONES CON OTROS PAISES

22. En la historia de este siglo y fines del pasado hemos tenido la triste experiencia de las intervenciones extranjeras en nuestros asuntos nacionales. En nuestra historia más reciente nos ha sucedido lo mismo. Frente a algunas realidades negativas que nos legaron anteriores

gobiernos, acudimos a buscar la solución de esos problemas donde no se originaban los mismos y con quienes desconocían nuestra realidad por encontrarse lejos de nuestra área geográfica y ajenos a nuestra tradición cultural. Se hicieron alianzas políticas y militares, se produjeron cambios de socios comerciales, etc.

23. No es de extrañar ahora que algunos de nuestros obstáculos presentes provengan de esta estrecha dependencia que nos llevó a copiar estructuras y modelos de comportamiento. De ahí la repercusión que ha tenido, entre nosotros, el desplome, en Europa del Este, del socialismo real.

24. Al mismo tiempo, nosotros, atrapados en medio de la política de bloques que prevaleció en los últimos decenios, hemos padecido: el embargo norteamericano, restricciones comerciales, aislamiento, amenazas, etc.

25. Sabemos que vivimos en un mundo interdependiente y que ningún país se basta a sí mismo. Aspiramos, con todos los países del área, a una integración latinoamericana, tal y como lo expresaron los obispos del continente en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunida en Santo Domingo, porque los países pobres deben asociarse para superar su dependencia negativa respecto a los países ricos.

26. Pero no es únicamente del extranjero de donde debemos esperar la solución a nuestros problemas: solidaridad extranjera, inversiones extranjeras, turismo extranjero, dinero de los que viven en el extranjero, etc.

27. En nuestra historia reciente hay, pues, dos elementos significativos: la ayuda de algunos extranjeros y las interferencias de otros extranjeros. Y, en medio, el pueblo cubano, que lucha, trabaja, sufre por un mañana que se aleja cada vez más. Ante esta situación, muchos

parecen querer paliar sus sufrimientos yéndose al extranjero cuando pueden, y, si no pueden irse, entonces idealizan fanáticamente todo lo extranjero o se evaden simplemente de la realidad en una especie de exilio interno. Hoy se admite que los cubanos que pueden ayudar económicamente son precisamente aquellos a quienes hicimos extranjeros. ¿No sería mejor reconocer que ellos tienen también el legítimo derecho y deber de aportar soluciones por ser cubanos? ¿Cómo podremos dirigirnos a ellos para pedir su ayuda, si no creamos primero un clima de reconciliación entre todos los hijos de un mismo pueblo?

TODO PUEDE RESOLVERSE ENTRE CUBANOS

28. Somos los cubanos los que tenemos que resolver los problemas entre nosotros, dentro de Cuba. Somos nosotros los que tenemos que preguntarnos seriamente ¿por qué hay tantos cubanos que quieren irse y se van de su patria?; ¿por qué renuncian algunos, dentro de su misma patria, a su propia ciudadanía, para acogerse a una ciudadanía extranjera?; ¿por qué profesionales, obreros, artistas, sacerdotes, deportistas, militares, militantes o gente anónima y sencilla aprovechan cualquier salida temporal, personal u oficial, para quedarse en el extranjero?; ¿por qué el cubano se va de su tierra, siendo tradicionalmente tan «casero» que, durante la época colonial, no había para él castigo más penoso que la deportación, «el indefinible disgusto», como le llama Martí, quien dice también que «un hombre fuera de su patria es como un árbol en el mar» y que «algo hay de buque naufrago en toda casa extranjera»?

29. ¿Por qué, en fin, no intentar resolver nuestros problemas, junto con todos los cubanos, desde nuestra perspectiva nacional, sin que nadie pretenda erigirse en

único defensor de nuestros intereses o en árbitro para nuestros problemas, con soluciones en las que, a veces, tal parece que los únicos que pierden son los nacionales?

LA SITUACION DE NUESTRO PAIS

30. «Si tu hermano está en necesidad y le cierras el corazón, el amor de Dios no está en ti» (1 Jn 3, 17). Nadie puede cerrar su corazón a la situación actual de nuestra patria; tampoco los ojos para reconocer con pena que Cuba está en necesidad. Las cosas no van bien; este tema está en la calle, en medio del mismo pueblo. Hay descontento, incertidumbre, desesperanza, en la población. Los discursos oficiales, las comparecencias por los medios de comunicación social, los artículos de la prensa, algo comentan, pero el empeoramiento es rápido y progresivo y la única solución que parece ofrecerse es la de resistir, sin que pueda vislumbrarse la duración de esa resistencia.

31. Treinta y cuatro años es un lapso suficiente como para tender una mirada no sólo coyuntural, sino histórica, sobre un proceso que nació lleno de promesas e ideales, alcanzados algunos, pero en los que, como tantas veces pasa, la realidad no coincide en todos los casos con la idea que nos hicimos de ella, porque no es posible adaptarla siempre a nuestros sueños.

32. En el orden económico, las necesidades materiales elementales están en un punto de extrema gravedad. El suelo bello y fértil de nuestra Isla, la Perla de las Antillas, ha dejado de ser la madre tierra, como cansada ahora e incapaz de alimentar a sus hijos con sus dobles cosechas de los frutos más comunes, como la calabaza y la yuca, la malanga y el maíz, y las frutas que hicieron célebre a nuestro suelo feraz. El pueblo se pregunta cómo es posible que escaseen estas cosas y cuesten tanto. Lo que

se dice del sector agrícola se puede decir también de otros sectores y servicios.

33. Sabemos que, en este deterioro económico progresivo, inciden diversos factores; entre ellos: la condición insular de nuestro país; la transformación de las relaciones comerciales con los países antes socialistas, que estaban fundadas sobre bases ideológicas y, ahora, lo están sobre bases estrictamente económicas; errores cometidos en el país en la gestión administrativa y económica, y el embargo norteamericano, potenciado ahora por la ley Torricelli.

34. Los obispos de Cuba rechazamos cualquier tipo de medida que, pretendiendo sancionar al gobierno cubano, contribuya a aumentar las dificultades de nuestro pueblo. Esto lo hicimos, en su momento, con respecto al embargo norteamericano y, recientemente, con la llamada ley Torricelli; además, realizamos otras gestiones históricas personalmente con la Administración norteamericana, con vistas a la supresión del embargo, al menos en relación con los medicamentos. Procurábamos también con esos gestos que se dieran pasos positivos para solucionar las dificultades entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba.

SOLIDARIDAD EN LAS DIFICULTADES

35. La solidaridad a favor del pueblo cubano, en estos momentos de extrema necesidad, es un gesto hermoso, una expresión de apoyo al pueblo de Cuba, que agradecemos vivamente. Sin embargo, esta solidaridad puede generar en nosotros una especie de pasividad y de tácita aceptación de las causas que originan los problemas. Recordamos lo que el cardenal Etchegaray, en su última visita a Cuba, dijo al despedirse: «Cuba no puede esperarlo

todo de los demás. Es necesario, desde ahora, buscar verdaderas soluciones nacionales con la participación activa de todo el pueblo. ¡Ayúdate... y toda la tierra te ayudará! Cree en tus propios recursos humanos, que son inagotables, cree en estos valores que hacen de todo hombre tu hermano» (17 de diciembre de 1992).

CONDICIONES PARA UNA SOLUCION

36. No nos compete señalar el rumbo que debe tomar la economía del país, pero sí apelar a un balance sereno y sincero, con la participación de todos los cubanos, sobre la economía y su dirección. Más que medidas coyunturales de emergencia, se hace imprescindible un proyecto económico de contornos definidos, capaz de inspirar y movilizar las energías de todo el pueblo. No excluimos la posibilidad de que exista dicho proyecto, pero su desconocimiento no contribuye a generar confianza para potenciar las energías reales de los hombres y mujeres de nuestro país.

EL DETERIORO DE LO MORAL

37. Otro aspecto al cual debemos prestar atención es el deterioro del clima moral en nuestra patria. Los padres y madres, sacerdotes, educadores, agentes del orden público y las autoridades, se sienten con frecuencia desconcertados por el incremento de la delincuencia: robos, asaltos, la extensión de la prostitución y la violencia por causas generalmente desproporcionadas. Estos comportamientos son, muchas veces, la manifestación de una agresividad reprimida que genera una inseguridad personal en la calle y aun en el hogar.

38. Las carencias materiales más elementales: alimentos, medicinas, transporte, fluido eléctrico, etc., favorecen un clima de tensión que, en ocasiones, nos hace desconocido al cubano, naturalmente pacífico y cordial. Hay explosiones de violencia irracional que comienzan a producirse en los pueblos y ciudades. Hacemos un apremiante llamado a nuestro pueblo para que no sucumba a la peligrosa tentación de la violencia, que podría generar males mayores.

39. Los altos índices de alcoholismo y de suicidio revelan, entre otras cosas, la presencia de factores de depresión y evasión de la realidad. Los medios de comunicación social reconocen, a veces, estos hechos, pero no siempre tocan fondo en el análisis de las causas y de los remedios. Ciertamente, se hace muy difícil alcanzar un clima moral fundado sólo en lo relativo y no en lo absoluto. Pero es necesario también que nos preguntemos serenamente en qué medida la intolerancia, la vigilancia habitual, la represión, van acumulando una reserva de sentimientos de agresividad en el ánimo de mucha gente, dispuesta a saltar al menor estímulo exterior. Con más medidas punitivas no se va a lograr otra cosa que aumentar el número de los transgresores; esto lo saben muy bien los padres de familia. Es muy discutible el valor del castigo para humanizar, sobre todo cuando este rigor se ejerce en el ámbito de la simple expresión de las convicciones políticas de los ciudadanos.

40. Queremos, pues, dirigir también un insistente llamado a todas las instancias del orden público para que no cedan tampoco ellas a los falsos reclamos de la violencia. Repetimos; creemos que es posible afrontar los problemas con serenidad y en el clima de cordialidad que generalmente nos ha caracterizado como pueblo.

LOS VALORES DE NUESTRA CULTURA

41. Han sido grandes los esfuerzos realizados, en estos años, para promover la cultura nacional, pero, por otra parte, se están perdiendo valores fundamentales de la cultura cubana. Una de las pérdidas más sensibles es la de los valores familiares. Al romperse la familia, se rompe lo más sagrado. La familia ha dejado de tener una unidad sólida, para fragmentarse dolorosamente: escuelas en el campo; jóvenes separados del hogar; hombres y mujeres que trabajan lejos de sus casas, tanto fuera como dentro del país, etc.

42. La nupcialidad prematura es una señal de poco equilibrio social; los divorcios aumentan en forma alarmante, poniendo punto final a una unión que debiera ser para toda la vida. Más de la mitad de los que se casan ya se han separado al poco tiempo y hay muchos hijos sin padre. La mortalidad infantil reducida es un logro de la Salud Pública cubana; pero la mortalidad por abortos de niños que antes de nacer mueren en el mismo lugar donde se consideraban más seguros, en el seno materno, es asombrosa, particularmente en jóvenes de edad escolar. No obstante estas constataciones negativas, en la familia está el eje del presente y del futuro de Cuba. Por tanto, si queremos una patria feliz, todos estamos comprometidos a proteger y promover los valores familiares.

«LA VERDAD LOS HARA LIBRES» (Jn 8, 32)

43. Debemos también reflexionar sobre la veracidad. La convocatoria para el IV Congreso del Partido Comunista de Cuba hacía un llamamiento muy nítido para erradicar lo que llamó doble moral, unanimidad falsa, simulación y acallamiento de opiniones. Ciertamente, un

país donde rindan dividendos tales actitudes, no es un país sano ni completamente libre; se convierte, poco a poco, en un país escéptico, desconfiado, donde, queriendo lograr que surja un hombre nuevo, podemos encontrarnos con un hombre falso.

44. Todo hombre tiene derecho, en lo que concierne a la vida pública, a que la verdad le sea presentada completa, y, cuando no es así, se desata un proceso en cadena de rumores, burlas, chistes, a veces irrespetuosos, de las personas, que pueden ser como la válvula de escape para exteriorizar lo que se lleva internamente reprimido. La búsqueda sin trabas de la verdad es condición de la libertad.

LOS ASPECTOS POLITICOS

45. La gravedad de la situación económica de Cuba tiene también implicaciones políticas, pues lo político y lo económico están en estrecha relación.

46. Nos parece que, en la vida del país, junto a ciertos cambios económicos que comienzan a ponerse en práctica, deberían erradicarse algunas políticas irritantes, lo cual produciría un alivio indiscutible y una fuente de esperanza en el alma nacional:

47. 1) El carácter excluyente y omnipresente de la ideología oficial, que conlleva la identificación de términos que no pueden ser unívocos, tales como: patria y socialismo, Estado y Gobierno, autoridad y poder, legalidad y moralidad, cubano y revolucionario. Este papel centralista y abarcador de la ideología, produce una sensación de cansancio ante las repetidas orientaciones y consignas.

48. 2) Las limitaciones impuestas, no sólo al ejercicio de ciertas libertades, lo cual podría ser admisible

coyunturalmente, sino a la libertad misma. Un cambio sustancial de esta actitud garantizaría, entre otras cosas, la administración de una justicia independiente, lo cual nos encaminaría, sobre bases estables, hacia la consolidación de un estado de pleno derecho.

49. 3) El excesivo control de los Organos de Seguridad del Estado, que llega a veces, incluso, hasta la vida estrictamente privada de las personas. Así se explica ese miedo, que no se sabe bien a qué cosa es, pero que se siente, como inducido bajo un velo de inasibilidad.

50. 4) El alto número de prisioneros por acciones que podrían despenalizarse unas y reconsiderarse otras, de modo que se pusiera en libertad a muchos que cumplen condenas por motivos económicos, políticos u otros similares.

51. 5) La discriminación por razón de ideas filosóficas, políticas o de credo religioso, cuya efectiva eliminación favorecería la participación de todos los cubanos sin distinción en la vida del país.

52. Tal y como lo expresó nuestro Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC): «La Iglesia católica en Cuba ha hecho una clara opción por la seriedad y la serenidad en el tratamiento de las cuestiones, por el diálogo directo y franco con las autoridades de la nación, por el no empleo de las declaraciones que puedan servir a la propaganda en uno u otro sentido y por mantener una doble y exigente fidelidad: a la Iglesia y a la patria. A esto se debe, en parte, el silencio, que ciertamente no ha sido total, de la Iglesia, tanto en Cuba como de cara al continente, en estos últimos veinticinco años. Los obispos de Cuba, conscientes de vivir una etapa histórica de singular trascendencia, han ejercido su sagrado magisterio con el tacto y la delicadeza que requería la situación» (núms. 129 y 168b); pero un sano realismo implica la aceptación de de-

jarnos interpelar a nosotros mismos, lo cual puede no gustar, pero puede también llevarnos a las raíces de los problemas, a fin de aliviar la situación de nuestro pueblo.

EL HOMBRE: CENTRO DE TODOS LOS PROBLEMAS

53. En el centro de toda esta situación problemática está el hombre, el sujeto preferente, el tesoro más grande que tiene Cuba. «El hombre en la tierra es la única criatura que Dios ama por sí misma» (GS 24). Y cuando Jesús declara que «el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado». (Mc 2, 27), o cuando San Pablo dice: «Todo es tuyo, tú eres de Cristo y Cristo es de Dios» (1 Cor 3, 23), o el Creador decide: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra» (Gén 1, 26), nos están advirtiendo que no se puede subordinar el hombre a ningún otro valor. La persona humana, en la integralidad de sus características materiales y espirituales, es el valor primero, y, por tanto, el desarrollo de una sociedad se alcanza cuando ésta es capaz de producir mejores personas, no mejores cosas; cuando se mira más a la persona que a las ideas; cuando el hombre es definido por lo que es, no por lo que piensa o tiene. «El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana» (GS 25).

BUSCAR CAMINOS NUEVOS

54. Los obispos, como todo nuestro pueblo, seguimos con atención e interés el inicio de algunos cambios en la organización económica del país. Al mismo tiempo, comprobamos que, dadas las actuales condiciones de vida del pueblo cubano, se requiere actuar con urgencia y

además en un marco de iniciativas coherentes cuyos perfiles y metas deberían ser dados a conocer.

55. Reconocer un problema ya es empezar a resolverlo y someterse uno mismo a la realidad es un modo de cambiarla. Pero además es necesario que, abiertos a las exigencias de la realidad, busquemos sinceramente la verdad con un corazón dispuesto a la comprensión y al diálogo.

56. Aun la misma concepción dialéctica y antidogmática con que se autodefine el marxismo, favorece la búsqueda incesante de caminos nuevos para la solución de los problemas mediante cambios que impidan que el país permanezca encerrado en sí mismo y que impliquen una transformación profunda en las actitudes. El Estado tiene el deber de preocuparse por el bien de todos, y los esfuerzos por promover la salud, la instrucción y la seguridad social, infunden la esperanza de que pueda proponer soluciones que inicien cambios sustanciales para hacer frente a las nuevas formas de la pobreza en Cuba.

57. Todos, sin embargo, deben participar activamente en la gestación y realización de estos cambios. Si tales cambios no se efectuaran participativamente, la sociedad puede volverse perezosa, agotando sus virtualidades en un simple desarrollismo.

58. En las graves circunstancias actuales parece que, si no hubiera cambios reales, no sólo en lo económico, sino también en lo político y en lo social, los logros alcanzados podrían quedar dispersos tras años de sacrificio. Todos en Cuba quisiéramos entrar en el tercer milenio como una sociedad justa, libre, próspera y fraterna. Todos los cubanos quisiéramos que no nos sustituyera el vacío que dejemos atrás, sino una estela de buen recuerdo en nuestra historia.

EL CAMINO MEJOR: EL DIALOGO

59. Sobre el diálogo, y diríamos mejor aún sobre el compromiso mediante el diálogo, quisiéramos decir una palabra, reiterando lo que en tantas ocasiones hemos expresado. Recordamos, por ejemplo, lo ampliamente detallado en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (números 306 al 330), en nuestro Mensaje de Navidad de 1989, etc. El Santo Padre Juan Pablo II nos dice: «... los complejos problemas se pueden resolver por medio del diálogo y de la solidaridad, en vez de la lucha para destruir al adversario y en vez de la guerra» (*Centesimus annus*, ns. 22 y 23).

60. Ninguna realidad humana es absolutamente inquestionable. Tenemos que reconocer que en Cuba hay criterios distintos sobre la situación del país y sobre las soluciones posibles, y que el diálogo se está dando a media voz en la calle, en los centros de trabajo, en los hogares. Es evidente que los caminos que conducen a la reconciliación y a la paz, como el diálogo, tienen un innegable respaldo popular y además mucha simpatía y prestigio.

UN DIALOGO ENTRE CUBANOS

61. El cubano es un pueblo sabio, no sólo con la sabiduría que procede de los libros, sino con esa otra sabiduría que viene de la experiencia de la vida. Por esto desea un diálogo franco, amistoso, libre, en el que cada uno exprese su sentir verbal y cordialmente. Un diálogo, no para ajustar cuentas, para depurar responsabilidades, para reducir al silencio al adversario, para reivindicar el pasado, sino para dejarnos interpelar. Con la fuerza se puede ganar a un adversario, pero se pierde un amigo, y es mejor un amigo al lado que un adversario en el suelo. Un diálogo

que pase por la misericordia, la amnistía, la reconciliación, como lo quiere el Señor, que «ha reconciliado los dos pueblos con Dios uniéndolo en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, y destruyendo la enemistad» (Ef 2, 16).

62. Un diálogo, no para averiguar tanto los porqué como los para qué, porque todo porqué descubre siempre una culpa y todo para qué trae consigo una esperanza. Un diálogo, no sólo de compañeros, sino de amigos a amigos, de hermanos a hermanos, de cubanos a cubanos, que somos todos, de cubanos «que hablando se entienden» y pensando juntos seremos capaces de llegar a compromisos aceptables.

63. Un diálogo con interlocutores responsables y libres y no con quienes, antes de hablar, ya sabemos lo que van a decir y, antes de que uno termine, ya tienen elaborada la respuesta; de los que uno a veces sospecha que piensan igual que nosotros, pero no son sinceros o no se sienten autorizados para serlo.

64. En las cosas contingentes todos podemos tener fragmentos del arco de la verdad, pero nadie puede atribuirse la verdad toda, porque sólo Jesús pudo decir: «Yo soy la Verdad» (Jn 14, 6); «El que no está conmigo, está contra mí» (Lc 11, 23).

65. En Cuba hay un solo partido, una sola prensa, una sola radio y una sola televisión. Pero el diálogo al que nos referimos debe tener en cuenta la diversidad de medios y de personas, tal como lo expresa el Santo Padre: «La sociabilidad del hombre no se agota en el Estado, sino que se realiza en diversos grupos intermedios, comenzando por la familia y siguiendo por los grupos económicos, sociales, políticos y culturales, los cuales, como provienen de la misma naturaleza humana, tienen su propia autonomía, sin salirse del ámbito del bien común» (*Centesimus annus*, núm. 13).

66. Cuando uno analiza las opiniones de otros en el sentido del valor y mérito que tengan en sí mismas y no en función de las personas que las emiten, no hay por qué temer, ya que la disensión puede ser una fuente de enriquecimiento. No hay por qué temer a las réplicas y las discrepancias, porque las críticas revelan lo que los incondicionales ocultan.

67. El pueblo cubano es un pueblo maduro y, si queremos ser ciudadanos del mundo del mañana, bien vale la pena ponerlo a prueba y reconocerle el derecho a la diversidad, que no es sólo un derecho legal, sino básicamente ético, humano, porque se fundamenta en la dignidad del hombre por encima de cualquier otro valor.

68. Si Cuba ha abierto las fronteras a las relaciones internacionales con sistemas no sólo distintos sino hasta opuestos al nuestro, que incluso en palestras internacionales han votado contra los puntos de vista del Gobierno cubano, no se ve por qué a nivel nacional los cubanos deben ser forzosamente uniformes; si a los problemas y confrontaciones con esos otros países se les califica comprensivamente de «problemas entre familia», por qué no llamar igual a las discrepancias entre los cubanos. No olvidamos cuántos problemas de El Salvador, Nicaragua, Argentina, Chile y la guerrilla de Colombia terminaron en concordia para el bien del pueblo mediante un diálogo en el que nadie perdió y ganaron todos. Hay países hermanos de los que hay mucho ciertamente que evitar, pero también hay mucho que aprender.

69. Sabemos bien que no faltan, dentro y fuera de Cuba, quienes se niegan al diálogo porque el resentimiento acumulado es muy grande, o por no ceder en el orgullo de sus posiciones, o también porque son usufructuarios de esta situación nuestra; pero pensamos que rechazar el

diálogo es perder el derecho a expresar la propia opinión y aceptar el diálogo es una posibilidad de contribuir a la comprensión entre todos los cubanos para construir un futuro digno y pacífico.

UNA REFLEXION NECESARIA

70. Nos hemos dirigido a nuestro pueblo en general, con el cual nos sentimos concernidos en los logros y fracasos, en lo bueno y en lo malo. Nuestro pensamiento se dirige ahora hacia aquellos que fueron llevados a las aguas bautismales y han permanecido fieles a la fe en circunstancias difíciles. Va también nuestro pensamiento hacia los que abandonaron la fe o la práctica de la fe pero a quienes la Iglesia, que los engendró por el Bautismo, los lleva en su seno con amor de madre y hacia los que no han recibido el Bautismo pero están llamados por el Señor a formar, en Cristo, una sola alma y un solo corazón. De estos últimos somos hermanos por razón del linaje humano, por razón de la cubanía, que nos hace a todos hijos de esta tierra.

71. La Iglesia nunca ha estado lejos de este pueblo nuestro. Se quedó con los que se quedaron por muchas que hayan sido las dificultades. Sus templos, a veces llenos, a veces vacíos, han permanecido idénticos, siempre serenos, como testigos solitarios en medio de los pueblos y ciudades, con sus altas torres levantadas hacia el cielo, velando sobre la ciudad, sobre sus casas y sus puertas, como dice la Sagrada Escritura, como signos del amor de Dios, que siempre espera, bendice y llama.

72. Desde allí la voz amorosa de Dios ha seguido llamando con el mismo acento de siempre: «Si tú comprendieras lo que puede traerte la paz» (Lc 19, 41); «Si tú

conocieras el don de Dios...» (Jn 4, 10); «Cuántas veces quise cobijarte bajo mis alas, y no quisiste» (Mt 23, 37). Desde allí el Señor nos ha seguido diciendo: «Sin mí nada podrán hacer» (Jn 15, 4); «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas» (Sal 127, 1). Es la hora, queridos hermanos, de levantar los ojos del corazón a Dios nuestro Padre, suplicándole la reconciliación entre nosotros, el triunfo del amor y de la paz.

73. Nosotros conocemos los sufrimientos, a veces innecesarios, acumulados en el corazón de tanta gente que parece que no puede ya más con su alma, sea a causa de los trabajos que pasa para realizar sus labores cotidianas o de las extremas necesidades elementales. Sabemos el dolor que en tantos cubanos han causado los grandes lutos nacionales, como el de los hermanos internacionistas que murieron en otras tierras o el de los hermanos que siguen muriendo en los mares que rodean nuestra propia tierra. Sabemos del dolor de los presos y de sus familias y del sufrimiento de los que están lejos.

74. Al escribir este mensaje compartimos la pena de aquellos ancianos afectados, en muchos casos, por las carencias materiales o por la ausencia definitiva de sus familiares, que hace aún más dura su soledad. Tenemos presente también a los jóvenes, naturalmente llenos de ilusiones y que se sienten, a menudo, escépticos y faltos de esperanza.

75. A todos ustedes queremos decirles una palabra de aliento: que la sensatez puede triunfar; que la fraternidad puede ser mayor que las barreras levantadas; que el primer cambio que se necesita en Cuba es el de los corazones, y nosotros tenemos puesta nuestra esperanza en Dios, que puede cambiar los corazones.

SOLO DIOS ES JUEZ DE LA HISTORIA

76. Nosotros pensamos que no es conforme al Evangelio la enumeración de los factores negativos con la intención de inculpar a otros. «No juzgues», nos dice el Señor (Mt 7, 1); y a nadie le está permitido juzgar porque sólo el Señor es juez de vivos y muertos (2 Tim 4, 1), y sólo El conoce lo que hay en el corazón del hombre.

77. También, dentro de la comunidad eclesial, sólo Dios conoce el desgarramiento interior de los que optaron por dar la espalda al Señor y a la Iglesia en momentos difíciles, de los que apartaron a sus hijos de la fe católica, de los que quitaron el popular cuadro del Sagrado Corazón o la estampa de la Virgen de la Caridad de sus hogares, como un triste presagio de lo que dice San Agustín: «Cuando uno huye de Cristo, todo huye de uno».

78. Pero aunque nuestras infidelidades hubieran sido mayores que nuestras lealtades, incluso «si nuestro corazón nos condena, Dios es más grande que nuestro corazón» (1 Jn 3, 20). De todo podemos sacar enseñanzas positivas y negativas; así se va tejiendo la vida cristiana hasta que la Iglesia de los pecadores, que somos nosotros, se vaya haciendo en nosotros la Iglesia de los santos. En esta conjunción de culpa y gracia, de luces y sombras, que es el misterio de la Iglesia de Dios, está nuestra salvación.

CONCLUSION

79. Queridos hermanos y amigos: al terminar este mensaje queremos volver al pensamiento primero que lo inspira y motiva: el de la experiencia universal del amor de Dios. Ese amor que se nos revela en Cristo, pues El nos manifestó el rostro de Dios, que es el rostro de Jesús

crucificado, cuyo corazón abierto en la cruz no se ha cerrado para nadie, incluso para los que le hemos ofendido. Si Jesús no nos hubiera revelado ninguna otra cosa más que ésta: «Dios es amor» (1 Jn 4, 8), eso sería suficiente para ser mejores y llenarnos de paz y esperanza. No estamos del todo seguros de que amamos a Dios como El lo merece, pero sí lo estamos de que Dios nos ama como nosotros no lo merecemos.

80. Hemos pedido al Señor dirigir este mensaje en su lenguaje de amor, sin lastimar a ninguna persona, aunque cuestionemos sus ideas en diversos aspectos, porque de lo contrario Dios no bendeciría el humilde servicio que queremos prestar a cuantos libremente quieran servirse de El. Lo hacemos con esa ilimitada confianza en el amor de Dios, callado desde el primer día de la creación, pero «trabajando a todas las horas» (Jn 5, 17). El vela sobre su ciudad (Sal 127), también sobre Cuba, porque el Señor está con nosotros y quiere para nosotros lo mejor. El tiene en sus manos, como Señor de la Historia, el corazón de los hombres.

81. Hablando como pastores de la Iglesia que está en Cuba, queremos recordar que la paz es posible porque «Cristo es la paz» (Ef 2, 14), que podemos descubrir la verdad porque «Cristo es la Verdad» (Jn 14, 6), que se puede hallar el camino porque «Cristo es el Camino» (Jn 14, 6). En fin, que la salvación es posible porque Cristo es nuestra salvación (Lc 19, 9). Confiamos además en nuestro pueblo, al que conocemos bien y que ha mostrado a lo largo de su historia una sorprendente capacidad de recuperación.

82. Revitalizar la esperanza de los cubanos es un deber de aquellos en cuyas manos está el gobierno y el destino de Cuba, y es un deber de la Iglesia, que está separada del Estado, como debe ser, pero no de la sociedad.

Y esto lo podremos lograr juntos con una gran voluntad de servicio, pero no sin una gran voluntad de sacrificio, «amando más intensamente y enseñando a amar, con confianza en los hombres, con seguridad en la ayuda paterna de Dios y en la fuerza innata del bien», como decía Pablo VI.

83. La Virgen de la Caridad, Patrona de Cuba, Madre de todos los cubanos, que sabe cuanto la necesitamos sus hijos, nos ayude con su bendición. «Y en toda ocasión, en la oración y en la súplica, nuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que es más grande de lo que podemos comprender, guarde nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Flp 4, 6-7).

Con nuestro cordial y fraterno afecto en el Señor.

La Habana, 8 de septiembre de 1993.

- † Jaime, Arzobispo de La Habana y Presidente de la COCC.
- † Pedro, Arzobispo de Santiago de Cuba.
- † Adolfo, Obispo de Camagüey.
- † Fernando, Obispo de Cienfuegos-Santa Clara.
- † Héctor, Obispo de Holguín.
- † José Siro, Obispo de Pinar del Río.
- † Mariano, Obispo de Matanzas.
- † Emilio, Obispo Auxiliar de Cienfuegos-Santa Clara.
- † Alfredo, Obispo Auxiliar de La Habana.
- † Mario, Obispo Auxiliar de Camagüey.
- † Carlos, Obispo Auxiliar de La Habana.

«¿QUE TENEMOS QUE HACER?» (Lc 3, 10)

Segunda parte de la reflexión de los obispos de las diócesis aragonesas sobre la pobreza en nuestros pueblos y ciudades

I

INTRODUCCION

1. Las multitudes que bajaron hasta el Jordán preguntaban a Juan: «¿Qué tenemos que hacer?». El Bautista les contestó sin contemplaciones: «El que tenga dos túnicas, que las comparta con el que no tiene, y el que tenga que comer, que haga lo mismo» (Lc 3, 10-11). Hace veinte meses que los obispos de Aragón publicamos una reflexión sobre la pobreza, tal como la percibíamos en nuestros pueblos y ciudades. Durante este tiempo más de 400 grupos, que incluyen a casi 5.000 cristianos aragoneses, respondiendo a la invitación que os hicimos, nos habéis ofrecido vuestras opiniones y vemos que en muchos labios aflora ya aquella misma pregunta: ¿Qué tenemos que hacer?

Los obispos de Aragón no tenemos el temple ni el carisma de Juan el Bautista; sin embargo, confiados en Dios y arropados por vuestras aportaciones, nos atrevemos a responder inspirados en su misma audacia.

Ofrecemos esta nueva reflexión sobre todo a nuestras comunidades y a cada uno de los cristianos que les dais

vida; pero también a todos los aragoneses de buena voluntad. Este nuevo documento, fruto de una reflexión compartida con muchos de vosotros, tiende a ser operativo; podéis imaginar cuánto agradecemos vuestras sugerencias e indicaciones; ellas aumentan la esperanza de que nuestro Aragón avance solidariamente en la lucha contra la pobreza.

2. Existe una substancial coincidencia entre las aportaciones de los grupos y nuestras apreciaciones en lo que se refiere a las pobrezas de Aragón (1). No obstante, los cristianos de nuestras comunidades, por medio de sus coincidencias e insistencias, han señalado algunas de esas pobrezas como *más preocupantes* en el momento presente. También han pedido que no se olvidaran *otras manifestaciones de la pobreza* sobre las que, a pesar de su rutinaria repetición, no debemos echar el manto del desinterés. Y, por fin, ponen de *relieve una dimensión más profunda* de la pobreza no siempre contemplada en las estadísticas. Vamos a describir brevemente estos aspectos de la pobreza, para que su recuerdo nos ayude a precisar las actuaciones que reclama nuestra sensibilidad de cristianos y de seres humanos.

II

¿HACIA QUE POBREZAS SOMOS MAS SENSIBLES?

3. Se destacan tres en primer lugar: *el empobrecimiento y falta de perspectivas* del mundo rural; *el envejecimiento de la población*, que arrastra una variada gama de carencias y limitaciones, y *el paro*, cada vez más angustioso para jóvenes y adultos en la ciudad y en el campo.

(1) Véase nuestro documento anterior: *A los pobres los tendréis siempre entre vosotros*, núms. 5 al 11.

Ya lo apuntábamos en nuestra anterior reflexión y lo habéis confirmado con vuestras respuestas; el desequilibrio entre las diferentes comarcas de Aragón —deficientes comunicaciones; limitado equipamiento sanitario, escolar y cultural, y sobre todo la falta de actividades industriales precisamente allí donde la agricultura y la ganadería están más heridas— hace muy difícil la permanencia de la población en nuestros pueblos. Esta situación va minando poco a poco las esperanzas de que el mundo rural tenga futuro; y el continuo éxodo de los jóvenes, que sólo regresan en vacaciones o para visitar a sus familiares, es la penosa expresión de esa desesperanza.

En estas circunstancias no puede extrañar que el envejecimiento de la población rural sea mayor cada año, y debemos subrayar una de sus consecuencias más dolorosas: *la soledad*. Personas que han sido verdaderos protagonistas de la vida de los pueblos y que son depositarias de la sabiduría y la experiencia de muchas generaciones, están sufriendo silenciosamente el zarpazo del desinterés hacia sus peculiares problemas. Muchas de ellas viven con una permanente sensación de abandono y siguen sujetas a evidentes e injustas limitaciones para acceder a algunos de los servicios más elementales y necesarios. Hemos de reconocer que las mejoras introducidas de un tiempo a esta parte resultan insuficientes ante la dureza de la situación.

Además, *la falta de trabajo*, que afecta a muchos jóvenes y adultos. El paro hace imposible que los jóvenes se sientan incorporados a la sociedad y responsabilizados del quehacer común, les impide formar su propia familia y encontrar un espacio donde desarrollar sus capacidades y creatividad. Por eso hay tanto joven desencantado, que a veces se margina hacia comportamientos asociales, duramente criticados por esa misma sociedad que no es capaz de proporcionarle el único cauce de integración positiva que ella impone: el trabajo productivo.

Pero tan dramática como la de los jóvenes es la situación de aquellos adultos, todavía con fuerzas y posibilidades para trabajar, que han sido víctimas de la reconversión o de la crisis y se han visto obligados a entrar en esa desesperante «sala de espera» buscando la oportunidad, que no saben si llegará, de reincorporarse al mundo del trabajo. Hemos de recordar que el paro de larga duración entre los mayores de cuarenta y cinco años está detrás de muchas situaciones de marginación y pobreza que afectan a las familias, especialmente en nuestras ciudades.

4. Junto a estas pobreza subrayadas con trazos más gruesos, también son motivo de seria preocupación las pobreza que rodean a muchas *familias*: las rupturas matrimoniales y de la estabilidad familiar, las adicciones (al alcohol, la droga y al juego, principalmente) y la desatención de los hijos, que llega incluso hasta los malos tratos.

La marginación o discriminación, más o menos explícita o encubierta, que en demasiadas ocasiones sigue sufriendo *la mujer*, tanto en el mundo rural como en la ciudad.

La situación de *los inmigrantes* extranjeros, que por razones económicas o políticas se ven forzados a salir de su tierra en busca de un futuro que no encuentran en sus países. Por la especial incidencia y significado de este problema en el momento presente, no podemos dejar de llamar la atención sobre nuestras actitudes hacia esas personas, desgraciadamente no siempre exentas de componentes egoístas, cuando no xenófobos o racistas.

No porque sean problemas más conocidos podemos pasar por alto otras manifestaciones reales de la pobreza, que también habéis señalado y golpean sobre nuestra conciencia, como son: la situación de los minusválidos y

enfermos, especialmente la de los disminuidos psíquicos; la problemática de los barrios marginados y de la vivienda; el triste peregrinar de los transeúntes y los sin techo; la marginación de muchos gitanos y de los enfermos de SIDA; los problemas de las cárceles, que repercuten negativamente sobre los reclusos y las dificultades que encuentran para su posterior reinserción social; la denigrante práctica de la prostitución.

5. Por fin, una *dimensión más profunda* de nuestras pobreza, que ha sido sagazmente señalada como telón de fondo y está en la base de muchas de las situaciones descritas. Nos referimos a las actitudes de insolidaridad e individualismo que todavía perviven en nuestra conciencia individual y colectiva y hacen tan difíciles las reacciones solidarias ante los problemas; y nos referimos también a la pérdida de valores —espirituales, sociales, religiosos— sustituidos frecuentemente por el consumismo, el bienestar a cualquier precio y la competitividad desafiada.

III

EQUIPAMIENTO PARA EL CAMINO

6. Todas estas manifestaciones de la pobreza han de producir en nosotros algo más que un lamento. Hemos de aprestarnos para una difícil travesía que, en la medida de que seamos capaces y con la ayuda de Dios, nos lleve hasta una nueva situación de verdadera solidaridad. Recordemos la respuesta del Bautista: «El que tenga dos túnicas, que las comparta con el que no tiene, y el que tenga que comer, que haga lo mismo». ¿Cómo llegar a repartir lo poco o mucho que tenemos?

Puesto que el camino nos resulta arduo, debemos equiparnos adecuadamente. Vosotros habéis recalado

que necesitamos «un marco de orientación, un sistema de valores que dé cohesión a nuestro vivir» (2). Esperamos que la siguiente reflexión, conectada con la que hicimos en nuestro documento anterior (3), nos proporcione el apoyo y la valentía necesarios para no apartarnos junto al camino esperando que sean otros los que resuelvan el problema.

Debemos mirar a los pobres desde la fe en Dios, Padre de Jesucristo, nuestro Señor y nuestro hermano. Este punto de mira no anula las perspectivas del economista, del psicólogo o del político; pero les proporciona una profundidad de campo y un punto de generosidad que las complementa y desarrolla.

1. Diagnóstico: Las causas profundas de la pobreza

7. Hoy se entiende que ser pobre es todavía más duro que carecer de unos recursos económicos necesarios; la pobreza comporta una exclusión que toca los derechos fundamentales y la propia dignidad de la persona (4). Por ello, si queremos responder adecuadamente a los problemas de la pobreza, hemos de conocer y desmascarar las estructuras que los producen y mantienen. Juan Pablo II las ha calificado de «estructuras de pecado»; no son el fruto espontáneo de un ciego destino, sino el resultado del modo de actuar de muchos seres huma-

(2) Así aparece en la síntesis de sugerencias enviadas a los obispos de Aragón, como fruto de la reflexión sobre el documento: *A los pobres los tendréis siempre entre vosotros*.

(3) Recuérdese el apartado titulado *Los pobres nos interpelan*, particularmente en los núms. 12 al 24.

(4) Así se expresa en el dossier de Cáritas Española (mayo 1993): *La exclusión social*.

nos y del apoyo, activo o pasivo, del conjunto de la sociedad (5).

El pecado que encierran esas estructuras es el de *la idolatría*, como ya indicábamos en nuestro anterior documento (6). La maldad no está en los bienes de la tierra ni en el progreso y desarrollo técnico, sino en la actitud que los diviniza. Esa maldad se manifiesta en:

— El robo, la extorsión, la explotación, el «todo vale» en el mundo de los negocios, que hoy revisten formas especialmente enmascaradas a través de lo que se ha venido en denominar con el término global de *corrupción* y el más coloquial de «*moral del pelotazo*».

— El egoísmo insolidario e insensible, que hace muy difícil que prosperen muchas iniciativas de cooperación y solidaridad, a la par que incita al despilfarro y a unos lujos escandalosos en las circunstancias en que vivimos.

— El agobio, frente al cual Jesús nos puso en guardia (Mt 6, 25), consecuencia de una solidaridad cómplice con el sistema injusto e idólatrico del «tener», que produce apego al dinero, tacañería y obsesión por asegurarse la vida.

Pero la raíz de esa maldad es la confianza cuasi religiosa depositada en las riquezas; eso es lo que la mancha, porque lo opuesto a la pobreza no es la riqueza sino la codicia, la avaricia, la ambición. Esta actitud es la que

(5) Dice Juan Pablo II: «Es necesario denunciar la existencia de mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de unos y de pobreza de los otros» (*Sollicitudo rei socialis*, 16). En los núms. 35 y 36 de la misma encíclica subraya la responsabilidad individual y colectiva para que existan estos mecanismos y los califica de «estructuras de pecado».

(6) Véase: *A los pobres los tendréis siempre entre vosotros*, n. 19 s. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, núm. 1.723, también afirma, citando a Newman, que «el dinero es el ídolo de nuestro tiempo».

convierte al dinero en un ídolo, que se encarna en estructuras, mecanismos y sistemas vigentes en nuestra sociedad y da lugar a un «modelo» de ser humano y a un estilo de vida dominados por ese incentivo del dinero.

El dinero se convierte en objeto de devoción, que hechiza y encanta. Una muestra es la desorbitada proliferación de loterías, concursos millonarios y otros juegos de azar, y la pasión con la que son acogidos por tantas personas. El dinero llega a ser la medida de todo valor, el dictador de la vida y de las relaciones humanas que impone el trabajo insolidario y agotador del pluriempleo, crea falsas necesidades y fortalece ese estilo en el que ya no cuenta lo que uno es sino lo que uno tiene: el «tanto tienes, tanto vales» ha llegado a ser algo más que una frase ingeniosa.

8. Pero este dios-dinero crea también una ética que da legitimidad a esa despiadada escala de valores. Estimula la fiebre del consumo y, a través de ella, presenta el «tener» como modelo de realización humana. Los estímulos se suceden vertiginosamente: la ética del tener conduce a la obsesión por el éxito y el poder, y, dada su escasa base en valores personalizadores, ha de explotar en muchas ocasiones la apariencia para mantenerse en la cresta de la ola. ¡Cuánto dinero llega a gastarse para mantener la buena imagen! Este modelo de realización humana desemboca muchas veces en la búsqueda del placer como razón suprema de la vida. Y así es como este modelo produce la más penosa de las marginaciones, ya que quien no alcanza esa dinámica —pensemos en las minorías étnicas, en los minusválidos, en los improductivos, etc.— queda excluido de los circuitos por los que se nos quiere convencer de que hoy rueda la vida.

9. El último acto de este drama conduce a la ceguera, tanto en el espectador como en los actores; una ceguera necesaria para no dejarse alarmar por tan deshumanizadora situación y que impide reaccionar.

Una ceguera hecha de:

— *Insensibilidad*. Asistimos a un fenómeno alarmante: a la par que la crisis económica incrementa el número de pobres, crece el clima de insensibilidad y se debilitan los sistemas de protección social.

— *Fatalismo*. Un sistema basado en el «tener» desacredita y trata de destruir todo intento de transformación del orden vigente, apelando al realismo y a las estadísticas, y promoviendo la paralizante opinión de que no hay otro camino (7).

— *Miedo a la solidaridad*. Hay indicios de que este miedo ataca al mundo rico y satisfecho en el que estamos instalados. En nombre de la calidad de vida, que con tanto esfuerzo hemos alcanzado, y de la libertad individual, nos resistimos a renunciar a nuestro «estatus» en beneficio de ese amplio colectivo que apenas malvive entre nosotros y, sobre todo, en los países del Tercer Mundo.

— *Olvido de la gratuidad*. Actuar por amor, sin perseguir ventajas o intereses a cambio, es la manifestación más inmediata de la gratuidad. Esta actitud se abriría paso por encima de la ley de la oferta y la demanda, si nos dejáramos interpelar por el rostro de aquellos que, desde su desnudez, nos llaman al don y a la ofrenda.

— *Particularismo*, que va reduciendo el anillo de la solidaridad a los de la propia clase, a los de la misma profesión, comarca o nación, o a los que gozan ya de un elevado nivel adquisitivo, al que no se quiere renunciar. Los otros, sobre todo si son pobres, quedan fuera de esta estrecha ética de la solidaridad.

— *Alienación*. Es inevitable cuando las personas nos tratamos más como objetos que como sujetos. La cultura del consumo y de la satisfacción no sólo impide com-

(7) Ya hicimos notar el influjo de esta actitud fatalista ante los pobres y la pobreza en nuestro anterior documento, núm. 17.

prender a los marginados; también impide comprenderse a sí mismo como ser humano. Al confundir lo que uno tiene con lo que uno es, la verdadera personalidad humana queda reprimida.

10. La aportación que, con estas reflexiones, queremos hacer para resolver el problema de los pobres y excluidos, es muy clara. En nuestra opinión, la pobreza, además de requerir soluciones de carácter técnico, económico y político, necesita un cambio de visión y un cambio de actitud ante la vida, porque es también un problema ético y religioso.

La actual existencia de pobres, en un mundo con capacidad técnica suficiente para sustentar a todos, es el síntoma de nuestro empobrecimiento como Humanidad. Todos estamos implicados, aunque de distinto modo; dada la unidad e interrelación que existe en nuestra sociedad, los males de unos necesariamente han de repercutir sobre los otros. Por eso, os invitamos a ponernos en camino para hacer, con generosidad, lo que esté al alcance de cada uno.

2. Recomendaciones para el camino

11. En nuestra reflexión anterior propusimos seis *actitudes cristianas ante una situación que genera pobreza y marginación* (8). Seguimos pensando que son posturas

(8) Os las recordamos porque nos parecen una forma concreta de encarnar las bienaventuranzas ante la situación de nuestro Aragón: «Frente a la idolatría del dinero, pobreza evangélica; frente al culto a la mentalidad científico-técnica, la dignidad de la persona; frente a la desertización y el envejecimiento, la pasión por la vida; frente al individualismo insolidario, la solidaridad; frente a la insensibilidad, la misericordia; frente al fatalismo, la esperanza» (*A los pobres los tendréis siempre entre vosotros*, núms. 25 al 38).

básicas para potenciar y dar carácter cristiano a nuestras actuaciones. Junto a ellas, añadimos ahora unas *recomendaciones* que las complementan y concretan a la vista de la tarea que tenemos delante.

a) *Seamos creativos en la esperanza*

12. La esperanza nos permite pensar que la última palabra no la tienen los datos en estado bruto ni el realismo que se invoca como razón definitiva. La esperanza nos hace sospechar que la realidad es más compleja de lo que nos dicen los hechos inmediatos, que las fronteras de lo posible no están delimitadas únicamente por el presente, sino que se abren ante la sorpresa que nos tiene reservada la vida si nos comprometemos en su transformación, porque Dios no está fuera sino dentro de ella y además activo. Esta es una esperanza *creativa*, que no se detiene en el presente ni en las propuestas a corto plazo, sino que se abre al futuro que Dios promete a los que anhelan un orden más justo y fraterno.

b) *¡Vigilad!*

13. Jesús lo recomendó en varias ocasiones, precisamente para que sus oyentes lograsen descubrir al Dios escondido donde no tenían intención de buscarle. La vigilancia nos ayuda a oír las interpelaciones de la «*cultura del silencio*» (la de los oprimidos, marginados y todos los que no cuentan); a interpretar el clamor que resuena en lo infrahumano y a descubrir quiénes son los nuevos sujetos que transformarán la sociedad y las mediaciones para conseguirlo (9).

(9) Recordemos lo que decíamos en el núm. 38 de la anterior reflexión: *A los pobres los tendréis siempre entre vosotros.*

Solamente se ponen en marcha verdaderos procesos de liberación cuando se está inmerso en la vida real del pueblo. Esta fidelidad a lo real es conflictiva, pues nos enfrenta, por una parte, con las rígidas leyes de la economía (es preciso obtener beneficios, hacer inversiones, ser eficaces...), mientras que, por otra, nos empuja hacia un cambio, hacia una justicia mayor y hacia una distribución más equitativa de las riquezas.

En estas circunstancias, esa vigilancia, que nos hace capaces de descubrir a Dios actuando donde no lo teníamos previsto, nos impide, tanto la huida por miedo a mancharnos las manos como el enclaustramiento en el propio círculo, haciendo oídos sordos al clamor de los demás.

c) *Serenidad y gozo*

14. La serenidad nos mantiene en pie frente a la angustia y nos pone a punto para entregarnos a la tarea de reconciliar, de hacer que la justicia y la paz se besen. Es la serenidad y el gozo que nacen de la convicción, llevada a la práctica, de que «hay más alegría en dar que en recibir» (Hech 20, 35). Es la felicidad que se experimenta cuando llegamos a ver el dinero, las cosas, la calidad de vida y las relaciones personales con unos ojos nuevos (10).

d) *Armonizar la libertad con la solidaridad*

15. La construcción de una sociedad democrática sana se asienta sobre los dos grandes pilares de la libertad y la solidaridad. Con la libertad se reconoce y se po-

(10) Véanse los núms. 18 y ss. de nuestra reflexión anterior.

tencia la responsabilidad, a través de la participación real de toda la sociedad, sin excluir a los pobres. Pero una libertad cerrada sobre sí misma terminará siendo funesta. Por eso, hemos de saber conjugarla y armonizarla con la solidaridad.

Actualmente, ésta nos pide sustituir la «cultura de la saciedad» por la «cultura de la austeridad», mirando no sólo a los pobres de nuestros pueblos y ciudades, sino también al Tercer Mundo, dado que hoy los problemas y las soluciones tienen dimensión planetaria. En tiempos de crisis, la situación de los excluidos es la referencia más atinada para saber si las soluciones escogidas son las que conducen a un auténtico desarrollo humano y democrático de nuestra sociedad.

e) *Recuperad lo gratuito*

16. Para vivir con dignidad los seres humanos necesitamos espacios en los que sea posible la gratuidad, el regalo, la donación de sí mismo. La gratuidad permite superar las relaciones formales en las que no pasamos de ser sujetos anónimos de derechos y deberes o, en el peor de los casos, un número en el ordenador, y nos inclina a mantener unas relaciones personalizadas, cercanas, animadas por la comunicación y la acogida, lubricadas por la confianza y el acompañamiento.

Se dice que nuestra sociedad está enferma y que ésta es una enfermedad con muchas causas; la más honda, a nuestro juicio, es el desamor. Por eso, pensamos que sólo podrán curarla personas liberadas de miras estrechas que descubran en el otro a un ser humano, que vean en el excluido al hijo de Dios y al hermano con el que es posible edificar la tierra.

17. Estas cinco recomendaciones apuntan hacia una nueva conciencia y suponen un rearme moral, brotan del

descubrimiento, actualizado para nuestro tiempo y nuestra tierra, de la verdadera imagen del hombre y de la sociedad.

Un hombre y una sociedad contruidos según los principios de la universalidad más que del particularismo; de una unidad que no sofoque la variedad; de la dignidad humana por encima de las diferencias; de la fraternidad en lugar del individualismo; de los bienes compartidos y no de los bienes acumulados.

Un hombre y una sociedad que se atreven a rescatar la honestidad y el gusto por el trabajo bien hecho, que se empeñan en recuperar la convicción de que el fin no justifica los medios, ni es más listo el que más dinero hace poniendo menos esfuerzo y soportando menos contribución para levantar las cargas comunes.

Construir ese nuevo modelo de hombre y de sociedad, será el fruto de una nueva forma de ver la vida, el presente y el futuro, tal como venimos repitiendo en las páginas precedentes.

Esa nueva forma de mirar y de vivir es lo que en el lenguaje religioso llamamos *conversión*, un verdadero cambio en la orientación de nuestra vida. Tenemos que acusarnos, con dolor, porque esa *cultura de la solidaridad* está apagada en la conciencia de muchos de nosotros.

Hermanos cristianos de las Iglesias de Aragón, ésta es la conversión que Dios nos pide, el sacrificio que le agrada en los días penitenciales de la Cuaresma: ser más austeros, personal y comunitariamente, para compartir más; ser más lúcidos para descubrir el egoísmo agazapado detrás de tantas justificaciones «razonables» (como alguien ha denunciado: «Los cuadros caros son arte; los viajes exóticos, cultura; las buenas cenas, relaciones sociales obligatorias, y los coches de lujo, seguridad»); ser más decididos a la hora de comprometernos junto con todos aquellos que buscan una sociedad más justa y fraterna para hacer eficaces las iniciativas contra la pobreza.

Pero hora es ya de ponernos en marcha. ¿Qué tenemos que hacer?

IV

PROPUESTAS PARA LA ACCION

Las pobreza de Aragón, con los perfiles y acentos que habéis señalado, nos obligan a tomar postura. Las comunidades y grupos de cristianos, que habéis reflexionado con vuestros sacerdotes y, en muchos casos, animados por Cáritas, sobre las pobreza de nuestra tierra, nos habéis hecho valiosas sugerencias; los religiosos nos ofrecisteis significativas apreciaciones, particularmente en nuestro encuentro con los Superiores Mayores, donde tratamos este tema; también nosotros hemos estado reflexionando y, con vuestras aportaciones, hemos llegado a concretar un ramillete de propuestas que ahora ofrecemos a nuestras Iglesias y a todos aquellos con quienes compartimos esta preocupación. Os invitamos a:

a) *Optar decididamente por el futuro de Aragón*

18. Como Iglesia queremos seguir *optando* por Aragón y por su futuro. A pesar de que las tendencias dominantes apuntan en otro sentido, preferimos unirnos a los que afirman que Aragón necesita que sus pueblos sigan vivos si quiere mantener su identidad y su existencia. Por eso, nos animamos a apostar a favor de las posibilidades de futuro, por pequeñas que sean, que quedan para los pueblos y comarcas rurales de nuestra tierra. Y pedimos a nuestras comunidades cristianas el esfuerzo necesario para comprometerse —con decisión, inteligencia y esperanza— en la lucha para contener los actuales desequilibrios y la desertización que nos amenaza.

19. Para hacer posible ese futuro nos parece necesario que entre todos defendamos y apoyemos la voluntad de quienes quieren seguir viviendo en sus pueblos, reconociendo el servicio que prestan para la pervivencia de nuestra tierra y estimulando las iniciativas en las que las gentes de nuestros pueblos encuentran razones para permanecer en el medio rural.

También es preciso que quienes tienen en sus manos la organización sociopolítica de nuestra región faciliten, al máximo posible, el principio del autogobierno de los propios implicados, puesto que ayuda a que las personas permanezcan en su territorio.

Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir y las consecuencias de las tendencias centralizadoras (que han hecho proliferar diversos tipos de concentraciones: concentración escolar, de ancianos y enfermos, de servicios, etc., con una evidente incidencia negativa sobre la población en el medio rural), pedimos que se modifique esa tendencia y que se potencien las soluciones en el nivel más próximo posible a las necesidades.

Esto comporta voluntad de resolver los problemas de aislamiento a que han estado y todavía están sometidos muchos de nuestros pueblos; propósito de poner los medios necesarios para la transformación de su estructura productiva, y compromiso para promover positivamente las iniciativas de los pueblos y comarcas, aun a costa de no primar el crecimiento indefinido de los núcleos más desarrollados.

b) *Asumir los retos que esta opción desencadena*

20. Somos conscientes de que la opción a favor del futuro de Aragón y por hacer frente a sus pobrezas lleva consigo un desafío, que concretamos en los siguientes retos:

— *El reto de la comunidad y de la familia.* Hemos de reconocer que todavía es escaso el talante comunitario en nuestras parroquias, asociaciones y grupos cristianos; y que la familia está sometida a una intensa erosión.

Nuestras Iglesias han de reflejar, con mayor intensidad, el modo de sentir que impregnó la vida de los cristianos de la primera generación (11); y nuestras familias ganarían mucho encarnando aquel grado de cohesión que les proponía el Apóstol Pablo (12). Este *modelo comunitario* pide mayor hondura y radicalidad a nuestra conversión.

Si lo logramos, habremos puesto en marcha uno de los instrumentos más eficaces frente a las pobreza que nos preocupan, ya que la vida comunitaria, cuando es auténtica, comporta una fuerte interpelación para nuestros pueblos y la experiencia familiar resulta decisiva para la educación de la solidaridad y los demás valores e incluso para encarar con éxito las dificultades que comporta la crisis.

— *El reto de la educación y la formación.* Su carencia es factor determinante de los problemas de marginación y pobreza, tanto en el campo como en la ciudad. En relación con la difícil situación que atraviesa nuestra agricultura, la formación resulta imprescindible, en opinión de los expertos, ya que cada una de las diferentes zonas agrícolas de Aragón ha de mejorar la calidad de sus produc-

(11) «Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones; ... todos pensaban y sentían lo mismo; nadie consideraba suyo nada de lo que tenía, sino que lo poseían todo en común, ...siendo bien vistos de todo el pueblo» (Hech 2, 41-47; 4, 32-35).

(12) «Vestíos de ternura entrañable, de agrado, humildad, sencillez, tolerancia; conllevaos mutuamente y perdonaos cuando uno tenga queja contra otro; el Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo. Y, por encima, ceñíos el amor mutuo, que es el cinturón perfecto» (Col 3, 12-14).

tos y actualizarlos en función de las nuevas circunstancias; y además ha de abrirse a nuevas actividades (artesanía, turismo rural, cultivos biológicos y ecológicos, etc.) con las que complementar su economía.

Una formación, por otra parte, que prepare para una explotación razonable de los recursos de ocio y ecología de que disponemos, cuidando que la calidad de las actuaciones sea una garantía frente al siempre amenazador deterioro de la espléndida naturaleza de nuestra tierra.

Y también nos parece necesario apoyar la formación encaminada a la puesta en marcha de actividades creativas y talleres ocupacionales en los que prime la recuperación de la persona sobre la rentabilidad económica.

Por otra parte, nos atrevemos a recordar que la Formación Profesional que se imparte a los escolares de nuestros pueblos debería estar pensada para ayudarles a vivir y trabajar en esos mismos pueblos; lamentamos que, con demasiada frecuencia, les prepara para emigrar más que para desarrollar el propio medio rural.

Finalmente, a los destinatarios de esta formación, la apuesta por el futuro les desafía a que sean capaces de desarrollar actitudes de esfuerzo para formarse, de fortaleza para no dejarse vencer por la rutina o las dificultades y de cooperación y asociación, sin las cuales resulta imposible hacer frente a la situación; y a todos los demás nos pide generosidad y solidaridad hacia los peor dotados (los pobres), puesto que estos esfuerzos siempre les resultarán más lentos y difíciles que a los que están mejor situados.

— *El reto de defender la pervivencia de los pueblos*; particularmente de aquellos cuya existencia es necesaria para que no se destruya el equilibrio ecológico y humano de nuestro Aragón, aunque su actividad no sea suficientemente rentable en términos de competitividad económica. Pero sin olvidar que la dignidad de esas personas reclama que sean y se sientan positivamente útiles para el

conjunto de la comunidad, lo cual no se salvaría si llegaran a ser consideradas como una mera «reserva humana» frente al deterioro ambiental.

— *El reto de la cooperación.* Los valores de *subsidiariedad, cooperación y corresponsabilidad*, junto a los de *creatividad e iniciativa* —todos ellos valores típicos del talante comunitario—, son deficitarios en muchos de nuestros pueblos y comarcas, y su incremento es imprescindible para salvar nuestra tierra. Se trata de una verdadera responsabilidad moral, ya que estamos obligados a obtener el mayor rendimiento de los escasos medios de que disponemos y a lograr una verdadera «*cultura de la solidaridad*»; sin ella no llegará a puerto cualquier proyecto de ordenación armónica de nuestro territorio, por razonable que sea.

— *El reto que comporta el vacío de valores.* Todo lo anterior reclama, como condición para afrontarlo con éxito, la respuesta a una de las carencias más penosas que nos está tocando vivir: el vacío de valores humanos, religiosos y éticos, que va marcando el crecimiento de muchos niños, adolescentes y jóvenes de nuestros pueblos y ciudades. Este vacío, que, a veces, conduce a actuaciones marginales y, con demasiada frecuencia, orienta la diversión de los jóvenes en una dirección más destructiva que humanizadora. Pero sobre todo es una rémora para una auténtica solidaridad, desafía seriamente nuestra capacidad de reacción humana. La Iglesia se siente implicada en este esfuerzo y ofrece sinceramente su colaboración para superarlo.

- c) *Implicarnos decididamente en la lucha contra las situaciones concretas de pobreza*

21. Nuestra apuesta a favor de un futuro para todo Aragón reclama también un continuado esfuerzo para su-

perar las situaciones de pobreza que mayor incidencia tienen entre nosotros, según señalábamos más arriba. En concreto proponemos:

— *Ante la soledad y el aislamiento* de muchas personas (ancianos, enfermos crónicos, psíquicos, terminales, de SIDA, etc.), que arrastran su situación en silencio, tanto en el medio rural como en el anonimato de la ciudad, comprometernos personalmente a acompañarles y reclamar las actuaciones institucionales necesarias para superarlos. En la misma línea, comprometernos a superar la discriminación de que son objeto, en tantas ocasiones, los minusválidos físicos y psíquicos. Como cristianos, hemos de hacer un decidido esfuerzo para que nuestras comunidades lleguen a ser auténtica referencia de acogida y cercanía para tantos hombres y mujeres abatidos por el sufrimiento.

— *Potenciar momentos y lugares de encuentro*, sobre todo en el medio rural, pero huyendo de aquellos «modelos» que favorecen la evasión y el vacío más que el encuentro familiar y humanizador entre las personas.

— *Luchar contra el paro*, manifiesto o encubierto, con todos los medios a nuestro alcance, desde la denuncia a la creación de empleo, desde la renuncia al pluriempleo o las horas extraordinarias hasta la ayuda económica para paliar los problemas agudos que por este motivo sufren muchas personas y familias.

A quienes tienen más directamente en sus manos los resortes de la creación de empleo, como son los financieros y empresarios, nos atrevemos a pedirles que sean sensibles a los imperativos de la solidaridad y no hagan del beneficio el único motor de la actividad económica.

A todos, que nos opongamos a la defensa a ultranza de los privilegios corporativos e insistamos por los medios democráticos a nuestro alcance para lograr una legislación que favorezca decididamente a los más débiles.

— *Más dignidad para la mujer.* Hacer que sea reconocida en la práctica, oponiéndonos a una forma de pensar y de comportarse, vigente todavía en el campo y también en la ciudad, que la minusvalora o utiliza, y apoyando su plena incorporación laboral.

— *Apoyar a las familias en situaciones críticas,* mediante actuaciones encaminadas a prevenir y superar las rupturas y las diversas adicciones que afectan a algunas de ellas; fomentando en otras una mejor preparación para educar a sus hijos; reclamando, para las que todavía no la tienen, la posibilidad de acceder a una vivienda digna.

— *Ante la alarmante adicción a las drogas,* cooperar con las iniciativas encaminadas a la recuperación de los afectados. Conscientes de la importancia decisiva que tiene la prevención, oponernos y denunciar el tráfico de drogas y la inducción a su consumo de que son objeto los adolescentes y jóvenes.

Urge promover la cooperación de todos para conseguir que los jóvenes puedan emplear su tiempo libre, especialmente los fines de semana, en actividades que desarrollen la alegría y la comunicación sin los riesgos del consumo incontrolado de alcohol, drogas y velocidad. Y favorecer una educación rica en valores afectivos, éticos y religiosos, que se anticipe a la proliferación del problema.

— *Hacia los inmigrantes y transeúntes* obligados a esa dolorosa peregrinación en busca de trabajo y libertad, fomentar una sincera actitud de acogida. Para ello es necesario no ceder a la tentación de ver en ellos unos indeseables competidores en el escaso mercado de trabajo existente y mucho menos una mano de obra barata; y también no dejarse vencer por la difundida tendencia a considerarles como potenciales delincuentes, de los que es preferible protegerse.

En éste y en otros compromisos hacia los excluidos, la comunidad cristiana debe aparecer como signo de acogi-

da e inclusión en una sociedad marcada por tendencias individualistas y marginadoras.

— *Hacia los gitanos*. Colaborar en el esfuerzo que se está haciendo para superar la discriminación y las carencias que afectan, en muchos lugares de Aragón, a la comunidad gitana. Animamos a secundar la dinámica de aquellos grupos de «payos» y gitanos empeñados en respetar y valorar cordialmente los usos y costumbres de los gitanos, por una parte, y en abrirse a una relación positiva con los «payos», por la otra.

— *Hacia otros grupos marginados*. Igualmente es necesaria la colaboración para superar las negativas consecuencias de la problemática que afecta al mundo de la prostitución, de los encarcelados y de otros grupos excluidos.

— *Apoyar el que se garanticen unos recursos mínimos a todos los aragoneses, pero huyendo de la donación sin contraprestaciones, que terminaría por favorecer comportamientos asociales; esto implica fomentar y reinventar, si es preciso, el trabajo social* (13).

(13) En relación con los problemas derivados de la exclusión laboral y de la necesidad de una nueva visión del trabajo social, son luminosas las siguientes afirmaciones del episcopado francés: «En la actualidad se produce una separación entre el empleo y el trabajo... La productividad aumenta, pero cada vez con menos empleados... El progreso aumenta la eficacia y la exclusión... y conduce a veces a ritmos de vida incompatibles con el equilibrio personal y familiar. El trabajo ya no puede identificarse solamente con el empleo remunerado. Ya no está vinculado a la sola producción de bienes de consumo. Es necesario encontrar para él una definición más amplia. Un trabajo humanizante posee una fecundidad social. Contribuye a garantizar los bienes y servicios necesarios para la sociedad y crea el vínculo social; por esta misma causa humaniza al autor del trabajo... Todos tienen algo que aportar a la construcción de la sociedad... Sería injusto que un sistema económico pretenda construirse sobre desigualdades de trato entre los hombres. Contemplar el remedio a la falta de empleos por un "sistema de asistencia" a quienes no se les podría ofrecer actividad alguna, les

— *Valorar e impulsar el voluntariado*, sin el cual sería imposible responder al abultado paquete de nuestras pobreza, y comprometerse personalmente en esa tarea de animar a la comunidad, en la medida que a cada uno le sea posible; además de la eficaz aportación que supone para la superación de muchos problemas, el voluntariado es un ejercicio concreto de la gratuidad y es un espléndido signo de esa «*cultura de la solidaridad*» que propugnamos.

d) *Educarnos en la «cultura de la solidaridad»*

22. *Educarnos en unos valores imprescindibles para realizar las sugerencias anteriores.* En concreto:

— Educar en nosotros una nueva sensibilidad hacia los pobres, de manera que seamos capaces de «*mirarles con nuevos ojos*»: ellos son la réplica de nuestras actitudes egoístas.

— Educarnos para asumir los «*perjuicios*» que nos va a proporcionar el dar prioridad a los pobres, como son el caminar más despacio, con menor eficacia, con menos competitividad, el ver disminuida nuestra renta para que sea repartida con ellos, etc.; en una palabra, educar para la solidaridad.

— Sentirnos urgidos por la responsabilidad moral que impone el rechazo al fraude fiscal y a la corrupción en todos sus niveles, como una exigencia ineludible de la solidaridad.

— Lo mismo que por la llamada a superar muchas posturas espontáneas que favorecen el consumismo.

excluiría injustamente de una participación responsable en la marcha de toda la sociedad» («En nombre de la dignidad humana». Declaración de la Comisión Social del Episcopado Francés, 27-9-93, núms. 4 y 5). En *Ecclesia*, núm. 2.659, págs. 1717 ss.

— Y actuar con cautela, aunque resulte molesto, a la hora de elegir los productos, sabiendo que el poder de oferta de los grandes frecuentemente destruye las posibilidades de subsistencia de los pequeños; la «*cultura de la solidaridad*» también está implicada en esas decisiones cotidianas que a la larga y en su conjunto resultan decisivas.

— En fin, educarnos para mantenernos firmes frente a la «ética (o más bien anti-ética) del éxito».

La responsabilidad de esta educación es de todos; pero de algún modo recae con mayor fuerza sobre los padres, los maestros y profesores, los sacerdotes... Desde la familia hasta la universidad, pasando por las aulas de educación primaria y secundaria, desde la parroquia y los grupos cristianos hasta los colegios de la Iglesia, se extiende el imperativo de educar para la solidaridad. Y si a alguien debemos urgir con mayor intensidad esta responsabilidad y este talante comunitario es a nosotros mismos, a nuestras instituciones educativas de todo tipo.

e) *Comprometernos como Iglesia de Jesús en Aragón*

23. Como Iglesias diocesanas —en las que encuentran su hogar toda la amplia red de parroquias, comunidades religiosas, movimientos, asociaciones y grupos de laicos cristianos que viven la fe en las diferentes comarcas de Aragón—, queremos seguir sirviendo a los pobres de nuestra tierra. Ello nos compromete a seguir potenciando las líneas de compromiso de nuestras comunidades e incrementarlas, teniendo en cuenta la nueva sensibilidad que se ha generado en estos últimos años. Así pues, renovamos nuestro compromiso para:

— *Dinamizar las conciencias*, animando a reflexionar, a participar y a buscar soluciones para las situaciones de pobreza e injusticia, y acompañando a personas y grupos

en su compromiso. La luz y la fuerza que proceden del Evangelio nos ayudarán eficazmente a promover la solidaridad, la cooperación y la superación del localismo, tan frecuente y paralizador.

— *Seguir denunciando* las condiciones sociales que excluyen a las personas del pleno ejercicio de su dignidad y, en particular, «luchar contra el fraude y la corrupción como comportamientos antievangélicos de la vida individual y pública» (14).

— *Distribuir y utilizar los recursos de nuestras diócesis (personas, patrimonio y organización) con criterios evangélicos de servicio a los pobres.* Por ello reconocemos y agradecemos la disponibilidad de muchos sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, para servir a sus hermanos en la soledad de tantas pequeñas comunidades rurales y en los barrios deprimidos de las ciudades, y animamos a nuestras Iglesias a mantener e incrementar esta actitud (15). En esta línea proponemos:

— Fomentar la presencia evangelizadora y humanizadora de sacerdotes, comunidades religiosas, asociaciones y movimientos, en los barrios pobres y en el mundo rural (16).

(14) Véase: «La caridad en la vida de la Iglesia», documento de propuestas para la acción pastoral aprobado por la LX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (19-11-93), Parte I, núm. 2 a). En *Ecclesia*, núm. 2.661, págs. 1.775 ss.

(15) La CONFER de Aragón se preguntaba «si estamos donde tenemos que estar. Si servimos a los pobres donde están ellos, donde hay problemas sociales poco o mal atendidos. [...] Necesitamos dar pasos más acelerados, ser quizá más itinerantes y estar menos afincados. [...] Comprendemos que necesitamos acometer juntos la tarea. Colaborar con sentido eclesial. Sumar nuestras pequeñas presencias y actividades en una única obra de Iglesia, así reconocida por nosotros y por la opinión pública» (IV Encuentro Obispos-Superiores/as Mayores de Aragón, 16-1-91, Síntesis del trabajo en grupo).

(16) Véase: «La caridad en la vida de la Iglesia», Parte I, núm. 3 b).

— Apoyar las iniciativas locales de desarrollo, promoviendo la presencia de los cristianos en las plataformas y asociaciones que trabajan en la construcción de una sociedad justa y solidaria, y utilizando nuestro patrimonio con esta finalidad cuando sea necesario (17).

— Mantener lo que ya hacemos y promover nuevas iniciativas de acogida, asistencia y recuperación para personas afectadas por el SIDA y toxicomanías, así como centros de educación en ocio y tiempo libre, colaborando con otras iniciativas en estos campos (18).

— Es justo reconocer que nuestras Iglesias contribuyen con una importante aportación a la lucha contra la pobreza en los países en vías de desarrollo. No obstante, el compromiso evangélico en favor de los pobres, que debe ser prioritario, nos impulsa a intensificar este esfuerzo. Por ello animamos a cada una de nuestras diócesis, parroquias, comunidades, cofradías, asociaciones, etc., a revisar y actualizar periódicamente el porcentaje de sus ingresos que destinan a la lucha contra la po-

(17) Hacemos nuestra la propuesta de la Conferencia Episcopal Española, cuando recomienda que en la práctica de estos objetivos se promueva «la participación en asociaciones sindicales, de derechos humanos, asociaciones vecinales, partidos políticos... y la manifestación pública y acción ciudadana, bien con carácter confesional, bien unidos a grupos de iniciativa social» («La caridad en la vida de la Iglesia», Parte I, núm. 4, a), nota 9). También conviene recordar la propuesta de la CONFER de Aragón, en el citado Encuentro, de «poner a disposición de la acción social nuestros edificios y locales en cuanto se pueda».

(18) Véase: «La caridad en la vida de la Iglesia», Parte I, núm. 3 c). Sobre este objetivo merece recordarse la siguiente reflexión de la CONFER de Aragón, en el citado Encuentro de Obispos-Superiores Mayores: «Puesto que ya se han dado pasos de acción conjunta en cada diócesis, haciendo ofertas de Iglesia en el campo de la enseñanza (COU y LOGSE) y actuando en colaboración en el campo de la prostitución, sería conveniente continuar buscando en común solución adecuada a problemas como el SIDA, la drogadicción, los extranjeros y transeúntes, la integración de jóvenes con problemas y las cárceles».

breza, tanto en nuestra tierra como en el resto del país y en el Tercer Mundo. Los cauces más adecuados para canalizar esta colaboración nos parecen los de Cáritas, Obras Misionales Pontificias, Manos Unidas y las Misiones Diocesanas y otras instituciones que mantienen nuestras Iglesias de Aragón.

— Educar la conciencia personal y la del sector social en el que está implicada cada comunidad cristiana, sobre las necesidades de los países del Tercer Mundo, con la intención de que llegue a ser efectiva la cuota del 0,7 por ciento del PIB que ha asumido por el conjunto de las diferentes administraciones públicas de nuestro país como aportación al desarrollo de los pueblos más necesitados (19).

— Hacer nuestra la propuesta de la Conferencia Episcopal Española de apoyar a las Iglesias del Tercer Mundo, cooperando en su acción pastoral con agentes y recursos (20).

— Dejarnos interpelar sinceramente por la advertencia de Juan Pablo II, cuando en la encíclica *Sollicitudo rei socialis* nos anima a poner al servicio de los pobres hasta los bienes «necesarios» (21). Apoyados en su exhortación,

(19) Véase: «La caridad en la vida de la Iglesia», Parte II, núm. 4 a).

(20) La Conferencia Episcopal Española propone que la colaboración de las diócesis españolas, especialmente con las Iglesias hermanas de América Latina, alcance gradualmente hasta el 10 por ciento de los sacerdotes comprendidos entre los treinta y cincuenta años, y que se mantenga en el exterior al menos el 10 por ciento del clero activo. «La caridad en la vida de la Iglesia», Parte II, núm. 4 b), nota 16. La cuota comunitaria dedicada a la actividad misionera de la Iglesia universal, de la que habla a continuación, queda englobada en la propuesta que hemos hecho un poco más arriba.

(21) «Pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la Iglesia la convicción de que, por vocación, ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros, están obligados a aliviar la miseria de los que sufren, cercanos o lejanos, no sólo con lo “superfluo”, sino con lo “necesario”. Ante casos de necesidad, no se debe dar preferencia a los adornos

nos parece urgente educar la sensibilidad de los fieles para que orienten sus ofrendas a programas de desarrollo integral de las personas y de los pueblos, y de lucha contra las pobrezas que hemos señalado en este documento, antes que a la suntuosidad del culto y de los templos. Lo cual no se opone a la conservación y ornato de los edificios, dentro de un criterio de austeridad no reñido con las normales expresiones del arte cristiano.

— *Modificar las tendencias consumistas que rodean la celebración de algunos Sacramentos.* Venimos observando —y lo hemos denunciado en otras ocasiones— que crecen las tendencias consumistas en torno a la celebración de algunos Sacramentos, particularmente el Bautismo, la iniciación a la Eucaristía y el Matrimonio. En muchas ocasiones, el derroche en regalos, vestidos y banquetes contradice abiertamente el sentido religioso y fraterno del signo sacramental que pretende celebrarse, lo cual resulta más escandaloso todavía en las circunstancias presentes. Descalificamos públicamente este modo de proceder y pedimos insistentemente a los cristianos que no cedan ante esa tentación, sino que se empeñen en hacer que estas celebraciones se distingan por la sobriedad y la apertura a compartir, como corresponde a tan importantes signos sacramentales de la vida cristiana.

— *Potenciar y animar la Cáritas, en los niveles parroquial, comarcal, diocesano y regional,* como organismo oficial de la Iglesia para la acción caritativa y social, procurando que sea «referencia y ámbito» de cuantos trabajan al servicio de los pobres y de la promoción de la justicia (22). Al mismo tiempo, deseamos estimular los carismas que el Espíritu suscita al servicio de la caridad en las

superfluos de los templos y a los objetos preciosos del culto divino; al contrario, podría ser obligatorio enajenar estos bienes para dar pan, bebida, vestido y casa a quien carece de ellos» (SRS, núm. 31).

(22) Véase: «La caridad en la vida de la Iglesia», Parte II, núm. 1.

familias religiosas, movimientos y grupos laicales y cristianos individuales, y les invitamos a coordinarse dentro del cauce que ofrecen nuestras Iglesias diocesanas para la promoción de la caridad y también a actualizarse si fuere necesario.

f) *Llamar la atención de nuestros gobernantes*

24. Lejos de nosotros cualquier pretensión de «dar lecciones». Ya reconocíamos en nuestra anterior reflexión «lo mucho que se ha hecho y se está haciendo para corregir las carencias y desigualdades y para encaminarnos hacia una mayor solidaridad» (23). Conocemos las dificultades inherentes a la función pública y agradecemos el servicio que el buen gobierno proporciona a los pueblos.

Pero con la misma libertad de espíritu con la que nos sentimos obligados a llamar la atención sobre los agudos problemas que sufren los pobres, hemos de hacer notar las actuaciones que, honestamente, consideramos menos conformes con el bien de nuestra comunidad y, en consecuencia, pedimos algunas correcciones.

Abrigamos la esperanza de que nuestros gobernantes —en cualquiera de los niveles: municipal, provincial o autonómico— sabrán ver en nuestras palabras la sincera intención de cooperar al auténtico desarrollo de Aragón, sin ningún atisbo de descalificación o lucha partidista. De este modo, nos atrevemos a pedir:

— *Austeridad, programas sociales y lucha contra la corrupción.* No podemos cerrar los ojos ante el desequilibrio que se aprecia en el gasto público, ante la bochornosa sospecha de corrupción que algunas veces salpica a nuestras instituciones, ni ante las repetidas acusaciones

(23) Véase: *A los pobres los tendréis siempre entre vosotros*, números 3 y 17.

de enriquecimiento fácil. Somos testigos de lo decepcionantes y desmoralizadoras que son esas apreciaciones para las muchas gentes de buena voluntad de nuestra sociedad aragonesa. Por eso, pedimos a nuestras autoridades que fomenten la austeridad en el gasto público (obras suntuarias, sueldos, presupuestos) en beneficio de los programas de desarrollo social y económico; que racionalicen las prioridades en la utilización de los recursos y que luchen decididamente para erradicar cualquier sospecha de corrupción en torno a la función pública.

— *Descentralización, subsidiariedad y cooperación.* Una aspiración reiteradamente oída en nuestra Comunidad Autónoma es la de descentralizar al máximo posible las decisiones y las responsabilidades administrativas, como ya se ha indicado anteriormente. Con parecida o mayor insistencia se reclama que se haga más efectiva la subsidiariedad: es necesario que algunos sectores de la Administración pública superen el desconocimiento, la competitividad e incluso la oposición que, con demasiada frecuencia, ejercen respecto a las iniciativas de las asociaciones e instituciones calificadas indebidamente como meramente *privadas*. Lo que reclama el bien de nuestros pueblos y ciudades es una cooperación más estrecha entre los diferentes organismos e instituciones que tienen una misma función social. Esta práctica resulta más dolorosa cuando está motivada por prejuicios o reacciones partidistas.

g) *Invitación a todos los aragoneses de buena voluntad*

25. Por último queremos dirigirnos expresamente a todos los aragoneses, en primer lugar, para unirnos con todos los que se sienten identificados con esta tierra y así animarnos mutuamente a amarla de una forma comprometida, percatándonos de que la gravedad de nuestra si-

tuación amenaza incluso nuestra supervivencia como comunidad.

Pero, por eso mismo, deseamos invitaros a fomentar esa «*cultura de la solidaridad*» que constituye el quicio de esta reflexión. Muchos de vosotros, creyentes o no, estáis comprometidos desde hace tiempo en promover una sociedad más justa, más participativa y más solidaria. Otros, en cambio, presa del miedo, del mal ejemplo o del egoísmo, no se atreven a afrontar los retos antes señalados que comporta este cambio de orientación.

Desearíamos saber animaros a unos y a otros para lograr entre todos un Aragón más solidario consigo mismo y para con los necesitados de otras comunidades, sobre todo del Tercer Mundo.

Son las multitudes de pobres de esos países que eufemísticamente llamamos «sub-desarrollados» las que constituyen nuestra última referencia y recomendación, porque esas personas provocan nuestra más lacerante preocupación. Por muy grandes que sean nuestras carencias, son incomparablemente más tolerables que las de tantos hombres, mujeres y niños que sufren y mueren de necesidad en extensas zonas de nuestro planeta. No hagamos oídos sordos a este grito que nos impulsa a avanzar, con esperanza, por las sendas de esa nueva cultura. A fin de cuentas, aseguran nuestra esperanza los mejores testigos de Aquel que se atrevió a proclamar: «¡Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia!» (Mt 5, 7).

Zaragoza, 16 de febrero de 1994, Miércoles de Ceniza

† Elías Yanes, Arzobispo de Zaragoza.

† Javier Osés, Obispo de Huesca.

† Ambrosio Echebarría, Obispo de Barbastro.

† Antonio Algora, Obispo de Teruel.

† José María Conget, Obispo de Jaca.

† Miguel Asurmendi, Obispo de Tarazona.

† Carmelo Borobia, Obispo Auxiliar de Zaragoza.

**CONSTRUCTORES DE SOLIDARIDAD.
ORIENTACIONES Y PAUTAS DE ACTUACION
CRISTIANA EN TIEMPOS DE CRISIS ECONOMICA**

Carta pastoral de los obispos de las Islas Baleares y Pitiusas

PRESENTACION

Los obispos de las Islas Baleares y Pitiusas, conscientes de nuestra responsabilidad pastoral en cada una de las Iglesias particulares de Mallorca, Menorca e Ibiza-Formentera, nos dirigimos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que quieran escucharnos, como ya lo hicimos al publicar nuestro documento sobre «Ecología y Turismo» el 15 de abril de 1990 (1), para comunicarles una palabra que deseáramos fuese luminosa y alentadora en estos momentos de graves dificultades económicas en nuestras Islas, en España, en Europa y en gran parte del mundo, con dolorosas repercusiones humanas y sociales que nublan el horizonte de futuro para muchos.

Una amplia consulta previa a nuestro pronunciamiento, dirigida a personas e instituciones expertas o directamente interesadas en estos temas, nos ha llevado a pensar que los creyentes —e incluso quienes no lo son— esperan de la Iglesia una palabra alentadora de aquellas ac-

(1) Carta de los obispos de Baleares: «Ecología y turismo en nuestras Islas. Pautas para una actuación cristiana», abril de 1990.

titudes que ayuden a construir solidaridad en medio de la crisis actual.

Nuestras palabras no pretenden —porque no es nuestra competencia— ofrecer soluciones técnicas concretas a los problemas económicos que están en el origen de la actual situación. Quieren referirse, más bien, al campo de las actitudes éticas y morales, individuales y colectivas, anterior, por tanto, a cualquier fórmula técnica. Deseamos ofrecer una propuesta ética y cristiana que oriente el comportamiento de los que forman la Iglesia de Jesucristo, al mismo tiempo que la extendemos a todos aquellos con quienes compartimos un idéntico anhelo de justicia y de solidaridad.

Nos proponemos con ello ser fieles a Jesucristo, a la Revelación del Padre que en Él alcanza su máxima expresión y a la doctrina que sobre el hombre y la sociedad ha explicitado la Iglesia a través del tiempo. Doctrina cuyo punto central lo constituye la dignidad de la persona humana.

Nos presentamos con la única credencial que tenemos, la de portavoces de una Iglesia, comunidad ya salvada por Jesucristo y su signo sacramental, pero también arraigada en el mundo y en particular en estas tierras mediterráneas y que lucha con las dificultades propias de su época y de su gente, de cuyas debilidades y problemas participa y de los que se siente corresponsable. Llevamos el tesoro de la Palabra de Dios y de la Iglesia «en vasijas de barro», sumamente frágiles. Así somos nosotros, agobiados por el peso de nuestras incoherencias y por la falta de testimonio al tener que ser signos visibles de Jesucristo.

Consideramos necesario proclamar una palabra de esperanza que estimule nuevas acciones creativas, solidarias y valientes que faciliten un nuevo tipo de hombre, de mujer y de sociedad en los que los derechos humanos sean respetados y promocionados; las desigualdades escandalo-

sas entre ricos y pobres disminuyan progresivamente; la igualdad de oportunidades y la creación de nuevos puestos de trabajo rompan la creciente espiral del paro; las expectativas de futuro conduzcan a la esperanza, fruto de una eficiente acción colectiva de austeridad solidaria.

Queremos que nuestra Iglesia de las Baleares y las Pitiusas sea, en expresión de Pablo VI, «*experta en humanidad*». Los obispos, en comunión con todo el pueblo cristiano, queremos compartir la angustia que la crisis económica y moral provoca en hombres y mujeres, en jóvenes y niños, en personas mayores, en cada familia y en la sociedad entera. Debemos superar las actitudes fatalistas que se resignan predicando la imposibilidad de mejorar y queremos desterrar la tentación de agravar la crisis buscando a toda costa beneficios puramente individuales.

Nuestra aportación humilde y solidaria desea ser testimonio de la fuerza de la Resurrección de Jesucristo, que capacita a cada hombre y cada mujer para superar el mal y el pecado, y todo lo orienta hacia el bien, la solidaridad y el amor por la misma fuerza de esa Resurrección. En una palabra: nos apoyamos en la fe cristiana, que fue sembrada en el Bautismo, en la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos.

I

PADECEMOS UNA PROFUNDA CRISIS ECONOMICA

1. El paro, manifestación evidente de la crisis económica

«El paro —dice la encíclica *Laborem exercens* de Juan Pablo II— es siempre un mal y cuando alcanza ciertas dimensiones puede llegar a convertirse en una auténtica calamidad social. Llega a ser un problema particularmente

doloroso al afectar sobre todo a los jóvenes, que no consiguen un puesto de trabajo después de haberse preparado adecuadamente en los terrenos cultural, técnico y profesional, viendo así frustradas su voluntad sincera de trabajar y su disponibilidad para asumir la propia responsabilidad en el desarrollo económico y social de la comunidad» (2).

Es precisamente el paro la manifestación más evidente de la crisis, no sólo por la gravedad de las cifras actuales, sino también por los frutos amargos que produce y que en muchas ocasiones permanecen ocultos a los ojos del gran público. Así lo expresaba Juan Pablo II en Barcelona ya en 1982: «De un paro prolongado nace la inseguridad, la falta de iniciativa, la frustración, la irresponsabilidad, la desconfianza en la sociedad y en uno mismo. Se atrofian las capacidades de desarrollo personal, se pierde el entusiasmo, el amor al bien, surgen las crisis familiares, las situaciones personales desesperadas y se cae fácilmente —sobre todo los jóvenes— en la droga, el alcoholismo y la criminalidad» (3).

La «crisis económica» es un hecho de dimensiones mundiales, con repercusiones directas entre nosotros, desde hace tiempo. Son sus indicadores: la fuerte recesión económica, la desproporcionada subida de precios, el desequilibrio entre importación y exportación, la especulación, el desmedido crecimiento de la deuda pública, la falta de inversión productiva, la pérdida de poder adquisitivo de los ingresos familiares, los tipos de interés desproporcionadamente elevados...

Los datos macroeconómicos que revelan las dimensiones de esta crisis no solamente «indican» injusticias manifiestas o latentes, sino el resultado de un deterioro de la

(2) *Laborem exercens*, 18.

(3) Juan Pablo II: Discurso a los trabajadores y empresarios en Barcelona, 7 de noviembre de 1992.

conciencia personal, que no acepta ser formada por principios éticos o cristianos. Ello se percibe más todavía al perderse el sentido de conciencia colectiva y al admitirse sin escrúpulo alguno cualquier atentado contra la dignidad de la persona y el bien común (4).

2. La crisis económica en nuestras Islas

Si esta lista de problemas revela una crisis que va cobrándose sus víctimas ya desde hace tiempo en todo el mundo, somos especialmente sensibles a ella cuando padecemos su concreción en nuestra tierra. La crisis en las Baleares comienza a ser grave en 1989 y el crecimiento del paro se acelera notablemente en 1991. Todos los sectores productivos se ven afectados: construcción, industria y servicios. Afecta principalmente a la pequeña industria tradicional y provoca un estancamiento generalizado en el medio agrario.

He aquí algunos indicadores técnicos que nos muestran la cruda realidad, una realidad que nos afecta muy directamente:

1) La desaceleración de las tasas de crecimiento anual del Producto Interior Bruto (PIB) entre 1988-1990 y el estancamiento de estas tasas entre 1991-1993.

2) El descenso progresivo del nivel de actividad en el sector de la construcción a partir de 1991.

3) La reducción de la demanda turística efectiva entre 1989-1990; el mantenimiento de su nivel entre 1991-1992 y su parcial recuperación en 1993.

4) La progresiva reducción del volumen de ocupación en el período 1989-1993, junto con el paralelo aumento del paro.

(4) Juan Pablo II, en Huelva, junio de 1993.

3. Los más afectados

Esta crisis afecta sobre todo a los más pobres. El análisis de los hechos demuestra que en estos momentos la distancia entre ricos y pobres se acentúa cada vez más y con rapidez creciente. No todos quienes dicen padecer la crisis, la sufren igualmente, como puede constatarse. Algunos no pueden disfrutar del grado de bienestar que habían alcanzado antes. Pero el punto de referencia de la crisis no debe ser la riqueza o la abundancia, sino aquella pobreza real que muchos padecen. No resulta fácil convertirnos a esta referencia, dado el bienestar que muchos habían alcanzado. La presente situación nos exige un cambio de mentalidad como primer paso para llegar a una actitud solidaria.

Las clases de rentas bajas y medias son las más afectadas. Diversas causas, sobre todo la presión fiscal, imposibilitan la subsistencia de pequeñas empresas y comercios. Las minorías étnicas presentes en nuestras Islas, en especial los grupos de emigrantes del norte de África o de otros países en extrema pobreza, viven en condiciones más que precarias. No podemos olvidar a los minusválidos físicos y psíquicos, a los jóvenes que buscan el primer empleo, a muchas personas de cuarenta y cinco o más años a las que no se admite a una nueva incorporación laboral después de haber perdido el anterior empleo, a muchas familias sencillas con hijos en edad escolar o en el servicio militar y que dependen de un único sueldo, a los mayores que han tenido que consumir su propio patrimonio y ahorros y a muchos jubilados con bajas pensiones.

Desde hace cierto tiempo, los presupuestos económicos de nuestras Cáritas Diocesanas se han disparado porque ha surgido un nuevo elemento con que nuestra sociedad no contaba: familias que sobrevivían normalmente tienen que recurrir ahora a la ayuda de Cáritas.

Se trata de una realidad —nos referimos a la acción actual de Cáritas— que desde la Iglesia nos ofrece una visión bastante objetiva de lo que pasa en tantas situaciones de pobreza real y de marginación en el mismo centro de nuestros ambientes normales.

4. Las consecuencias

Las consecuencias de la realidad que acabamos de exponer afectan en primer lugar a la persona en su individualidad. Se percibe el desánimo, la decepción, ciertos síntomas de desmoralización en quienes no se explican cómo han llegado a una situación que les resulta extraña y que les hunde cada vez más.

Unos estaban acostumbrados a otro ritmo de vida y de trabajo, a ingresos más regulares, aunque modestos, que configuraban una economía doméstica sostenible. Otros, ante la posibilidad del dinero fácil, habían emprendido una trayectoria irreversible al conseguir ingresos propios de tiempos económicamente eufóricos; ahora, cuando la crisis les afecta, no tienen recursos para mantener el nivel de gastos de años anteriores y —lo que es más grave— no disponen de una base espiritual y humana suficiente que les permita mantenerse en pie.

Las consecuencias de la crisis empujan a una espiral de desconfianza generalizada y de graves preocupaciones. Preocupa, en efecto, que la agricultura sea un sector económico cada vez más marginal. Preocupa la no renovación de contratos temporales. Preocupa el desmantelamiento progresivo de la pequeña y mediana industria, con el consiguiente sufrimiento de muchos obreros y empresarios. Preocupa la reducción de ventas registrada en los más de quince mil comercios tradicionales, provocada por la introducción excesivamente fácil de las grandes superficies comerciales, con la desaparición de pequeños

comercios y empresas familiares. Preocupan los «despidos repentinos» y la no creación de nuevos puestos de trabajo, pese a la prolongación de la pasada temporada turística. Preocupan los sueldos mínimos y los elevados impuestos, el volumen de morosidad y el gran número de efectos impagados. Preocupa que muchos recurran a la delincuencia o se deslicen en la pendiente del alcohol o las drogodependencias.

Queremos hacer notar que todo eso es la dimensión más visible de una problemática, de la que extraemos una parte significativa, pero que oculta el drama humano de cada persona, joven o adulta, que la sufre, de cada obrero que se siente inseguro, de cada empresario sin perspectivas de futuro, de cada familia afectada en distintas dimensiones. La reflexión sobre los datos expuestos nos muestra un problema que, lejos de estancarse, va en aumento. Por ello, se hace necesario un esfuerzo para ser concretos y buscar soluciones. Debemos construir juntos nuevos caminos de solidaridad.

5. Actitudes y hechos con los que no estamos de acuerdo

Esta crisis tiene que situarse en el marco de una problemática global, fruto de una más amplia crisis del sistema económico y de la civilización en que vivimos (5).

Desde esta visión, *no estamos de acuerdo*:

1) Con la corrupción, resultado de un proceso de deterioro ético, a su vez generador de otros procesos más negativos aún. Hay actitudes y hechos que cuentan con una aceptación generalizada y no pueden ser tolerados de ninguna manera por una conciencia mínimamente soli-

(5) *Sollicitudo rei socialis*, 28 y ss.; *Centesimus annus*, 36.

daria, exigida por una elemental ética civil y mucho más por el Evangelio y la práctica cristiana.

2) Con el consumismo entendido como filosofía de la vida que eleva el materialismo a la categoría de bien supremo y convierte lo superfluo en conveniente, lo conveniente en necesario y lo necesario en imprescindible. Corremos el riesgo de caer en una estrategia muy peligrosa: el vacío espiritual y la falta de valores éticos. ¿Qué sentido tiene el aprovechamiento egoísta de todo hasta el máximo y sin escrúpulos de ninguna clase? ¿Hacia dónde nos conduce?

3) Con la falta de mecanismos de solidaridad social que crea individualismos públicamente reconocidos y tolerados desde la Administración, como el aprovechamiento de la crisis en beneficio propio, el derroche del dinero de todos en sectores públicos que no deja paso a mejoras sociales, el exagerado burocratismo y lentitud de muchas instituciones, la pérdida de valores comunitarios, la percepción irregular o improcedente de subsidios de paro, la insolidaridad entre los mismos obreros provocada por favoritismos o situaciones de falseamiento de la realidad.

4) Con las drogas sociales de los juegos de azar, que en una situación de crisis mueven escandalosas cantidades de dinero, despertando expectativas perjudiciales debido a la ambición que crean, así como la frustración por los fracasos que provoca la afición desmedida al juego, loterías, sorteos y toda una inflación de concursos que dificultan seriamente la formación humana y cultural y pretenden poner al alcance de cualquiera cantidades desproporcionadas.

5) De ninguna manera podemos estar de acuerdo con la exaltación de la violencia ni con la manera cómo se hieren la intimidad y la sensibilidad de los espectadores en muchos programas de los medios de comunicación, cuando deberían ser un medio eficaz para orientar éticamente la vida de todo un pueblo.

Esta aproximación a las realidades negativas de nuestra sociedad nos permite ver lo que pasa con ojos críticos y nos impulsa a actuar para mejorarlo.

Hemos de asumir, con conciencia solidaria, la responsabilidad que todos tenemos en el hecho de que las cosas sean así. Sabemos que personalmente podemos cambiar de actitudes y de hechos, decidiéndonos por aquella austeridad que Jesucristo proclama en las Bienaventuranzas cuando dice: «Dichosos los que eligen ser pobres» (Mt 5, 3). Aquí, Jesús se refiere:

- a los sencillos en su planteamiento de vida,
- a los humildes,
- a los que trabajan por la paz y el perdón,
- a los de corazón limpio y transparente,
- a los que practican la caridad y la misericordia,
- a los marginados, perseguidos o calumniados por ser justos, por haber escogido un estilo de vida según el Evangelio, porque no ceden a la tentación de abusos consumistas, materialistas o egoístas. Todos ellos han comprendido que Dios es Padre y que los hijos, para serlo de verdad, deben comportarse como hermanos.

¿Quién, en la situación en que vivimos, se ha planteado cómo puede ayudar a los que padecen y que están a nuestro lado, aunque también suframos nosotros?

Pensando en la Parábola del Buen Samaritano (6), ¿no se trata ahora del prójimo abandonado al borde del camino? Demasiadas veces nos preguntamos: «¿Qué me pasará si me detengo a ayudarlo?», en lugar de decirnos: «¿Qué le pasará si no le ayudo?». Esta última pregunta señala el cambio de perspectiva: la solución humana y humanizadora está en aproximarme, acercarme al humillado, al postrado, al que no tiene ningún recurso..., para ayudarlo a levantar la frente con dignidad.

(6) Lc 10, 25-37.

II

LA PALABRA DE DIOS Y LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA NOS ILUMINAN EN ESTA SITUACION DE CRISIS ECONOMICA

El espíritu evangélico de muchos cristianos ha evitado que permanecieran anclados en la aceptación de la crisis como un mal inevitable. La Palabra de Dios ha sido para ellos una fuente inagotable de fortaleza y creatividad. Un testimonio elocuente de esta actitud lo encontramos, por una parte, en muchas comunidades y cristianos individuales y, por otra, en el pensamiento cristiano en materia social y más concretamente en los documentos de la Doctrina Social de la Iglesia de los últimos años.

Ya hemos dicho que no compartimos la postura desesperanzada y fatalista del «no hay nada que hacer». Siguiendo el Evangelio de Jesucristo, queremos evitar la ausencia de espíritu crítico y esperanzado que domina la sociedad consumista y no echarnos atrás ante las dificultades. La Palabra de Dios guía nuestra opción por lo comunitario y solidario en contra de cualquier preferencia por lo egoísta e insolidario.

1. Una dinámica de ruptura y de servicio

La fe en el Dios Trinidad, que es comunidad, solidaridad total en la donación, la relación y el amor, pone en marcha una nueva dinámica en el corazón de cada creyente, en el interior de la comunidad reunida en el nombre del Dios revelado por Jesús. Esta dinámica pretende romper toda idolatría, especialmente la refinada del dinero como nuevo becerro de oro que exige culto exclusivo. Jesús nos lo ha dicho así: «Nadie puede servir a dos señores: si ama a uno, no amará al otro; si hace caso de

uno, no hará caso del otro. No podéis servir a Dios y al dinero» (7).

Al culto a la riqueza decimos decididamente: «¡No!». Provoca, como dice la Biblia y comprobamos en nuestra propia experiencia, necesidades insaciables y el vacío espiritual de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios y destinada a hallar su plenitud sólo en Dios mismo. La persona no puede ser reducida a puro objeto de tráfico y consumo. Decimos: «¡No!», porque sabemos que el verdadero fin de la vida es más alto; Dios, a través de Jesucristo, le ha dado una nueva orientación, la del amor, no la del aprovechamiento egoísta. Decimos: «¡No!», porque somos personas y no piezas de mercado ni números sobre los que se pueda especular, comprar o vender.

2. Un estilo de austeridad y proximidad

Los apóstoles, después de la venida del Espíritu Santo, al tener ya plena conciencia de quién era el Señor Jesús, a quién servían y en quién habían puesto toda su confianza, tenían muy clara la respuesta a pobres y necesitados: «No tenemos plata ni oro, pero te damos lo que tenemos: ¡En nombre de Jesucristo echa a andar!» (8).

Hoy, la Iglesia —sacramento de Jesucristo— quiere presentarse con esta pobreza, que es su gran riqueza, la de quien sólo puede alargar una mano amiga, pero una mano que desea salvar a toda la persona en su integridad y no en una parte. No quiere hacerlo con actitudes de autosuficiencia ni de riqueza material. Puede dar la impresión de que dispone de bienes materiales, porque la historia la ha constituido heredera de un importante patrimonio artístico y cultural. Pero sabemos que tales bie-

(7) Mt 6, 24.

(8) Hch 3, 6.

nes, lejos de producir ganancias, generan elevados gastos de conservación. Con todo, queremos llegar a cada persona y a toda la sociedad, impulsados por el único mandamiento de Jesús, el del amor: «Amaos unos a otros, como yo os he amado» (9).

3. Persona humana y vida social

a) *La persona humana, centro de la realidad*

Dice el Concilio Vaticano II: «¿Qué piensa la Iglesia del hombre? ¿Qué hay que recomendar para construir la sociedad actual? ¿Cuál es la significación última de la actividad humana en el mundo? Se espera una respuesta a estas preguntas. De aquí se seguiría más claramente que el Pueblo de Dios y la familia humana, en la que aquél se injerta, se rinden un mutuo servicio, por el que la misión de la Iglesia se demuestra como religiosa y, por lo mismo, profundamente humana» (10).

Con esta introducción el Concilio abre su reflexión sobre la dignidad de la persona humana. Proclamando con toda claridad que, «de acuerdo con la afirmación concorde de creyentes y no creyentes, todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos» (11).

b) *La persona humana, ser social*

El Concilio Vaticano II nos dice: «La Sagrada Escritura enseña que el hombre fue creado a imagen de Dios, ca-

(9) Jn 13, 34.

(10) *Gaudium et spes*, 11.

(11) *Gaudium et spes*, 12; *Centesimus annus*, 54.

paz de conocer y amar a su Creador, constituido por El sobre todas las criaturas terrenales como señor (Gn 1, 26; Sab 2, 23) para que las gobernara y le sirvieran, glorificando a Dios (Sir 17, 3-10). Pero Dios no creó al hombre en solitario: desde el principio los hizo hombre y mujer (Gn 1, 27). Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su propia naturaleza, un ser social que no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás» (12).

c) *La persona humana, hija de Dios*

Más aún, si consideramos la dignidad de la persona humana como nos ha sido revelada, surge una nueva dimensión al afirmar que hemos sido redimidos por Jesucristo, constituidos hijos y amigos de Dios por el don de la gracia y con el camino abierto a un nuevo progreso, a un humanismo trascendente que le da mayor plenitud: «Esta es la finalidad suprema del desarrollo personal» (13).

4. La economía al servicio del hombre

Releamos las luminosas palabras del Concilio Vaticano II: «También en la vida económico-social deben respetarse y promoverse la dignidad de la persona humana, su entera vocación y el bien de toda la sociedad. Porque el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social. La economía moderna, como los restantes sectores de la vida social, se caracteriza por una creciente dominación del hombre sobre la naturaleza, por la multi-

(12) *Gaudium et spes*, 12.

(13) *Populorum progressio*, 16.

plicación e intensificación de las relaciones sociales y por la interdependencia entre ciudadanos, asociaciones y pueblos, así como también por la cada vez más frecuente intervención del poder político. Por otra parte, el progreso de las técnicas de la producción y de la organización del comercio y de los servicios han convertido a la economía en instrumento capaz de satisfacer mejor las nuevas necesidades acrecentadas de la familia humana» (14).

Después de esta constatación positiva, el Concilio Vaticano II manifiesta que no faltan, sin embargo, motivos de preocupación. En una época —manifiesta— en que el crecimiento de la vida económica, si fuera dirigido y coordinado racional y humanamente, mitigaría las desigualdades sociales, sucede más bien todo lo contrario: dicho crecimiento las envenena más aún y quienes lo pagan son los más pobres y débiles.

El progreso económico tiene que estar al servicio del hombre. Por ello, dice el Concilio, al referirse a la producción: «La finalidad fundamental de esta producción no es el mero incremento de los productos, ni el beneficio, ni el poder, sino el servicio del hombre, del hombre integral, teniendo en cuenta sus necesidades materiales y sus exigencias intelectuales, morales, espirituales y religiosas; de todo hombre, decimos; de todo grupo de hombres, sin distinción de raza o continente» (15).

5. La economía, buena administración para el bien común

Recordando la encíclica *Mater et magistra* de Juan XXIII, el Vaticano II entiende el bien común como «el conjunto de aquellas condiciones de vida social que permiten tanto

(14) *Gaudium et spes*, 63.

(15) *Gaudium et spes*, 64.

a los grupos como a los individuos conseguir con mayor plenitud y facilidad su propia perfección»; así crece la conciencia de la elevada dignidad que corresponde a la persona humana, ya que ésta es superior a todas las cosas y sus derechos y obligaciones son universales e inviolables.

Es preciso, pues, que se encuentre al alcance del hombre todo aquello que necesita para llevar una vida verdaderamente humana, como el alimento, el vestido, el alojamiento, el derecho a la libre elección de estado y a fundar una familia, a la educación, al trabajo, a la buena fama, al respeto, a la adecuada información, a actuar de acuerdo con la recta norma de la propia conciencia, a la protección de la vida privada y a la justa libertad, incluida la libertad religiosa.

Por tanto, el orden social y su progreso tienen que repercutir constantemente en bien de las personas, ya que la organización de las cosas debe someterse al orden de las personas y no al revés. Es lo que subrayó Jesús al decir que «se hizo el sábado para el hombre y no el hombre para el sábado» (16). Dicho orden debe desarrollarse constantemente, fundamentarse en la verdad, construirse en la justicia, vivificarse por el amor y encontrar en la libertad un equilibrio cada vez más humano. Para obtenerlo, será necesario introducir una verdadera renovación de la mentalidad y amplios cambios sociales.

El Espíritu de Dios está presente en la evolución descrita. El, que con providencia admirable dirige el curso del tiempo y renueva la faz de la tierra. La levadura evangélica ha suscitado y suscita en el corazón del hombre una imparable exigencia de dignidad (17).

He aquí tres aspectos clave de esta cuestión: el ejercicio de la autoridad como servicio al bien común; la soli-

(16) Mc 2, 27.

(17) *Gaudium et spes*, 26.

daridad como virtud esencial en las relaciones de una comunidad humana; el principio de subsidiariedad, que mira el progreso como resultado del trabajo e ingenio de los mismos pueblos, respetando su propia autonomía y su capacidad de decisión.

6. El trabajo, clave de la cuestión social

Debemos añadir la alternativa del trabajo a la problemática analizada en torno al paro, subrayando que el trabajo humano es una clave, seguramente la más esencial en toda la cuestión social, si la contemplamos desde el punto de vista del bien del hombre. La solución gradual de la cuestión social ha de buscarse en la dirección de hacer la vida del hombre «más humana», como dice el Concilio Vaticano II (18).

Entendemos así el trabajo, tanto desde la inteligencia como desde la fe, como dimensión fundamental de la existencia humana, pues sitúa al hombre en la línea del plan original del Creador. Cuando esta actividad humana —que constituye al mismo tiempo un derecho fundamental de la persona— es negada, todo el hombre entra en crisis. De ahí la importancia de una ordenación de la actividad humana siempre al servicio del hombre, «ya que el hombre vale más por lo que es, que por lo que posee» (19).

Por ello continúan teniendo plena actualidad estas palabras del Vaticano II: «Asimismo, cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un planteamiento más humano en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos. Pues dichos progresos pueden ofrecer, como si dijéramos, el material

(18) *Laborem exercens*, 3.

(19) *Gaudium et spes*, 35.

para la promoción humana, pero por sí solos no pueden llevarla a cabo. Por tanto, ésta es la norma de la actividad humana: que, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, sea conforme al auténtico bien del género humano y permita al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación» (20).

También este principio debe quedar asegurado: la prioridad del trabajo sobre el capital tiene que orientar el funcionamiento de cualquier sistema económico. Queremos decir que el trabajo es superior a los demás elementos de la vida económica, que sólo poseen la categoría de instrumentos. Nunca la persona puede ser esclava del propio trabajo. Las leyes económicas han de procurar que así sea realmente (21).

Capital y trabajo no pueden separarse. El materialismo y el economicismo los separan. Y ello constituye uno de los detonantes estructurales de la crisis económica, que repercute directamente en la persona del trabajador. En la ruptura entre ambas realidades, e incluso en su contraposición, existe un error de fondo. Lo explica Juan Pablo II en su encíclica sobre el trabajo *Laborem exercens*: «El error del economicismo es considerar el trabajo humano exclusivamente según su finalidad económica; el error del materialismo es la convicción de la superioridad de todo lo material». Y añade: «No se ve otra posibilidad de una superación radical de este error, si no intervienen cambios adecuados, tanto en el campo de la teoría como en el de la práctica, cambios que van en la línea de la decisiva convicción de la primacía de la persona sobre las cosas, del trabajo del hombre sobre el capital como conjunto de los medios de producción» (22).

(20) *Gaudium et spes*, 35.

(21) *Gaudium et spes*, 67.

(22) *Laborem exercens*, 13.

En esta línea, queremos aportar las convicciones de la Iglesia, que destacan el principio de la prioridad del trabajo, lo que ayuda a descubrir el verdadero sentido de la propiedad. Sigue siendo inaceptable la postura del capitalismo «rígido», que defiende la propiedad privada de los medios de producción como un «dogma» inviolable en la vida económica (23). El camino es el de una mayor participación, apoyada en la responsabilidad de todos, en el derecho y en la obligación de trabajar.

Nos remitimos aquí a la riqueza de exposición de esta encíclica *Laborem exercens* de Juan Pablo II sobre el trabajo, que nos presenta el hecho de la creación de puestos de trabajo como criterio para juzgar de la bondad de un sistema económico (24), así como la remuneración, la estabilidad y otras condiciones positivas del trabajo (25).

7. Espiritualidad del trabajo

Finalmente, unas palabras sobre la espiritualidad y la teología del trabajo. Debemos dar al trabajo del hombre concreto la significación que posee a los ojos de Dios. A través del trabajo el hombre entra en la obra de la creación y de la salvación, como imagen de Dios, que es él mismo. Así, el hombre imita a Dios, tanto en el trabajo como en el descanso. La conciencia de que el trabajo humano es participación en la obra creadora de Dios, tiene que llegar hasta la valoración positiva de las tareas diarias más simples.

La conciencia de esta participación es uno de los elementos que contribuye a unir esfuerzos y medios en la

(23) *Laborem exercens*, 14.

(24) *Laborem exercens*, 17-18.

(25) *Laborem exercens*, 19.

creación de nuevos puestos de trabajo. Creemos firmemente que las cosas pueden cambiar, y cambiarán de hecho, si estamos verdaderamente dispuestos a colaborar en la creación de nuevas condiciones de vida que sitúen a la persona como el primer valor y abran caminos de efectiva solidaridad. Este deber incumbe particularmente a cuantos tienen en sus manos el poder y la responsabilidad de decidir en la cuestión económica: políticos, empresarios, trabajadores sociales, líderes sindicales, responsables de las finanzas y gestores de la Administración pública.

8. Ejercicio de la solidaridad

En el marco de una lectura teológica de los problemas modernos, la encíclica *Sollicitudo rei socialis* afirma que «el ejercicio de la solidaridad en el interior de cada sociedad es sólo válido cuando sus miembros se reconocen recíprocamente como personas. Los más importantes, en cuanto poseedores de una mayor parte de bienes y servicios comunes, deben sentirse responsables de los más débiles, dispuestos a compartir con ellos lo que poseen» (26).

La Iglesia, en virtud de su compromiso evangélico, se siente llamada a permanecer junto a las multitudes pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a realizarlas sin perder de vista el bien de los distintos grupos en función del bien común. Existe una interdependencia que debe convertirse en solidaridad, basada en el principio de que los bienes de la creación están destinados a todos. Y todo aquello que produce la industria humana, mediante la elaboración de las primeras materias y la aportación del trabajo, está destinado al bien de todos los hombres.

(26) *Sollicitudo rei socialis*, 39.

«La solidaridad —sigue la encíclica— nos ayuda a ver al “otro” —persona, pueblo o nación— no como un instrumento para explotar a bajo coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sea útil, sino como uno de nuestros “semejantes”, una “ayuda” (cfr. Gn 2, 18-20), para hacerle partícipe, como nosotros, del banquete de la vida, al cual todos somos igualmente invitados por Dios. Por eso es tan importante despertar la conciencia religiosa de los hombres y los pueblos».

La solidaridad es, sin duda, una virtud cristiana, signo y fruto de la caridad, distintivo de los discípulos de Cristo. A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones específicamente cristianas de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces, el prójimo ya no es solamente un ser humano con sus derechos y sus deberes e igual a todos en dignidad, sino que se convierte en la viva imagen de Dios Padre, rescatada por la Sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo (27).

Invitamos al ejercicio constante de la solidaridad humana y cristiana. Sólo así podrían dedicarse todas las energías positivas al desarrollo y a la paz, como ruta efectiva hacia la auténtica fraternidad.

III

LA IGLESIA CONTRIBUYE A LA CONSTRUCCION DE LA SOLIDARIDAD

1. El testimonio de las obras

Dice Juan Pablo II en la encíclica *Centesimus annus*: «Hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su

(27) *Sollicitudo rei socialis*, 40.

mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras, antes que por su coherencia y lógica interna. De esta conciencia deriva también su opción preferencial por los pobres, la cual nunca es exclusiva ni discriminatoria de otros grupos. Se trata, en efecto, de una opción que no vale solamente por la pobreza material, pues es sabido que, especialmente en la sociedad moderna, se hallan muchas formas de pobreza no sólo económica, sino también cultural y religiosa. El amor de la Iglesia por los pobres, que es determinante y pertenece a su constante tradición, la impulsa a dirigirse al mundo en el cual, no obstante el progreso técnico-económico, la pobreza amenaza con alcanzar formas gigantescas. En los países occidentales existe la pobreza múltiple de los grupos marginados, de los ancianos y enfermos, de las víctimas del consumismo y, más aún, la de tantos prófugos y emigrados; en los países en vías de desarrollo se perfilan en el horizonte crisis dramáticas si no se toman a tiempo medidas coordinadas internacionalmente» (28).

Aunque con muchos fallos, porque los cristianos somos débiles como cualquier otra persona, la Iglesia no sólo ha proclamado constantemente su palabra en este campo con la confianza puesta en la Revelación de Dios, en la persona de Jesucristo y en la acción eficaz del Espíritu Santo, sino que ha hecho presente —a través de todos sus miembros— una acción transformadora verdaderamente relevante. El voluntariado cristiano es nuestra gran riqueza, que ofrecemos en nombre de Cristo y de toda la comunidad eucarística, de donde nace toda la sensibilidad que se percibe hoy en las comunidades parroquiales, en los grupos, movimientos y asociaciones, en torno a los problemas humanos y sociales. Así como la labor dedicada a la persona concreta de tú a tú, teniendo

(28) *Centesimus annus*, 57.

siempre en cuenta cada caso para solucionarlo en su total dimensión humana.

Valoramos especialmente la labor entregada de nuestras Cáritas y de otras instituciones semejantes de nuestras diócesis, desde los voluntarios en tantas acciones sociales hasta los que mediante suscripciones y ayuda moral apoyan esta tarea de la Iglesia entre los pobres.

Se trata, sin embargo, de un trabajo no exclusivo de la Iglesia, ya que lo comparte con otros muchos, incluso no creyentes, con quienes trabaja solidariamente, uniendo además esfuerzos para el cambio de estructuras sociales, y que se hacen presentes en instituciones públicas, asociaciones de vecinos y demás grupos con preocupación social.

Los cristianos, junto a tantos otros, queremos fomentar cuanto suponga la objeción de conciencia frente a aquellas leyes que van en detrimento de los más pobres y marginados. Queremos potenciar lo que conduce a la solidaridad, al trabajo en equipo, a la promoción humana, a la ayuda familiar, a fin de que no se pierdan puestos de trabajo, aun cuando aparezca como única solución la renuncia a un sueldo más elevado.

2. Realidades y actitudes positivas

Al contemplar objetivamente la acción de la Iglesia en el campo social, detectamos realidades muy positivas que inciden directamente en la solución de situaciones negativas para muchas personas y familias:

— Los talleres ocupacionales y centros de reciclaje, que acogen a personas necesitadas de reinserción social.

— Todas las actividades que se llevan a cabo en las parroquias y desde las parroquias para la formación y sensibilización social, a más de las acciones puntuales en

favor de los más pobres, los menos preparados, los enfermos, ancianos, inmigrantes, niños abandonados, madres maltratadas, prostitutas, alcohólicos, enfermos de SIDA, drogodependientes, etc. Todo ello con programas concretos y ayudas económicas, a veces mediante convenios con la Administración pública y como resultado de la participación solidaria en colectas al efecto o como donación habitual, que son fruto de saberse desprender no sólo de lo que sobra, sino también de lo necesario para vivir.

— La entrega de la propia vida por parte de sacerdotes, religiosos y laicos, aquí y en países del Tercer Mundo, siempre con el riesgo de no contar con los recursos suficientes e incluso poniendo en peligro su propia salud.

— El esfuerzo de participación de nuestras diócesis en el Fondo de Cooperación con el Tercer Mundo; gesto compartido con instituciones políticas y otras no gubernamentales, con la mentalización y la red de solidaridad que todo ello supone.

Junto a estas realidades, entre otras, también queremos dejar constancia de la actitud de muchas personas y grupos enteros, que son como la fuente de donde mana el espíritu permanente de solidaridad, en total oposición a la lucha por el poder, la ambición material o el enfrentamiento: el espíritu de cooperativismo, de sacrificio y austeridad personales, de esfuerzo silencioso y sensibilidad social, de aprovechamiento del tiempo libre para un servicio altruista, de un estilo de vida más natural y ecológico, aprovechando los recursos inmediatos, fomentando el reciclaje de materiales, defendiendo el medio ambiente...

Supone una manifestación del nivel humano y evangélico de nuestras Iglesias el hecho de contar ya con un potencial de acción social que trabaja para aligerar los problemas, que no propone soluciones superficiales, sino que mira a largo plazo y construye caminos de futuro. No

queremos, desde luego, establecer vías paralelas con nadie, ni tampoco con las Administraciones públicas, mientras sus programas manifiesten, en mayor o menor grado, sensibilidad por erradicar progresivamente los males que nos afligen y el propósito de facilitar la subsistencia de los más pobres.

En nombre de Jesús queremos animar todo este trabajo tan positivo y fecundo, y a ejemplo suyo proclamamos también nuestras preferencias a fin de que los ricos no sean más ricos a costa de que los pobres lo sean cada vez más.

IV

LA ACTUACION CRISTIANA

1. Práctica que ofrecemos

El proyecto de Jesús sobre la Iglesia y la práctica social recibida desde el comienzo constituyen una dilatada lección de humanidad.

El Concilio Vaticano II, cuyo espíritu hemos tenido muy presente en esta carta pastoral, define la Iglesia como «Pueblo de Dios» (29) y el Nuevo Testamento por boca de San Pablo la describe con la imagen del «cuerpo humano» (30). Ambas realidades nos la presentan como comunidad de personas, como relación fraterna y solidaria. Pero con una particularidad: la fuerza de la unión no es solamente el resultado de un consenso ni la coincidencia ideológica, ni los lazos de amistad, familiaridad o simpatía. La razón profunda de la unidad es Dios mismo, el Espíritu Santo.

(29) *Lumen gentium*, 9-17.

(30) 1 Cor 12, 12-13.

Por eso, nuestra aportación al señalar pautas concretas de actuación cristiana, parte ya del principio de que somos una comunidad de hermanos que quieren vivir en comunión unidos por el Dios que es Amor (31).

Esto es lo que ofrecemos, con nuestros valores y defectos, aciertos y fracasos; con una larga historia de solidaridades, de lucha al lado de los pobres, de comunión universal que aglutina pueblos, razas, lenguas y naciones y que proclama la igualdad de todos por ser hijos de un mismo Padre, Dios. Esta es la práctica que ofrecemos porque —como proyecto comunitario que somos— debemos potenciar al máximo lo que fomenta entre nosotros la concordia, el amor, la constante reconciliación y el perdón. Construir la solidaridad de corazón y con las obras, es posible, si todos nos convertimos a ella.

2. Pautas concretas de actuación

1. *Poner la persona como centro de todas las preocupaciones*, particularmente la persona de los parados de larga duración, los marginados del mercado de trabajo y sus familias, en las dimensiones reales que alcanzan en nuestras Islas.

2. *Promover un nuevo orden de valores que proclame y asuma* que el ser es antes que el tener y aparentar, la gratuidad antes que el interés, el deber hacia los demás antes que el derecho propio, la laboriosidad y profesionalidad antes que la ganancia inmediata, el contacto de tú a tú antes que la burocracia innecesaria y otros medios despersonalizadores.

3. *Vivir la solidaridad y la austeridad como virtudes propias del tiempo presente*. Traduciendo esta actitud en

(31) 1 Jn 4, 8.

gestos y hechos concretos, como optar por formas más sencillas de vida, de diversión, de uso activo, creativo y formativo del tiempo libre. Una austeridad que se ha de manifestar también en el uso de los bienes privados y públicos, como el agua y la energía, tratando con cuidado lo que es de todos, con la adecuada educación de los consumidores.

4. *Siendo participativos y activos en la sociedad.* Aumentando la presencia responsable en instituciones ciudadanas, grupos políticos y de opinión, asociaciones culturales y cívicas y entidades relacionadas directa o indirectamente con la economía. Siempre con el objetivo de procurar por todos los medios el bien común.

5. *Los que tienen trabajo, valorarlo y realizarlo con la máxima perfección posible y con sentido de corresponsabilidad,* puesto que el trabajo es un don que debemos apreciar como nunca en estos tiempos y compartir en lo posible con quienes no lo tienen.

6. *Los parados, buscar trabajo y reciclarse, con el fin de poderlo obtener más fácilmente.* Carecer de trabajo no constituye una excusa para deponer la propia responsabilidad. Es preciso velar sobre uno mismo para no dejarse hundir humanamente y buscar ayuda de todas clases, material y espiritual.

7. *Dar respuesta eficaz a las nuevas y antiguas pobrezas,* con creatividad y con vocación solidaria. Crear y apoyar comedores sociales, casas para transeúntes y gente sin hogar, servicios gratuitos para necesitados, cooperativas, programas de prevención y atención a la drogodependencia, al SIDA y al alcoholismo.

8. *Fomentar la iniciativa y la creatividad en el campo laboral,* para crear y mantener puestos de trabajo y aumentar los recursos de la comunidad. Apoyar las fundaciones y las iniciativas con carácter social que puedan favorecer, aunque sea mínimamente, la creación de nuevos puestos de trabajo y la reinserción social.

9. *Priorizar la austeridad y fomentar el ahorro individual y colectivo.* Las funciones del ahorro no se limitan solamente a la reserva de recursos para los momentos de necesidad. El ahorro que generan las familias y las Administraciones públicas, es la base de la que dependen las inversiones productivas capaces de generar incrementos de actividad, renta y ocupación. Ahorrar es una manera de ser solidario.

10. *En la política macroeconómica, no priorizar la lucha contra la inflación frente a la lucha por la creación de puestos de trabajo.* Es preciso asegurar también inversiones para la investigación y la formación profesional.

11. *Favorecer la creación de condiciones generales que posibiliten e impulsen las decisiones de inversión de las empresas, especialmente las más pequeñas.* Es preciso un gran esfuerzo de apoyo a la pequeña y mediana empresa—tan numerosa en nuestras Islas—, a través de un amplio abanico de medidas que contribuyan a recuperar las expectativas y el incremento progresivo de los deseos de invertir.

12. *Por parte de los Gobiernos, procurar una mejor redistribución de recursos, haciendo llegar a los más desprovistos una parte de la abundancia de bienes de los más favorecidos.* Los niveles de cohesión y de eficiencia social dependen en buena parte de una justa distribución de la renta y la riqueza. Por otra parte, la cohesión y eficiencia sociales son requisitos indispensables para la eficacia y la competitividad de cualquier economía. El testimonio personal de los gobernantes puede representar un papel decisivo en la solución del problema.

13. *También, por parte de la Administración pública, favorecer especialmente la formación y el reciclaje de los trabajadores, sobre todo la formación de los jóvenes, para conseguir nuevos puestos de trabajo.*

14. *Por parte de todos, procurar la honradez y transparencia en los negocios y en todo tipo de trabajo.* Es un

esfuerzo que a todos corresponde frente a los problemas que exigen una actuación solidaria.

15. *A la luz del Evangelio, desde la vivencia sacramental y la plegaria, fomentar la presencia y el compromiso de los cristianos en la sociedad.* A través de asociaciones de vecinos, sindicatos y partidos, movimientos ecologistas y pacifistas, asumiendo cargos de responsabilidad cuando haga falta para un servicio desinteresado, fomentando la responsabilidad cívica y el interés por la cosa pública.

16. *Mantener siempre un diálogo franco, sincero y constructivo, en cualquier mesa de negociaciones.* Ha de ser siempre un ejercicio de madurez y una práctica habitual que favorezca la información mutua y el deseo de construir y avanzar. Desearíamos que la práctica de las comunidades cristianas fuese ejemplar, en este sentido, para las instituciones temporales.

17. *Conseguir que la solidaridad llegue a ser una verdadera fraternidad.* Desde la caridad estructural, que mira al bien común, hasta la caridad personal, es preciso impulsar todas las acciones hacia la sociedad entera, comprendiendo el bien común como concepto dinámico, es decir, como el conjunto de condiciones económicas, sociales, políticas, humanas y morales que hacen posible el pleno desarrollo de la persona y de la comunidad humana.

18. *Animar a los agentes sociales de las Baleares a abrir un debate amplio, objetivo y generoso sobre las causas de la crisis y las posibilidades de actuación de cada uno, en orden a la aportación de elementos que ayuden a solucionar los problemas, tanto particulares y concretos como generales.*

19. *Favorecer, por parte de las Administraciones públicas, impulsar, por parte de los agentes sociales, y aplicar, por parte de los empresarios, medidas que incrementen la eficacia de los procesos productivos y la calidad de los productos, con el fin de optimizar la utilización de los recur-*

sos limitados disponibles e incrementar los niveles de competitividad de los bienes y servicios. Así será posible conseguir un horizonte más amplio de crecimiento, de equilibrio económico y de aumento de la ocupación. Procurar la eficacia y calidad de la producción es un factor esencial de solidaridad.

20. Ante la crisis actual, no podemos olvidar tampoco que hay que ser capaces de *mantener con el medio ambiente una actitud rigurosa, coherente y atenta a los intereses colectivos, y, a la vez, potenciar estructuras económicas que compatibilicen la mejora del medio ambiente y el tratamiento de los residuos urbanos con una economía social y solidaria.*

21. *Ante el deber de informar a la opinión pública sobre la crisis económica, presentar siempre un análisis objetivo de la situación, sin ocultar ni su gravedad ni los posibles síntomas de recuperación.*

CONCLUSION

Constituye un buen criterio para nuestro tiempo lo que nos dice San Agustín en su *Epistola ad Parthos* para orientar la auténtica acción social: «El cristiano que da un trozo de pan al hambriento, realiza una obra de misericordia; pero el que la hace innecesaria, suprimiendo las causas originantes de la injusticia, lucha de manera mucho más eficaz por el triunfo pascual» (32).

La Pascua de Jesús, superación definitiva de las pobreza y injusticias más radicales, nos hace caer en la cuenta de que la fe cristiana no puede ser nunca el ficticio descanso de los que viven tranquilos sin amor. Todo lo contrario: la fe cristiana debe ser el fundamento y el mo-

(32) San Agustín, *Ep. ad Parthos*, 8, 5.

tor de nuestra generosa entrega a los demás. La fe no es opio, ni narcótico, ni billete para bien morir, sino estímulo y fuerza para hacer de nuestra tierra una tierra de hermanos mientras caminamos hacia la meta definitiva.

No queremos cerrar los ojos a la realidad ni silenciar que los cristianos no siempre hemos sido ejemplares en ello. Pero tampoco seríamos coherentes con nuestra misión de Pastores si no proclamásemos con todas nuestras fuerzas que la fe auténtica en Jesús resucitado ha sido, es y será siempre, el valor liberador, humanizador y salvador por excelencia.

Entendemos, por tanto, que el primer destinatario de este don es el hombre. Cuando Jesús se sitúa decididamente al lado de los pobres, cuando devuelve la salud a los enfermos, libera a los oprimidos y proclama con hechos que el Reino de Dios acabará con el dolor, la marginación, el pecado, el sufrimiento y la muerte, proclama y demuestra que Dios está a favor del hombre. Por eso, se le ha revelado en Jesús y se le ha entregado, «tomando nuestra condición humana». Así, Jesús ama al hombre y en él la vida, hasta decir: «He venido para que tengáis vida y la tengáis en abundancia» (33).

Desde esta visión ética y cristiana sentimos la responsabilidad de hacer frente a la crisis económica presentando, junto con nuestras sugerencias, el ofrecimiento de aquellos medios a nuestro alcance, que ya son práctica habitual de los grupos y comunidades eclesiales, que están orientados a crear una mayor sensibilidad social. Creemos que en este trabajo debemos participar todos, cada uno desde su propia responsabilidad, demostrando así que la crisis no alcanzará solución desde posturas enfrentadas, sino desde el estímulo al consenso y a compartir todas las posibles propuestas de solución.

(33) Jn 10, 10.

Subrayamos por tanto la necesidad de impulsar y conjugar funciones de solidaridad. La crisis exige respuestas públicas coherentes; pero sabemos también que cada cual debe comprometerse en acciones personales concretas.

Queremos recordar las palabras de Juan Pablo II en su última visita a España, en las que se refería al paro, a la situación de los pobres, a las desigualdades sociales y a la marginación: «Con deferencia y respeto, deseo dirigirme a los que ejercen responsabilidades públicas por el bien de la comunidad, para un renovado esfuerzo en favor de la justicia, la libertad y el desarrollo. Que dediquen lo bueno y mejor de sí mismos a potenciar los valores fundamentales de la convivencia social: solidaridad, defensa de la verdad, honestidad, diálogo, responsable participación de los ciudadanos en todos los niveles. Que el imperativo ético y la voluntad de servicio sean constante punto de referencia en el ejercicio de sus funciones».

«En esta tarea de construir una nueva sociedad —dice el Papa— más rica en humanidad y valores trascendentes, ejercen un importante papel los representantes del mundo de la cultura, a los que animo a unir voluntades y a impulsar el trabajo creador para afrontar los retos con que España se encuentra en el momento actual. No podemos olvidar el mundo laboral. Por eso, no dejo de exhortar a los trabajadores y empresarios —desde sus respectivas responsabilidades en la sociedad— a la solidaridad efectiva: haced cuanto esté en vuestras manos para luchar contra la pobreza y el paro, humanizando las relaciones laborales y situando siempre a la persona humana, su dignidad y sus derechos, por encima de egoísmos e intereses de grupo» (34).

(34) Juan Pablo II, en *Dos Hermanas* (Sevilla), 13 de junio de 1993.

Asumimos su toma de postura en este esfuerzo colectivo por erradicar una crisis que exige convicciones éticas, actitudes cristianas y hechos significativos.

Que la intercesión de la Virgen, Madre de la Iglesia, a la que invocamos en nuestras Islas bajo los títulos de Lluç, El Toro y de Ibiza, ella que vivió a fondo los valores del Reino, entre otros la austeridad y la fraternidad, nos haga a todos, ahora y siempre, constructores de solidaridad.

Mallorca, Menorca, Ibiza-Formentera, 3 de abril de 1994. PASCUA DEL SEÑOR

† Teodoro Ubeda Gramage, Obispo de Mallorca
† Francisco Javier Ciuraneta Aymí, Obispo de Menorca
† Javier Salinas Viñals, Obispo de Ibiza-Formentera

ANEXO

Cuestionario para ayudar a la reflexión y concreción de la Carta pastoral

1. La crisis que hemos descrito en el apartado I de la Carta pastoral:

- a) ¿Cómo te afecta a ti y a tu entorno?
- b) ¿Cómo la vives?
- c) Ser cristiano, ¿te está ayudando? ¿Cómo?

2. A tu parecer, qué actitudes reclama esta crisis económica por parte de:

- Los gobernantes.
- Los empresarios.
- Los trabajadores.

3. ¿Cómo están repercutiendo las consecuencias del paro en ti mismo, en las personas que conoces, en las familias, en el pueblo o ciudad donde vives?

4. ¿Cómo ha respondido o debe responder la comunidad cristiana, o qué puede aportar en concreto para afrontar este momento de crisis?

5. ¿Qué salidas o puntos de solución viables están a tu alcance para responder a la situación crítica que se vive?

6. ¿Forma parte de tu oración el tema de la crisis económica y de la solidaridad con los más necesitados? Conviene que nos lo preguntemos a nivel personal y como cuestión integrada en las celebraciones de la comunidad cristiana.

7. ¿Qué texto o contenido de la Palabra de Dios te interpela más para adoptar una postura más cristiana ante la crisis?

8. ¿Qué textos de la Doctrina Social de la Iglesia y otros escritos del Magisterio iluminan más tu actuación

cristiana, tanto personal como en la parroquia, comunidad, movimiento o grupo cristiano?

9. ¿Qué pautas de actuación cristiana consideras más importantes y urgentes en tu medio y cómo puedes hacer que sean operativas?

10. La parroquia o comunidad cristiana, ¿cómo ha de ayudar prácticamente a actuar en cristiano en este momento? ¿Qué medios proponemos como más necesarios y adecuados?

«CARITAS», EN LA COMUNIDAD CRISTIANA, AL SERVICIO DEL HOMBRE INTEGRAL

(Carta pastoral a sacerdotes, diáconos, religiosos/as y laicos
de nuestras parroquias y comunidades cristianas)

Queridos hermanos:

Al hablar de *Cáritas* nos estamos refiriendo al amor cristiano que supera la simple actividad individualista; añadiendo en el siguiente inciso «en la comunidad cristiana», ya nos estamos remitiendo explícitamente al sujeto propiamente dicho: la comunidad que vive la caridad impregnando toda su actuación y sus servicios por el amor, que es el distintivo de los discípulos de Cristo. A cualquier personaje de la historia se le puede conocer por ciertos rasgos que lo caracterizan, pero no necesariamente por estar relacionado con el sufrimiento de los hombres o su liberación. A Cristo, no: toda su razón de ser está en función del amor al Padre y el servicio a los hombres. «Por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo», decimos en el credo. De ahí que el Evangelio diga que nos amó hasta el extremo cuando estaba a punto de entregar su vida por nosotros. Esta es la actitud que deben tener sus discípulos que forman la comunidad eclesial que El fundó: ese ámbito de amor fraterno y su irradiación consiguiente a todos los hombres, especialmente los más necesitados, serán el perfil y el tes-

timonio allí donde se forma esta comunidad como acontecimiento de la presencia salvadora del Señor, particularmente en la diócesis y en la parroquia.

Cáritas es un espíritu en comunión de vida, un organismo viviente, pero también es una realidad corpórea, como el mismo ser humano: es un organismo que necesariamente está estructurado, es organización. Organización diocesana y, de una manera más directa y básica, organización parroquial, animada por el amor de Cristo, amor compasivo, porque El se identificaba tanto con el hombre que padecía con él cuando pasaba hambre, estaba enfermo o en pecado.

Integridad de los servicios para el hombre integral

«Al servicio del hombre integral», decimos. «De todo el hombre y de todos los hombres», según la fórmula de Pablo VI. Supuesta el alma inspiradora de todos esos servicios —la caridad auténtica—, la organización de los mismos tiene que ser amplia, al integrar sujetos individuales e institucionales tan diversos. Cuando se contempla la organización y coordinación de estos servicios en el plano diocesano, se ha de pensar en una plataforma que, teniendo a Cáritas como institución central y más relevante, comprenda también otras instituciones que están en la Iglesia particular al servicio del hombre. Esto es lo que estamos intentando en nuestra diócesis con la Delegación de Caridad y Pastoral Social y lo que recomendamos los obispos de Castilla en la instrucción *La Iglesia en Castilla, samaritana y solidaria con los pobres* (1991): «Personas, comunidades e instituciones en los distintos niveles han de coincidir en objetivos e intenciones comunes, animadas por el mismo espíritu samaritano. En la diócesis tiene que haber un órgano especialmente responsabilizado en la labor de animar y coordi-

nar. Podría ser la Delegación de Caridad y Pastoral Social, donde ésta exista, plataforma amplia en donde se puedan encontrar todas las instituciones que haya de carácter diocesano que trabajan en este campo de la caridad y la justicia en sus diferentes formas» (núm. 43). En el número siguiente se subraya la importancia central de Cáritas en esta Delegación y su representatividad universal en toda la diócesis, de manera que su misma organización se considera imprescindible en todas las parroquias (núm. 44).

La Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española pone también, en sus conclusiones, estos mismos acentos y con fórmulas muy parecidas: «Personas, comunidades, instituciones y asociaciones de acción caritativa y social, deben confluir en objetivos, criterios, orientación y motivaciones evangélicas. Para ello es conveniente que en las diócesis exista un organismo, presidido y animado por el obispo, especialmente responsabilizado en la tarea de animación y coordinación. Respetando la naturaleza propia de cada una de las instituciones y dando a Cáritas la relevancia que le corresponde, dicho organismo será la plataforma amplia donde se puedan encontrar las instituciones dedicadas a lo social y caritativo» (*La caridad en la vida de la Iglesia*, LX Asamblea Plenaria, 1993, II, 3, c).

El hombre es el camino de la Iglesia

Cáritas, a la luz de Cristo, contempla al hombre a imagen y semejanza de Dios. Servir al hombre integral significa tener siempre ante los ojos esa imagen, ese concepto del hombre que nos revela la Palabra de Dios hecha hombre. Porque, como enseña el Vaticano II, «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22). Juan Pablo II, al poner al

hombre en el camino ineludible de la Iglesia para ser fiel al Señor; recuerda en su primera encíclica, *Redemptor hominis*: «El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor (...) revela plenamente el hombre al mismo hombre» (*RH* 10).

Los reduccionismos antropológicos, al interpretar al hombre sólo desde la química y la biología, los fenómenos puramente psíquicos o los condicionamientos sociológicos, no alimentan grandes esperanzas sobre la evolución del hombre, porque suelen terminar en el nihilismo. El hombre no es nada más que eso. Y en ese estrecho espacio humano encierran esperanzas y comportamientos que no dan mucho de sí y que con frecuencia se vuelven contra el hombre mismo. Los creyentes cristianos sabemos que el hombre es un ser abierto hacia una plenitud inconmensurable como hijo de Dios e imagen suya en Cristo.

A veces, los filósofos, ideólogos, sociólogos, psicólogos y políticos, hablan del hombre y quieren liberarlo. Preocupación que se disuelve frecuentemente en discursos abstractos: el hombre fabricado en serie, la humanidad, el cliente comercial, del grupo o del partido, el hombre de la estructura en la que desaparece la persona, etc. Pero el hombre amado por Dios es el hombre concreto; aquel al que salva Cristo es cada hombre en su individualidad y dignidad intransferibles, en esa circunstancia social, claro está, que le permita desarrollar plenamente su dignidad como persona; y con preferencia, el hombre pequeño y marginado, que pasa inadvertido por su escaso valor rentable. «Se trata, por tanto —subraya el Papa—, del hombre en toda su verdad, en su plena dimensión. No se trata del hombre “abstracto”, sino real, del hombre “con-

creto”, “histórico”. Se trata de cada hombre, porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la redención y con cada uno se ha unido Cristo para siempre, por medio de este misterio» (*RH* 13).

El hombre en nuestras sociedades padece con frecuencia no sólo por carecer de cosas, de salud o de bienes sociales, sean cuales sean las causas generadoras de estas carencias, sino que padece también a veces una grave «desestructuración» de su ser personal por costumbres adquiridas y por una falsa proyección de su existencia, condicionada por los determinismos de su vida instintiva. Amar y servir al hombre concreto en esas situaciones, significa no sólo un servicio de asistencia, sino también de promoción personal; pero esta solidaridad afectiva y efectiva con él, en el respeto a su libertad y a su persona, ha de tender a ayudarlo en ese proceso de «reestructuración» personal, a fin de que encuentre sentido para vivir. De otro modo, no sería un verdadero servicio de promoción personal, sino que se quedaría en la superficie de la persona, al proporcionarle sólo cosas o aprendizajes transitivos que no le ayudarían a salir de esas situaciones que le mantienen en dependencias dolorosas. Por ejemplo, a un toxicómano se le puede ayudar a desintoxicarse en su primera fase, pero necesita recomponer su personalidad desde una conciencia esclarecida y una voluntad dispuesta a ejercer bien su libertad. Y esto exige un acompañamiento ulterior para que pueda experimentar por sí mismo la importancia de esos valores fundamentales que darán sentido a su vida. Esto se puede aplicar también a otros casos. La justificación de ciertas prácticas inmorales, aun con pretexto de comprensión humana, «no ayuda a las personas a liberarse de sus debilidades, sino que incluso las favorece», como acaba de decir el Papa. Por eso, la verdad moral, acorde con la dignidad de la persona humana, es el auténtico camino de la liberación.

Servicio y promoción hacia la liberación de la persona integral

Esa imagen integral de la persona ha de reflejar al hombre en todas sus dimensiones —cuerpo y alma, inteligencia, voluntad y afectividad, libertad y apertura social en la solidaridad, etc.—. Ninguno de estos componentes puede ser marginado, si no se desea limitar su verdadera promoción humana. Por supuesto que se trata también de la persona abierta a la trascendencia, facilitándole las posibilidades de acceso a ella desde su conciencia y no obstruyendo el camino o retardando su marcha por la calidad de las ayudas que se le presten, en lugar de otras que pudieran ser más humanizadoras por concordes con su propia dignidad y vocación personal. Se trata de un humanismo con plena conciencia y estima de la propia libertad y responsabilidad, lo cual exige el fomento de una cultura personalista y solidaria. Estos servicios los hacen los cristianos a la luz de la Palabra y con la gracia de Dios, sin ver en los hombres otra realidad que no sea la de su dignidad personal, independientemente de otras cualidades, afinidades o intereses. Claro está que, al desearles el bien supremo, se les desea su realización en Dios, pero sin que esto suponga un condicionamiento estratégico para ayudarles o no. Eso sería un interés que no tolera la conciencia cristiana.

El denso tejido de las realidades sociales, sus estructuras y corrientes de influencia, nos están indicando también las dimensiones de una actuación realista y eficaz al servicio de la persona integral. La persona humana, esencial y necesariamente abierta a los demás, no se puede entender ni realizar fuera de la sociedad en la que debe vivir. Contribuir a que las estructuras de la sociedad y la atmósfera cultural sean a la medida del hombre, es y será un desafío permanente en este servicio de promoción del hombre integral.

Proyecto para nuestras diócesis, región y las demás diócesis españolas

Este objetivo pastoral lo diseñábamos para el trienio 1990-1993 en nuestra diócesis según estas tres vertientes: 1) Hacer memoria y examen de conciencia de las realidades existentes, tanto de las necesidades como de las personas e instituciones dedicadas a esta clase de servicios (sólo hemos comenzado y, desde luego, si se trata de coordinar lo existente, a pesar de los intentos realizados, estamos comprobando, además del crecimiento de la conciencia de esta necesidad, las dificultades reales que entraña, por lo cual sigue siendo una tarea casi inicial). 2) Hacer consciente y responsable a la comunidad eclesial, en sus distintos niveles, de esa misión samaritana y profetizar en la sociedad al servicio del hombre integral, especialmente en favor de los pobres (también es un empeño que nos urgirá siempre). 3) Promover comunidades cristianas con dinamismo social y comprometerse con los movimientos sociales que realmente sirvan al hombre según su dignidad. En el plan pastoral del presente trienio (1993-1996) insistimos en los mismos objetivos, sugiriendo aplicaciones concretas: Conocer mejor la realidad, educar las conciencias para el compromiso, considerar al hombre como el factor principal de la promoción, necesidad de formar en la Doctrina Social de la Iglesia, promover pequeñas comunidades y nuevos servicios en favor de los pobres, sensibilizar a la comunidad eclesial y a la sociedad, programar con inteligencia y sentido realista, crear el ámbito samaritano en toda comunidad, coordinar los servicios caritativo-sociales, impulsar esta Delegación Diocesana y Cáritas como eje y centro de todos estos servicios en la diócesis y en todas las parroquias, y todo esto en solidaridad interdiocesana.

Las bases programáticas para esa solidaridad interdiocesana se indican en la aludida instrucción de los

obispos de Castilla con estas tres líneas o rasgos: 1) El espíritu samaritano, vertiente que señala las condiciones de esa tarea permanente y que urge la caridad de Cristo, recordando que ninguna institución sustituye al corazón humano. 2) La corporeidad eclesial del espíritu samaritano, vertiente que señala la necesidad de la organización institucional y comunitaria de estos servicios y su órgano central especialmente responsabilizado de él en la diócesis —esa delegación general y Cáritas como eje—. 3) El dinamismo de amor y servicio al hombre real y concreto, línea operativa que indica la necesidad de procesos educativos, de compromisos y de acciones concretas, según las necesidades más comunes en la región, en personas y en grupos sociales, con particular atención a las diversas formas de pobreza y al sector rural. Según un reciente estudio de la Universidad de Valladolid, la crisis económica nos ha afectado más a nuestra región, y su reactivación económica, con las secuelas que arrastra este fenómeno en el orden social y familiar, será más lenta que la nacional, lo cual exige una colaboración de todos los sectores sociales, como ya indicábamos los obispos en 1991.

La Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, en el documento aludido, *La caridad en la vida de la Iglesia*, hace unas «propuestas» distribuidas en tres partes:

I. *Para la promoción de la justicia y la solidaridad en la acción pastoral:*

1. Promover en la acción pastoral el conocimiento de las formas más urgentes de pobreza y marginación y de los procesos sociales que las originan, y hacer discernimiento comunitario a la luz del Evangelio.

2. Denunciar las condiciones sociales injustas que excluyen a las personas del pleno ejercicio y desarrollo de su dignidad.

3. Anunciar la buena noticia del Reino de Dios, creando y fomentando los elementos culturales y las condiciones económicas y sociales que hacen posible que los pobres salgan de su estado de pobreza y exclusión social.

4. Potenciar el compromiso en la vida pública para la construcción de estructuras de solidaridad y justicia desde la opción preferencial por los pobres.

5. Colaborar con las administraciones públicas y otras instituciones sociales que prestan atención a la promoción de los pobres.

II. *Propuestas para promover la «diaconía» de la caridad:*

1. Potenciar y animar las Cáritas, como organismo oficial de la Iglesia para la acción caritativa y social, en sus diversos niveles: parroquial, diocesano, regional y nacional.

2. Estimular los carismas que el Espíritu suscita al servicio de la caridad —familias religiosas, comunidades eclesiales, movimientos apostólicos y grupos cristianos—, articulándolos adecuadamente en la Iglesia particular.

3. Promover la calidad de la acción caritativo-social y la coordinación de las instituciones.

4. Intensificar la comunión y solidaridad con los países del Tercer Mundo.

III. *Propuestas para la formación y educación de las comunidades cristianas en la justicia y en la caridad:*

1. Animar un servicio eficiente de formación en la acción caritativa y social, articulado en el proyecto de pastoral diocesana.

2. Promover la formación de los agentes de pastoral caritativo-social y de los cristianos presentes en la vida sociopolítica.

Como se puede comprobar, estos enunciados, con sus desarrollos correspondientes en los tres planos aludidos

—el de nuestra diócesis y región y el nacional—, están en perfecta sintonía, denotan preocupaciones idénticas y señalan necesidades comunes y compromisos y acciones convergentes.

Líneas antropológicas de algunos autores acreditados en el campo de la psicología y las ciencias humanas

Viktor E. Frankl, conocido mundialmente como fundador de una tercera escuela vienesa de psicoterapia —la logoterapia—, escribe en *El hombre doliente*: «La sociedad de consumo se preocupa de crear necesidades. Pero hay una necesidad que no puede satisfacer: la necesidad de sentido, el deseo de sentido».—«Y en este vacío existencial prolifera la libido sexual».—«No aceptamos que el hombre esté dominado por la aspiración al placer o por un anhelo de poder: sostenemos que está animado, en el fondo, por un deseo de sentido». Analiza los tres estratos del ser humano: el fisiológico, el psicológico y el sociológico, y le parece que ninguno puede dar la respuesta adecuada a las necesidades profundas del hombre si se parte o se llega al nihilismo: «Ninguno de estos tres horizontes de comprensión permite acceder a la esencia del hombre (...) Si llamamos humanismo a toda postura que se ajusta a la esencia del hombre, tanto en la práctica, en la vida, como en la teoría, en la doctrina, habrá que decir que todo humanismo presupone una doctrina de la esencia del ser humano y, por tanto, una imagen del hombre que incluye la esencia de éste. De ahí que sólo podamos llegar a alcanzar un humanismo después de haber superado críticamente el nihilismo».

E. Fromm, en su libro *La condición humana actual*, escribe, teniendo en cuenta también que la sociedad capitalista se centra en el mercado de bienes de consumo y de trabajo, donde bienes y servicios se intercambian, pero

en el que el hombre puede ser tratado como una «cosa» más: «A pesar de la producción y el confort crecientes, el hombre pierde cada vez más el sentido de ser él mismo; tiene la sensación de que su vida carece de sentido, aun cuando tal sensación sea en gran parte inconsciente».

«Debe emerger de una situación materialista y alcanzar un nivel en donde los valores espirituales —amor, verdad, justicia— se convierten realmente en algo de importancia esencial». Por eso debe aprender a conocerse a sí mismo y al prójimo pero sin deformaciones, no ilusoriamente con falsas proyecciones, para poder comunicarse correctamente.—«Conocer más acerca de nosotros mismos significa despojarnos de los muchos velos que nos ocultan y que nos impiden ver claramente a nuestro prójimo». La psicología puede ayudarnos a descubrir las deformaciones de ese conocimiento, «puede mostrarnos lo que el hombre no es. No puede decirnos qué es el hombre, qué es cada uno de nosotros. El alma del hombre, el núcleo singular de cada individuo, jamás se podrá entender y describir adecuadamente. Puede ser “conocido” sólo en la medida en que no se le conciba erróneamente».—«Hay empero otra senda para conocer el secreto del hombre; esta senda no es la del pensamiento sino la del amor». —«El hombre moderno es solitario, tiene miedo y es poco capaz de amar. Desea estar cerca de su prójimo y, sin embargo, está demasiado desconectado y distante como para estar cerca. Los lazos marginales que tiene con su prójimo son múltiples y se mantienen fácilmente, pero difícilmente existe una “relación central”, establecida de núcleo a núcleo». Y sugiere el camino de la liberación y maduración personales. Sólo así se podrá ayudar al prójimo cuando lo necesite realmente para recomponer su propia personalidad en casos de profundas carencias o necesidades personales.

Philipp Lersch, en su libro *Estructura de la persona*, citado por P. Gómez Bosque en su publicación *En defensa*

de la dignidad humana, escribe: «La angustia interna se produce cuando algo no está en orden en el alma de la persona, cuando en ella se da una cierta discordancia, cuando el hombre pierde su centro y vive "excéntrica-mente" con respecto a sí mismo, es decir, a sus posibilidades de realización. La angustia es la voz acusadora de la inautenticidad» en la que se está viviendo.

Por eso, ante las consecuencias de males físicos, no es buen remedio el parchear con recursos superficiales que no llegan al fondo del mal que se padece, ya que éstos pueden acentuarlo si no se atiende a los valores profundos de la persona. Hay que tender, pues, a la permanente «construcción» de la persona, que incluye también los valores morales y el sentido de la vida en un proceso reeducador por un acompañamiento y amor sinceros. Sólo en ese clima de confianza, al sentirse amado, empieza a cobrar conciencia de la propia dignidad e importancia aquel que no sólo siente el desprecio de la sociedad, sino también su propio menosprecio personal.

Paul Chauchard, psicofisiólogo, profundo conocedor del cerebro y del sistema nervioso humano, escribe en su libro *El dominio de sí mismo*: «Contra lo que generalmente se piensa, la voluntad de obrar mal está muy poco extendida, y si el mal impera hasta tal punto en la sociedad humana es porque los hombres no son libres o no saben emplear su libertad. Más que malvados son enfermos, débiles, ignorantes, imprudentes». Insiste mucho en la importancia básica que tiene la educación para el ser humano, al recordar los períodos sucesivos de la infancia hasta los cinco años, el de la infancia hasta la pubertad y el de la adolescencia. Hay que aprender a ser para saber vivir; la verdadera educación en esos períodos es de una importancia trascendental; una mala educación siempre deja huella.—«Precisamente porque no ha sido a menudo satisfactorio el comienzo, debiera serlo la educación ulterior». Dice que la mayoría de las veces no se educa para

ser y vivir humanamente, sino utilitariamente y sólo para aprender cosas, juzgando incluso la moral como una coacción social o religiosa. Pero, si no se aprende a utilizar correcta y completamente el cerebro en el dominio de sí mismo, los riesgos de la deformación personal serán cada vez mayores, sobre todo en esta sociedad permisiva éticamente.

—«No se podrá luchar eficazmente contra el desencadenamiento sexual alineador, origen de las peores catástrofes sociales, predicando la moral y proponiendo una contienda negativa, sino enseñando este dominio general de sí mismo, que se extenderá a la sexualidad, la continencia positiva del que se forma en el dominio cerebral para ser completamente adulto y libre, para ser un verdadero hombre, y no la ridícula y lamentable caricatura de subanimal que nos ofrece la humanidad actual». Como se puede apreciar, son palabras duras, pero que le brotan de su misma experiencia clínica y del conocimiento y estudio del hombre. A la vista de los criterios tan extendidos como perjudiciales, añade: «La adolescencia es el período de aprendizaje de una relación equilibrada con el prójimo, tanto en el aspecto social como en el sexual. Supone la maduración de una afectividad adulta, es decir, sexualizada, que, egoísta y narcisísticamente orientada hasta ahora hacia la satisfacción personal, deberá convertirse en altruista y abrirse al intercambio del dar y del aceptar». Y denuncia esos consejos que se dan a los adolescentes para que ejerzan ya la sexualidad antes del matrimonio, evitando, por supuesto, la procreación y las enfermedades infecciosas.—«No podrían darse consejos más deshumanizadores», añade, dando razones de tipo psico-fisiológico. No se trata de ignorar las tendencias instintivas de la naturaleza, sino de «aprender a dominarlas mientras no pueda darles una satisfacción normal y humana en un matrimonio definitivo, como exige la madurez adulta. El mayor obstáculo para la voluntad son las

malas costumbres del adolescente que quiere jugar a adulto, es decir, imitar los errores del adulto precisamente en lo que no es tal adulto».—«La relación entre hombre y mujer no es más que un caso de relación social humana, y la personalización de esta relación vale para todos los casos. Sólo es adulto quien sabe dominarse y tratar a los otros como personas responsables, guardando su dignidad personal y respetando al mismo tiempo la de los demás».

Teniendo en cuenta estas orientaciones emanadas de una antropología científica y humanista, recuérdense los consejos que dan a veces ciertas instituciones «educativas» o sanitarias, en la educación sexual, aunque sea con el pretexto de la prevención del embarazo o de enfermedades contagiosas, pero con mensajes que presuponen esta aberrante concepción de las libertades del adolescente y de la sexualidad como juego.

Criterios éticos para las aplicaciones concretas en los servicios y en la colaboración con diversas instituciones

Desde la concepción antropológica que se deriva de la fe cristiana y de estas aportaciones de las ciencias humanas, tendríamos que partir del principio fundamental de que toda actuación, para ser verdaderamente humana, ha de estar al servicio del hombre integral y nunca en contra de su dignidad personal con su inevitable dimensión moral.

Cáritas ha de promover el mandamiento nuevo en la comunidad cristiana, el espíritu samaritano, estilo de vida que se manifiesta en toda la actividad humana. Ha de contribuir en la educación para vivir en el amor y en la justicia. Pero tiene unos destinatarios de preferencia en sus servicios: los marginados. Ancianos, parados, sub-

normales, enfermos psíquicos y físicos, indigentes, gitanos, transeúntes, inmigrantes, presos, gente de conductas rotas, alcohólicos, drogadictos, etc.; he aquí una lista significativa de marginados. Los programas diocesanos prioritarios contemplan todos estos sectores. ¿Con qué criterios? Con el del amor, sobre todo, el deseo sincero y eficaz de contribuir a la liberación y promoción integral de todo el que sufre en estas situaciones y, por eso mismo, con criterios éticos exigidos por su dignidad personal.

Hay que ayudarles a que se defiendan de las agresiones físicas, psíquicas, espirituales y morales que han recibido en el camino de su historia y en el medio social en que viven o sobreviven. Evidentemente, hay que comenzar por curar las heridas más penosas y urgentes, pero sin perder de vista la finalidad del necesario proceso de crecimiento y maduración personales. Se trata de una curación completa y hasta de la reinserción social desde esa autoconciencia que es capaz de dar esperanza y aliento para valerse por sí mismos. Camino de vuelta o por estrenar para algunos, nada fácil en quienes llevan mucho tiempo prisioneros de ciertas dependencias esclavizadoras.

En las ayudas que se les puedan prestar hay que respetar sus conciencias; pero los cristianos también han de prestarlas en fidelidad a su propia conciencia, sin dar lugar a equívocos en el mensaje que se pueda transmitir de que todo vale éticamente con tal que sea eficaz para conseguir intereses personales, ventajas sociales o determinados efectos sanitarios o preventivos de enfermedades contagiosas. Me refiero a la casuística que pueda presentar el SIDA, entre otras posibles aplicaciones.

La caridad, solidaridad y hasta la justicia, nos piden a los cristianos, independientemente de la causa generadora de la enfermedad, respeto y servicio a la persona, defendiéndola ante la posible incomprensión de algunos

grupos y procurando que se le presten la asistencia sanitaria y los cuidados que se merece y necesite según su dignidad personal, que no debe quedar empañada por esta situación.

La ética recuerda también la obligación de prevenir el contagio y la transmisión del SIDA con medios profilácticos y comportamientos responsables. A este propósito conviene recordar, como enseña la encíclica *Veritatis splendor*, que existe el mal moral intrínseco: no es lícito hacer el mal para lograr el bien (cf. Rom 3, 8). Y «la razón testimonia que existen objetos del acto humano que se configuran como “no ordenables” a Dios porque contradicen radicalmente el bien de la persona, creada a su imagen» (...). «Si los actos son intrínsecamente malos, una intención buena o determinadas circunstancias particulares pueden atenuar su malicia, pero no pueden suprimirla» (VS 80-81).

Se requiere, pues, una recta concepción del orden moral y de sus valores y normas, según enseña el Magisterio de la Iglesia, servidor de la palabra de Dios. No se puede admitir la «gradualidad de la ley», como si la norma moral pudiese cambiar de valor o admitir diversos grados según las situaciones humanas; en cambio, pedagógicamente, la «ley de la gradualidad» sí hay que tenerla en cuenta, porque es la capacidad de hacerse cargo de la situación del sujeto en cuestión, para acompañarle en la adquisición de niveles más claros de conciencia, a fin de que pueda madurar incluso en sus compromisos, pero sin confundirle por ofrecerle remedios que en sí mismos son ilícitos moralmente. En decisiones individuales se imponen el respeto y la comprensión; pero cuando entra en juego el mensaje que transmiten los cristianos o sus instituciones, hay que dejar muy clara la auténtica actitud cristiana. En la concurrencia de los cristianos con otras personas de distintas instituciones que no tengan esta conciencia del bien moral, aquéllos habrán de tener en

cuenta siempre que no les es permitido cooperar «formalmente» en lo que sería una acción inmoral, aunque puedan prestar ciertos servicios materiales, pero no aprobando con su actitud y comportamiento el mismo pecado. Este comportamiento iría incluso contra el prójimo, desviándole del verdadero camino para conseguir ese bien completo que se le ha de desear, que es el de la plena realización personal, también en su dimensión moral.

Por eso, dice la encíclica *Veritatis splendor*: «Ante todo, debemos mostrar el fascinante esplendor de aquella verdad que es Jesucristo mismo. En Él, que es la Verdad (cf. Jn 14, 6), el hombre puede, mediante los actos buenos, comprender plenamente y vivir perfectamente su vocación a la libertad en la obediencia a la ley divina, que se compendia en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo» (VS 83). Aunque esta propuesta, según esa «ley de la gradualidad», no sea verbal o explícita en el primer momento, sino en el testimonio de amor y entrega del que sirve.

Desde ese mandamiento hay que confiar que la misericordia de Dios debe traer la paz y orientar el ministerio de la caridad en cualquier circunstancia. Hay que saber distinguir en ese servicio el rigorismo indiscriminado en la aplicación de los principios, sin tener en cuenta la situación interior de la persona, por una parte, y la tolerancia condescendiente y engañosa que difumina y altera los verdaderos principios, por otra. La teología oriental hace una pertinente distinción entre «acribía» (afirmación objetiva de los principios) y «economía» (el amoroso reconocimiento de las posibilidades de un sujeto, de su capacidad de comprensión y actuación en una situación determinada). La misericordia no es una disolución de los principios, sino la capacidad de aplicarlos con amor en ayuda comprensiva, pero no laxa ni confusa en el mensaje que se transmite. La «economía», sin negar ni alterar los principios, es «la ley de la gradualidad», que dice la

Familiaris consortio (FC 34), pedagógicamente entendida como verdadero servicio pastoral y con la esperanza en el perdón de Dios y hasta en la capacidad de renovarse que tiene la persona humana con la gracia divina.

Conclusión: Cáritas, en las parroquias y arciprestazgos, con un «voluntariado» bien formado

Por ser la caridad el distintivo de los discípulos de Cristo y de toda comunidad cristiana, este ministerio se convierte en el signo principal, junto al de la Palabra, para la evangelización en una sociedad secularizada —se hacen más creíbles en nuestro tiempo los testigos que los maestros—; las dos funciones se reclaman esencial y complementariamente en el testimonio de vida y palabra. Está creciendo el número de heridos y marginados que produce nuestro tiempo en todos los caminos de la vida. Por eso es tan necesario ese objetivo diocesano de la Iglesia samaritana y solidaria con los pobres, que nos interpela a todos con un quehacer permanente, reclamando nuestro interés, compromisos y dedicación.

De ahí la urgente necesidad de renovar y animar constantemente la organización diocesana, parroquial y arciprestal de Cáritas, de manera que sea cada vez más viva y vivificadora de la comunidad cristiana en todos esos planos.

Es claro que la comunidad parroquial no logrará avanzar hacia su madurez comunitaria y evangelizadora si no es por la caridad o solidaridad afectiva y efectiva entre sus miembros y con los pobres o necesitados de cualquier carencia, y esta caridad comunitaria necesitará un ministerio que la anime, unas mediaciones personales, es decir, esa «organización» que brinda Cáritas cuando está bien orientada e integrada por personas bien formadas

de todas las edades, estados y sexos. De eso se trata. Además de su implantación en todas las parroquias y el aprendizaje de trabajo conjunto en el arciprestazgo, Cáritas necesita un *voluntariado* creciente. Hay que anunciar que las personas que se ofrezcan para este servicio serán las primeras beneficiadas por el amor que quieran compartir —el amor crece cuanto más se comparte—; pero además de ayudarles en esta formación, hay que tener programas de servicios y acciones puntuales y concretos. Ninguna parroquia puede excusarse por juzgar que no hay en ella una determinada clase de pobres, ya que «la caridad de Cristo nos urge» a todos, y el prójimo, en fin de cuentas, es aquel al que nosotros nos queramos acercar para «hacer lo mismo», como nos dice Jesús.

El objetivo concreto podría ser: «Cáritas en todas las parroquias, con el espíritu samaritano de nuestro plan pastoral diocesano».

Por eso, os he recordado estos principios y objetivos, con la esperanza de que, con la ayuda del Espíritu Santo, que es la fuente viva de la caridad, contribuyamos entre todos a hacer de nuestra diócesis y de nuestras comunidades cristianas un signo creíble de la presencia del Señor para el hombre de hoy, y hagamos lo mismo que Jesús, buen samaritano: pasar por la vida haciendo el bien.

Valladolid, 8 de marzo, San Juan de Dios, de 1994.

† José, Arzobispo de Valladolid

FAMILIAS POBRES... ¡POBRES FAMILIAS!

1. Familias pobres... ¡pobres familias!

Cáritas Regional de Extremadura, siguiendo la línea de reflexión y compromiso que le caracteriza, quiere este año centrar su atención en torno a la familia; un tema de total actualidad, cuya honda y distinta problemática será estudiada desde todos los sectores de la sociedad y de la Iglesia. Los obispos de Extremadura ya nos invitaban a ello en su mensaje navideño. Es el Año Internacional de la Familia. Tenemos que alegrarnos, porque hay pocas cosas tan importantes y tan apasionantes como la familia, y pocas cosas tan íntimas y tan entrañables. «La Iglesia es consciente —escribe Juan Pablo II— de que el matrimonio y la familia constituyen uno de los bienes más preciosos de la humanidad» (FC 1) . Y en la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, 1948, se asegura: «La familia es el fundamental y natural grupo de unión de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado... Constituye la unidad básica de la sociedad. Sigue siendo medio esencial para conservar y transmitir valo-

res» (a. 16.3). Cuarenta años después el Consejo de Europa habla de la familia como de la institución donde la relación humana es más intensa y más rica, el mejor lugar para criar los hijos y proporcionar cuidado a los miembros ancianos, solitarios o enfermos.

Familia, corazón de la sociedad

En este Año Internacional se dice algo tan significativo como que la familia es el corazón de la sociedad. Ayer, hoy y mañana, la familia siempre corazón. Sin la familia, la sociedad sería como un cuerpo sin corazón, es decir, un organismo desintegrado y desvitalizado. Sin la familia, la sociedad podría organizarse de diversas maneras, pero faltaría calidez, espontaneidad, fuerza de amor. La familia construye la sociedad y la sociedad defiende a la familia. La familia se abre a la sociedad y la sociedad se vuelca sobre la familia. Pero la familia es un valor primario y fundamental, de modo que no es la familia para la sociedad sino la sociedad para la familia; así como no es la persona para la familia, sino la familia para la persona, porque sólo ésta es un valor absoluto.

No sólo los organismos oficiales, sino el sentir general de la población sigue considerando a la familia como valor clave para el desarrollo y la felicidad de la persona y para el buen ordenamiento social. Así, por ejemplo, para la mitad de los ciudadanos de Estados Unidos, el principal objetivo de la vida es «estar felizmente casado». La mayoría de los españoles no cree que el matrimonio esté pasado de moda; un 92 por ciento está seguro de que para que el niño crezca felizmente necesita un hogar compuesto de padre y madre, y un 66 por ciento cree que los hijos son un factor de gran importancia para que un matrimonio tenga éxito. La familia es la

institución social más valorada y en la que más confianza se tiene.

Familias con problemas

La familia a estudio. En Cáritas recogemos este reto. Descubramos o profundicemos en los valores de la familia. Analicemos sus problemas y midamos la gravedad de sus crisis. Luchemos en la búsqueda de soluciones. Respondamos a los compromisos que se sientan necesarios.

Nuestro enfoque será, naturalmente, desde la caridad y para la caridad. Miramos a la familia y descubrimos sus luces y sus sombras, sus logros y sus problemas, su riqueza y su pobreza. Junto a tantas familias espléndidas, encontramos familias desintegradas, empobrecidas, violentas, angustiadas, sin esperanza de futuro.

Hay familias que, en vez de ser fuente de vida y amor, se convierten en focos de inestabilidad y degradación, a la larga, de muerte. Hay familias enfermas que lanzan al mundo hombres débiles y desequilibrados; familias que, en vez de células sanas del tejido social, son un cáncer. Los efectos negativos se multiplicarán en cadena.

Familias pobres

Nos fijaremos especialmente en la pobreza, uno de los aspectos que más deterioro causan a la familia. Es verdad, una familia pobre es una pobre familia. Quiere decir que la pobreza puede deteriorar no sólo aspectos externos de la familia, sino la misma interioridad de la institución, su estructura más profunda. Una familia con falta de recursos puede llegar a ser fácilmente una familia angustiada y desequilibrada. Una familia pobre es una fa-

milia en crisis permanente. Lo cual exige, naturalmente, una explicación.

— No nos referimos a la pobreza evangélica, esa pobreza necesaria a todo cristiano. Esa pobreza que significa austeridad, solidaridad, confianza en Dios. Este estilo de vida no sólo no perjudica a la familia, sino que la defiende y la vitaliza. En este sentido evangélico podemos también afirmar que «familias ricas... ¡pobres familias!», y aún más pobres. Todos conocemos los peligros de las riquezas para la persona y las instituciones cuando la riqueza es entendida como medio para satisfacer la avaricia y el consumo.

— No hablamos sólo de pobreza materiales en sentido estrictamente económico. La falta de medios económicos es importante, pero no sólo en sí, sino por las consecuencias que provoca. Consecuencias innumerables, como la pobreza cultural, la pobreza incluso espiritual, todo eso que llamamos marginación. En todas estas pobreza nos fijamos. Porque «pobreza es la situación de personas, familias o grupos humanos cuyos recursos económicos, culturales y sociales no son suficientes para formar parte del nivel medio del país en que viven... Es la situación de recursos económicos, sociales y culturales que no permiten una plena integración, concepto que no se va a poder identificar nunca más con pura economía, sino que nos hace referencia a la propia perspectiva humana en sentido integral, como sujeto y ciudadano partícipe en una sociedad» (Víctor Renes).

Familias pobres, una interpelación

Hemos de atender a todas esas carencias que impiden el adecuado desarrollo de la persona y la familia, tales como la falta de vivienda, de empleo, de protec-

ción social; y a todas esas situaciones lamentables que originan miseria, como el alcoholismo y la droga, la prostitución, la delincuencia, el absentismo y transeúntismo.

¡Qué pena que lo que es la mayor riqueza de la sociedad viva en tanta miseria! «A las familias les falta muchas veces bien sea los medios fundamentales para la supervivencia, como son el alimento, el trabajo, la vivienda, las medicinas, bien sea las libertades más elementales» (FC 6).

«Nadie puede cerrar los ojos, escribía el señor obispo de Coria-Cáceres, don Ciriaco Benavente, ante la situación de tantas familias carentes de los medios más elementales para la subsistencia o para una vida digna. Y nadie puede discutir las graves consecuencias que estas situaciones originan en la convivencia y en la misma estructura familiar. No es que los medios materiales determinen la salud de la familia, pero sí la condicionan poderosamente. La familia hoy se ve afectada por muchos problemas de orden cultural, psicológico, religioso, pero también por los problemas de cada día, como el paro, la falta de vivienda y de recursos. Hay pobreza más importantes que las estrictamente económicas... La verdad es que unas carencias y otras se implican mutuamente en recíprocas relaciones de causa y efecto».

Conocemos, ciertamente, numerosas familias afectadas por todo tipo de pobreza. Encontramos familias endeudadas, familias sin una vivienda digna, familias sin la suficiente protección social, familias que no pueden dar los estudios convenientes a sus hijos, familias que tienen que vivir de la caridad. Cáritas conoce muy bien esos problemas. En todas las parroquias se dan casos de familias que necesitan todo tipo de ayudas. Cáritas conoce asimismo las lacras morales que se derivan de estas situaciones.

Aquí, entre nosotros

Extremadura es la Comunidad Autónoma que cuenta con más porcentaje de pobres, según la encuesta de Presupuestos familiares del segundo trimestre del 92. El nivel medio de familias pobres en España alcanza casi al 20 por ciento. En Extremadura se supera siempre la media nacional. Y aun se podría decir que nuestros pobres son tan pobres que ni siquiera son conscientes de ello, pues sólo un 3,5 por ciento se siente así.

Todo es un poco relativo. Porque también podríamos decir que no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita. El llorado A. Senillosa en su último artículo hablaba de que no hay que medir a los pueblos por el Producto Interior Bruto, sino por la Felicidad Interior Bruta. O como escribía Tomás Calvo Buezas: «¿Qué es el desarrollo integral de los pueblos y de las personas?... ¿Puede afirmarse que Extremadura es menos desarrollada que California, Madrid o el País Vasco?... Si por desarrollo entendemos unos indicadores económicos de renta dineraria, un consumo de bienes, unos índices de gasto de energía, etc., indudablemente que Nueva York es más desarrollado que un pueblo extremeño... Pero la realidad social y colectiva de un pueblo y su bienestar comunitario (o familiar) es mucho más que unos indicadores numérico-económicos. ¿Por qué no utilizamos otro termómetro y otros indicadores?... Por ejemplo, entre otros miles, ¿dónde hay menos asesinatos, menos locos, menos suicidas, menos robos, menos droga, menos SIDA, menos muertos por carretera, menos violaciones? Y éstos no son tal vez los más importantes, los hay más sutiles, humana y socialmente más valiosos y más difíciles de medir: el amor, la solidaridad, la cooperación, la familia, la bondad, la felicidad, la convivencia, etc.» (*Extremadura, cuestión pendiente*, pág. 15).

2. Familias marginadas

Hablar de familias pobres, en este sentido pluridimensional que damos a la pobreza, es lo mismo que hablar de familias marginadas. La marginación es un concepto apropiado de nuestra sensibilidad social. Decimos marginado a todo aquel que no está integrado en el sistema social. No es por falta de deseo y voluntad por parte del marginado, sino porque la sociedad los expulsa. Nuestra sociedad segrega marginación.

En una sociedad competitiva siempre tiene que haber perdedores. Prevalecen los más fuertes. Los otros van quedando en la cuneta. Son los que no pueden o los que no saben o los que no cuentan. Es decir, los débiles.

Mayores y disminuidos

En una sociedad consumista, marginados son precisamente los no-productivos, por ejemplo, los jubilados, *los ancianos*. Un jubilado podrá vivir más o menos desahogadamente, pero ya no cuenta. Un anciano es un mendigo, no de comida, sino de consideración y de afecto. Es un colectivo en aumento. Muchas de nuestras familias, especialmente en los pueblos, se van quedando viejas o cuentan con algún abuelo entre sus miembros. Estos viejos son hoy los verdaderos huérfanos: no hijos sin padres, sino padres sin hijos.

Nuestros viejos y pensionistas, doblemente marginados por ancianos y por extremeños; ahora verán sus pensiones recortadas: los 169.100 pensionistas perderán 2.374 millones de pesetas, lo que significa una tercera marginación.

No-productivos, por ejemplo, *los discapacitados*. Se les ve como una carga. Hay en España 5.743.291 con alguna discapacidad física o psíquica. Las familias que ca-

minan con la cruz de algún miembro deficiente no encuentran fácilmente el cireneo que les ayude.

El paro contra la familia

No-productivos es el caso de *los parados*. Un parado se siente mal, porque no se realiza, no crea, no sirve. El paro es hoy el problema número uno para nuestras familias. En cada parado, ¡cuánta impotencia y rabia y frustración y desesperanza! En cada familia con parados, ¡cuánta angustia y desintegración! «El trabajo es el fundamento sobre el que se forma la vida familiar —escribe Juan Pablo II—, el cual es un derecho natural y una vocación del hombre. Estos dos ámbitos de valores —uno relacionado con el trabajo y otro consecuente con el carácter familiar de la vida humana— deben unirse entre sí correctamente y correctamente compenetrarse. El trabajo es, en un cierto sentido, una condición para hacer posible la fundación de una familia, ya que ésta exige los medios de subsistencia que el hombre adquiere normalmente mediante el trabajo. Trabajo y laboriosidad condicionan a su vez todo el proceso de educación dentro de la familia... La familia es al mismo tiempo una comunidad hecha posible gracias al trabajo y la primera escuela interior de trabajo para todo hombre» (*Lab. Ex.* 10).

Un informe sobre la marginación de los menores en España asegura: «El paro y el subempleo están produciendo un efecto directo de desestructuración familiar que afecta en profundidad el desarrollo del menor, colocándole en situación de pobreza y marginación permanente».

Sin duda alguna, la falta de un trabajo remunerado desequilibra las relaciones familiares y se puede llegar a la total desestructuración. También es cierto que la falta de trabajo impide el nacimiento de nuevas familias, imposibilitando el matrimonio de los jóvenes.

Vemos y palpamos cada día el sufrimiento familiar producido por el agujijón del paro. El paro es en verdad un castigo, una carcoma metida en la casa, fuente de todo tipo de tensiones, angustias y violencias, es el gran enemigo de una vida familiar sana.

En Extremadura contamos, según la EPA (Encuesta de Población Activa) del cuarto trimestre de 1993, con 124.340 desempleados, que representa el 30,5 por ciento de la población activa. La tasa de desempleo ha subido un 7,1 por ciento con respecto al cuarto trimestre de 1992, Extremadura es la segunda región con más paro, después de Andalucía, pero es la región con menos trabajadores fijos y la que tiene más jóvenes en paro, fuera del sistema educativo (el 31,7 por ciento).

Familias rurales y campesinas

En una sociedad cada vez más industrializada y tecnificada, *el mundo rural y los agricultores* van perdiendo identidad e independencia, es un sector periférico. Ya la *Laborem exercens* hablaba de la «escasa estima» que se tiene a la gente del campo. «Los que se van... no se adaptan a las nuevas situaciones, los que se quedan no se adaptan a las nuevas técnicas y sufren de impotencia. Su nivel de vida, si atendemos a los índices económicos, es inferior al del mundo urbano... Si atendemos a niveles más profundos, este pueblo se siente marginado y desorientado. Se le quita algo más valioso que los justos beneficios, la propia identidad y razón de ser» (Cáritas Regional Extr.: *El mundo rural nos interpela*, 1992).

Si nos acercamos a una familia rural, seremos siempre amablemente acogidos, pero percibiremos muchos espacios vacíos:

— Queda poca gente en los pueblos: primera marginación.

— Hay más abuelos que jóvenes: segunda marginación.

— Su trabajo es duro y variable, mal estimado y peor remunerado: tercera marginación.

— Faltan servicios culturales y sociales: cuarta marginación.

Nuestras familias de pueblo, familias entrañables, tienen muchos problemas: problemas económicos, de salud, de cultura, de soledad, de aislamiento y marginación. O sea, familias pobres.

Los datos, siempre fríos y tozudos, nos prueban que Extremadura es la comunidad que más ha empobrecido su área rural. «Jamás la renta agraria extremeña fue tan dramática. Sólo el PER y las pensiones de jubilación han conseguido que en bastantes pueblos extremeños 1993 no sea recordado como el año del hambre» (Luis Garrido, periódico *Extremadura*, 3-1-1994). Se habla de los ruinosos precios agrarios y de los crecientes costos de explotación de la tierra.

Familias castigadas por la droga

Un caso especialmente doloroso, hasta la angustia y la muerte, la mayor pobreza y la más triste marginación, es el de las familias afectadas por la *droga* y el *SIDA*. Cuando algún miembro de la familia se contagia de esa nueva peste de la toxicomanía, una maldición inacabable entra en esa casa, un virus de muerte.

Conocemos hasta qué grado de miseria y degradación se puede llegar. Una familia con drogadicción o con *SIDA* es la más pobre familia. La ruina económica es poco. La ruina de todo tipo de valores es lo peor.

Ayudar a estas familias es una de las más necesarias y urgentes obras de misericordia. Es una misión similar a

la de redención de cautivos. Rescatar a un enfermo de la droga es como sacar a un alma del purgatorio. Librar a una familia de esta maldición es como exorcizarla y librarla del peor de los demonios.

Todo un reto. Este es un caso típico de las nuevas pobreza de las que habla *Testigos del Dios vivo*: «Ancianos solitarios, enfermos terminales, niños sin familia, madres abandonadas, delincuentes, drogadictos, alcohólicos y tantos otros» (n. 60). Tenemos en Extremadura datos alarmantes. Uno de cada mil extremeños ha sido tratado por abusar de drogas.

Y no olvidemos las funestas consecuencias, para las familias, del alcoholismo, una droga lenta y engañosa. El alcohol arruina a las familias, engendra violencia en las relaciones de sus miembros, mata el diálogo, imposibilita para el trabajo, lo llena todo de conflictos y desajustes. Por eso se ha dicho del alcoholismo que es una enfermedad familiar. El alcoholismo produce marginación y la marginación conduce al alcoholismo.

Y los jóvenes empiezan a beber cada vez más pronto. Se inician en un camino sin retorno. Crece de día en día en nuestra tierra la adicción al alcohol. En cuanto a los jóvenes, cada vez más y cada vez más jóvenes, desde los doce y trece años. No es extraño encontrar alcoholizados a adolescentes de dieciséis años.

Otras marginaciones

Muchos otros casos de marginación podemos encontrar en nuestras familias. En una sociedad elitista son marginados los que no tienen el mismo color que la mayoría ni el mismo idioma ni la misma religión ni la misma raza. Podemos hablar de *las familias gitanas*; hay un buen número de ellas en nuestros pueblos y ciudades. Los gitanos, con sus problemas y limitaciones, con sus

valores y sus gracias, no acaban de ser integrados en la sociedad.

Podemos hablar de *los extranjeros* que nos visitan, para trabajar, sí, pero en lo que sea. Es un submundo que nos interpela. Cada año vienen a nuestros valles y nuestras vegas: portugueses, magrebíes, negros, polacos. Vienen solos o con sus familias. En todo caso sufren por la separación, la falta de adaptación. Hay mucho camino por recorrer para que todos ellos puedan sentirse estimados e integrados. Es verdad que surgen asociaciones de acogida, como «Talayuela acoge», «Cáceres acoge», pero también se da la explotación, el rechazo y el menosprecio.

Tenemos además familias rotas por razones económicas o de marginación social. Nuestros *transeúntes y temporeros* nos hablan con demasiada frecuencia de las difíciles y aun miserables condiciones familiares. Muchos tienen que lanzarse a la calle o a donde sea en busca de un trabajo o de un medio de vida. Otros se marchan de casa, porque ya no pueden aguantar más los problemas acumulados. Muchos terminan en la mendicidad, desamparados y desinstalados, con las raíces enteramente cortadas, llenos de traumas y complejos, con pérdida de su dignidad y su identidad.

Sobre este tema de temporeros e inmigrantes, remitimos al documentado informe publicado recientemente por Cáritas Diocesana de Plasencia. Los transeúntes son también objeto de estudio y atención constante por parte de todas nuestras Cáritas.

Familias separadas

Al hablar de familias rotas, aunque no sea siempre ni fundamentalmente por razones económicas, ¿cómo no acordarnos de tantas y tantas familias rotas por el desacuerdo y el desamor? El divorcio está ahí, como signo

de fracaso, como herida abierta, como fuente de tensiones y desequilibrios. Una miseria moral.

No nos ponemos a analizar las causas, personales y sociales, éticas y religiosas, siempre delicadas y complejas, siempre por falta de madurez y de amor; pero sí queremos insistir en los efectos lamentables que toda ruptura produce: para los propios esposos, no siempre en la misma medida, para los hijos especialmente, para la comunidad que los acoge.

Queremos hacer desde la caridad una llamada a las comunidades cristianas, en especial a sus pastores, para que desborden en comprensión y misericordia con todos los que sufren las consecuencias de esta situación, sobre todo con las partes más débiles o inocentes.

Los medios de comunicación nos hablan de que en Extremadura las separaciones y divorcios crecieron en 1992 un 6,4 por ciento con respecto al año anterior. En los 43 Juzgados extremeños se tramitaron 610 separaciones y 316 divorcios: casi mil familias afectadas en un año (Diario *Hoy*, 22-5-1993).

Nota para la reflexión:

Dice el periodista que recoge estos datos: «Este asunto puede considerarse “bueno” para Extremadura, si se escucha a los expertos, que señalan que en este país las parejas se divorcian más por causa del dinero, siendo esta región una de las menos desarrolladas de España». O sea, que a mayor nivel económico, más divorcios. O sea, que en Extremadura vamos progresando.

3. Tres grandes causas que originan marginación familiar

— LA DIMENSION ECONOMICA. La crisis origina una carencia de recursos materiales. La crisis actual produce paro masivo, trabajo sumergido, jubilaciones antici-

padas. Del Estado de bienestar se pasa al estado de malestar y necesidad. Las familias se hacen dependientes, necesitadas de beneficencia y subsidio alienante. No pueden preparar a sus miembros cultural ni profesionalmente. Los hijos no estarán capacitados para la vida competitiva de nuestra sociedad. Podrán caer fácilmente en la delincuencia o la droga. Es la marginación.

— LA DIMENSION SOCIAL. Se caracteriza por la disociación de los vínculos sociales y la fragilidad del entramado relacional. La estructura familiar se debilita y se desintegra. Las asociaciones son pobres.

Esta pobreza y debilidad del tejido social hace que los pobres y los débiles se sientan desamparados. No hay familia ni comunidad que los arroje. Marginación en cantidad y calidad.

— LA DIMENSION CULTURAL. Existe el empobrecimiento de motivaciones y crisis de valores, lo que propicia el incremento de conductas asociales, como la droga, la delincuencia o la prostitución. Si no hay un porqué, todo vale. Si no hay un porqué, ¿para qué luchar? La falta de formación y cultura, también la falta de fe y religiosidad, incapacitan para cualquier tipo de integración. «El primer factor no es el económico, sino la relación que existe entre la situación económica y la situación cultural, de instrucción y de formación. Esta relación es la que se destaca en todos los estudios como la más relevante desde el punto de vista sociológico... (cf. CA III, 34-35). En nuestra sociedad está apareciendo más como el valor humano prioritario, como aquello que tiene que ver con valores superiores, más allá de la pura materialidad» (Víctor Renes).

Tres en una

Así, la marginación familiar y toda marginación, es el resultado de una triple ruptura: laboral —pertenencia so-

cial—, cultural y religiosa. Y estas tres dimensiones no hay que verlas por separado, sino que mutuamente se integran y se alimentan. El círculo vicioso puede empezar por cualquiera de los puntos: pobreza-familia-cultura; familia-cultura-pobreza; cultura-pobreza-familia... ¿Qué es primero, la desintegración familiar o la económica o la personal? El que no tiene formación no encontrará trabajo y el que no tiene trabajo no accederá a una buena formación. El que vive sin familia y sin grupo se empobrecerá y el que se empobrece no se integrará.

Las causas de toda marginación se encuentran y se complementan. Los más diversos factores se entrelazan entre sí. Todo un círculo vicioso, en el que unas necesidades dan lugar a otras necesidades y éstas a su vez engendran otras nuevas y todas se alimentan mutuamente. La pobreza deteriora a la familia y la familia deteriorada engendra pobreza y marginación. «La problemática tiene forma de araña» (García Roca). Lazos complejos que atan, esclavizan, degradan, hasta que terminan siendo devorados por el vacío o la desesperación.

Causas de la pobreza y marginación en cifras

Hace diez años, en 1984, un buen estudio sociológico llevado a cabo por EDIS —el estudio de los ocho millones de pobres— concluía: «Mientras tan sólo un 10 por ciento de las familias acumula el 40 por ciento de la renta, un 21,6 por ciento de las familias, las más pobres, tan sólo dispone del 6,9 por ciento del total de los ingresos». ¿Han variado mucho las cosas desde entonces? ¿Para bien o para mal?

Ante estos datos, tendremos que seguir preguntándonos: ¿Hay familias pobres y familias ricas o hay familias pobres *porque* hay familias ricas? ¿Cuál es realmente la causa de la pobreza? Una pregunta que nos debe interpe-

lar profundamente. ¿Hay familias pobres porque Dios lo ha querido así, porque la naturaleza lo establece así, por pura degradación y mala suerte, porque sus miembros no están suficientemente capacitados para el éxito, por vagancia o por vicio? En el estudio que citamos todavía se encontraban respuestas de este tipo. Se trata, en el fondo, de echar balones fuera, de poner el origen del mal en Dios, o en el diablo, o en las leyes naturales, o en los demás. Se trata de no reconocer que el origen del mal está dentro de nosotros mismos, en nuestra codicia, en nuestra injusticia, en nuestra insolidaridad y en nuestra pasividad.

Desde otra perspectiva, impresiona ver escrito el siguiente reparto de responsabilidades:

- 10 por ciento: Dios
- 20 por ciento: los gobiernos
- 70 por ciento: nosotros

(Manadon-Senegal) Coméntalo.

¿Podemos nosotros hacer algo para que cambiaran las cosas? ¿Qué podemos hacer?

La verdad es que tendemos a ser fatalistas y resignados. Constantemente nos lamentamos, pero no sabemos más que echar la culpa a los demás. Hasta nos sentimos bien en estas actitudes martiriales. Diariamente criticamos, pero esperamos soluciones de fuera o de lo alto. Esto, ni es democrático, ni es cristiano. La sociedad tenemos que mejorarla entre todos. El Reino de Dios no basta con pedirlo, tenemos también que trabajarlo nosotros.

Comprometidos desde la fe y la caridad

Aquí tendríamos que apelar al necesario compromiso político-social de los cristianos. Es un tema que ya

hemos tratado en otros documentos. Bastaría aquí insistir en la importancia que tiene todo el trabajo que se haga en el campo familiar: la defensa de sus valores y sus derechos, la promoción de familias sanas, la formación integral de las familias, la atención a las familias necesitadas o en crisis, la creación de asociaciones familiares o de equipos de matrimonios, la lucha contra los enemigos de la familia, la apertura de la familia al compromiso social. La familia siempre será un campo privilegiado para la acción de los cristianos. Y, a su vez, será siempre un magnífico instrumento para la transformación de la sociedad.

Vamos a insistir en este punto, la familia debe sentirse concienciada y comprometida en el esfuerzo por la mejora de la sociedad. La familia no puede encerrarse en sí misma. La familia está llamada a ser fermento de transformación social, corazón limpio y fuerte, corazón libre y democrático de la sociedad.

4. Familia y participación social

«Mira esos palacios y moradas. Son en realidad nidos estrechos... Sus casas son cavernas donde mueren las flores de la juventud, donde muere el fuego del amor y se transforma en cenizas» (G. Gilbran). Es una tremenda denuncia. La familia no puede ser un gueto que nos impida ver la vida, el sol y las estrellas; no puede ser un refugio que nos aísla de los problemas de los demás. Un amor que vive en refugios se asfixia y se muere, como el fuego al que falta el oxígeno.

«Todo matrimonio ha de ser promotor del desarrollo y de la transformación de la sociedad» (Conferencia Episcopal Española, *Matrimonio y familia*). Es decir, que el desinterés y la inhibición ante los problemas sociales es una enfermedad familiar muy peligrosa. Podríamos lla-

marlo familismo. Es la tendencia de la familia a encerrarse en sí misma, a formar un grupo exclusivo, donde sólo cuenta el bienestar de sus miembros, una especie de jaula dorada.

«Sería pernicioso para los propios esposos el que su hogar quedara convertido en un gueto sin proyección exterior. El desinterés por la comunidad social, la inhibición ante los problemas que en ella se plantean, la pasividad ante las injusticias sociales, además de suponer un grave fallo personal, empobrecen y dañan la salud moral de la familia» (*Matrimonio y familia*).

En la familia ha de cultivarse la preocupación por todos los grandes problemas humanos, de modo que, «lejos de ser la tumba donde mueren y se entierran todos los grandes y nobles compromisos sociales, sea como el generador eléctrico que crea y potencia todo compromiso social, pues ella misma es compromiso social» (F. Romero).

Y para terminar, meditemos estos párrafos de recientes encíclicas:

«El matrimonio y la familia constituyen el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos... Urge, por tanto, una labor amplia, profunda y sistemática, sostenida no sólo por la cultura, sino también por medios económicos e instrumentos legislativos, dirigida a asegurar a la familia su papel de lugar primario de humanización de la persona y de la sociedad» (*Christifideles laici*, 40).

«Las familias, tanto solas como asociadas, pueden y deben... dedicarse a muchas obras de servicio social, especialmente en favor de los pobres y de todas aquellas personas y situaciones a las que no logra llegar la organización de previsión y asistencia de las autoridades públicas. En especial hay que destacar la importancia cada vez mayor que en nuestra sociedad asume la hospitalidad, en todas sus formas... La función social de las familias está llamada a manifestarse también en la forma de

intervención política. Las familias deben crecer en la conciencia de ser protagonistas de la llamada “política familiar” y asumir la responsabilidad y transformar la sociedad» (FC 44).

5. Tres amenazas para la familia

La familia hoy se siente amenazada. Sufre la presión del ambiente imperante en la sociedad. Es tentada y combatida desde muchos frentes.

La superficialidad

La banalización de las relaciones familiares, la debilidad de los compromisos, la inconsistencia de los proyectos. Hoy todo peca de ligereza y frivolidad. No hay opciones firmes ni palabras definitivas. Cuando llegan las dificultades, surgen las separaciones, se abandona el hogar, se pide el divorcio, quedando los hijos a la intemperie.

El consumismo

El consumismo es como una nueva religión, y la familia uno de sus centros privilegiados. La familia es la presa más codiciada de los nuevos mercaderes. A ella va dirigida la mayor parte de sus ofertas publicitarias. Se van acumulando constantemente necesidades nuevas que hay que satisfacer. Y se orienta la vida en la línea del tener.

Es una lamentable equivocación que acarrea gravísimas consecuencias, como la deshumanización, la codicia, la insolidaridad, la pérdida de valores. Es como si la persona y la familia perdieran su alma. Y ¿de qué sirve ganar el mundo entero si perdemos el alma?

El familismo

Es, como ya dijimos, el peligro de cerrar las puertas de la casa, de considerar a la familia como refugio, de no querer saber nada de los problemas de fuera. Es la falta de compromiso, es no querer saber nada de los problemas de los demás.

Tres signos de esperanza para la familia de hoy*La familia, signo de comunidad*

En un mundo dividido y enfrentado, en un mundo incapaz de apagar el fuego de la violencia y la guerra, en un mundo competitivo, la familia es fermento de unidad, espacio de conciliación, aglutinante en el tejido de la sociedad.

La familia, signo de «misericordia»

En un mundo sin corazón, en un mundo insolidario e inmisericorde, en un mundo que margina a los pobres y a los débiles, la familia quiere ser el corazón del mundo, ejemplo de amor gratuito y desinteresado, casa de acogida para los pequeños y para los que sufren.

La familia está llamada a ser un oasis afectivo en el que se cultiven las relaciones personalizantes, en el que la persona no sea tratada como un número, en el que la intimidad prevalezca sobre la eficacia, en el que cada uno se sienta gratuita e incondicionalmente amado.

La familia, signo de generosidad

En un mundo en el que predomina el interés, en el que no se ha aprendido la parábola del compartir, en un mun-

do egoísta y mezquino hasta la injusticia y la crueldad, la familia es testigo de generosidad, mesa de comunión, puesta en común de toda clase de bienes materiales.

6. Nuestro resumen

Bienaventuranzas de la familia

— Dichosos vosotros que os amáis y ponéis el amor por encima del oro y de las joyas, porque sois los más afortunados de la tierra y vuestras acciones estarán siempre en alza.

— Dichosos vosotros que os amáis y sois fieles en el amor, que no venderíais vuestra fidelidad ni por un millón de dólares, porque vuestra alegría será como una fuente inagotable, como un río en crecida.

— Dichosos vosotros que os amáis con un amor en medio de las pruebas y las dificultades, porque vuestras lágrimas compartidas se convertirán en lluvia de gracia y misericordia.

— Dichosos vosotros que os amáis con un amor paciente y misericordioso, un amor que aguanta y que perdona, porque seréis siempre queridos y perdonados.

— Dichosos vosotros que os amáis con un amor enteramente gratuito, que regala y no pasa factura, que no mide los méritos ni busca recompensas, porque vuestra recompensa será el amor y seréis como dioses en la tierra.

— Dichosos vosotros que os amáis con un amor exigente y comprometido, hambriento de verdad y de justicia, porque vuestros anhelos serán saciados, convertidos en energía liberadora.

— Dichosos vosotros que os amáis con un amor abierto a toda vida, porque nunca moriréis y vuestros nombres pervivirán en el corazón de los hijos y en el de los hijos de vuestros hijos.

Pero,

— Ay de vosotros que os amáis sin amor, porque os encontraréis con un vacío inmenso.

— Ay de vosotros que os amáis con placer y diversión, porque terminaréis cansados y aburridos.

— Ay de vosotros que os amáis eróticamente, porque beberéis el veneno de la duda y de los celos y será vuestro amor como flor de un día.

— Ay de vosotros que os amáis con amor cerrado y limitado, porque quedaréis atrapados en la jaula de vuestras mezquindades.

— Ay de vosotros que os amáis con dominio y exigencias, porque no se apartará de vuestra casa la discordia y el fruto de ese amor será la esclavitud.

— Ay de vosotros que os amáis como objeto de consumo, porque terminaréis consumidos.

— Ay de vosotros que quitáis al amor la semilla de la vida, porque seréis atormentados por crueles pesadillas eternamente.

Pascua, 1994.

Cáritas Regional de Extremadura

